



Espadas de Deseo

Libro 2 serie Templarios



Kaera Nox



Espadas de Deseo



Serie Templarios

Libro 2

Kaera Nox

© Kaera Nox, 2021

Título: Espadas de deseo.

Diseño de portada: Rachelrp

Publicado en Sevilla, junio de 2021.

Registro en Safe Creative: 2106278198369

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud a la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Para mis luces más brillantes,
las que me alumbran desde cielo.
Os quiero, papá y mamá.*

La mirada de Evangeline cayó sobre las ropas templarias.

¿Y si...?

Se levantó decidida y cogió el puñal que llevaba oculto bajo su falda, atado en la cara externa de su muslo. Agarró un mechón de su largo cabello rubio, respiró hondo y, sin darse tiempo a pensarlo, lo cortó. Las lágrimas continuaban cayendo por sus mejillas a pesar de que una sonrisa se dibujó en sus labios.

Probablemente aquella decisión también la llevaría a la muerte, pero si morir era su destino, lo haría según sus reglas.

—Espadas de Deseo, Kaera Nox—

Índice

[Índice](#)

[Argumento](#)

[Prefacio](#)

[Deseo Oculto](#)

[Deseo Descubierto](#)

[Deseo de Libertad](#)

[Deseo Negado](#)

[Deseo de Continuar](#)

[Deseo de Encajar](#)

[Deseo de Vivir](#)

[Deseo Prohibido](#)

[Deseo de Paz](#)

[Deseo de Amistad](#)

[Deseo de Reaccionar](#)

[Deseo de Sanar](#)

[Deseo de Comprender](#)

[Deseo de Respuestas](#)

[Deseo de Confiar](#)

[Deseo de Comprensión](#)

[Deseo Frustrado](#)

[Deseo Compartido](#)

[Deseo de Aceptar](#)

[Deseo de Normalidad](#)

[Deseo de Eternidad](#)

[Deseo Explosivo](#)

[Deseo Traicionado](#)

[Deseo de Enmienda](#)

[Deseo Mortal](#)

[Deseo de Salvación](#)

[Deseo de Redención](#)

[Deseo Concedido](#)

[Deseo de Recuperar](#)

[Deseo de Redención](#)

[Deseo de Celebrar](#)

[Deseo de Estar Completo](#)

[Deseo de Magia \(Epílogo\)](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros libros de Kaera Nox](#)

[Volverte a ver](#)

[¡Estás loca!](#)

[Cómo romper las reglas... y no morir en el intento](#)

[Serie #RedDeAyudaParaCorazones](#)

[Serie Templarios](#)

[Notas](#)

Argumento

Evangeline de Perigord lleva tanto tiempo siendo otra persona que no sabe si será capaz de encontrarse algún día.

Jacques d'Angeûleme lleva siglos deseando lo imposible. Él que fue educado para ser un caballero templario, para cumplir los votos de pobreza, castidad y obediencia, para morir luchando por una causa que se perdió hace tanto tiempo que ya casi nadie la recuerda.

Ahora, más de siete siglos después, cuando los secretos comienzan a salir a la luz y hacer realidad aquello que siempre deseó está al alcance de sus manos...

¿Serán las llamas de ese mismo deseo las que aviven el fuego del fin del mundo?

Prefacio

Este libro, para mí, ha sido especialmente difícil de escribir. No por la trama (que también), sino porque la vida a veces se empeña en ponerte la zancadilla una y otra vez.

Lo cierto es que Espadas de Deseo debería haber visto la luz hace mucho, más de un año, de hecho. Pero, como suele decirse: «hacer planes es el primer paso para que no se lleven a cabo».

Sé que no ha sido un año fácil para casi nadie, la COVID-19 se ha encargado de hacernos ver que nunca se puede dar nada por supuesto. Pero para mí ha sido la gota. Mi año ya se había torcido mucho antes. Esperaba que después de un último trimestre del 2019 nefasto, el 2020 me trajera algo mejor. Se me olvidaba que las cosas siempre pueden ir a peor.

Perder a mi padre de una forma tan inesperada por culpa del maldito virus sin poder acompañarlo ni despedirnos de él ha sido duro, mucho. Pero él me enseñó que la vida sigue, aunque duela, y que hay que seguir luchando.

¿Por qué os cuento todo esto? Por dos razones. La primera, porque quiero pedir os disculpas por la espera. Sé que sois muchos los que esperabais con ganas esta segunda entrega de templarios y lamento que se haya alargado tanto. De verdad.

La segunda es daros las gracias. Por seguir ahí, por vuestra comprensión, por el apoyo y por no dejar de leerme. GRACIAS, de corazón, porque sin vosotros probablemente me habría resultado aún más difícil sentarme a escribir para terminar esta historia.

Y sin más, os dejo con ellos. Con mis templarios. Esos a los que lleváis tanto esperando.

Espero que disfrutéis de la historia de Jacques y Eva tanto como de la anterior y haré lo posible porque la espera para el siguiente no sea demasiado larga.

A handwritten signature in black ink, reading 'Kzera'. The letter 'K' is stylized with a long vertical stroke extending downwards. The 'z' is written with a loop, and the 'e' and 'r' are simple, rounded letters. The 'a' is also simple and rounded. A long, sweeping flourish extends from the end of the 'a' to the right.

Deseo Oculto

Jacques bajó de un salto del helicóptero. Podía sentir la sangre palpitando en sus venas al ritmo de las aspas. El estrés y la emoción de la lucha aún bullían en su interior como si no hubiera dejado todavía el campo de batalla. Y todo por su culpa.

Podía llamarlo cabreo o quizás fuera preocupación, pero la imagen de Dalman, con una herida en su costado de la que manaba sangre a borbotones, rechazando su ayuda y desapareciendo del lugar acompañado de Barthelemy no le ayudaba precisamente a calmarse.

Aquello ya había ido demasiado lejos.

—Bajad al salón, curaré vuestras heridas por orden de gravedad —gruñó sin mirar a ninguno de sus compañeros.

Engulló la distancia que lo separaba de la puerta de acceso a la mansión en rápidas zancadas, mientras en su cabeza iba construyéndose el enorme rapapolvo que planeaba soltarle al joven.

Él era su superior, el segundo al mando y, como tal, sus órdenes debían ser obedecidas. Vale que quizás la relación que mantenía con Dalman no era la más... ¿qué? ¿Cordial?, ¿sana?

Bufó ante sus propios pensamientos mientras bajaba las escaleras metálicas que le llevarían al tercer piso de la mansión.

Ni siquiera sabía qué era él para Dalman. Probablemente no le consideraba un amigo, de hecho, estaba seguro de eso. Después de todo, él se había encargado de mantener las distancias entre ambos. Rechazó cada contacto, cada intento de aproximación, cada instante de cercanía con el joven y ahora, todas esas decisiones habían vuelto para morderle el trasero.

Era cierto que durante el viaje la mayoría de sus heridas habían comenzado a sanar a un ritmo bastante rápido y suponía que con la de Dalman habría pasado lo mismo, pero estaba sangrando tanto...

¡Joder!

El recuerdo de cada una de las veces que había intentado ayudarlo cuando estaba herido volvió a su mente. Aquello no era nuevo. Tal vez ahora curasen más rápido y fueran más fuertes y resistentes, pero, ahora que lo pensaba, ni siquiera cuando fue herido en batalla luchando contra los infieles permitió que nadie le atendiera.

Ese pensamiento le calmó durante dos segundos completos, hasta que recordó que un par de días atrás había necesitado ayuda y no había acudido a él. Su hermano de armas, su superior. Prefirió ir en busca de Aby, una mujer, alguien a quien acababa de conocer, antes que a él.

¡Que era médico, joder!

—¡Te he dicho que te sientes y te estés quieto de una puta vez!

El exabrupto que llegó a sus oídos en cuanto puso un pie en el salón lo sacó de golpe de sus pensamientos.

Chloé manoteaba sobre el pecho de Bart intentando retirarle la camiseta, mientras el templario se resistía como podía.

—¡Que me quites las manos de encima, bruja! ¡No permitiré que uses ninguno de tus

hechizos sobre mí!

—¿Hechizos? ¡Pero serás alcornoque! —Chloé bufó audiblemente y clavó el dedo índice en el pecho de Bart—. Te lo voy a repetir una vez más, capullo: Soy médico y necesito ver la herida de tu pecho para valorarla y saber si necesita puntos. Te aseguro que si no fuera por eso no te tocaría ni con un palo, pedazo de gilipollas.

La última afirmación debió aturdir un poco a Bart, porque la chica empujó una vez más y el templario cayó sentado en el sofá a su espalda.

—Ahora, quítate la camiseta de una puta vez.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Philippe hizo que tanto Chloé como Bart se giraran hacia ellos arruinando su diversión.

—¡Jacques! ¡Bien! Dile a esta loca que me quite las manos de encima. No necesito que nadie me revise ninguna herida.

—Vamos, hermano, no me dirás que no eres capaz de librarte de una pequeña mujer tú solo. —Philippe no pudo evitar bromear al ver el rostro enfadado de su hermano mayor.

—No daño a mujeres —respondió sin apartar la vista de la chica frente a él—, por mucho que lo estén pidiendo a gritos.

—¡Solo intento ayudarte, maldito capullo! Así que soy lo bastante buena para salvarle la vida a Dalman, pero no para curarte un arañazo a ti, ¿no? —Chloé fulminaba a Bart con la mirada. Sus ojos destilaban furia. Hacía menos de una hora que había tenido que curar una herida mortal del pecho de Dalman con un botiquín básico y el muy capullo seguía sin fiarse de ella. Mantuvo los brazos cruzados en su pecho y su pie golpeó repetidamente contra el suelo de mármol del salón—. ¡Eres un jodido cabrón!

¿Salvarle la vida a Dalman? ¿Su vida había corrido peligro? Jacques decidió que necesitaba algunas explicaciones. Urgentemente.

—Explícate. —Clavó sus ojos en los de la rubia con un rictus serio—. ¿Qué le has hecho a Dalman?

—¿Que qué le he...? ¡Salvarle la vida! ¿Te parece poco? —Chloé se obligó a respirar hondo y calmarse. Aquellos hombres eran imposibles—. Aquí el capullo mayor del reino —explicó señalando a Bart que la miraba atónito— y Dalman aparecieron en el museo. El listo este empezó a insultarme que, si fuera vosotros, en mi opinión profesional, lo enviaría a un curso de control de la ira o a uno de “Como no ser un capullo en tres pasos”. Aunque no sé si con tres pasos tendrá suficiente...

—Me encanta esta chica —dijo Rodrigo entre risas ganándose la mirada furiosa de Philippe y Bart—. ¿Qué? Verla poner a Bart en su sitio es lo más divertido que he visto en semanas.

—Al grano, Chloé, por favor. ¿Dalman? —preguntó Jacques intentando mantener la calma, mientras apretaba los puños y se recordaba a sí mismo que a Guillaume no le gustaría que dañase a la mejor amiga de Aby.

—Si dejáis de interrumpirme... —Sí, la chica estaba tentando su suerte—. Como iba diciendo, este me distrajo y cuando me di cuenta, Dalman estaba a punto de desmayarse. Tenía una herida muy fea en el costado derecho, debajo del pecho. Insistí en llamar a una ambulancia, pero aquí los dos zoquetes se negaron a ello. Así que le atendí con el botiquín que guardo en el despacho. Limpié la herida, era profunda, pero no parecía haber afectado a ningún órgano interno, así que la cosí y le puse un vendaje. Volví a insistir en que fueran a un hospital. Tengo la carrera de medicina, pero no rayos x en los ojos —añadió mirando de nuevo a Bart con furia—. El caso es que Dalman pareció estabilizarse, no tiene fiebre y sus constantes son buenas, así que

lo dejamos durmiendo en su habitación.

—¿Eres médico? —Jacques la miró incrédulo—. Pensé que trabajabas con Aby.

—También tengo la carrera de Historia —repuso con un encogimiento de hombros—. Y ahora... ¿alguien va a decirme de qué guerra habéis salido? Por la cantidad de sangre que estáis dejando en el suelo cualquiera diría que os habéis peleado con una manada de osos salvajes.

Jacques siguió la mirada de Chloé, que recorría uno a uno a sus ensangrentados compañeros, y se percató de que ya era hora de ponerse en marcha. Pero antes...

—Quiero un informe completo del estado de Dalman, puedes echarme una mano mientras me lo das —exigió al tiempo que ayudaba a Prax a sentarse.

—Vaya, no sé si darte las gracias por darme permiso o mandarte a la mierda —repuso la chica entre dientes antes de acercarse al sofá en el que estaban dejando al herido.

El brazo derecho de Prax colgaba peligrosamente de su hombro. Había recibido un buen tajo que a punto estuvo de amputarle el miembro y, aunque durante el viaje empezó a curarse, su aspecto aún era preocupante.

—Deberíamos llevarlo a un hospital —insistió Chloé mientras ayudaba a Jacques a retirar trozos de tela y limpiar la zona.

—Nada de hospitales —gruñó Prax.

—Ya lo has oído —añadió Jacques—. Ayuda o apártate, tú decides.

—Hombres —bufó resignada antes de empezar a preparar lo necesario para volver a unirle el brazo.

Si se pensaban que iban a conseguir amilanarla iban listos. Su padre era el rey de los hombres prepotentes, mandones y egocéntricos y no había podido con ella. El hombre que consiguiera hacer que Chloé Favre diera un paso atrás aún no había nacido.



La adrenalina comenzaba a abandonar su cuerpo dando paso al cansancio. La mayoría de las heridas ya estaban curadas. Chloé se había encargado de ellas una vez que Prax estuvo lo bastante estable como para que Jacques pudiera hacerse cargo solo.

Bart había continuado negándose a permitir que la chica le atendiera, insistiendo en que podía esperar a que él terminara. Al menos hasta que Rodrigo, con una sonrisa pícaro, se bajó los pantalones dejando a la vista una herida cerca de su ingle y se ofreció voluntario para recibir las atenciones de la «*sexy doctora*». Sus palabras.

El gruñido de Barthelemy resonó en el salón y más de uno, incluido Jacques, tuvo que esforzarse en reprimir la carcajada. Rodrigo ni siquiera intentó disimularla y dejó que Martha, el ama de llaves, se encargara de su herida sin parar de reírse mientras Chloé, por fin, atendía la que

Bart tenía en su pecho.

Eran como niños.

Y cuánto los había echado de menos sin siquiera saberlo.

Acababa de terminar de coser un tajo bastante feo en el otro brazo de Prax, cuando las puertas que daban al jardín se abrieron de golpe. Un hombre de aspecto femenino cruzó a través de ellas y corrió hacia Rodrigo, que acababa de volver de ducharse, lanzándose a sus brazos.

El templario lo miró sorprendido y soltó la toalla con la que se estaba secando el pelo, justo a tiempo para agarrar al chico cuando este saltó en el aire y envolvió las piernas alrededor de sus caderas.

—¡Hola, amor! ¿Me echabas de menos? —exclamó con voz chillona, mientras se aferraba a su cuerpo con brazos y piernas.

—¿Qué haces aquí, Ben? —Rodrigo intentó deshacerse del apretado agarre del chico sin mucho éxito—. Pensé que te había dejado claro que no quería volver a verte.

—¡Oh, vamos, amor! ¡Sé que no hablabas en serio!

El chico atacó la boca de Rodrigo ignorando los intentos de este de alejarlo de su cuerpo y, en aquel momento, viendo cómo su compañero era devorado con pasión por los labios de otro hombre, los pensamientos de Jacques vagaron hacia Dalman. ¿Cómo se sentiría su boca? ¿A qué sabrían sus besos?

No era un mojigato. Estaban en el siglo XXI. Las relaciones entre personas del mismo sexo ya no eran un tabú. Nunca debieron serlo.

¿Cuál era el problema?

Tal vez el hecho de que nunca, jamás, en sus más de setecientos años de vida se había sentido atraído por otro hombre. Salvo por él. Dalman.

¿Y qué más daba?

Habían pasado más de siete siglos y aquel muchacho seguía hechizándolo del mismo modo que lo hacía cuando se conocieron. Le atraía irremediamente, como un canto de sirena.

Entonces tenía sentido que mantuvieran las distancias. Eran otros tiempos, otra época, su vida estaba dedicada a la fe. Tenían voto de pobreza, obediencia y castidad y, por si eso no fuera suficiente, la sodomía era causa de excomuniación.

Había nacido para ser templario. Le educaron y criaron para ello. Su único objetivo en la vida, la razón de su existencia, el destino hacia el que se encaminaron cada uno de sus pasos desde su nacimiento. Era todo lo que tenía, todo lo que conocía, todo lo que alguna vez había querido. Hasta que llegó Dalman.

Pero en los siglos en los que había estado vagando, sin memoria, sin recuerdos, olvidó todo lo que se suponía que debió ser y, con la mente abierta y una eternidad por delante, descubrió, conoció, aprendió y vivió lo suficiente como para ser capaz de poner las cosas en perspectiva.

Entonces... ¿por qué había seguido apartándolo cuando se volvieron a encontrar?

La respuesta era tan simple como patética. Miedo. Uno que no iba a permitir que siguiera interponiéndose.

Como un autómatas, abandonó la habitación y subió las escaleras. Ni siquiera había podido ir a verlo desde que habían llegado. Tuvo que resistir sus ganas de saber en qué estado se encontraba y conformarse con recibir un informe detallado por parte de Chloé.

Fue una sorpresa descubrir que tenía conocimientos médicos y también un alivio que hubiera estado allí para encargarse de Dalman. Aunque, una vez más, algo parecido a los celos o, tal vez, a una envidia malsana, asomó a su mente. De nuevo, había preferido ser atendido por una mujer

extraña, una desconocida, antes de permitir que fuera Jacques quien pusiera sus manos sobre él.

Llamó a la puerta sin obtener respuesta. La preocupación por si su estado había empeorado se mezcló con la rabia que bullía en su interior por sentirse rechazado; ambas hicieron que entrara en la habitación y el sonido del agua lo llevó hasta el baño.

Nada lo había preparado para lo que encontró allí.

Había una mujer bajo el chorro de la ducha, una con la piel tersa y dorada, del color de la miel, que pasaba las manos por su cuerpo enjuagando los restos de espuma. El movimiento de sus dedos le resultó hipnótico y se quedó allí parado, observándola; sin entender qué hacía una mujer en el cuarto de baño de Dalman.

Sus dudas fueron sustituidas por otras cuando elevó la vista y se encontró con unos ojos azules, tan claros como el cielo limpio en las montañas, y que reconocería en cualquier parte.

—¿Dalman?

El nombre brotó de sus labios cargado de preguntas sin respuestas. Los orbes azules se ampliaron con asombro justo antes de que desaparecieran, dejándolo frente a una ducha vacía en la que aún salía agua, y con un montón de dudas.

Deseo Descubierto

Evangeline parpadeó, aturdida. Se había despertado en su cama, aún sentía el pecho algo dolorido. Su mano viajó instintivamente hacia la zona donde la hirieron buscando sangre, los puntos que Chloé le había dado, algo. Solo encontró piel. Tensa, suave y algo tierna, sí, pero ni rastro de herida ni cicatriz.

Aun así, se sentía sucia y pegajosa. Aunque le habían limpiado la zona, el resto de su cuerpo mantenía los rastros de la batalla. Barro y sangre se mezclaban por igual. Se levantó y se dirigió al baño sin pensarlo dos veces. Necesitaba una ducha.

A partir de ahí, todo sucedió demasiado rápido.

Estaba disfrutando de la sensación del agua templada deslizándose por su cuerpo, destensando sus músculos doloridos. Podía sentir cómo arrastraba la suciedad y el cansancio hasta llevárselos por el desagüe. Y el miedo. Eso también.

Aquella vez había estado cerca. Demasiado, quizás.

No era la primera vez que la herían en una batalla, pero nunca había sido tan grave. Juraría que pudo sentir cómo la vida se escapaba de su cuerpo junto con cada gota de sangre. Un ligero temblor la recorrió al recordarlo.

Mantenerse en pie requirió de un esfuerzo titánico. Rechazar la ayuda de Jacques, cuando sentía que aquellos podían ser sus últimos instantes y todo lo que quería era que la envolviera en sus brazos, desgarrador.

Pero se resistió, persistió y se mantuvo al margen. Él ya la consideraba lo bastante débil, no necesitaba que le demostrase cuánto lo era en realidad. Si Jacques descubría que ella era... Eso: ella.

Cerró los ojos con fuerza recordando el desprecio, las burlas; permitiéndose a sí misma regodearse en esa sensación durante unos segundos, antes de levantar la cabeza. Ella no era débil. Era un soldado, como cualquiera de sus hermanos. Y si tenía que morir, lo haría así. Luchando, con la cabeza alta y sin mostrar debilidad. Se había ganado su puesto a base de mandobles, a golpe de espada y puñal. Como cualquiera de ellos.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no escuchó que llamaban a la puerta, ni los pasos que se acercaban a su cuarto de baño. Hasta que fue demasiado tarde.

Cuando volvió a abrir los ojos se encontró con la mirada sorprendida de Jacques recorriendo su cuerpo. En el momento en que enfrentó la suya, una chispa de reconocimiento vibró en los del médico antes de que pronunciara su nombre, incrédulo.

Sintió el preciso instante en que su secreto fue descubierto e hizo lo único que su mente aturdida le permitió en aquel momento: desapareció.

El cuerpo de Evangeline se estremeció con un escalofrío y sus ojos cayeron al pequeño charco que se estaba formando a sus pies.

Estaba empapada y completamente desnuda en el dormitorio de Aby.

Era el primer lugar que había acudido a su mente. La habitación frente a la suya. No podía decirse que hubiese huido demasiado lejos, la verdad. Pero tampoco es que tuviese muchas otras opciones.

Otro escalofrío y decidió que ya iba siendo hora de empezar a reaccionar.

Aby no estaba en su cuarto, probablemente estaría con Guillaume, algo le decía que el hombre no iba a permitir que se apartara de su vista en una temporada.

Y, por un momento, se permitió soñar con tener precisamente eso.

Una risa amarga se trabó en su garganta mientras se envolvía en una de las suaves toallas del baño y se secaba con brusquedad.

¿Cómo sería sentirse amada? ¿Cómo sería saber que eres lo más importante para alguien? ¿Qué alguien te amase tan intensamente como para estar dispuesto a dar su vida por la tuya? No por lealtad, no por hermandad, como lo harían por ella —bueno, por él, por Dalman— cualquiera de los hombres que vivían bajo aquel techo.

—Céntrate, Eva —murmuró en voz alta para sí misma.

Pasos y voces comenzaron a sonar por el pasillo y supo que se quedaba sin tiempo. Se enfundó unos vaqueros de Aby, que le quedaban demasiado ajustados y un poco cortos, y uno de los enormes jerseys que su amiga solía usar. Estaba abrochándose los cordones de las deportivas blancas cuando la puerta se abrió.

Retuvo el impulso de volver a desaparecer al percatarse de que era Aby quien había entrado. Estaba segura de que su rostro había pasado por todos los colores del arcoíris antes de palidecer, al pensar que la habían descubierto.

—¡Eva! —exclamó su nueva amiga en un susurro.

Cerró la puerta tras de sí antes de acercarse a ella. Llevaba una enorme camiseta y un pantalón de chándal y estaba segura de que ninguna de las prendas era suya.

—¿Qué demonios ha pasado? Jacques está como loco.

—Estaba en la ducha y... no le escuché entrar. Yo...

—¿Aby? —La voz de Guillaume atravesó la puerta—, baja al salón, tenemos que hablar.

—¡Me estoy cambiando! —gritó mientras instaba a Eva a ocultarse en el baño por si a Guillaume le daba por entrar en la habitación—. ¡Bajaré enseguida!

—¿Qué voy a hacer, Aby? —preguntó Eva con aspecto derrotado, cuando los pasos se alejaron de la puerta.

—¿Bajar ahí, con la cabeza alta? —La cara de susto que puso como respuesta dejó claro que aquella no era una opción—. Son tus hermanos, Eva. Estoy segura de que no les importa que seas hombre o mujer. Han luchado a tu lado, te conocen, el hecho de que...

—No lo entiendes —susurró, asombrada, interrumpiéndola—. Ellos no... Yo no... —calló durante unos segundos, intentando poner en orden sus pensamientos—. No es tan fácil. No puedo hacerlo. No ahora. Necesito... tiempo.

Aby no iba a hacer preguntas. Podía tener su propia opinión al respecto, pero estaba claro que Eva conocía mejor a aquellos hombres que ella y, además, si la chica necesitaba tiempo, estaba en todo su derecho a tomárselo.

—Ve a mi casa. Quédate allí el tiempo que necesites.

—¿Puedo? —preguntó atónita ante el ofrecimiento.

—Por supuesto que puedes, te lo estoy ofreciendo. No diré nada a nadie, lo prometo. Solo... ten cuidado, ¿vale? Llámame cuando quieras hablar e iré a verte.

Ambas se abrazaron y Eva contuvo las ganas de llorar. Le dedicó una sonrisa triste antes de desvanecerse en el aire y dejar atrás a sus hermanos, la única casa que había conocido desde que despertó y la única amiga que creía haber tenido alguna vez.



En algún momento el salón principal se había convertido en el punto de encuentro, o quizás sería más apropiado llamarlo “centro de mando”. Aby estaba empezando a cogerle el gusto a aquello de formar parte de una especie de equipo de guerreros de élite. Cambió de idea en el instante en que recordó la batalla por la que acababan de pasar y supo, con toda certeza, que aquella solo había sido la primera de muchas.

—¡Aby! —El grito feliz de Chloé fue a la vez un alivio y un nudo más en su estómago. ¿Qué hacía ella allí? No quería ver a su amiga involucrada en lo que tenían entre manos.

La rubia se lanzó a sus brazos y varias cosas pasaron en ese instante.

Un brillo cegador, un calor abrasador a la altura de su pecho y un peso familiar alrededor de su cuello precedieron a un silencio sepulcral.

Chloé la soltó y se llevó las manos a la cabeza. Un grito desgarrador brotó de sus labios, perdió el equilibrio y Bart la alcanzó justo a tiempo de evitar que se estampara contra el suelo.

Los ojos de Aby cayeron sobre el colgante que rodeaba el cuello de su amiga, exactamente igual al que tenía en el suyo, el mismo que había dejado oculto en el baño de su despacho. ¿Por qué ahora había dos? ¿Y por qué su amiga tenía uno?

—No, no, no, no, no... Ella no, por favor... ¡¡Ella no tiene nada que ver con esto!! —gritó a la sala cuando su cerebro comenzó a comprender lo que estaba sucediendo.



Chloé buscaba algo a lo que aferrarse entre la multitud de imágenes que se mezclaban en su cabeza. La sensación era la misma que aquella vez siendo niña, cuando fue a la playa con sus padres y el mar estaba revuelto. Se escabulló y se metió en el agua, una ola la derribó, hundiéndola, y justo cuando creyó que la había soltado y por fin podría salir a respirar, llegó otra; después, otra más. Los pulmones comenzaron a arderle y el agua entraba a borbotones.

En esa ocasión, en lugar de aguas y olas, eran recuerdos e imágenes, pero todas estaban ahí: dejándola sin respiración, engulléndola, atrapándola, quitándole cualquier posibilidad de escapatoria.

Cuando era niña, la salvación había llegado en forma de mano, una que la agarró con fuerza y

la sacó de las aguas revueltas, devolviéndole la capacidad de respirar. Buscando lo mismo, se aferró con fuerza a los brazos que la envolvían deseando que la sacaran de allí.

Podía verlo todo. El comienzo del mundo, una absurda historia sobre la Luz y la Oscuridad, dioses y hombres, muerte, sangre y destrucción. Vio a Aby en una cueva, rodeada de estatuas de piedra que volvían a la vida y que tenían los mismos rostros que los hombres que llenaban la habitación.

La imagen de uno de ellos le provocó un escalofrío y se aferró aún más a los brazos que la rodeaban, sabiendo bien que eran los de él.

Barthelemy era como su *kriptonita* o, más bien, como el chocolate para un diabético. Algo de lo que sabes que no debes abusar por tu propio bien, pero que no puedes evitar desear con cada poro de tu piel.

La calma regresó poco a poco. Las imágenes comenzaron a sucederse con más lentitud y mayor claridad. Cuando la batalla que acababan de vivir aquellos hombres pasó antes sus ojos se sorprendió de que hubieran sobrevivido y sus heridas no fueran peores.

«*Debes protegerlo. Más vendrán. Ese es tu destino*».

Las palabras, pronunciadas por dos voces al mismo tiempo; una clara y cristalina como el agua de los manantiales y otra oscura y profunda como el abismo, continuaron repitiéndose en su mente incluso después de que cesaran las imágenes.

Parpadeó y al abrir los ojos se encontró con nueve rostros perplejos observándola. Los brazos de Bart continuaban sosteniéndola con fuerza y algo en su interior le decía que, si no se apartaba de ellos en aquel instante, tal vez nunca lo hiciera.

—¡Chloé! ¿Estás bien? —Aby se lanzó hacia ella, lo que hizo que Bart la soltara y, por un momento, se sintió desnuda—. Lo siento, lo siento, lo siento...

Su amiga repetía esas dos palabras como un mantra, mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Estoy bien, Aby, de verdad —aseguró haciendo un esfuerzo por recomponerse—. Solo ha sido...

¿Qué? ¿Qué podía decirle a su mejor amiga cuando ni siquiera ella entendía lo que acababa de suceder?

—Lo has visto, ¿verdad? —Los ojos de Bart se clavaron en los suyos con... ¿miedo?—. Siempre supe que no eras más que una bruja —escupió con asco.

El proyectil, aunque solo fueran palabras, dolió, y Chloé se aferró aún más al abrazo de su amiga, buscando protección. Estaba demasiado confusa, demasiado confundida y débil para encontrar una réplica inteligente y mordaz. Y cansada, estaba tan... cansada.

—¿Alguien puede decirme qué ha pasado exactamente? —preguntó cuando consiguió calmarse.

—¿Qué es lo que has visto? —Guillaume se acercó a ellas y abrazó a Aby por detrás, necesitando consolarla de alguna forma.

Chloé se dejó caer en el sofá con un sonoro bufido y volvió a llevarse las manos a las sienes, masajeándolas.

—¿Todo? —respondió insegura. Se encogió ligeramente de hombros y dejó que su mirada vagase por los hombres a su alrededor—. Os he visto a vosotros —susurró—, pero no puede ser... Ibais vestidos con ropas de templarios y eso es imposible, ¿verdad? La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo desapareció a principios del siglo XIV y vosotros no... —Una risa nerviosa se apoderó de ella—. ¡Menuda gilipollez! —exclamó entre carcajadas.

Aby tomó asiento junto a su amiga y agarró sus manos con fuerza.

—¿Qué has visto, cariño?

Chloé agachó la cabeza, parecía absurdo intentar convencerse de que nada de lo que había visto era real. Algo en su interior gritaba que lo era y las piezas comenzaban a encajar formando un extraño y aterrador puzle ante ella. Acarició el colgante en su pecho antes de agarrarse a él y tragó saliva. Se centró en el rostro de Aby, necesitaba algo conocido, seguro, a lo que aferrarse.

—Una ciudadela rodeada de murallas siendo atacada. Acre, ¿verdad? Ellos huían en mitad de la noche y llegaban a una cueva. Allí... —Cogió aire e intentó ordenar sus pensamientos—. Allí todo se volvió confuso. Una pelea, una mujer murió y dos seres que... ¿los maldijeron? —Un escalofrío recorrió su espalda y apretó los dedos en torno al colgante y la mano de Aby—. Él... Odio, o lo que quiera que sea él... está aquí, ¿verdad?

—Solo su esencia —murmuró su amiga en respuesta acariciando su propio colgante.

—Y nosotras... ¿qué se supone que tenemos que hacer?

Guillaume se acuclilló entre las dos, colocó las manos en las rodillas de las chicas atrayendo la atención de ambas.

—Cuando Luz y Oscuridad lo separaron de su esencia la encerraron en un cofre y la mantuvieron oculta para que Odio no pudiera recuperarla. Era lo que protegían los guerreros a los que nos enfrentamos en aquella cueva. De algún modo el cofre se transformó en un colgante, bueno, ahora en dos. Aby y tú sois sus guardianas. Las únicas que podéis mantener su esencia oculta de Odio.

—Tanta sangre, tanta... muerte —susurró Chloé mientras gruesas lágrimas desbordaban sus ojos.

—Has visto algo más, bruja, ¿no es así? —Bart dio un paso al frente, acercándose a ella, y exigiendo respuestas en tono amenazante.

Y, por algún motivo, eso era exactamente lo que Chloé necesitaba para recomponerse. Irguió su espalda y limpió la humedad de sus mejillas de un manotazo antes de clavar su mirada en la del templario. «Templario», repitió mentalmente. De algún modo esa palabra encajaba con los hombres frente a ella.

—Nada que no pueda decirme mi bola de cristal, capullo. Ocho templarios y un gilipollas entrarán en mi vida, ¿adivinas quién es el último?

La carcajada de Rodrigo resonó en la sala, que había enmudecido.

—Me encanta esta mujer, ¿podemos quedárnosla?

—¿No tienes bastante con tu amigo que también necesitas una mascota? —atacó Philippe con los ojos cargados de ira y los puños apretados—. Sabía que no eras más que un asqueroso sodomita y un libertino.

Rodrigo apretó la mandíbula y le devolvió la misma mirada furiosa.

—Al menos no vivo amargado por ser un cobarde —escupió entre dientes.

—¡No te atrevas a insultar a mi hermano! —exclamó Bart poniendo una mano en el pecho del español y empujándolo.

—Creo que todos deberíamos calmarnos un poco —dijo Guido interponiéndose entre los dos—. La adrenalina aún nos está afectando.

—¡Adrenalina, mis cojones! —farfulló Rodrigo, sin apartar la mirada de Philippe.

—¿Tienes algo que decirme? —replicó el hermano pequeño de Bart sacando pecho frente a él y apretando los puños, como si estuviera preparándose para una pelea.

Guillaume respiró hondo, sabiendo que tenía que poner fin a aquello. Esos cruces de insultos

e insinuaciones y la tensión permanente comenzaban a cansarle. Pero fue la voz de Jacques la que se impuso a la de los demás.

—¡Dejadlo ya! ¿Es que a nadie le importa que Dalman sea una mujer y haya desaparecido?

Estaba cansado, los nervios llevaban comiéndoselo por dentro desde que entró en el baño y destapó el pastel. Cuando por fin aceptaba sus sentimientos por otro hombre resultaba que era una mujer y desaparecía sin dejar rastro. Y encima sus compañeros no hacían más que pelearse como adolescentes.

Volvió la vista hacia Guillaume, el único que parecía no haberse sorprendido por su descubrimiento cuando bajó al salón.

—Lo sabías, ¿verdad? ¿Desde cuándo?

—Lo descubrí cuando fui a pedirle que me llevara al claro a buscar a Aby. Debí darme cuenta antes, pero no lo hice. Ninguno lo hicimos.

—¡Debiste decírmelo! —replicó furioso su segundo al mando.

—No era mi secreto para contarlo, Jacques. Además, primero debía hablar con él... con ella.

—Así que primero tenías que hablar con... ella, ¿no? ¡Pues ahora ha desaparecido! Y dado que su poder le permite ir a cualquier sitio, ¿cómo se supone que vamos a encontrarla?

Guillaume volvió la vista a Aby y ambos se miraron en silencio durante unos segundos.

—No es mi secreto para contarlo, Guillaume —repuso Aby en voz alta, dando por zanjada la conversación que debían haber estado manteniendo mentalmente.

—No deberías usar mis propias palabras en mi contra, *mon uén*^[1].

Aby le guiñó un ojo y lanzó un beso al aire en su dirección, sin perder la sonrisa en sus labios, a lo que Guillaume solo pudo responder negando con la cabeza, mientras luchaba por contener la sonrisa que amenazaba con mostrarse. Aquella mujer era su perdición y jamás había estado más feliz.

—Dalman...

—Evangeline —interrumpió Aby—. Se llama Evangeline, pero nosotras la llamamos Eva.

—¿Vosotras? —preguntó Bart con desconfianza.

—Sí, nosotras —replicó Chloé, altiva.

—Basta —intervino Guillaume intentando mantener el control de la situación antes de que aquellos dos comenzaran de nuevo—. Evangeline está bien y en un lugar seguro. —Levantó una mano frenando la réplica de Jacques—. Ella necesita tiempo al igual que nosotros, y se lo daremos. Cuando esté preparada volverá y, si no es así, yo mismo iré a buscarla. Es una de los nuestros, sea hombre o mujer, sea hermano o hermana, es nuestra. Y, si alguno de vosotros tiene algún problema con eso, será mejor que lo diga ahora.

Jacques se envaró dispuesto a pelear con cualquiera que pretendiera impedir el regreso de Dal... Eva. Tenía que recordarse a sí mismo que era Evangeline. Paladeó el nombre, saboreándolo, y la imagen de ella en la ducha se coló en su mente. La mirada asustada al saberse descubierta, la forma en que desapareció dejándolo allí, con la boca abierta e incapaz de comprender lo que sucedía. Y el deseo.

El mismo en el que se había ahogado durante tanto tiempo y con el que no había nada que se interpusiese ahora.

Al menos si no tenías en cuenta el hecho de que ella había huido y él no tenía ni idea de cómo encontrarla.

Deseo de Libertad

París, Francia, 1287

Se colocó la capucha con la que cubría su larga melena rubia y sujetó con fuerza el arco al tiempo que apuntaba a su objetivo. Si los jueces supieran que uno de los participantes en el torneo era una mujer la situación sería cualquier cosa menos divertida, pero a pesar de eso no pudo evitar que una sonrisa traviesa se colase en sus labios.

Estaba tan harta de aquellos prepotentes. De la forma en que trataban a las mujeres como meros objetos decorativos o yeguas de cría. Como si solo sirvieran para adornar o para dar a luz a sus hijos.

No hables.

No mires.

No opines.

No salgas.

No.

No.

No.

Si ellos supieran.

Resopló con la vista fija en la diana. Justo cuando iba a soltar la flecha un destello dorado llamó su atención.

—¡Mierda! —farfulló inclinando la cabeza para mantenerse oculta bajo la capucha.

La flecha ni siquiera había rozado la diana, pero esa no era su preocupación. ¿Qué demonios hacía su padre allí? ¡Y nada menos que con la harpía de su madrastra!

Se disculpó con un murmullo y salió de la fila de competidores entre las risas de sus adversarios. Tuvo que apretar sus puños con fuerza para evitar volverse y darles una lección. Estaba segura de que ninguno de ellos era capaz de alcanzar a un ciervo entre los ojos a más de doscientos metros. Ella sí.

Pero por el momento tendría que consolarse con eso, porque lo último que necesitaba era que la nueva esposa de su padre la descubriese de nuevo «realizando actividades impropias de una dama de su edad».

Saltó sobre su caballo y emprendió el galope, alejándose de allí lo más rápido posible.

Hacía algo más de un mes que su padre había vuelto a casarse. Su madre falleció siendo ella una niña y aunque a Armand de Perigord, tesorero de su majestad, no le habían faltado mujeres interesadas en calentar su cama y gastarse su fortuna, él siempre se había negado. Hasta Marguerite.

Desde muy pequeña Eva fue consciente de la suerte que tenía. Viviendo en la corte, en el *Palais du Louvre*, el Palacio Real donde residía el rey Felipe IV de Francia y I de Navarra junto a su familia, había podido comprobar cómo sus amigas eran educadas para ser usadas como moneda de cambio. Perfectos modales, perfecta educación, el toque justo de rubor en sus mejillas y las ropas más selectas para ser ofrecidas como esposas al mejor postor, es decir, a aquel con cuyo matrimonio las ganancias fueran más satisfactorias.

Su padre, en cambio, la dejó crecer, elegir y seguir sus propios pasos. No impidió que aprendiera a montar a caballo, al contrario, fue él quien le consiguió el mejor corcel que pudo encontrar. No se opuso cuando Eva insistió en asistir a las clases de espada y arco junto a su hermano mayor, Dalman.

Tampoco le dijo jamás cómo vestir o comportarse. Ella tenía una muy buena educación y todas las cualidades requeridas para una buena esposa. Su padre siempre le regalaba hermosos vestidos, y ella los usaba cuando era necesario asistir a alguna recepción en la corte o tenían visitas. Lo hacía por respeto a su padre, porque lo amaba y jamás permitiría que nadie más se compadeciera de él y cuchicheara sobre lo desafortunado que era por tener una hija tan rebelde y masculina.

Pero Evangeline también era independiente, decidida y orgullosa, y hacía mucho que decidió que no permitiría que nadie, jamás, dictara su destino.

Su padre era un buen hombre que adoraba a sus hijos. Su hermano Dalman y ella misma siempre habían podido contar con él. Los tres estaban muy unidos, lo hablaban todo, jamás se ocultaron nada y Armand jamás impuso nada a sus hijos.

Hasta Marguerite.

Su nueva madrastra parecía decidida a que las cosas cambiaran. La noche anterior había escuchado una conversación entre su padre y ella en la que criticaba el comportamiento de ambos hijos e insistía en la necesidad de enderezar sus vidas.

Aunque Eva no estaba preocupada tampoco quería que, ahora que por fin su padre parecía haber encontrado a una mujer con la que rehacer su vida, ella fuera un motivo de desavenencias entre ambos. Armand merecía ser feliz, a pesar de que a ella su nueva madre no le gustara ni un poquito.

Pasó el resto de la mañana en una aldea cercana, enseñando a utilizar el arco y la flecha a algunos de los niños y niñas del lugar. Llegó a las caballerizas bien entrada la tarde, dejó a Noir, su caballo, y corrió a casa del guardián. Su hija era una buena amiga y se había ofrecido a guardar sus ropas.

Después de lo que escuchó la noche anterior quería evitar problemas. Así que, se apresuró a despojarse de las vestimentas de hombre, que solía usar cuando salía a montar e iba a las aldeas cercanas, y las cambió por uno de los vestidos que su padre le había regalado, antes de volver a casa.

Su madrastra la esperaba sentada en uno de los sillones del salón, junto a la chimenea, y sus ojos se clavaron en ella, acusadores, en cuanto Eva cruzó el umbral.

—Marguerite —saludó la joven con una inclinación de cabeza.

—¿Qué forma es esa de dirigirte a mí? Te he dicho que debes llamarme señora o madre, mostrarme respeto. —La furia cubrió su mirada antes de transformarse en otra cosa que no supo distinguir—. Estoy segura de que tu futuro esposo pondrá remedio a tu actitud.

—No voy a casarme —respondió Eva con seguridad.

Era algo que su padre y ella habían hablado mucho. Ella no quería casarse aún, había muchas cosas que quería hacer y conocer. No estaba preparada para atarse a una casa y unos hijos, tal vez nunca lo estuviese. Además, si algún día lo hacía, quería que fuese por amor.

—Oh, pero lo harás —afirmó Marguerite con una enorme sonrisa y demasiado segura de sus palabras—. No me preguntes qué, pero el duque de Bretaña parece haber visto algo en ti y quiere que seas su esposa. Perdió recientemente a su primera mujer y tiene tres hijos pequeños a los que criar que necesitan una madre. Esa serás tú.

Eva abrió los ojos como platos, incapaz de creer lo que estaba escuchando. Si no recordaba mal, el duque de Bretaña tenía la edad de su propio padre y la que acababa de fallecer era su tercera esposa que, al igual que las dos anteriores, había perdido la vida dando a luz a su hijo. En las cocinas de palacio se murmuraba que era un mal hombre, agresivo, bruto y violento, que coleccionaba esposas y amantes hasta que les arrancaba la vida a base de golpes. Apretó los dientes con fuerza. Ella no sería la próxima, su padre nunca lo permitiría.

—No me casaré con ese monstruo —afirmó con la mandíbula aún apretada.

—Sí que lo harás —canturreó su madrastra a la que parecía hacerle gracia la furia de Eva.

—Mi padre no lo permitirá —amenazó Eva como último recurso.

—No solo lo permitirá, sino que él mismo ha sido quien ha firmado el acuerdo. —La mujer lanzó un papel hacia ella a la vez que soltaba una carcajada—. Pobre niña estúpida, ¿creías que ibas a poder aprovecharte de tu padre toda tu vida y hacer lo que te diera la gana? Tu hermano y tú habéis disfrutado de una vida que no os correspondía, pero eso se acabó. —Un brillo rojizo cubrió sus ojos y una especie de sombra oscura onduló sobre su imagen, al tiempo que una sádica sonrisa brotaba en sus labios—. Ahora, sube a tus aposentos. Mañana tendrás que levantarte temprano para estar presentable para tu futuro esposo —ordenó riendo a carcajadas.

Eva corrió escaleras arriba, incapaz de comprender lo que acababa de pasar. Aquello no podía ser verdad. Su padre no podía haberla traicionado de esa manera.

Respiró hondo al entrar en su habitación. Tenía que calmarse, necesitaba un plan, algo que impidiera aquel matrimonio. Era una sentencia de muerte, una a la que no acudiría dócilmente.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse silenciosas y eso solo la enfureció más. Ella no era débil, ella no lloraba; ella luchaba, ella peleaba y ella jamás se rendía.

Pero en aquel momento se sentía más como un barco a la deriva, abandonada a su suerte en la inmensidad del mar, incapaz de encontrar un puerto seguro.

La despertó la voz de su madrastra gritándole a su hermano Dalman. No podía distinguir las palabras con claridad, y tardó unos minutos en ser consciente de dónde estaba y lo que sucedía. Notaba la cara hinchada por el llanto, la noche debía haber caído en algún momento mientras dormía, cansada de llorar de impotencia, y la oscuridad cubría sus aposentos.

Se levantó con torpeza y se escabulló en dirección a la habitación de su hermano. Cuando llegó al cuarto, al otro lado de la casa, lo encontró guardando algunas joyas en un zurrón de cuero.

—¿Qué haces? —preguntó insegura, cerrando tras ella.

—Me voy. No pienso aguantar a esa harpía. —Dalman ni siquiera se volvió a mirarla.

—¿Qué ha pasado?

—No sé quién se cree que es esa mujer, ni qué clase de brujería ha utilizado para hechizar a padre, pero no pienso quedarme para descubrirlo —afirmó sin dejar lo que estaba haciendo.

—¿Qué ha pasado, Dalman? —insistió.

—¡Esa zorra pretende que me una a la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo! —exclamó con rabia.

—¿A los Templarios? —susurró impresionada—. Creía que los caballeros eran entrenados desde infantes...

—Al parecer nuestra «querida madrastra» tiene algunos contactos. Al amanecer saldrá un destacamento para acompañar a un grupo de peregrinos hasta Tierra Santa. Pretende que me una a ellos. ¡No lo haré! —Evangeline dio un paso atrás al percibir la furia en las palabras de su hermano—. Lo siento, *ma petite* —Dalman se acercó a su hermana y acarició su mejilla con

ternura—, no quería asustarte. Pero cuando la muerte me encuentre, será entre las piernas de una mujer satisfecha y no en el desierto, peleando contra sarracenos.

—¡No seas vulgar!

—Oh, vamos, *ma petite* Eva. —Su hermano se lanzó hacia ella y comenzó a hacerle cosquillas como cuando eran pequeños y tenía pesadillas.

Evangeline rio, a pesar de que podía sentir cómo el miedo trepaba por su piel. Su padre la había comprometido en matrimonio y su hermano mayor iba a abandonarla. La soledad y la angustia formaron un nudo en su garganta que amenazaba con dejarla sin aire.

—Me han comprometido con el duque de Bretaña —murmuró, forzando las palabras a través de sus labios apretados.

Dalman la miró, asombrado y preocupado.

—Padre no puede haber consentido eso.

Una lágrima solitaria descendió por la mejilla de la joven mientras asentía con la cabeza.

—Huye, Eva, escapa. No permitas que conviertan tu vida en un infierno.

Su hermano besó su frente con suavidad y fue hacia el balcón. La miró una última vez.

—*Je t'aime ma petite sauvage*^[1] —murmuró antes de descolgarse por el muro y salir de su vista.

Eva permaneció allí, con la vista clavada en el lugar donde había visto a su hermano por última vez, mientras las lágrimas caían silenciosas de sus ojos. «Mi pequeña salvaje» así era como su madre la llamaba de niña, cuando insistía en trepar a los árboles como su hermano y corría por los jardines persiguiendo a las ardillas y conejos.

La echaba tanto de menos...

Pero no tenía tiempo de llorar. Dalman tenía razón, necesitaba huir, escapar. No estaba en su naturaleza aceptar un destino como el que su madrastra había planeado para ella.

Su mirada cayó sobre las ropas templarias que habían preparado para su hermano.

¿Y si...?

Ella siempre había querido vivir aventuras, viajar a tierras extrañas, descubrir, conocer, luchar. Era consciente de los peligros que conllevaba esa vida, no era una estúpida. Pero la idea de morir luchando le resultaba mucho más satisfactoria que la de hacerlo pariendo los hijos de un hombre sádico y detestable, que apagaría sus ganas de vivir como si fuera una vela.

Pero las mujeres no podían unirse a la Orden.

Se levantó decidida y cogió el puñal que llevaba oculto bajo su falda, atado en la cara externa de su muslo. Agarró un mechón de su largo cabello rubio, respiró hondo y, sin darse tiempo a pensarlo, lo cortó.

Las lágrimas continuaban cayendo por sus mejillas a pesar de que una sonrisa se dibujó en sus labios. Orgullo, temor, emoción, duda... se mezclaron en su pecho haciendo que riera y llorara a la vez, mientras continuaba cortando su melena.

Probablemente, aquella decisión la llevaría a la muerte, al igual que el matrimonio que su madrastra y su padre habían escogido para ella, pero al menos, sería una que ella había elegido. Una en la que podía luchar. Si debía morir, sería con sus propias condiciones.

Se deshizo de sus ropas, se colocó la túnica templaria, cubrió su rostro con la capucha del manto oscuro que solía usar para sus escapadas y corrió de vuelta a su habitación. Solo había una cosa que quería llevarse: su espada. La que su padre le regaló cuando demostró manejarla mejor que su hermano mayor.

Recogió las pocas pertenencias de las que no quería separarse y se escabulló entre las sombras

hacia las caballerizas, en busca de Noir.

Al amanecer, frente a la capilla de palacio, el obispo bendijo la caravana antes de que partieran en su peregrinación a Tierra Santa. Evangeline se mezcló entre la multitud, intentando pasar desapercibida.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios cuando abandonaron las murallas del Palacio del Louvre. Inspiró con fuerza, con un único pensamiento en mente: así olía su libertad.

Deseo Negado

En la actualidad.

Evangeline abrió los ojos despacio. La luz se colaba por las cortinas blancas, con pequeñas flores azules, que cubrían la ventana de la habitación de Aby. Miró a su alrededor. Le había costado mucho conciliar el sueño. No dejaba de pensar en sus hermanos.

A esas alturas Jacques ya les habría contado a todos su secreto, y no sabía cómo se lo habrían tomado. ¿La odiarían? ¿Se sentirían engañados? ¿Traicionados?

Cuando la primera lágrima resbaló desde su ojo, Eva decidió que ya era hora de ponerse en marcha. La noche anterior se durmió llorando y no pensaba seguir haciéndolo.

Apartó las sábanas de un manotazo y fue directa al baño.

La casa de Aby era bonita, pequeña y acogedora. Las combinaciones de tonos blancos y azules en el dormitorio transmitían paz, mientras los colores vivos del salón y la cocina resultaban alegres e inspiraban vida. Podría acostumbrarse a vivir allí, después de todo, lo había hecho con mucho menos.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en cuando abandonó la casa de su padre para unirse a la Orden. Después de mucho tiempo había vuelto a soñar con aquella noche, y los recuerdos de todo lo sucedido a raíz de que tomara esa decisión ocupaban su mente. Si bien renunciar a su familia y a todo lo que había conocido fue doloroso, lo que vino después no fue más fácil.

Era joven e ingenua, por mucho que se hubiera convencido a sí misma de que no era así.

El camino hasta Tierra Santa no fue sencillo, menos aún, guardando un secreto como el suyo. Jamás se sintió segura hasta que encontró a sus hermanos de armas y ahora...

Abrió el grifo de la ducha y dejó que el agua helada erizara cada poro de su piel. No quería abandonar a su familia otra vez, de hecho, no creía que fuera capaz de hacerlo. Ellos eran todo lo que tenía.

Y, después, estaba Jacques.

La forma en que la había mirado al descubrirla en la ducha... Juraría que el asombro inicial que mostraron sus ojos azules se había mezclado con una pizca de deseo. O quizás fue al revés. Tal vez deseó a la mujer desconocida que estaba en su ducha, hasta que descubrió que era ella y entonces...

Entonces, probablemente su mirada había mostrado traición, disgusto o repugnancia. Por eso prefirió desaparecer. No solo por miedo al haber sido descubierta, sino porque no creía poder sobrevivir a la visión de esas emociones en los ojos azules de Jacques.

Un zumbido leve llegó hasta sus oídos, pero estaba tan sumida en sus pensamientos que no le prestó atención hasta que una música estridente inundó el aire. Cerró el grifo, salió de la ducha, cogió una de las toallas y se envolvió en ella antes de seguir el sonido hacia el salón. La melodía cambió a *Someone like you* de Adele.

Reconoció la canción como una de las que Jacques solía poner mientras hacían *Tai-chi* y el nudo de su garganta se apretó un poco más, al recordar su imagen recortada contra las primeras luces del alba. Su rostro transmitía una paz que ella había creído imposible de alcanzar.

Sus facciones resaltaban en el juego de luces y sombras del amanecer, sus músculos se estiraban y relajaban con cada movimiento, siguiendo una cadencia lenta pero decidida, pasando de una posición a la siguiente con la misma fluidez que el agua de un río en calma.

Aquel se había convertido en su momento favorito del día. El único en el que su total embeleso mientras observaba cada uno de sus movimientos, podía pasar desapercibido con la excusa de torpeza o escasa flexibilidad.

Solo entonces se había permitido beber de cada uno de sus rasgos, disfrutar de la vista de su tez morena expuesta, y se había perdido en la sonrisa genuina que se dibujaba en sus labios carnosos. Hasta el punto de llegar a soñar con lo que sabía era imposible.

Cogió el teléfono fijo que estaba sobre la mesa del salón. Había dejado de sonar mientras ella se perdía en sus ensoñaciones y volvió a hacerlo en aquel momento. Descolgó y se llevó el aparato al oído necesitando algo que la distrajera.

—¿Eva? —preguntó Aby en un susurro—. ¿Estás ahí?

—Hola, Aby. Sí, soy yo.

—¡Gracias a Dios! Te he estado llamando a tu móvil, pero no lo cogías y no sabía si responderías al de mi casa.

—¿Va todo bien? —murmuró en lugar de todas las preguntas que pujaban en su mente.

—Están preocupados por ti, Eva, igual que yo.

—No están...

—¿Estás hablando con ella? —La voz de Jacques al otro lado de la línea hizo que las palabras se paralizaran en su garganta—. ¿Dal... Eva? —El médico se corrigió en mitad de la pregunta, y a ella le temblaron las piernas al escuchar su nombre de sus labios.

Colgó.

Que la llamasen cobarde, pero en aquel momento había cosas que aún no estaba preparada para afrontar.



—¿Eva? ¡¿Eva?! —Jacques continuó gritándole al aparato aun sabiendo que no había nadie al otro lado.

—¿Contento? —Aby lo observaba con una mirada desaprobadora y los brazos cruzados bajo su pecho.

—¡Me debe una explicación! —exclamó con furia, luchando contra el sentimiento de impotencia que amenazaba con ahogarle.

—Ella no te debe nada —zanjó Aby con rotundidad—. Tú a ella, en cambio, creo que le debes, como mínimo, darle el tiempo que necesite.

Extendió su mano pidiendo su teléfono, y en cuanto Jacques lo dejó sobre su palma, se volvió, dejándolo solo con sus pensamientos.

El templario regresó directo a su habitación, se sentó en una de las butacas color café que había frente a la televisión de su cuarto, apoyó los codos en las rodillas y ocultó el rostro entre sus manos. No había conseguido pegar ojo en toda la noche. Las horas habían pasado lentas mientras su cabeza bullía, revisando cada uno de los momentos que había compartido con Eva, y preguntándose cómo demonios no se había dado cuenta de que era una mujer.

Solo encontró una respuesta: había estado tan hechizado por aquel par de ojos azules, por esa mirada inocente, la resolución, el orgullo y la fuerza que ocultaban su delgado y joven cuerpo, que no fue capaz de ver más allá.

Si lo hubiera hecho...

Si se hubiera dado cuenta de que era una mujer...

¿Qué? ¿Es que acaso habría cambiado algo?

Si lo pensaba fríamente tenía que admitir que no, saberlo solo habría aumentado su dolor, su miedo y su necesidad de protegerla.

Protección.

¿Quién la había protegido antes de que llegara hasta él?

Eva apenas llevaba un año con ellos. Acababa de cumplir los veinte poco antes de que se internasen en la cueva que cambió sus vidas y, según lo que les había contado, solo tenía dieciséis cuando se unió a los templarios. ¿Cómo había sobrevivido?

Un nudo se apretó en su estómago, provocándole arcadas de puro terror, tan solo al imaginar a una Evangeline adolescente recorriendo el camino hasta Tierra Santa, haciéndose pasar por un hombre.

Aquella travesía era difícil para un guerrero experimentado. Saqueadores de caminos, escasez de provisiones, enfermedades... mil y una dificultades unidas a las inclemencias del tiempo. En el siglo XIII aquel viaje podía llevar, con suerte, seis largos meses, si no más; y eran muchos los que perdían la vida por el camino. Si a eso le añadías guardar un secreto como el de Eva...

Para la mentalidad moderna, una mujer de dieciséis años aún era una adolescente, menor de edad, pero en aquellos tiempos ya eran mujeres, preparadas y listas para concebir. Y, aunque los caballeros templarios tenían voto de castidad, este no se aplicaba a los numerosos mercenarios que viajaban con ellos, uniéndose a sus filas buscando tan solo riquezas, poder y aventuras. Ni a los viajeros que componían la caravana.

¿Y si alguien hubiera descubierto su secreto? Peor aún, ¿y si alguien lo había hecho? ¿Qué habría tenido que pasar su dulce Eva durante esos tres años?

Las arcadas se convirtieron en náuseas y tuvo que correr al baño. No tenía nada más que bilis en su estómago, ya que no fue capaz de comer nada desde que ella desapareció, pero aun así se retorció de forma dolorosa, casi tanto como su corazón.

El miedo se transformó en furia, de una forma tan sutil que casi no fue consciente de ello, mientras se levantaba y enjuagaba su boca.

¿Por qué había corrido tantos riesgos? ¿Qué la había llevado a cometer aquella locura? ¿A ponerse en tanto peligro? ¿Tan mala era su vida como para que unirse a los templarios fuera su única salida?

De la misma forma en que había surgido, su furia se volvió contra él mismo al percatarse de que, en realidad, no sabía nada sobre Eva. Sobre cómo había sido su vida ni qué la llevó a unirse a la Orden.

Se esforzó tanto en mantenerse alejado de ella cuando pensaba que era Dalman, centrándose en controlar la atracción no deseada que sentía hacia su hermano de armas, que jamás se molestó en conocerla.

Rechazó cada uno de los intentos de acercamiento por parte de la joven, manteniendo las distancias y obligándose a mostrar indiferencia cuando en realidad lo que deseaba era beber de cada una de sus palabras y gestos.

Idiota.

Se relacionó con ella a gritos. Riñéndole, corrigiéndole el más mínimo error, tratándola con dureza, más incluso de la que mostraba hacia los demás. Y todo por miedo.

Él nació para unirse a la Orden. Fue criado y educado con ese único objetivo. Ser un templario era todo lo que deseó ser desde que tenía uso de razón. Ser un soldado de Cristo, defender a la cristiandad, recuperar Tierra Santa, proteger a los peregrinos y luchar contra los infieles.

Sus votos, pobreza, castidad y obediencia, lo eran todo para él. Eran lo que le definía, su razón de ser, su forma de vida. Sentirse atraído por otra persona jamás entró en sus planes. Descubrir que podía albergar esa clase de sentimientos y que, además, el objeto de su deseo era otro hombre, había sido demasiado para él.

Y ahora...

Bueno, si algo conseguían más de siete siglos de vida era poner las cosas en perspectiva.

—¿Te encuentras bien?

Rodrigo asomó la cabeza a través de la puerta de su habitación y lo observó sin atreverse a entrar.

—Sí, gracias —respondió sin mirarle siquiera—. ¿Hay alguna novedad?

—El brazo de Prax ya está prácticamente curado, así que está entrenando en el patio. Solo.

—No debería forzarse, sería mejor que se tomara al menos un día de descanso —alegó sin mostrar la más mínima emoción en su voz.

—¡Ja! Como si no se lo hubiésemos dicho.

La voz de su compañero sonó demasiado cerca, y Jacques se sorprendió al elevar la vista y encontrarlo sentado de lado en la butaca junto a la suya, con los pies colgando sobre uno de los brazos del asiento, en actitud relajada.

Lo miró durante unos segundos, intentando que viera en sus ojos lo poco bienvenida que era la compañía en aquel momento, pero el español se limitó a elevar una de sus cejas y devolverle una mirada burlona.

—¿Sabes algo de Eva? —preguntó resignado. Tal vez, cuanto antes sacaran el tema, antes se iría su visitante.

—Sé que está bien, algo que no puedo decir de ti —respondió mirándole fijamente.

—No sé a qué viene eso, yo estoy estupendamente —repuso concentrado en una pequeña mota de su camiseta.

—Divino, diría yo. No hay más que verte. —El tono burlón de su compañero no le pasó desapercibido, pero Jacques no estaba dispuesto a permitir que le afectase—. Vamos, Jacques —Rodrigo se revolvió en su asiento, colocándose bien y reclinándose sobre sus rodillas—, deja de comportarte como un capullo y empieza a hablar. Te vendrá bien.

—No soy ningún capullo —afirmó mirándole a los ojos por primera vez— y no tengo nada de qué hablar—. Volvió a centrar su atención en su camiseta, que parecía haberse convertido en la mayor atracción de su habitación en ese momento.

—¿Sabes? No entiendo cuál es tu problema, deberías estar feliz —le reprochó Rodrigo serio.

Jacques levantó la vista y clavó sus ojos azules en los marrones y ligeramente almendrados de su compañero con desagrado, pero no pronunció ni una palabra. Así que el español, después de unos segundos, continuó hablando.

—Te has sentido atraído por Dalman desde que se unió a nosotros. —El francés abrió la boca dispuesto a replicar, pero su compañero no le permitió interrumpirle—. Hazte un favor a ti mismo y ni siquiera te molestes en negarlo.

—¿Cómo...? —farfulló Jacques entre dientes, ocultando el rostro de su hermano, avergonzado y sintiéndose incapaz de verbalizar la pregunta al completo.

—Créeme, sé lo que es querer a alguien a quien no deberías.

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios, y Jacques recordó al pequeño hombre que se había lanzado a sus brazos la noche anterior.

—¿Siempre te...? —dejó la cuestión en el aire, incapaz de verbalizarla.

—¿...han gustado los hombres? —Fue el propio Rodrigo quien terminó su pregunta, parecía que Jacques no estaba para muchas palabras—. Sí —se respondió a sí mismo con un ligero encogimiento de hombros—, pero ese no es el tema, Jacques. Dalman no es un hombre, es una mujer, y nuestros votos de castidad pasaron a la historia junto a la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo hace mucho tiempo.

—No es tan fácil —se excusó Jacques negando con la cabeza.

—Nunca creí que fueras un cobarde. —Rodrigo chasqueó la lengua con desagrado y se puso en pie.

—¡No soy un cobarde! —exclamó Jacques enfrentándose a él.

—¡Pues demuéstralo! —gritó su compañero con ganas de zarandearlo—. Tienes lo que siempre has querido al alcance de tus manos y en vez de luchar por ella, estás aquí, escondido en tu habitación, como un cobarde.

—¡Se ha ido! ¿Es que no lo entiendes? ¡Eva se ha ido y no sé dónde está!

—Pues búscala, llámala, ¡haz algo! Lo que sea, menos quedarte aquí lamiendo tus heridas mientras la persona a la que amas se escapa entre tus dedos.

Probablemente, de haber estado pendiente de algo que no fueran sus propios problemas, Jacques se habría dado cuenta de la forma en que brillaban los ojos de Rodrigo, o de la nota de dolor que teñía sus palabras. Pero estaba demasiado centrado en sus propios miedos, en su propia culpa, como para percatarse de lo que sucedía a su alrededor.

—No sé por dónde empezar —admitió el francés, sintiéndose derrotado, mientras volvía a dejarse caer en la butaca.

—Pues averígualo pronto, porque Eva va a volver y tomará el lugar que le corresponde entre nosotros; y si encuentra a un hombre que la merezca, estaré de su lado. Porque merece ser feliz junto a alguien que la ame lo suficiente como para atreverse a luchar por ella.

Rodrigo se volvió y abandonó la habitación, pero sus palabras quedaron suspendidas en el aire como una amenaza o, peor aún, como una predicción. Eva volvería y si él no tenía las agallas de aceptar sus sentimientos y luchar por ellos, alguien más lo haría.

—¡Joder! —gruñó entre dientes volviendo a apoyarse sobre las rodillas, con el rostro oculto entre sus manos.

Probablemente Rodrigo tenía razón. Vale, la tenía con total seguridad, pero...

—¡Joder! —repitió incapaz de centrar sus pensamientos.

Deseo de Continuar

Aby volvió a llamar a Eva en cuanto Jacques desapareció de su vista. El hombre irrumpió en su habitación sin previo aviso, pillándola desprevenida. Por suerte, Guillaume no estaba allí, dudaba que le pareciera bien que nadie entrase en el cuarto sin ser invitado estando ella, por mucho que considerara a Jacques su hermano.

Había ido a su habitación con la excusa de recoger sus cosas para mudarse a la de Guillaume y quiso aprovechar para hablar con Eva y ver qué tal se encontraba, pero no esperaba que Jacques la interrumpiese, ni que le arrancase el móvil de las manos. Su amiga había colgado y él se marchó hecho una furia.

Tuvo que enviarle varios mensajes pidiéndole que contestara al teléfono y asegurándole que estaba sola para que la joven al final se decidiera a responder a sus llamadas. Estaba nerviosa, la voz le temblaba y Aby no sabía si era por miedo o por tristeza. Tal vez fueran las dos cosas.

—¿Cómo estás, Eva?

—No lo sé, Aby. Ni siquiera sé quién soy ahora. Llevo toda una vida siendo Dalman y ahora...

—Ahora nada, Eva. Sigues siendo tú, da igual tu nombre.

—¿Eso crees? ¿Crees que a ellos no les va a importar que sea una mujer?

—No debería importarles. Tú...

—Yo les he mentado durante mucho tiempo, Aby —interrumpió la joven—. A mis hermanos, a mis compañeros de batalla. Los mismos a los que tenía que proteger y me protegían. Confiaban en mí, tenía que cuidarles las espaldas y ahora...

—Eva, ellos lo entenderán. Los protegiste, luchaste junto a ellos. ¿Qué más da lo demás?

—Lo demás lo es todo, Aby. —Un suspiro resignado inundó la línea—. Tú jamás lo entenderías. Les he fallado. Ahora dará igual la sangre que haya derramado por ellos, mi destreza en la lucha o las veces que les haya salvado la vida. Les menté, Aby. Mis hermanos me confiaron sus vidas y yo les menté.

Aby la escuchaba con un nudo en la garganta. Las palabras de Evangeline destilaban dolor y miedo, y no conseguía encontrar la forma de ayudar a su amiga.

—¿Por qué no hablas con ellos? Explícales qué te llevó a ser Dalman, por qué te uniste a los templarios. Estoy segura de que lo comprenderán.

—No... No puedo. No ahora. Necesito tiempo, Aby. Dejar de ser Dalman ha sido como perder la fuerza y ahora... Ahora no soy capaz ni siquiera de reconocermme ante el espejo. No sé quién soy, Aby. Ya no puedo ser él y hace demasiado tiempo que dejé de ser Evangeline.

—Está bien. Tómate el tiempo que necesites. —Aby no sabía qué más decirle o qué hacer por ella. ¿Cómo ayudas a alguien en su situación?—. Puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que quieras.

—¿No les dirás dónde estoy?

—Será nuestro secreto.

—Gracias, Aby. Gracias.

Aby finalizó la llamada justo cuando unos brazos envolvieron su cintura, atrayéndola hacia un

pecho duro y musculoso que reconocería en cualquier parte.

—¿Todo bien? —preguntó Guillaume mientras hundía la nariz en su cuello y aspiraba su aroma.

—Nada está bien —respondió Aby aferrándose a sus antebrazos. Necesitaba sentirle cerca, envolverse en él, solo así parecía que el mundo aún seguía en su eje.

—Pero lo estará. —Guillaume la giró sin romper el abrazo y besó sus labios con dulzura—. Volverá, Aby. Esta es su casa, somos su familia.

—Ella no está tan segura de que lo sigáis siendo. Cree que no la aceptaréis, que no la perdonaréis por haberos engañado. Pero no es así, ¿verdad? —Guillaume hizo una mueca rara con la boca y Aby se tensó entre sus brazos—. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—No va a ser fácil, Aby. En parte tiene razón. No todos se han tomado la noticia tan bien como aparentan y su vuelta será complicada. Es mejor que Eva se tome un tiempo para aclararse y que lo aprovechemos para limar las cosas aquí dentro.

—Pero está sola, Guillaume. Sola en una ciudad desconocida, en un tiempo desconocido.

—Estará bien. Dalman, o Eva, sabe defenderse sola.

—Ojalá tengas razón.

Guillaume bajó sobre sus labios, deseaba calmar sus inquietudes, pero jamás mentiría a Aby y las cosas no iban a ser tan simples como les gustaría. Rodrigo, Prax y Hugo se habían adaptado con los tiempos, habían tenido siglos para hacerlo, y quizás aceptar que Dalman era en realidad una mujer no fuera un problema para ellos, pero los demás eran un tema diferente.

Jacques estaba demasiado frustrado y confuso como para ser objetivo. Sabía que ese engaño a él le afectaba de un modo diferente al resto y no estaba seguro de que su segundo al mando fuera capaz de ver más allá de eso. Guido no creía que fuera un problema, Philippe probablemente tampoco, pero Bart... Bueno, si de algo estaba seguro era de que no desaprovecharía la oportunidad de meter cizaña.



Eva dejó el móvil sobre la mesa baja del salón y miró a su alrededor. La casa de Aby era pequeña, pero muy agradable y acogedora. Aun así, era otro cambio más. Demasiados en tan poco tiempo. Sus ojos fueron a parar a su reflejo en la pantalla apagada del televisor. La camiseta que había cogido del armario le quedaba más ceñida que las que solía usar y eso, unido al hecho de que por primera vez en años no había usado las vendas para constreñir su pecho, hacía que su busto resaltara evidenciando que no era un hombre.

Ya no era Dalman, pero tampoco sabía cómo ser Eva. Ni siquiera mientras crecía siéndolo había sabido cómo ser una dama. Quizás ahora, en pleno siglo XXI, las normas de educación de

su época no estuvieran vigentes, pero su problema seguía siendo el mismo.

Al nacer no eligió dónde, cómo ni en qué época hacerlo. Había tenido suerte porque su padre siempre le dio libertad para ser quién ella quisiera, pero siempre se centró en ser lo contrario a lo que dictaban las normas. Ni siquiera sabía por qué, el caso era que se había esforzado en hacer siempre lo contrario a lo que se suponía que se esperaba de ella. Después huyó y ya no tuvo que pensar. Se unió a los templarios, se convirtió en Dalman, y todo lo que se esperaba de él era que luchase y, llegado el momento, muriese por la causa. Daba igual lo que quisiera, esperara o anhelase. No había tiempo ni espacio para pensar en nada que no fuese mantener su secreto, no levantar sospechas, ser uno más.

Ahora...

Ahora, por primera vez en su vida, podía ser y hacer lo que quisiera. Y no tenía ni idea de qué era eso.

Sumida en sus pensamientos salió del piso y comenzó a caminar. Necesitaba respirar, estaba acostumbrada a los grandes espacios de aire libre y de repente el pequeño apartamento de Aby comenzaba a resultarle asfixiante.

Resultó que estaba muy cerca de Covent Garden, el famoso mercado en el que se agolpaba una cantidad desproporcionada de turistas. Así que giró por una de las calles intentando alejarse de la multitud. Bajó por King's Street hasta llegar a St. Martin's Ln y continuó caminando. Su mirada iba de un lado a otro, intentando absorber todo lo que sucedía a su alrededor. Los edificios, escaparates, coches, luces, sonidos... todo era nuevo, excitante y aterrador a partes iguales. De repente se sentía pequeña, minúscula en aquella vorágine de vida envuelta en colores brillantes y ruidos estridentes.

Las personas pasaban junto a ella, pero estaba segura de que ninguno de ellos la veía. Solo era una más entre la multitud. Otro rostro, otra vida. Una que no le importaba a nadie, una que nadie juzgaría, a la que nadie le diría qué hacer o quién ser.

Sus pasos la llevaron hasta St. James Park y en el instante en que se vio rodeada de árboles, tomó una bocanada enorme de aire, necesitando llenar sus pulmones y sentirse viva. Las filas de turistas se sucedían una tras otra en dirección al Palacio de Buckingham, se alejó de ellos y continuó su camino a través de los árboles, buscando algo de paz, de soledad. Cuando llegó a St. James-Park's Lake se paró un instante y disfrutó de las vistas. Parecía que los visitantes no habían llegado hasta allí, demasiado interesados en ver el cambio de guardia optaban por perderse las increíbles vistas que tenía ante ella.

El lago era enorme, contaba con dos pequeñas islas y un puente lo atravesaba. A lo lejos, por encima de los árboles, podía vislumbrar The London Eye, pero prefirió apartar la mirada y centrarse en la naturaleza que bullía a su alrededor.

Tomó asiento en uno de los bancos que rodeaban el lago, cerca de la zona donde los patos nadaban, ajenos al ajetreo y al bullicio de la ciudad, y durante un instante deseó ser uno de ellos.

¿Cómo podía haberse torcido todo tan pronto? Ella ni siquiera debería estar viva. Su destino era morir defendiendo San Juan de Acre, perecer en la batalla que significó el principio del fin para sus hermanos templarios. Y en lugar de eso, allí estaba. Sentada en un parque en medio de una ciudad, setecientos años después.

—Hazme sitio.

Eva no pudo evitar dar un respingo al escuchar aquella voz. No era posible. Aby se lo había prometido.

—Vamos, hazme sitio. Con lo pequeña que eres no entiendo cómo puedes ocupar todo el

banco tú sola. ¿Es que no sabes nada sobre normas sociales? Está muy mal visto eso de acaparar los espacios públicos, que lo sepas.

Eva volvió el rostro, incapaz de mirar a los ojos de Rodrigo. Había reconocido su voz, sabía que era él, pero ella aún no estaba preparada para enfrentarse a ninguno de sus hermanos. Aun así, sin pronunciar ni una sola palabra, se echó hacia un lado para hacerle hueco en el asiento.

—Vamos, ¿ni siquiera vas a mirarme? Creí que éramos amigos... hermanos, a decir verdad.

De pronto, el nudo que había permanecido atascado en el pecho de Eva explotó dejando que una solitaria lágrima se deslizara por sus mejillas, como único prelude de la tormenta de emociones que se avecinaba y habitaba en su interior.

—Eva...

Esa simple palabra. Su nombre pronunciado por uno de sus hermanos. Sin reproches, sin ira, sin nada más que un cariño profundo e infinito. Eso fue todo lo que necesitó para que la presa que mantenía a raya sus emociones se desbordase, dando paso a un llanto desconsolado.

—Vamos, cariño, desahógate.

Rodrigo la envolvió en sus brazos sin que Eva opusiera la más mínima resistencia. Se aferró a las solapas de su chaqueta como un náufrago se agarraría a los últimos restos del barco, como si fuera lo único que podía mantenerla a flote, con vida, en la inmensidad del océano desconocido en que se había convertido su vida.

Durante minutos que parecieron horas se limitó a llorar contra el pecho de Rodrigo, dejando que sus lágrimas empaparan el carísimo traje que llevaba y sin sentir el menor remordimiento por ello. Su hermano la abrazaba, acariciando su espalda de arriba abajo con infinita ternura y una paciencia desconocida.

—¿Sabes? —murmuró Rodrigo cuando por fin Eva comenzó a calmarse—. Siempre quise tener una hermana. Me alegro de que seas tú.

Despacio, las manos de Eva fueron soltando la chaqueta, y elevó su mirada con timidez hasta encontrarse con los ojos oscuros del hombre que sostenía sus pedazos, impidiendo que se derrumbara como un castillo de naipes.

—A-aún me... —Eva cogió una gran bocanada de aire y comenzó de nuevo—. ¿Sigues siendo mi hermano?

—Siempre, Eva. Ni siquiera lo dudes. Durante mucho tiempo pensé que mi situación era la más complicada. Que tenía el mayor secreto y sufriría las peores consecuencias si algún día se descubría. Lo sé, siempre he sido bastante egocéntrico, ¿verdad? —Rodrigo la miró con los ojos brillantes de diversión y esa sonrisa pícara y burlona tan típica de él y Eva no pudo impedir que otra, mucho más tímida y discreta, asomara a sus labios—. Esa es mi chica —respondió besando su frente—. Sé que sabes que no va a ser fácil, Eva, nunca lo es.

—Ojalá lo fuera —murmuró volviendo a bajar la mirada.

Rodrigo acarició su mentón antes de alzarle el rostro para encontrarse con sus ojos azules cuajados aún de lágrimas.

—No estamos hechos para las cosas fáciles, hermanita. Somos supervivientes, nunca lo olvides. Y sobrevivirás a esto.

—No me aceptarán —afirmó cerrando los ojos. La mano de Rodrigo aún mantenía su rostro alzado, pero se sentía incapaz de mirarle mientras decía aquellas palabras.

—Lo harán. Quizás les cueste más trabajo, no será fácil que sus masculinos, grandes y plagados de testosterona egos, acepten que una mujer les ha salvado el culo más de una vez. Pero lo harán.

—Pensé que tú eras el que tenía el ego más grande de todos —susurró con una sonrisa.

—¡Ja! En eso tienes toda la razón, nena. —Su mirada se volvió seria de repente—. Lo siento, Eva. Siempre me he jactado de ver más allá de las apariencias. Debí darme cuenta, ver más allá de mis propios secretos y descubrir los tuyos. Quizás así no te hubieras sentido tan sola.

—No podías —respondió con rapidez, no iba a permitir que nadie se sintiera culpable por ella—. Yo no quería que nadie me descubriera, mi vida dependía de ello. Si lo hubieras hecho...

—Pero ya no estamos en Acre, Eva. El siglo XIII quedó atrás, igual que los templarios y la Guerra Santa. Ahora tienes una nueva oportunidad, una de ser tú misma.

—¿Tú lo has conseguido?

—¿Ser yo mismo? Me ha llevado tiempo... pero sí.

—No es lo mismo, Rodrigo. Sigues siendo un hombre.

—Uno al que le gustan los hombres —soltó levantando una ceja y sin dejar de sonreír.

—¿Qué? —Eva lo miró aturdida sin acabar de entender sus palabras.

—No eres la única con un secreto, Eva. El mío también quedó al descubierto hace no mucho y no todos nuestros hermanos están felices con la noticia. La diferencia es que yo he tenido siglos para aceptarme y practicar, en eso de que me dé exactamente igual lo que me digan. O, al menos, en aparentarlo.

—Sigues siendo un hombre. A nadie debería importarle con quién compartes tu vida o a quién amas.

—No debería, no. Pero lo hace. Tampoco debería importar lo que tienes o no entre las piernas, ¿verdad? Has demostrado tu valía en más de una ocasión, eres una de nosotros, Eva, pero la primera que tiene que creérselo eres tú. Te has ganado tu puesto con sangre y eso no lo cambia que te llames Dalman o Eva. Es tuyo, has luchado por él, has sangrado por él, has matado por él y has sufrido una maldición por él. No dejes que nadie te lo arrebatte.

—Suenan tan fácil...

—No lo es. Tú lo sabes y yo lo sé, pero eso no significa que no vayamos a lograrlo, ¿verdad? Tienes que enfrentarte a ellos y dejarles claro cuál es tu sitio.

Después del primer impacto de encontrarse con Rodrigo la mente de Eva comenzaba a aclararse. Se enderezó en el asiento y comenzó a mirar a todos lados.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Están...?

—Tranquila. He venido solo. Cuando volvisteis os coloqué un localizador a cada uno. Pero el tuyo, por algún motivo que desconozco —dijo guiñándole un ojo—, dejó de funcionar la noche que desapareciste. Qué cosas, ¿eh? Solo yo tengo acceso a él. Entiendo que necesites tu tiempo y voy a dártelo, Eva, pero no demasiado. Tarde o temprano tendrás que enfrentarlos. Solo recuerda que no estarás sola. No lo estás. Nuestros hermanos pueden ser unos capullos, pero son hombres de honor. Guillaume, Hugo, Guido y yo no tenemos ningún problema en que seas Eva, al contrario. Prax es... él, bastante borde y muy bruto, pero sabes que para él solo importas lo que valgas en batalla y tú eso lo tienes más que ganado. Bart y Philippe... será más complicado. Bart es un tocapelotas y Philippe... bueno, es su hermano pequeño.

—¿Y... Jacques? —murmuró el nombre agachando la vista, temerosa de que Rodrigo percibiera en sus ojos aquello que ya no podía ocultar.

—Jacques es un capullo. Pero espabilará por la cuenta que le trae. No te preocupes por él.

—Es fácil decirlo.

—Créeme. Tengo un máster en lo que a enamorarse de capullos se refiere. Si él no es capaz de valorarte, aceptar sus sentimientos y luchar por ti, no se merece ni uno solo de tus

pensamientos.

—Nunca me perdonará.

—¿Perdonarte? ¿Qué tiene que perdonarte? Ha sido él el que se ha comportado como un estúpido prepotente durante años y lo sigue haciendo. Deja que él resuelva sus problemas y céntrate en ti misma, te lo has ganado. —Rodrigo sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta—. Necesitarás esto. Me he tomado la libertad de conseguirte documentación nueva con un nombre más... apropiado. Ahora tus papeles están en regla y tienes una tarjeta de crédito, asociada a una cuenta nada desdeñable, para que te compres lo que necesites... o lo que quieras. También tienes un móvil nuevo, solo yo tengo el número, dáselo a Aby si quieres. Encuéntrate a ti misma, Eva, pero no tardes mucho porque te estaré vigilando. —Besó su frente y se levantó del banco—. Cuídate, hermanita, llámame si necesitas algo y no vuelvas a salir de casa sin el teléfono. Te llamaré si te necesitamos.

—Gracias. Por todo.

—¿Para qué están los hermanos mayores?

Y con un guiño se alejó dejándola sola con sus pensamientos.

Deseo de Encajar

Habían pasado tres días desde que abandonó la mansión. Eva se había acostumbrado a los paseos hasta el parque, a hacer la compra y hasta estaba aprendiendo a cocinar. Internet podía ser realmente útil.

Cuando aprendías a usarlo, claro.

Un par de días antes, hablando con Aby, esta le propuso pasar una *noche de chicas*, fuera lo que fuese eso. Sonaba divertido y aceptó la invitación, así que esa noche Aby y Chloé irían a su piso. Por lo que le habían contado pedirían comida, cenarían viendo películas *de chicas* y también habían dicho algo acerca de manicura y no sabía qué más. Le daba igual lo que hicieran. Solo con estar con sus únicas amigas le bastaba.

Salió de casa corriendo, quería comprar un par de cosas antes de que llegaran. Había pasado horas buscando en internet en qué consistía una *noche de chicas* y había llegado a la conclusión de que necesitaba helado, palomitas, chucherías y grandes cantidades de chocolate y alcohol. Así que le tocaba llenar la despensa.

Estaba cerrando la puerta cuando un ruido a su izquierda llamó su atención. En la puerta de al lado, un hombre se afanaba en meter la llave en la cerradura mientras con la otra mano sujetaba una bolsa de papel a punto de desbordarse.

—¿Necesita ayuda?

El susodicho volvió la cabeza dedicándole una mirada de perfil que podía ser considerada letal y gruñó algo ininteligible, pero que tenía toda la pinta de ser un insulto, justo antes de girar la llave, entrar y cerrar de un portazo tras de sí.

Eva se encogió de hombros sin entender su actitud, había cosas de aquel siglo que todavía le resultaban extrañas, y bajó las escaleras corriendo, directa hacia el pakistaní de la acera de enfrente. Tenía que darse prisa si quería tenerlo todo preparado antes de que llegaran las chicas.



Chloé y Aby llegaron alrededor de las seis y ambas venían cargadas con más dulces, patatas fritas, varias botellas de vino, latas de cerveza y una interminable lista de películas apropiadas

para la ocasión. Eva miró asombrada el despliegue de comida basura sobre la encimera de la cocina y no pudo hacer otra cosa que echarse a reír. Nadie imaginaría que solo iban a ser tres personas aquella noche.

Una vez que se deshicieron de todo su alijo, ambas la abrazaron. Llevaban días sin verse y estaban preocupadas por ella.

—¿Cómo estás? —preguntó Chloé, separándose para recorrerla de arriba abajo con la mirada. Eva lucía una sonrisa enorme, pero sus ojos aún dejaban ver algo de tristeza y muchas dudas.

—Mejor —murmuró sin soltarse del abrazo de Aby.

Ambas agradecieron que no hubiera intentado engañarlas diciendo que se encontraba bien.

—¿Lo suficiente como para volver a casa? —tanteó Aby.

El gesto de la joven se torció.

—¿Aún... —tragó visiblemente, como si le costara pronunciar las palabras, y la sonrisa desapareció de su rostro—... soy bienvenida?

Sabía lo que le había dicho Rodrigo, pero no podía evitar pensar que él era un hombre. Confiaba más en la opinión de Aby y Chloé en ese sentido. Después de todo ellas también eran mujeres y conocían a sus hermanos.

—¡Por supuesto que lo eres! ¡Y que alguno de esos capullos diga lo contrario! —Chloé no ocultó su indignación.

—Tú... no lo entiendes —susurró Eva, negando con la cabeza—. No es tan sencillo.

—¡Claro que lo es! —insistió—. Eres una de ellos, has luchado a su lado, te has jugado la vida por ellos. ¡El hecho de que no te cuelgue nada entre las piernas no cambia eso!

—Eva... —Aby apretó la mano de la joven, que permanecía con la cabeza baja y nada convencida, para llamar su atención—. Chloé tiene razón, para ellos no cambia nada el hecho de que seas una mujer.

—No están... ¿enfadados? —Necesitaba la confirmación de alguien imparcial.

—¡Oh, sí! —exclamó Chloé entre risas— ¡Claro que lo están! Pero no contigo ni porque seas una mujer —se apresuró a aclarar ante la mirada asustada de Eva—. Es solo que su desproporcionado ego masculino no concibe la idea de haber estado conviviendo contigo y que ninguno se diera cuenta de que eras una mujer.

Eva la miró perpleja y ella rio con más ganas aún.

—Imagínate —continuó entre risas—: ocho templarios grandes y fuertes, educados para considerar a las mujeres como el sexo débil, incapaces de cuidarse solas, a quienes hay que salvar y proteger... ¡y una de ellas ha estado salvándoles el culo durante más de un año sin que ni siquiera se hayan dado cuenta!

Su risa consiguió contagiar a las otras dos y aligeró el ambiente. Permanecieron unos minutos riendo con ganas, lo que ayudó a Eva a relajarse un poco. Al menos hasta que clavó sus ojos azules en los verdes de Aby e hizo la pregunta que más temía:

—Y... ¿Jacques?

Aby intercambió miradas con su amiga antes de responder.

—Jacques está... preocupado, muy preocupado. —Eva la miró sin acabar de creérselo—. Todos lo están, cariño; de hecho, nosotras también lo estamos.

—Déjate de monsergas y dile la verdad a la chica —resopló Chloé.

—¡Es la verdad! —repuso su amiga.

—Sí, pero no toda. —Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de la francesa—. El problema de Jacques es que, cuando Eva desapareció, lo dejó con un calentón de los gordos.

Rompió a reír otra vez, mientras su amiga la observaba con los ojos muy abiertos y Evangeline miraba de una a otra sin entender.

—¿Un... calentón? ¿Es que se ha quemado con algo?

Chloé se tragó la carcajada y tuvo que girarse para recomponerse. Eva tenía claros problemas para adaptarse al argot moderno y, aunque lo entendía y le parecía totalmente lógico, no podía evitar que le hiciera gracia.

—Lo que Chloé quiere decir —comenzó a explicar Aby dedicándole una mirada exasperada a su mejor amiga—, es que Jacques se quedó muy impresionado al descubrir que eras una mujer porque no se lo esperaba.

—No se lo esperaba... pero bien que lo estaba deseando —farfulló entre dientes la aludida, que parecía incapaz de quedarse callada.

—¡¡Chloé!! No estás ayudando nada —exclamó la pelirroja un tanto cansada de la actitud de su amiga.

—¡Pero si es que no entiendo a qué viene tanto medir las palabras! Eva no es tonta. Es una mujer adulta que ha sobrevivido por ella misma en una época imposible para las mujeres. No creo que le cueste entender que Jacques se siente atraído por ella y que el único motivo por el que no había dado ningún paso era porque creía que era un hombre. —Volviéndose hacia la templaria añadió—: Ahora que ha descubierto que no lo eres, tiene algo más de siete siglos de frustración sexual que aliviar y, dado que la causante, o sea tú, no está cerca, no puede decirse que esté de buen humor.

—¿Frustración... sexual? —preguntó Eva sin entender.

—Sí, pero, si me preguntas a mí, me parece que le está bien empleado, ¿eh? Tienes todo mi apoyo. ¡Hazle sufrir por capullo! Se lo tiene merecido.

La joven continuaba sin entender nada. Miraba de una a otra, oía lo que Chloé decía, pero por más que se esforzaba, no encontraba el menor sentido a sus palabras.

—Lo que la bruta de mi amiga quiere decir —resopló Aby sujetando el brazo de Eva para llamar su atención mientras le dedicaba una mirada de reproche a Chloé—, es que Jacques siempre se ha sentido atraído por ti, pero pensaba que eras un hombre y eso iba en contra de todas sus creencias. Descubrir que no lo eres le ha creado aún más confusión.

—Lo que yo decía... que quiere atravesarte con su espada del amorrrrrrr —canturreó Chloé elevando las cejas de forma cómica.

Aby adoraba a su mejor amiga, le encantaba su forma de ser y su actitud bromista y divertida, pero en aquel momento, lo único que estaba consiguiendo era asustar aún más a Eva.

Se encogió de hombros y se volvió hacia ella. ¿Quería las cosas claras? Pues bien, ella solita se lo había buscado.

—¿Prefieres que hablemos de otra que yo me sé que también está deseando ser atravesada por cierta espada del amorrrrrrr? —preguntó usando el mismo tono divertido y el mismo movimiento de cejas.

Chloé la miró con la boca y los ojos muy abiertos, antes de cerrarlos lentamente y apretar los labios en un mohín de desagrado.

—No, gracias. Ya me callo —murmuró con el mismo gesto de quien se ha tragado un limón, antes de agarrar el tarro de helado de chocolate y una cuchara, dirigirse al salón y sentarse en el sofá.

A Aby no le gustaba usar ese tipo de tácticas, pero a veces su amiga no le dejaba otra opción. Le tocaría aguantar su mal humor —y su venganza— unos días, no obstante, en aquel momento

lo más importante era Eva. Así que, primero se encargaría de la joven y después, arreglaría las cosas con la loca de su mejor amiga.

—No le hagas caso —murmuró abrazando a Eva—. Ya sabes cómo es y que está un poco loca —rio—. Me alegra verte bien, cariño, nos tenías muy preocupadas.

—Estoy bien, Aby, solo necesito tiempo, de verdad.

—Bueno, ¿qué? ¿Vino, cerveza, o empezamos directamente con el alcohol duro? A mí la verdad es que no me vendría nada mal —gritó Chloé desde el salón.

—Creí que la que tenía penas que ahogar era Eva —respondió Aby con una sonrisa, guiñándole un ojo a la templaria.

—Nadie dijo que tuviera la exclusiva —argumentó Chloé tomando otra cucharada de helado—. La cerveza con el chocolate... como que no, ¿no? —preguntó mirándolas por encima del respaldo del sofá—. No —se respondió ella misma—, mejor vino entonces.

Aby cogió una botella de vino, tres copas y el abridor mientras Eva tomaba un par de bolsas de patatas fritas, y ambas se dirigieron al salón para sentarse con su amiga.

—No entiendo muy bien en qué consiste eso de las *noches de chicas* —admitió Eva un tanto apurada. Ambas la miraron sorprendidas y ella se apresuró a intentar explicarse—. He estado buscando información en internet. ¿Sabíais que podéis encontrar casi cualquier cosa? Es algo realmente útil...

—Espera —la interrumpió Chloé—, ¿has estado buscando en internet qué es una noche de chicas? ¡Me muerdo por saber lo que has encontrado! —confesó rompiendo a reír a carcajada limpia.

—Cualquier cosa, seguro —añadió Aby haciendo un auténtico esfuerzo para no reírse.

—¿He hecho algo mal? —Eva estaba colorada y preguntó con timidez, temerosa de haber hecho algo que molestara a sus nuevas —y únicas— amigas.

—No, cariño, no has hecho nada mal —Aby se apresuró a calmarla—. Es solo que, a veces, cuando buscas determinadas cosas en internet, puedes encontrar otras que... que no... son exactamente lo que estabas buscando. No sé si me explico.

—A ver, Eva, confiesa, ¿a cuántos tíos en bolas te has encontrado en tu inocente búsqueda por la red? —Chloé soltó la pregunta a bocajarro y sin dejar de reírse.

—Tíos... ¿en bolas?

—Desnudos. En pelotas, en cueros, en traje de Adán, en *burriñañas*, como vinieron al mundo, con las vergüenzas colgando...

Eva la miraba boquiabierta mientras Aby hacía un esfuerzo por controlar las risas.

—Vale, vale, Chloé —dijo con voz entrecortada intentando dejar de reír—. Creo que Eva ya se ha hecho una idea de a lo que te refieres.

Ambas se giraron hacia la más joven, que continuaba mirando en silencio a Chloé. Sus mejillas estaban ligeramente ruborizadas y agachó la mirada en cuanto se percató de que era observada.

—¡Oh, sí, pillina! ¡Tú sabes de lo que estoy hablando! —Chloé le echó un brazo por los hombros y la atrajo hacia ella—. Creo que ahora es el momento de que te hablemos de lo que es el Photoshop, antes de que te llesves una decepción.

Eva levantó la vista y su mirada se perdió en la pared frente a ella.

—Eso lo sé —dijo con voz seria—. Adobe Photoshop es un editor de gráficos rasterizados desarrollado por Adobe Systems Incorporated, usado principalmente para el retoque de fotografías y gráficos. Es líder mundial del mercado de las aplicaciones de edición

de imágenes y domina este sector de tal manera que su nombre es ampliamente empleado como sinónimo para la edición de imágenes en general. —Miró a sus amigas con una amplia sonrisa, esperando su aprobación. Por fin había algo que sí sabía.

Chloé y Aby la miraron atónitas antes de romper a reír.

—Vale, lo siguiente que tenemos que trabajar son tus ataques en *modo Wikipedia*. En serio, nena, das miedo cuando te pones así.

La noche continuó entre risas, fue más que divertida y las horas pasaron sin que Eva se diera cuenta. Las películas se sucedieron una tras otra, como un murmullo de fondo que hacía las veces de banda sonora a sus conversaciones.

Las risas, las confesiones y lo que para Eva fueron más que revelaciones (sobre todo en el terreno sexual) no dejaron de oírse.

No podía negar que en ciertos momentos se sintió abrumada, por no decir escandalizada, ante algunos de los comentarios de sus amigas. La teoría del concepto de liberación de la mujer estaba presente en su cabeza, al igual que una tonelada más de información. Pero, como solía decirse en esa época: del dicho al hecho...

Su mente sabía que, en el siglo XXI, las mujeres podían (al menos en teoría) hacer lo mismo que los hombres. Trabajar, viajar, luchar, elegir a sus propios maridos, novios... Incluso podían votar, fuera lo que fuese eso. Los conceptos de *amigo con derecho* o *follamigo*, como lo había llamado Chloé, aún giraban en su cabeza. Sí, tenía que admitir que una buena parte de la noche había sido algo así como una clase improvisada de educación sexual. Interesante y muy reveladora, sí, pero no por ello menos... perturbadora.

Si siguiera en su tiempo, si no hubiese huido de su casa para unirse a los templarios, habría acabado casada con el hombre que su madrastra escogió para ella. Sin posibilidad de elegir, sin oportunidad de negarse ni objetar.

Una buena hija habría entendido que su finalidad en la vida no era otra que la de servir. Como moneda de cambio para su familia, que la ofrecería como esposa al hombre cuyo matrimonio aportara más beneficios a las arcas familiares ya fuera en dinero o poder. Y a su marido como yegua de cría, dándole todos los descendientes posibles (preferiblemente masculinos), mientras la naturaleza lo permitiese o hasta que la muerte, si Dios era piadoso, se la llevara.

Ese era el destino que le esperaba, el mismo del que huyó y que la llevó a unirse a la Orden del Temple.

Una decisión que, en contra de lo esperado y sin que pudiera entender cómo, no la había llevado a una muerte segura sino hasta otra época, otro tiempo. Uno en el que su vida, sus decisiones, su cuerpo y su futuro eran suyos y de nadie más.

Durante aquella noche escuchó a las chicas, sobre todo a Chloé, hablar de posturas, juguetes sexuales (¿de verdad existían cosas como las que le había descrito?) y compartir alguna que otra experiencia memorable, la mayoría de ellas por lo ridícula o vergonzosa que había resultado ser. Habían reído mucho, pero también se pusieron serias.

Le hablaron de las ETS, las enfermedades de transmisión sexual, la necesidad de usar protección y los embarazos no deseados. Y aquella fue la parte más preocupante para Eva.

Nunca se planteó tener hijos. Cuando huyó de casa de su padre supo que, indirectamente, estaba renunciando a ser madre, pero era lo que menos le importaba en aquel momento. Solo pensaba en huir, salvarse a sí misma de una vida que no quería. Ni para ella ni para nadie.

Después, hacerse pasar por un hombre y, además, un templario, había hecho el resto. Los sueños infantiles de conocer al hombre de sus sueños, uno que la valorase, la respetase y la

quisiera, libre y siendo ella misma; casarse por amor y solo cuando sintiese que era lo que quería y estuviese preparada para ello, se quedaron en eso, sueños.

Pero ahora estaba en el siglo XXI y un mundo de posibilidades y oportunidades se abría ante ella. Su secreto había sido descubierto, ya no tenía que preocuparse por eso y en esa época, como mujer, podía elegir su propio destino. Podía estudiar, trabajar, ser independiente, salir, divertirse, conocer a un buen hombre... casarse... ¿tener hijos?

En ese preciso instante, justo en el momento en que esas posibilidades aparecieron en su horizonte, la imagen de Jacques ocupó su mente. Un nudo se formó en su garganta, presionando su pecho, asfixiándola, impidiéndole respirar con normalidad. Todo lo que siempre había querido, pero jamás se había atrevido a soñar, mucho menos verbalizar, ahora era posible. O lo sería si por alguna suerte de gracia divina, Jacques llegaba a perdonarla algún día... y a sentir algo por ella. Y, en aquel momento, dijeran lo que dijeran sus amigas, dudaba mucho que cualquiera de las dos cosas pudiera llegar a suceder.

—Aunque respecto a las ETS creo que puedes estar tranquila. Según tengo entendido no podéis enfermar, ¿no? Una de las ventajas de ser los guerreros de Luz y Oscuridad —mencionó Chloé con una sonrisa.

—No, según dijeron, mientras dure nuestra misión somos inmunes a las enfermedades y, dado que no sabemos cuánto tiempo nos llevará, nuestros cuerpos permanecerán invariables hasta entonces. No envejeceremos, ni sufriremos ningún tipo de cambio o alteración en nuestros organismos —explicó Eva.

Y fue en ese preciso instante, cuando pronunció esas palabras: «nuestros cuerpos permanecerán invariables», cuando sintió un enorme jarro de agua fría caer sobre su cabeza y arrastrar las imágenes de una familia feliz que se habían formado en su cabeza.

No envejecería.

No enfermaría.

No habría «cambios ni alteraciones en su organismo».

No sería madre.

—Eva... ¿estás bien? —preguntó Aby acariciándole el brazo—. De repente te has puesto muy pálida.

—Sí, estoy bien. Es solo que acabo de darme cuenta de algo.

Aby la miró con complicidad, como si supiera exactamente lo que acababa de pasar por su cabeza, pero no dijo nada al respecto.

Chloé no tardó en desviar la conversación y, mientras volvían a reírse con alguna de las ocurrencias de la francesa, la mente de Eva acabó llegando a una conclusión. No había cambiado nada. Al menos no en ese sentido.

Era posible que ya no tuviera que ocultar que era una mujer, pero continuaba siendo una guerrera inmersa en una batalla, una de la que dependía el destino del mundo. No tenía tiempo de pensar en casas con vallas blancas y niños correteando a su alrededor. Esa vida no era para ella. Al menos no hasta que no terminara su misión.

Deseo de Vivir

La noche con las chicas había sido intensa y Eva tenía mucho en lo que pensar. Se levantaron tarde y, a pesar de todo lo que comieron durante la noche, decidieron salir a desayunar a una pastelería cercana que conocía Chloé y que, según ella, tenía el mejor *apple crumble* de la ciudad. Ella no sabía con certeza si esa afirmación era correcta, pero después de probarlo, podía decir que realmente estaba delicioso.

La despedida tuvo un sabor agridulce. Estar cerca de sus amigas la había hecho sentir de nuevo como en casa, querida, apreciada, como si realmente le importara a alguien. Volver a la soledad de su apartamento le resultaba un poco desalentador, pero aún no estaba preparada para regresar a la mansión. En realidad, no sabía si algún día lo estaría, aunque sabía que no podría retrasarlo mucho más.

Subió las escaleras del bloque a la carrera, se cambiaría de ropa y volvería al parque, por algún motivo estar en contacto con la naturaleza le ayudaba a relajarse. Suponía que tenía que ver con el hecho de que aún no se había acostumbrado al ambiente propio de las ciudades modernas. El ruido, las prisas, todo ese metal y cemento, los coches... ¿Cómo podían vivir en lugares como esos?

Al llegar frente a su puerta oyó un ruido a su izquierda y se volvió, alerta, en busca de alguna amenaza. Suponía que había costumbres difíciles de perder. Su vecino, el mismo de la vez anterior, salía de su piso. Aunque esta vez llevaba una sonrisa enorme en los labios y algo parecido a un trineo bajo su brazo.

—¡Hola! ¡Tú debes ser nuestra nueva vecina! Amiga de Aby, ¿no? ¡Me encanta esa chica! Aunque hace algún tiempo que no la vemos por aquí. Está bien, ¿no? Sí, claro que sí. Seguro que está de vacaciones en algún lugar paradisiaco, disfrutando de cócteles con sombrillita y poniéndose morena. ¿Has probado alguna vez uno de esos cócteles? Esos de frutas, muy dulces, que te ponen en los hoteles esos a los que se va con pulserita de todo incluido. Sabes lo que te digo, ¿no? Yo siempre he querido ir a uno de esos, espero que este verano pueda escaparme. ¡Oye! ¿Te apetece estrenar conmigo el trineo? Tienes cara de que te vendría bien un poco de diversión. Acaban de traérmelo, ¿sabes? Lo pedí por internet hace unas semanas y me ha llegado hace un rato. Estoy deseando probarlo.

Eva no podía responder, aquel hombre parecía no respirar mientras hablaba. Hilvanaba una frase con la siguiente casi sin coger aire y no se veía que tuviera la menor intención de callarse. Se limitó a observarlo perpleja, con la boca y los ojos muy abiertos, sin saber qué decir ante aquella avalancha de información y positividad.

—¡Oh, sí, ya verás! ¡Será muy divertido! —continuó tirando de su muñeca hacia las escaleras.
—Pero... no ha nevado.

Fue lo único que se le ocurrió decir, lo único que pudo pronunciar en la fracción de segundo que aquel hombre usó para coger aire.

—¿Nieve? ¡¿Quién necesita nieve?! ¡Nos deslizaremos por las escaleras! ¡Ya verás qué divertido! —Ante la incrédula mirada de Eva, colocó el trineo en el suelo, al borde del primer escalón, y se sentó—. Ven —la instó volviendo a tirar de su mano—, siéntate aquí, delante de mí, y dobla las rodillas. Así, ¿ves? —le explicó mostrándole la posición—. Yo colocaré mis

piernas a tus lados para evitar que te golpees con la pared o la barandilla. ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Será divertido!

Y, sin saber cómo, Eva se encontró con su culo sobre el trineo, los brazos de su vecino envueltos en torno a su cintura y deslizándose escaleras abajo. Cuando llegaron al final del primer tramo de escalones, sin saber muy bien si era por los nervios, por el susto o porque realmente había disfrutado de la experiencia, una carcajada brotó de su garganta.

—¡Eso es! ¡Te dije que sería divertido! Pero los tramos de estas escaleras son muy cortos... —Su vecino se levantó y le tendió una mano para ayudarla mientras con la otra se acariciaba el mentón, pensativo—. ¡Ya lo tengo! ¿Crees que nos dejarán deslizarnos por las escalinatas del Museo de Historia Natural? —preguntó muy sonriente—. No, probablemente no. La última vez no les sentó muy bien que intentara pintar de colores el esqueleto de uno de sus dinosaurios... pero es que ese color es taaaaaan aburrido —se respondió él mismo—. ¡Ya lo tengo! ¿Qué te parece si damos una vuelta por Picadilly Circus? Me han dicho que han abierto un nuevo restaurante de comida vietnamita. Nunca he probado la comida vietnamita. ¿Tú la has probado? Bueno, si la has probado mejor, así podrás decirme qué es lo que está más bueno. Aunque mejor no, no me digas nada. Me gusta sorprenderme, ¿sabes?

Mientras hablaba, había dejado el trineo en el suelo, en el mismo lugar en que quedó después de su descenso, y, sin dejar de tirar de ella, corría escaleras abajo en dirección a la boca de metro más cercana.

Eva se dejó llevar, no sabía por qué, pero aquel hombre tenía una energía y una vitalidad, una forma de ver el mundo, que la atraía sobremanera. Hacía que se sintiera ligera, como si de nuevo fuera una niña, sin preocupaciones, sin obligaciones, alguien a quien solo le importaba reír y divertirse. Y lo necesitaba.

Así que lo siguió por toda la ciudad. Comieron en el vietnamita, se unieron a una yincana de una organización benéfica en un parque cercano, subieron al London Eye y pasearon frente a Buckingham Palace imitando a los soldados en su cambio de guardia.

Su vecino, que entre toda su charla excitada en algún momento se había presentado como Hodie, la llevó a rastras por toda la ciudad. Asombrándose ante cada cartel publicitario, cada niño, paloma o perro; cada persona con la que se cruzaban era todo un descubrimiento para él. Como si todo lo viese por primera vez y disfrutase de cada instante con la intensidad de un infante.

Eva rio, rio hasta que le dolió la tripa y sus costillas se resintieron. Durante aquel día se olvidó de su misión, de sus problemas, de sus hermanos y de Jacques. Solo fue Eva descubriendo y disfrutando el mundo a su alrededor. Feliz, despreocupada y con una sonrisa en los labios que esperaba no desapareciese en mucho tiempo.

Deseo Prohibido

Ruta a Tierra Santa, 1290

Habían caído sobre ellos sin avisar, aunque tratándose de una emboscada era lo que cabía esperar. Un grupo de viajeros desprotegidos a manos de los salteadores de caminos. Jacques observó el fuego que consumía los restos de los carros, desde los que el humo, negro, espeso y asfixiante, ascendía en oleadas hasta elevarse por encima de las escarpadas rocas que bordeaban el paso.

Su estómago se revolvió ante la escena. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos muertos. Sus cuerpos ensangrentados regaban el camino como muestra de la brutalidad de la que el ser humano era capaz. Algo que no debería sorprenderle.

Habían sido enviados al encuentro de una caravana que viajaba hacia San Juan de Acre, era lo bastante numerosa y llevaba un buen contingente de hermanos custodiándola, no en vano viajaba con ellos un familiar directo del Papa Nicolas IV, pero nada de eso parecía haber sido suficiente.

Los encargados de su seguridad habían estado tan centrados en proteger al noble que no se percataron de que una parte del grupo se quedó atrás. La voz de alarma había llegado demasiado tarde y ahora ya no quedaba nada de ellos.

—Protegeos del humo y avanzad —ordenó el hombre al mando.

—Guillaume... —La voz de Guido sonó estrangulada, negándose a pronunciar lo que todos pensaban, doliéndose por cada una de las vidas perdidas, culpándose por todas ellas.

—Avanzad —insistió su superior con voz firme.

Todos sabían que allí solo quedaba muerte. Los atacantes debían haber abandonado el lugar hacía mucho, mas Guillaume de Blois jamás se rendiría sin haberse asegurado antes de hacer todo lo que estaba en sus manos.

Avanzaron con lentitud mientras el humo se iba diluyendo, aclarando la visión de dolor, muerte y sangre que se extendía frente a ellos. Treinta almas se habían separado del grupo principal y sus cuerpos yacían ahora en la inmensidad del desierto, su sangre empapaba la arena, salpicaba las rocas y clamaba al cielo. Tantas vidas truncadas por un par de monedas.

Los saqueadores debían haber estado observando y percibir que la cola de la caravana era la zona más desprotegida. De lo que no debieron darse cuenta era de que aquello se debía a que la formaban los más débiles y los más pobres.

Envió una oración silenciosa, pidiendo por las almas de aquellas personas que, en su búsqueda de Dios, habían encontrado la muerte; deseando que su sacrificio fuera recompensado y pudieran ver cara a cara a su Creador.

El sonido llegó a sus oídos amortiguado por el crujir de la madera chisporroteante y los pasos de sus compañeros, que arrastraban los pies sintiéndose derrotados ante tanta destrucción. Metal contra metal.

Su mirada se cruzó con la de Guillaume un segundo antes de que el resto se percatara de que algo sucedía y un grito inundara el aire. Los ocho atravesaron los restos llameantes de un carro que ardía atravesado en el camino y se quedaron paralizados ante lo que encontraron al otro lado.

Un muchacho con ropas de templario y espada en mano luchaba contra cinco atacantes,

manteniéndolos a raya e impidiendo que llegaran hasta una mujer joven, que aferraba un pequeño revoltijo de telas contra su pecho.

El chico no aparentaba tener más de dieciocho años, aunque si llevaba esos ropajes, debía haber alcanzado los veintiuno. Las fuerzas comenzaban a fallarle, se encontraba cansado y ensangrentado, pero no cejaba en su empeño de proteger a aquella joven madre y su hijo recién nacido.

Jacques aferró con fuerza su espada, dispuesto a entrar en la lucha, cuando su mirada se cruzó con la del muchacho.

Apenas una fracción de segundo.

Un ínfimo instante en la inmensidad del universo.

Menos de lo que dura el latido de un corazón, pero suficiente para que el suyo se parara para siempre y quedara prendado de unos ojos azules, claros e inocentes, que ardían con la furia de quien está dispuesto a entregar su vida por defender al débil.



En la actualidad

Los ojos de Jacques se abrieron de golpe. La neblina de los recuerdos tardó unos segundos en despejarse de su mente y permitirle centrarse en el aquí y ahora. Había pasado mucho tiempo desde aquel primer encuentro, pero un solo vistazo a los ojos de Dalman continuaba teniendo el mismo efecto en él. Siempre lo había tenido... y siempre lo tendría.

Se levantó del sofá donde debía haberse quedado dormido en algún momento, mientras daba vueltas a la conversación que había mantenido con Rodrigo días atrás.

La luz del sol apenas traspasaba las pesadas cortinas de color chocolate que cubrían los ventanales y su habitación estaba prácticamente en penumbras. Se frotó los ojos aún aturdido, intentando librarse de los últimos resquicios del sueño y de las emociones que había traído consigo. Pero no iba a ser tan fácil.

Ese primer vistazo a Eva, cuando creía que no era más que otro joven templario luchando por proteger a alguien más débil, anteponiendo la vida de los indefensos a la suya propia, había marcado su alma de formas que ni siquiera se había atrevido a vislumbrar.

El año siguiente a aquel encuentro lo pasó evitando cualquier acercamiento, esquivando miradas, observándolo en secreto, manteniendo las distancias aun en contra de sus propios deseos.

¡Qué idiota había sido!

Como si mantenerse alejado de la tentación hubiera servido para algo.

Como si pagar con el objeto de su anhelo sus frustraciones le hubiese ayudado.

Había rezado, negado su deseo, suplicado en silencio a aquel Dios al que había consagrado su vida que lo librara de esos sentimientos, que lo devolviese al «buen camino». Si para un hombre que había escogido dedicar su existencia a la lucha en una guerra santa, escogiendo el celibato como forma de vida, ya era bastante malo albergar ese tipo de sentimientos... Que el objeto de su deseo fuera otro hombre, uno de sus hermanos de armas, era lo peor que podía sucederle.

Había estado tan centrado en sus remordimientos que ni siquiera se molestó en hablar con él de igual a igual.

Quizás si se hubiera permitido acercarse, si se hubiese interesado en conocerle... quizás se hubiese dado cuenta de quién era en realidad y entonces... ¿qué? ¿Habría cambiado algo descubrir entonces que Dalman era en realidad Eva?, ¿una mujer que se había unido a los templarios haciéndose pasar por un hombre?

—¿Jacques? ¿Estás ahí?

—Adelante —respondió, sin muchas ganas, a la pregunta de Guillaume. Que fuera su hermano a todos los efectos y estuviera dispuesto a dar la vida por él, no significaba que tuviera ganas de verlo, ni de oír sus sermones.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mientras entraba en la habitación.

—Sí —dijo al tiempo que se incorporaba en el sofá y recolocaba su ropa arrugada.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Tal vez porque llevas días sin salir de tu habitación ni probar bocado. —Guillaume fue directo a los ventanales, descorrió las cortinas y abrió para que entrara el aire—. Y, por lo que puedo oler, tampoco te has dado un baño.

—¿Ahora eres mi madre?

—No. —Los oscuros ojos de su hermano se clavaron en los suyos, serios y preocupados—. Pero ten por seguro que si lo fuera ya te habría sacado a rastras y te habría dado unos azotes. Me preocupas, Jacques.

—Estoy bien, Guillaume. Solo...

—No estás bien —cortó tajante—. Deja de engañarte a ti mismo, porque ninguno de nosotros nos lo hemos creído ni por un instante. Descubrir que Dalman es Eva nos ha afectado a todos, y te necesito a mi lado para mantener el control de la situación.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Jacques, no pensarás que todos han encajado bien la noticia de que Dalman es una mujer, ¿verdad? No puedes ser tan ingenuo.

—No veo cuál puede ser el problema.

—¿No ves cuál es el problema? ¿Y por qué estás aquí encerrado si no hay ningún problema?

—Eso es asunto mío.

—Nada que afecte al resto es solo asunto tuyo, Jacques.

—No tengo por qué dar explicaciones...

—¡Te he dicho que me sueltes, gilipollas! ¿Pero quién coño te has creído que eres? —La voz de Chloé en el pasillo atrajo la atención de ambos, interrumpiendo la conversación.

—Deja de montar escándalo —escucharon gruñir a Bart.

—Que deje de... ¿pero tú eres gilipollas? ¡Claro que lo eres! Si no sé ni por qué pregunto. ¡Te

he dicho que me sueltas, animal!

Jacques y Guillaume corrieron al pasillo a ver qué sucedía y encontraron a Chloé forcejeando con Bart, que la mantenía asida por la muñeca e intentaba que volviera a entrar en su habitación.

—¿Acaso no la has oído, Bart? —Guillaume habló con calma y frialdad, tanta que casi podía sentirse el hielo en el aire—. Chloé te ha dicho que la sueltas.

—No te metas en esto, Guillaume —gruñó de nuevo el aludido.

La temperatura pareció bajar unos grados mientras ambos hombres se miraban a los ojos. Serios, fríos, tensos como cuerdas de guitarra.

—Tranquilo, Guille —repuso Chloé despreocupada—, de este me puedo encargar sola.

Y, sin más, pateó la entrepierna de Bart y se giró con una sonrisa en los labios.

—¿Ves? —Sacudió sus manos y aplanó las inexistentes arrugas de su falda con una enorme sonrisa, antes de volverse hacia el templario que yacía a sus pies; encogido por el dolor y mirándola con odio.

—¡Bruja! —escupió Bart con ira.

—Así que bruja, ¿no? Pues que sepas que ha sido la última vez que esta bruja te deja montar en su escoba.

—¿Qué pasa aquí? —Aby, que llegó en ese momento desde la planta de abajo, observó la escena perpleja—. ¿Estás bien, Chloé?

—Ahora mucho mejor. —A pesar de que sus labios mostraban una sonrisa altiva, sus ojos brillaban con dolor. Aby la conocía demasiado bien como para pasar por alto ese detalle—. Me voy a casa. —Miró a su amiga conteniendo las lágrimas que pugnaban por deslizarse desde sus ojos—. Lo siento, de verdad. Lo he intentado, pero no puedo estar aquí ni un minuto más.

Aby intentó acercarse a su amiga, pero ella negó con la cabeza. No podría mantenerse entera si la sentía cerca. La tentación de refugiarse en su abrazo y su cariño era demasiado fuerte. Necesitaba recomponerse antes. La pelirroja lo entendió y asintió con tristeza manteniéndose a distancia, a pesar de que lo único que quería era abrazarla y consolarla. Chloé aparentaba ser fuerte y dura, pero tenía un corazón tierno y blando tras todo ese genio y aparente desparpajo.

—Te acompañaré a casa. —Guido se ofreció tras recibir un asentimiento por parte de Guillaume. Miró a Bart con gesto serio y siguió a Chloé escaleras abajo—. Lo siento —murmuró mientras esperaban a que Shane preparase el coche para llevarlos a Londres—. Bart puede ser un poco...

—¿Capullo? ¿Gilipollas? ¿Neandertal? ¿O tal vez, simplemente, un completo cabrón sin alma?

Chloé enumeró las supuestas «virtudes» del templario con furia. La misma que usó para retirar las lágrimas que ya no podía seguir conteniendo.

Guido nunca había soportado ver llorar a una mujer, menos aún a una fuerte y decidida como la que tenía frente a él. Sin siquiera pararse a pensarlo, cubrió el par de pasos que los separaban y la envolvió en sus brazos, apretándola contra su pecho en un estrecho abrazo.

—Sé que no lo crees, Chloé, al menos no ahora. Pero te aseguro que Bart, en el fondo, es un buen hombre —susurró junto a su oído.

Podía sentir las lágrimas humedeciendo su camisa, las manos de la joven se aferraron a su espalda, arrugando la tela en puños y fue consciente de que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para controlar sus sollozos.

—Aléjate de ella.

La voz de Bart sonó a su espalda como un gruñido y Chloé, en respuesta, se aferró aún más a

aquel abrazo. No podía enfrentarse a él otra vez. No en aquel momento.

—Deberías volver a arriba, Bart. —Lejos de ser una sugerencia, el tono de voz de Guillaume denotó que aquello era una orden.

—Aléjate de ella —repitió, ignorando las palabras del hombre al que había jurado servir.

Chloé respiró hondo, soltó lentamente a Guido, a pesar de que le susurró que no tenía que responder a Bart, y elevó la mirada sobre el hombro del templario, clavando sus ojos en el hombre capaz de llevarla al cielo y al mismo infierno en apenas unos minutos.

No sabía qué iba a decir, ni siquiera se veía capaz de decir algo sin que sus ojos se empañaran. Esa fuerza, esa rabia y las palabras mordaces que siempre parecía tener, la habían abandonado y se sentía como una niña perdida y abandonada.

—Sácala de aquí —ordenó Guillaume a Guido que no dudó en cogerla en brazos y obedecerle, mientras él y Hugo contenían a un Bart enfurecido.

Jacques apareció y clavó una aguja quirúrgica en el cuello de su hermano, que llamaba a Chloé mientras intentaba librarse del agarre de sus compañeros. En cuestión de segundos comenzó a perder fuerzas y poco después cayó inconsciente.

—Sabes que no le va a hacer ni puta gracia cuando despierte, ¿verdad? —evidenció Jacques colocando un par de dedos en su garganta para comprobarle el pulso.

—¿Qué le hace gracia a Bart? —respondió Hugo intentando sostener el peso muerto del templario—. ¡Joder, cómo pesa el condenado!

—Agradece que en esta época no llevamos la armadura templaria. La cota de malla lo haría peor —repuso Guillaume—. Sujétalo de los brazos, lo llevaremos a su habitación.

—No querría ser tú cuando Bart despierte —murmuró Jacques una vez lo dejaron sobre su cama y Hugo abandonó la habitación.

—No creo que haya mucha diferencia con como se comporta conmigo el resto del tiempo —admitió Guillaume entre dientes.

—Tarde o temprano tendrás que hacer algo al respecto. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé —admitió—. Lo que no sé es qué. Antes Philippe al menos podía calmarlo, pero desde que despertamos... es como si estuviese desquiciado. Como un animal acorralado que ataca a cualquiera que se le acerca.

Guillaume miró a su compañero inconsciente y negó con la cabeza. Bart y él siempre habían chocado, era la forma en que se relacionaban desde que se conocieron. Pero últimamente las cosas parecían ir a peor y ya no solo se enfrentaba a él, sino a cualquiera que se cruzara en su camino.

Fuera lo que fuese lo que lo tenía en ese estado estaba acabando con él y con la paciencia de Guillaume y sus hermanos.

—Reúne a los demás en el salón cuando vuelva Guido. Tenemos mucho de qué hablar.

Deseo de Paz

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Chloé? —preguntó Aby en cuanto Guillaume entró en la habitación.

—Me temo que no puedo responder a ninguna de las dos preguntas —respondió con un deje de tristeza—. Estaba hablando con Jacques cuando escuché gritos en el pasillo y salí a ver qué pasaba. Chloé salía furiosa de la habitación de Bart, esa chica es toda una guerrera. —No pudo contener la sonrisa que asomó a sus labios al recordar la patada que le había propinado al templario—. No sé qué ha sucedido entre ellos, pero parece que, sea lo que sea, no ha terminado bien. Guido la ha acompañado a casa, imagino que tú podrás averiguar algo más cuando hables con ella.

—Sabía que esto no acabaría bien —farfulló Aby.

—¿Sabías que había algo entre ellos y no me lo dijiste? —preguntó serio.

—No sabía que había algo entre ellos, Guillaume, pero sí que Chloé se sentía atraída por Bart.

—¿Y no me lo dijiste?

—¡Es su vida privada, Guillaume! ¡Y ella no es uno de tus soldados! Tiene derecho a su intimidad. Además, no creía que fuera a ocurrir nada entre ellos. No al menos teniendo en cuenta la forma en que Bart la ha tratado desde que se conocen.

—Deberías habérmelo dicho.

—¿Para qué? ¿Le habrías prohibido acercarse a Bart? ¿O a él acercarse a Chloé? Suerte con ambas cosas —repuso con una risa amarga en los labios—. Sabes de sobra que ninguno de los dos te habría hecho el menor caso. Al revés, tu prohibición solo habría conseguido el efecto contrario y estaríamos en la misma situación... o peor.

Guillaume guardó silencio. No podía negar lo que Aby acababa de decir.

—He pedido a Jacques que los reúna en el salón. Hay cosas sobre las que deberíamos hablar. —Guillaume se dejó caer sobre el colchón con gesto abatido—. Siento que todo se desmorona a mi alrededor y no sé qué hacer. En el campo de batalla tengo claro cómo actuar, sé quién es el enemigo, pero ¿esto? ¿Cómo voy a ser capaz de liderarlos en una lucha por el destino del mundo si ni siquiera soy capaz de mantenernos unidos en los periodos de calma? Primero el secreto de Dalman y ahora Bart. Philippe y Rodrigo están discutiendo constantemente, Prax apenas se relaciona con el resto salvo en los entrenamientos. Hugo vaga por la mansión como un alma en pena y se niega a hablar con nadie sobre qué le pasa. Él único que mantiene la calma, al menos en apariencia, es Guido, y temo que en cualquier momento eso cambie. No sé qué hacer, Aby... y ni siquiera puedo contar con Jacques, que es en el que suelo apoyarme. Es el quien siempre sabe cómo actuar en estos casos y darme el consejo oportuno. Pero ahora apenas es una sombra incapaz de salir de su habitación, y no quiere hablar conmigo sobre lo que le pasa.

—Lo de Jacques se arreglará, al igual que todo lo demás. —Aby se sentó junto a él y lo envolvió en sus brazos, intentando darle ánimos—. Ya lo verás. Han sido muchos cambios para

todos, Guillaume, necesitáis tiempo para adaptaros a esta nueva realidad. Todos. También tú, aunque te niegues a admitirlo.

—¿Y si no tenemos tiempo? No sabemos nada, Aby, ni siquiera contra quién luchamos o quiénes son nuestros enemigos. Solo tenemos una historia sobre la Luz y la Oscuridad, sobre el Odio y su deseo de gobernar el mundo. No estamos más cerca de evitarlo ni sabemos qué pasos debemos dar. No tenemos la menor idea de a qué nos enfrentamos ni cómo podremos vencerlos.

—Te olvidas de lo que sí tenéis —murmuró Aby muy cerca de su cuello.

—¿Qué tenemos, Aby?

—Tiempo. Una segunda oportunidad para vivir. Eso tenéis —afirmó mirándolo a los ojos—. Habéis dedicado vuestra vida a la guerra, Guillaume, pero ahora no hay sarracenos a los que enfrentarse, ni un ejército apostado a las afueras de la mansión, esperando para acabar con vosotros. ¿Hay una batalla en el horizonte? Sí, la hay. Pero nadie dijo que fuera a suceder hoy ni mañana. Pueden pasar semanas, meses, años... no lo sabemos. Y no podéis... no podemos, vivir solo esperando ese día y perdernos todo lo demás. Cuando llegue estaremos preparados, pero mientras tanto, tenéis una segunda oportunidad para descubrir todo lo que la vida puede ofreceros.

—No entiendo lo que quieres decir, Aby. No podemos distraernos, es demasiado importante.

—Lo que no podéis es seguir como hasta ahora. La tensión os está destrozando. Necesitáis algo que os ayude a relajarnos y ni se te ocurra decir que para eso están los entrenamientos —concluyó mirándolo con seriedad.

Guillaume la observó embobado, su rostro serio, sus ojos verdes muy abiertos y su pelo enmarcando sus hermosos rasgos. Cuando su mirada cayó sobre los labios de Aby no pudo resistir la tentación.

Ella era todo lo que jamás se había atrevido a soñar. Era mucho más que su mujer, era su compañera de viaje. Tenía la dulzura y la fuerza necesaria, no temía decirle lo que pensaba y él podía mostrarse ante Aby como lo que era en sus horas bajas sin miedo a ser rechazado, ni temor a que el amor que brillaba en sus ojos cuando lo miraba desapareciese.

La besó con ansia, queriendo mostrarle en aquel gesto todo lo que era incapaz de decir con palabras. A él nunca se le habían dado bien, era un guerrero, un hombre de acción, siempre había hablado a través de su espada, nunca necesitó de gestos tiernos ni frases dulces.

La atrajo contra su pecho hasta tenerla sentada sobre sus rodillas, con las piernas envolviendo su cintura. Dejó que sus manos vagaran bajo la suave tela de su camisa y buscó el tacto de su piel. Necesitaba sentirla, su calor, su deseo, su vida. La que latía bajo toda aquella piel pálida y sedosa, la que le recordaba que ella era su segunda oportunidad. La única que realmente valía la pena.

Y en ese preciso instante entendió lo que Aby había querido decirle.

Ella era lo que le mantenía cuerdo, lo que le mostraba que todo aquel camino merecía la pena. La que le ayudaba a mantener la cordura a través de todos los cambios que había experimentado su vida. Era a Aby a lo que se había aferrado en la oscuridad, antes de despertar, y a lo que seguía aferrándose cada día desde que regresó. Ella era su motivo, su razón para vivir y para luchar. Y tal vez eso era lo que les faltaba a sus hermanos, ese algo que les mostrara que todo lo que hacían merecía la pena.

Como caballeros templarios eligieron su destino, su misión, por qué luchar, pero esta vez no habían tenido elección. Quizás el problema no fuera que no sabían contra qué luchaban, sino que habían olvidado por qué lo hacían.

Y él, allí, entre los brazos de la mujer a la que amaba, de Aby, tenía todo lo que necesitaba para encontrar el sentido a su lucha.

—Guillaume, te estamos esperando en el salón.

La voz de Jacques sonó a través de la puerta y quiso matar a su amigo. En aquel momento lo único que deseaba era perderse en Aby y olvidarse del mundo.

Fue ella la que rompió el beso, separándose de él, y murmuró un «ya vamos» con voz entrecortada por la excitación.

—Ahora que lo has entendido, debes explicárselo a ellos —murmuró en el oído de Guillaume antes de mordisquear la columna de su cuello y levantarse, alejándose de él, que la miró sin comprender. Ella se limitó a golpear su cabeza con el dedo índice—. Estoy en tu cabeza, ¿recuerdas? Esto va en dos sentidos —dijo guiñándole un ojo—. Vamos, tenemos mucho de lo que hablar con tus hermanos.



Guillaume bajó las escaleras sintiéndose optimista y pensando que quizás no fuese tan complicado solucionar lo que tenía por delante. La conversación con Aby y sus recientes revelaciones le habían dejado en un estado de positividad completamente desconocido y... muy breve. Ya que se esfumó en el momento justo en que atravesó las puertas del salón.

Sus hermanos se hallaban sumidos en una batalla dialéctica que tenía toda la pinta de pasar a mayores si nadie hacía nada por evitarlo a la mayor brevedad posible. ¿Y quién tenía que hacerlo? Él, por supuesto.

Durante un segundo sintió la tentación de agarrar a Aby, lanzarla sobre sus hombros, volver escaleras arriba con ella para continuar justo donde lo habían dejado y olvidarse del resto del mundo.

Pero de algún modo su mujer volvió a leer sus pensamientos y agarró su mano, apretándola con fuerza, en un intento de infundirle ánimos. Se giró hacia ella y cuando vio su sonrisa supo que podría enfrentarse a cualquier cosa siempre que estuvieran juntos. Asintió antes de soltarla y entrar en el salón.

—¡¡Basta!! —gritó nada más poner un pie en el interior. El silencio se hizo en la habitación en el acto. Tal vez no estaba todo perdido—. ¿Se puede saber qué demonios os pasa?

Las voces volvieron a alzarse y las amenazas, las quejas y las burlas volaron como puñales entre unos y otros.

—¡¡He dicho basta!! —Guillaume volvió a intentarlo, esta vez uniendo a la orden un gesto ceñudo y serio que ponía de claro manifiesto que no estaba para bromas—. Si os soy sincero me importan una mierda los motivos de vuestras discusiones —dijo recorriendo los rostros de sus compañeros uno a uno—, pero espero que podáis dejarlas de lado el tiempo suficiente para

prestarme atención.

No se le escapó la mirada de desaprobación de Aby ante su afirmación, pero sabía que si quería que sus hermanos lo tomaran en serio no podía hablarles con dulzura y comprensión. Tenía que zarandearles y hacerles reaccionar con violencia, aunque solo fuera en sus palabras, ya que ese era el lenguaje que todos compartían.

—Las cosas no pueden seguir así, tenemos muchos frentes abiertos y debemos funcionar como un equipo. Si nos enfrentamos entre nosotros, cuando vengan los auténticos problemas, esos que no solo quieren matarnos, sino aniquilar el mundo, estaremos perdidos. No habrá nadie para plantar cara en la batalla si antes de que llegue nos hemos destruido entre nosotros.

Los rostros de sus hermanos se tornaron aún más serios, mientras todos tomaban asiento, aparentemente algo más calmados.

—Bien. No sé qué problema hay entre vosotros —admitió Guillaume mirando a Rodrigo y a Philippe, que eran los que discutían más violentamente cuando entró en el salón. Levantó la mano evitando que ambos le interrumpieran tal y como parecían dispuestos a hacer—, pero tenéis que arreglarlo. Si queréis hablar hacedlo, pero si lo que vais a decir no os va a ayudar a limar vuestras asperezas pensadlo dos veces antes de abrir vuestras bocazas. Sea lo que sea lo que os separa, no podéis olvidar que vuestros problemas nos afectan a todos. Si queréis que los discutamos en público lo haremos, pero no antes de llegar al quid de la cuestión, algo que no creo que queráis. Así que os recomiendo que primero intentéis arreglarlo por vuestra cuenta. ¿Creéis que seréis capaces? —Ambos miraron a Guillaume y después se observaron entre ellos antes de asentir.

El silencio se hizo durante unos segundos mientras se observaban unos a otros.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Philippe que había estado tan ofuscado en su pelea con Rodrigo que no se había dado cuenta de la ausencia de Bart hasta ese instante.

—Tu hermano es uno de los motivos de esta reunión —respondió Guillaume—. Sé que siempre ha tenido mal carácter, pero últimamente está descontrolado.

—¿Dónde está? —insistió Philippe.

—Se encuentra en su habitación, descansando —contestó sin dar más explicaciones.

—¿Qué le has hecho? —volvió a preguntar alterado.

—Eso, Guillaume, ¿por qué no les cuentas a todos lo que me has hecho? —La voz de Bart irrumpió en la habitación elevando de nuevo la tensión en el ambiente.

—¡Bart! ¿Estás bien? —Philippe se levantó y se acercó para comprobar a su hermano.

—Está perfectamente, solo se ha echado un sueñecito —repuso Jacques—. Uno que, por cierto, debería haber sido bastante más largo por la dosis de calmante que te inyecté. Tendré que adaptar las cantidades a nuestras nuevas... habilidades —mencionó como si estuviera hablando para sí mismo.

—La dosis que... ¿le inyectasteis? —Philippe miraba aturdido de Guillaume a Jacques y de vuelta a Guillaume—. ¿Por qué? —inquirió mucho más serio.

—Eso quizás deberías preguntárselo a tu hermano —intervino Guido con los dientes apretados—. O, mejor, pregúntale por qué Chloé se ha ido de la mansión. Creo que a todos nos gustaría saber la respuesta a esa pregunta.

—Harías mejor en callarte, Guido —escupió Bart—, y procura mantenerte alejado de ella si quieres continuar de una pieza.

—¿Me estás amenazando? —retó el español poniéndose en pie y acercándose a él.

—¡¡Basta!! —Guillaume estaba empezando a hartarse un poquito de repetir una y otra vez la

misma palabra—. No voy a preguntarte qué ha pasado entre Chloé y tú y tampoco voy a prohibirte acercarte a ella —dijo dirigiéndose a Bart—, de todos modos, dudo que deje que te acerques.

—Esa mujer tiene buena puntería —murmuró Jacques intentando no reírse al recordar la patada que le propinó en la entrepierna a su compañero. El mismo que en aquel momento lo fulminaba con la mirada.

—Creo que pasamos demasiado tiempo juntos y entre estas paredes —admitió Guillaume con un suspiro—. Tenemos demasiados cambios que asimilar y parece que no lo estamos haciendo de la mejor manera posible.

—¿Qué propones?, ¿Qué huyamos como Dalman? —preguntó Práxedes con desgana.

Estaba medio tirado en uno de los sofás, lanzando al aire y recogiendo una de sus dagas, sin mirar a nadie en concreto.

—Se llama Eva —escupió Jacques entre dientes.

—Y eso a ti te encanta, ¿verdad? Ya no tienes que preocuparte por ser un sucio sodomita —incidió Bart divertido—. No como otros al menos —concluyó mirando a Rodrigo con odio.

—Lo de sucio lo dices tú, te aseguro que yo soy un sodomita muy limpio, me ducho todos los días —respondió el aludido sin perder la sonrisa—. Cosa que no puede decirse de otros —pinchó mirando a Bart—. ¿Tal vez por eso se ha ido Chloé? Deberías saber que una de las ventajas del siglo XXI es el agua corriente.

Bart se lanzó a por él, pero Philippe permanecía de pie frente a su hermano y lo sujetó aferrándose a él con fuerza. Forcejearon durante unos segundos hasta que le dijo algo al oído y el ansia de pelea del templario pareció desaparecer tan rápido como había surgido.

—¿Cuándo volverá Eva? —preguntó Jacques de repente, atrayendo la atención de todos.

—¿Por qué habría de volver? No es uno de nosotros. —Philippe lo dijo con total naturalidad, como si lo que decía fuera lo más lógico del mundo.

—¿Qué quieres decir con que no es uno de nosotros? —inquirió Jacques tensándose en su asiento y mirándolo con el ceño fruncido.

—Bueno... —Philippe dudó ante la mirada ceñuda del médico.

—Está claro, no es un templario, es una mujer —repuso Práxedes sin dejar de lanzar su daga.

—No pareció importarte ese detalle mientras te salvaba el culo cuando nos enfrentamos a Venganza —escupió Rodrigo, perdiendo por primera vez su pose divertida.

—No me importó entonces y no me importa ahora —repuso Prax—. Solo explicaba a lo que se refería Phil. Personalmente me siento mucho mejor sabiendo que ella está de mi lado cuando entro en batalla.

—Ninguna mujer debería entrar en batalla. Jamás —habló Hugo tajante, interviniendo por primera vez—. Deberían ser protegidas, mantenidas a salvo. No deberíamos permitir que corriesen el riesgo de ser dañadas.

—Me gustaría ver cómo le dices eso a la cara... y lo que te hace ella después —murmuró Rodrigo, volviendo a su actitud jovial.

—Hugo tiene razón, Rodrigo. Eva debería mantenerse al margen, permanecer segura... —Jacques calló ante la mirada furibunda que le dedicó Aby.

—Dile eso cuando vuelva. Seguro que después de escucharte estará encantada de darte una paliza durante el entrenamiento. Otra más, quiero decir —dijo Rodrigo entre risas.

—Eva es uno de los nuestros. Es nuestra hermana. Volverá a casa cuando esté preparada para hacerlo y será ella quien decida qué batallas quiere luchar —zanjó Guillaume. Lo último lo dijo

mirando a los ojos de Jacques—. Respecto a lo demás... creo que a todos nos vendría bien buscarnos algo que hacer además de los entrenamientos. Algo que nos ayude a relajarnos y a liberar tensiones. Me da igual lo que sea, pero creo que perdernos de vista durante unas horas a la semana nos vendrá bien a todos... o eso espero. Sabéis que estoy aquí si queréis hablar conmigo de cualquier cosa y, si no soy yo, buscad a alguien con quien hablar, pero hacedlo. A Hugo le va bien colaborando en el museo y Rodrigo tiene su trabajo, el resto necesitamos buscar algo que nos mantenga ocupados y activos, tal vez así la convivencia sea más fácil. Pensadlo. —Todos asintieron en respuesta.

Guillaume se levantó de su asiento y tiró de Aby. Necesitaba volver a su habitación y terminar lo que antes habían interrumpido.

Deseo de Amistad

Los últimos días para Eva habían estado llenos de aventuras y sorpresas. Gracias a su vecino, Hodie, estaba descubriendo cosas que jamás había creído posibles y se atrevió a hacer otras que ni siquiera pensó que pudieran existir. Desde luego aquel hombre sabía cómo sorprenderla.

En los últimos tres días, además de incitarla a lanzarse en trineo por las escaleras de su bloque de apartamentos, Hodie la llevó a rastras a una nave repleta de camas elásticas en las que estuvieron saltando durante horas. Eva rio, saltó y disfrutó tanto como las decenas de niños y adolescentes que había a su alrededor. Incluso aprendió algunos movimientos de algo llamado *parkour*.

Lo siguiente que hicieron fue visitar la Abadía de Westminster y el puente de Londres, justo antes de repetir la experiencia de subir al London Eye, la enorme noria situada junto al río Támesis. Tenía que admitir que sintió un poco de vértigo, pero ver la ciudad desde aquella altura había merecido la pena.

Aquello le había dado a Hodie otra alocada idea y por eso ahora se encontraba allí; en lo alto de una grúa, a cincuenta metros del suelo, con un arnés abrochado a su cintura del que colgaba una cuerda elástica. Dispuesta a hacer *uénting*.

Aún no podía entender cómo se había dejado convencer para hacer semejante locura. Miró a Hodie, el culpable de todo, mientras el monitor terminaba de colocarle su arnés y le explicaba las normas básicas de seguridad. Se sorprendió a sí misma observándolo con detenimiento no por primera vez. Su vecino y más reciente amigo era alto, mucho, moreno, ojos marrones, que siempre brillaban con diversión, brazos fuertes y musculados; una espalda ancha y un pecho duro y firme que se estrechaba a la altura de sus caderas para desembocar en unas piernas fuertes como columnas que sostenían su masa corporal. Era atractivo, eso no podía negarlo, y desde que lo conocía se había fijado en ello cada vez más.

No tenía el pelo castaño ni los ojos azules de Jacques, ni su complexión más delgada y fibrosa, pero quizás era precisamente por eso por lo que se sentía atraída por él. O tal vez no, después de todo, el aspecto físico de Hodie, a excepción de por su altura, era bastante parecido al de Prax y ella nunca se había sentido atraída por su hermano templario. Tal vez solo era su vecino y la forma vibrante que tenía de ver el mundo.

—¡Vamos, Eva! ¡Mira hacia abajo! —exclamó Hodie sacándola de sus pensamientos.

—¡Oh, no! ¡No pienso mirar abajo! ¡No si quieres que salte!

—¡Vamos, vecina! ¡Saltaremos juntos, no tienes de qué preocuparte! —Le pasó un brazo por los hombros, algo que parecía haberse convertido en una costumbre nada desagradable para ella, y la atrajo hasta su pecho—. Agárrate fuerte y no lo pienses. Solo... ¡salta!

Eva cerró los ojos y se agarró con fuerza a la camiseta de Hodie. Cerró los ojos, apretando los párpados, y sintió cómo su estómago se movía con el impulso. La sensación era extraña, pero no desagradable. El aire vibraba en sus oídos, la caída al vacío la hacía sentirse extrañamente libre,

liberada. No pudo reprimir el impulso de gritar mientras sentía su cuerpo caer. Una fuerte sacudida y rebotaron ascendiendo unos pocos metros antes de volver a caer con menos fuerza.

Cuando todo acabó aún podía escuchar la risa de Hodie muy cerca de sus oídos. Lo liberó lentamente, sintiendo algo parecido a un placer vergonzoso al demorarse más de lo debido a la hora de soltarse de su agarre. Quizás estaba disfrutando más de la cuenta de sentirse rodeada por toda aquella fuerza y músculo.

Por primera vez en su vida, se sentía... ¿femenina?, ¿delicada? No sabía cuál era la palabra apropiada para definirlo, pero el caso era que dentro de aquel abrazo se sentía bien, a gusto, protegida... segura. Algo que, dada la vida que ella misma escogió llevar, no se había dado en muchas ocasiones.

—¿Se encuentra bien? —Uno de los monitores se acercó a ella, apartándola de sus divagaciones, y comenzó a retirar toda la parafernalia de seguridad.

—Sí, gracias. Ha sido... —pensó durante unos segundos, buscando la palabra adecuada— liberador, creo.

—Suele serlo —respondió el chico con una sonrisa.

Era atractivo. Tenía los ojos verdes y una sonrisa blanca brillante. Llevaba el pelo, rubio y largo, recogido en un moño aparentemente descuidado; y sus brazos, fuertes y bronceados, lucían un par de tatuajes que llamaron su atención. Pero nada más. Nada se removió en su interior, ni un vello de su piel se erizó. Ni siquiera cuando, con un guiño, le comentó que terminarían de recoger en media hora e irían a tomar algo a un pub cercano.

Se limitó a responder con una sonrisa y agradeció el instante en que Hodie se interpuso entre ellos y la alzó en brazos mientras giraba sobre sí mismo emocionado.

—¡Ha sido una pasada! ¿A que ha sido una pasada, Eva? ¡Tenemos que repetirlo! ¿Cuándo podemos repetirlo? ¿Te parece bien la semana que viene? Sí, creo que la semana que viene estará bien, ¿no crees?

—Sí, Hodie —respondió entre risas disfrutando de la sensación de los últimos rayos de sol de la tarde sobre su rostro—, cuando tú quieras.

Y era cierto. Lo que él quisiera cuando él quisiera. Solo tenía que decirlo y ella estaría dispuesta a seguirlo a donde fuera, porque si de algo estaba segura era de que a su lado nunca se aburriría. Ni tampoco se sentiría insegura, ni dudaría de su valía, ni le faltaría el aire, ni sentiría que sus piernas temblaban como gelatina... no como cuando estaba con Jacques.



Cuando llegó a casa aún le dolía el estómago de reír. Se despidió de Hodie en la puerta con la promesa de que se volverían a encontrar al día siguiente para llevar a cabo cualquier nuevo plan descabellado que le hubiera pasado por la cabeza.

El sonido de su móvil llamó su atención y corrió a por él. Lo había puesto a cargar y se olvidó de cogerlo. Esperaba que no fuera Rodrigo quien llamaba, de lo contrario se llevaría una buena bronca por haber salido sin el teléfono.

Una sonrisa enorme se dibujó en su rostro al ver el nombre de Aby parpadear en la pantalla.

—¡¡Hola!! —saludó con efusividad.

—¡Hola, cariño! ¿Estás en casa?

—Acabo de llegar, y ni te imaginas de dónde vengo. —Eva rio ilusionada, deseando contarle a su amiga todo lo que había experimentado en los últimos días.

—Pues... ¿qué te parece si me abres y me lo cuentas? Traigo helado.

Y esa era una propuesta a la que Eva no podría negarse ni aunque quisiera.

Corrió hacia la entrada y abrió aún con el móvil en la mano. Abrazó a Aby con cariño antes de invitarla a pasar.

—¿Qué tal estás? —preguntó una vez ambas estuvieron sentadas en el sofá, provistas de una taza de té, un par de cuencos con helado y sus correspondientes cucharas.

—¿No debería ser yo quien hiciera esa pregunta? —Aby la miró con cariño—. ¿Cómo te va la vida de mujer joven independiente? Sé por experiencia que mi piso puede parecer aún más pequeño de lo que ya es, si pasas demasiado tiempo aquí encerrada.

Aby observó las paredes del salón con cierto rastro de algo que podría ser melancolía en sus ojos, y la alegría de Eva se volvió turbación en un instante. Aquel era el piso de Aby. ¿Y si quería volver a su casa y no podía porque ella la estaba ocupando? ¿Se había convertido en una molestia sin darse cuenta? ¿Debería buscarse otro sitio en el que vivir? O, tal vez, había llegado la hora de regresar a la mansión con los demás.

Solo de pensar en ello un escalofrío de temor recorrió su espalda. No. Definitivamente aún no estaba preparada para volver.

—¿Quieres volver a tu piso? ¿Te molesta que esté viviendo aquí? —Si algo había aprendido de Chloé era que, cuando no se sabía algo, lo mejor era preguntar. Aunque doliese la respuesta.

—¿Qué...? ¡No! —Aby rio y sujetó las manos de Eva—. No me molestas, cariño. En absoluto. Y no tengo intención de volver aquí. Dudo que a Guillaume le hiciera gracia y, si te soy sincera, yo tampoco tengo el menor interés en alejarme de él. A decir verdad, vivir en la mansión y compartir cama cada noche tiene sus ventajas.

Aby guiñó uno de sus ojos y Eva sintió cómo el calor se apoderaba de su rostro al darse cuenta de las implicaciones tras esa afirmación.

—Sí... supongo —murmuró ruborizada.

—Lo siento, no pretendía... Da igual. Bueno, cuéntame, ¿qué tal te van las cosas?

—¡Genial! He conocido a tu vecino, Hodie, el que vive en la puerta de al lado.

—¿A cuál de ellos? —preguntó Aby pensativa.

—¿Hay más de uno? —inquirió sorprendida—. Solo hay otro piso en esta planta y no sabía que Hodie vivía con alguien.

—Son tres hombres. Creo que son padre, hijo y nieto o algo así. El padre debe rondar los sesenta años, el hijo tendrá unos treinta y el nieto supongo que alrededor de ocho o diez años. No lo sé bien. La verdad es que nunca he hablado con ellos más allá del típico saludo al cruzarnos en el descansillo o las escaleras.

—Hodie debe ser el hijo, supongo, debe tener más o menos esa edad. Pero nunca me ha hablado de que viva con alguien... y no será porque no habla —dijo sin poder evitar reírse—. La mayoría del tiempo lo difícil es conseguir que se calle.

Aby observó la enorme sonrisa que brillaba en el rostro de su amiga. Estaba radiante. Feliz. Y la alegría por verla así se mezcló en sus tripas con cierta preocupación al pensar en Jacques y lo que podría significar aquello.

—Háblame de él. —Sería mejor recabar información antes de hacerse una idea equivocada de la situación.

—Es... divertido, muy divertido. Coincidimos hace unos días en la entrada y fue bastante desagradable, la verdad. Pero al día siguiente, cuando volvimos a encontrarnos después de que Chloé y tú pasarais aquí la noche, parecía otra persona. Me convenció para que me lanzara con él por las escaleras en trineo, ¿sabes? —La mirada de Eva se perdió soñadora en algún punto de la pared y la alegría por su amiga y el nudo de preocupación se acentuaron un poco más—. Desde entonces cada día me ha llevado a conocer algo de la ciudad y a hacer algo distinto. ¡Hoy hemos hecho *uénting!* ¿Te lo puedes creer?

—Te gusta. —Y no era una pregunta.

Eva se sonrojó aún más y bajó la mirada. Sus manos se unieron y empezaron a retorcerse sobre su regazo.

—Es... distinto. Sí, no voy a negar que es atractivo. Muy atractivo. Pero sobre todo... No sé cómo explicarlo. Con él puedo ser yo. Eva. Me hace sentir joven, femenina, delicada... despreocupada. Con él nada me recuerda a la guerra, ni a mi pasado. Es como si a su lado solo existiera el presente y pudiera hacer con él lo que quisiera. Sin dar explicaciones, sin pedir permiso, sin avergonzarme de lo que soy o quien soy.

—Entiendo...

Y en realidad lo entendía. Eva era una mujer joven y atractiva que había crecido en un mundo que la limitaba a cada paso, impidiéndole ser quien quería ser y obligándola a tomar decisiones que pusieron su vida en constante peligro. Nunca tuvo la oportunidad de ser simplemente una chica despreocupada y disfrutar de la vida. No al menos desde que se unió a los templarios. Y después de eso... sangre, lucha, guerra, dolor y sufrimiento. Vivir ocultando quién era realmente, negando su misma esencia solo para sobrevivir.

—Solo ve con cuidado, ¿vale? —añadió tomando las manos de su amiga y acariciándolas con cariño—. Los hombres de esta época no son como los de la tuya...

—¿Quieres decir que no son brutos egoístas que toman lo que quieren independientemente de tus deseos? Porque a esos te aseguro que sé manejarlos. —Subió ligeramente la manga del jersey que llevaba puesto, dejando ver la empuñadura de una daga que llevaba sujeta al antebrazo.

Una chispa de ira y dolor prendió en los ojos azules de Eva, y Aby fue consciente de que había mucho de ella y de su vida antes de unirse a la Orden del Temple que no conocía.

—Lo sé, Eva, sé que eres perfectamente capaz de defenderte sola. No es tu integridad física lo que me preocupa es más bien...

—Que me rompan el corazón —rió con amargura—. Puedes estar tranquila por eso, Aby, créeme, no tengo la menor intención de entregarlo.

No podía hacerlo.

Después de todo, por mucho que se negara a admitirlo incluso ante ella misma, hacía mucho que su corazón no le pertenecía.

—¿Qué tal van las cosas por la mansión? —preguntó, ansiosa por cambiar de tema.

No quería pensar en Jacques, aunque probablemente esa pregunta no era la más indicada para ello.

—¡Bien! —exclamó, quizás un poco demasiado alegre.

—¿Qué ha pasado?

Aby se mordió el labio inferior, insegura sobre qué debía contarle y qué no sobre lo sucedido últimamente. Pero la duda duró poco. Después de todo, aunque ahora no viviese allí, Eva era una de ellos y merecía saber la verdad.

—Chloé se ha ido de la mansión. Pasó algo entre Bart y ella y no acabó bien. Pero está bien, de verdad —se apresuró a aclarar cuando vio el gesto de preocupación de Eva—. Chloé también sabe defenderse sola y dudo que Bart lo olvide en un futuro cercano. Aún deben de dolerle las pelotas —rio con ganas.

—¿Las... pelotas? —preguntó Eva un tanto perpleja.

—Digamos que Chloé usó las partes nobles de Bart a modo de balón de fútbol. Estoy segura de que eso le recordará que no debe volver a meterse con ella.

—Debió cabrearse bastante...

—Ni te imaginas.

—¡Bien por Chloé!

Ambas rompieron a reír. Aby lamentó tener que romper aquel momento de diversión, pero debía contarle el resto de lo acontecido, incluida la discusión sobre ella que tuvieron la noche anterior.

Eva escuchó con atención. Entendía que no todos sus hermanos estuvieran de acuerdo en que volviera a la mansión y a la lucha, pero no podía negar que le sorprendió que fueran precisamente Hugo y Jacques los que se negaron a que interviniera en cualquier batalla.

Bueno, si era sincera, de Jacques no le sorprendía del todo. Empezaba a ser consciente de que tal vez no lo conocía tanto como creía. En realidad, no lo conocía en absoluto. Nunca le había dado esa oportunidad.

Cuando Aby se marchó horas después, tras cenar comida china viendo una serie sobre crímenes en la televisión y hablar de todo y nada, ella aún le daba vueltas a aquella conversación. ¿Podía realmente culparlos por pensar que no debía entrar en batalla?

Después de todo había huido. Porque le gustara o no eso era lo que hizo. Huir. Escapar y esconderse en casa de Aby para no tener que afrontar las consecuencias de sus actos, la mirada acusadora y de decepción en los rostros de sus hermanos. Aquella probablemente era la batalla más importante de su vida y ella optó por mantenerse al margen, alejarse y permanecer oculta en la seguridad de esas cuatro paredes.

Puede que sintiese que aún no estaba lista para enfrentarse a ellos, pero si algo había aprendido de la guerra era que las batallas llegaban y punto. Daba igual que estuvieras preparado o no. Y cuando lo hacían, solo los que luchaban para ganar tenían alguna posibilidad de sobrevivir.

Ella era una guerrera. Un soldado. Y uno que sobrevivía. Siempre

Deseo de Reaccionar

Jacques estaba al borde de la locura. Los días pasaban y continuaba sin saber nada de Eva ni de su paradero. Su habitación, la que se había convertido en su refugio en su deseo de soledad desde que ella se fue, comenzaba a asemejarse más a una cárcel. Una que le impedía alcanzarla.

Las pocas veces que abandonaba aquellas cuatro paredes para buscar a Guillaume y preguntarle por Eva la respuesta siempre era la misma: «¿Has decidido ya a qué vas a dedicar tu tiempo libre?»

Su amigo continuaba con la absurda idea de que era importante que todos ellos tuvieran un trabajo o una afición que les permitiera hacer algo productivo con su tiempo. Como si él pudiera hacer algo aparte de machacarse pensando en Eva, en dónde estaría y qué estaría haciendo.

Cuanto más tiempo pasaba alejada de la mansión, más se repetían en su cabeza las palabras de Rodrigo. ¿Y si estando allí fuera encontraba a un hombre que la mereciese? Uno que no fuera un cobarde, que estuviese dispuesto a luchar por ella, a ser sincero sobre sus sentimientos.

Pero él lo estaba, ¡joder! El problema era que no sabía dónde podía encontrarla. Si alguien se lo dijera...

¿Desde cuándo necesitas que alguien te diga dónde encontrar a alguien? Deja de comportarte como un capullo. Sal ahí y búscala.

Sí, eso debería hacer, pero... ¿qué haría si no la encontraba? Y, peor aún, ¿qué haría si la encontraba? ¿Qué se suponía que iba a decirle? ¿Sería capaz de decir algo?

—¡Joder! —farfulló lanzando contra la pared uno de los cojines del sofá en el que estaba sentado.

—¿Va todo bien? —preguntó Hugo asomando la cabeza en su habitación. Debió olvidar cerrar la puerta con llave—. Me ha parecido escuchar un golpe.

—Lárgate —escupió entre dientes y se giró en el sofá dándole la espalda.

—Siempre es un placer hablar contigo —masculló Hugo—. Si esto es lo que le espera, comprendo perfectamente que Eva no tenga ganas de volver a casa.

Jacques se puso de pie de un salto y encaró a su compañero con los puños apretados.

—¿Insinúas que yo tengo la culpa de que no vuelva?

—No insinúo nada, te lo digo claramente —respondió tensando la espalda, preparándose para devolver cualquier golpe que el otro pudiera lanzarle—. Eva debería estar aquí, donde podamos protegerla. Estamos en mitad de una guerra, no sabemos quiénes son nuestros enemigos y ella está ahí fuera, sola, a merced de cualquiera que quiera atacarle; solo porque tú eres incapaz de comportarte como un hombre.

Jacques no pudo contener su furia, tampoco tenía el menor interés en hacerlo, y se lanzó sobre Hugo sin miramientos.

El primer golpe impactó contra la mandíbula del inglés, al que pilló desprevenido, pero no tardó en responder lanzándose contra él. Envolvió sus brazos alrededor de su cintura y empujó

enviándolo al suelo. El golpe de la cabeza de Jacques contra la madera retumbó en las paredes, pero ambos estaban demasiado ocupados golpeándose y protegiéndose como para darle importancia.

Rodaron por la habitación entre puñetazos, gruñidos y cabezazos. Como dos bestias furiosas, destilando rabia e intercambiando golpes, sin contener su fuerza, sin importarles que aquel que tenían enfrente era su hermano y no el enemigo.

Aby acudió al oír los ruidos y se encontró con la espalda de Guillaume bloqueando la puerta de la habitación.

—¡Detenlos! —gritó intentando colarse para separarlos.

Él la detuvo sujetándola por la cintura y atrayéndola hacia su pecho.

—Déjalos. Esto lo necesitan los dos.

—Tranquila, Aby, no se harán daño —intervino Rodrigo sin el menor rastro de preocupación y con una sonrisa en sus labios—. Ya pararán cuando se cansen.

—¿Qué no se harán daño? ¿Pero no ves que están sangrando? —gritó irritada intentando liberarse del agarre de Guillaume.

—Un poco de sangre endurece el carácter —respondió Prax que observaba la pelea sin inmutarse.

—Ya sabes que curamos rápido, no deberías preocuparte —insistió Rodrigo acercándose a ella—. En serio, Aby, estarán bien. Sé que es difícil de comprender para alguien de tu época, pero... a veces la única forma que tenemos de «liberarnos» es peleando.

—No sois salvajes —escupió ella sin parar de forcejear.

—Para, cariño, no quiero hacerte daño —murmuró Guillaume junto a su oído—. No somos salvajes, pero sí somos soldados. La guerra es el idioma que mejor hablamos, Aby.

Los golpes y gruñidos comenzaron a bajar de intensidad tan rápido como habían surgido y un par de minutos después Hugo y Jacques estaban tumbados en el suelo, uno junto al otro, con las miradas fijas en el techo y respirando con dificultad.

—¿Mejor? —preguntó Guillaume liberando por fin a Aby que corrió hacia ellos para asegurarse de que se encontraban bien—. Si necesitabais más horas de lucha cuerpo a cuerpo solo teníais que decirlo.

Se acercó a ellos y tendió una mano a Jacques para ayudarlo a levantarse mientras Prax hacía lo propio con Hugo.

—Ha sido una buena pelea —admitió Prax—, os concederé eso. Pero deberías cuidar ese gancho de derecha, Jacques, parece que has perdido fuerza.

—Que te den —farfulló el aludido mientras sacudía el polvo de su camisa. Algo inútil teniendo en cuenta que su próximo destino sería la basura dada la cantidad de rasgaduras que había en ella.

—No me habéis contestado —insistió Guillaume.

Jacques y Hugo se miraron y, con un gesto de sus cabezas, dieron por zanjada la pelea antes de volverse hacia su superior y asentir al unísono.

—Me alegro. Espero que no vuelva a repetirse. Aunque no lo creáis, Aby tiene mucha más fuerza de lo que aparenta y no me gustaría tener que volver a retenerla por vuestra culpa. No querréis tener que enfrentaros a mí si ella tiene el más mínimo moratón.

Jacques y Hugo rompieron a reír antes de abrazarse y golpearse la espalda con fuerza, en ese gesto tan típico de los hombres, como si no hubiera pasado nada. Como si instantes antes no hubieran estado rodando por el suelo mientras se peleaban a puñetazos.

Aby observaba la escena alucinada. Aquello no podía ser real.

—¿En serio? —preguntó incrédula—. Estáis locos. Como cabras.

Se dio la vuelta y salió de la habitación farfullando sobre los hombres, la testosterona y un par de cosas nada agradables que le gustaría hacerles. Eso solo consiguió que los presentes estallaran en risas. Las mismas que se cortaron de raíz cuando escucharon su voz desde el pasillo.

—¡Guillaume de Blois, búscate dónde dormir esta noche porque te aseguro que no será conmigo!



Jacques se tumbó en la cama sintiéndose felizmente dolorido. Por extraño que pudiera parecer el sentimiento era real, el dolor le recordaba que aún estaba vivo, que aún podía hacer algo para arreglar la situación.

La pelea con Hugo no era algo que hubiese buscado, pero tenía que admitir que le había venido bien y esperaba que a su hermano también. No era la primera vez que dos de ellos llegaban a los puños, en momentos de tensión sucedía en ocasiones y él llevaba días pendiendo de un hilo a punto de romperse.

Después de la lucha, de reír con sus hermanos, comer algo y beber junto a ellos un par de cervezas, volvía a sentirse él mismo. Como si por fin se hubiese encontrado después de mucho tiempo perdido. Ahora que se había dado una ducha caliente y se disponía a dormir, su cuerpo dolorido no le impedía ver las cosas con claridad, al contrario.

Respiró hondo y se acomodó sobre el colchón. Cruzando los brazos bajo su cabeza y utilizándolos de almohada, fijó la vista en el techo. Los recuerdos llegaron a su mente como oleadas, sin que pudiera detenerlos.

El maldito sonido de aquellos tambores iba a volverlo loco.

Los sarracenos continuaban apostados tras las murallas de San Juan de Acre y ninguno sabía muy bien a qué estaban esperando, ni por qué no atacaban de una vez y acababan con esa maldita incertidumbre que los mantenía en vilo.

—Ha llegado la hora.

La voz tensa de Guillaume de Blois sonó a su espalda y todo su cuerpo respondió poniéndose en alerta.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Por qué?

—Eso no importa. Las órdenes vienen del Gran Maestro en persona y las obedeceremos. Cueste lo que cueste.

El latido de su corazón se emparejó al sonido de los tambores. Era muy consciente de lo que significaban las palabras de Guillaume. Dejar San Juan de Acre atrás, a merced de las hordas de sarracenos iba contra todo lo que eran, todo aquello en lo que creían. El coste de obedecer aquel mandato sería uno que pagarían durante mucho tiempo. Más del que podía llegar a imaginar.

—Busca a los demás, nos reuniremos en la torre.

Jacques asintió. No había nada que decir o discutir. Las órdenes eran órdenes y ellos hacía mucho que juraron seguirlas.

Encontrar a los demás no debía ser difícil, o eso pensó. Como era de esperar, Prax estaba afilando sus armas junto a uno de los muros exteriores; Hugo y Guido ayudaban a acomodarse a un par de ancianos cuya casa había sido destruida durante el ataque. A Barthelemy y a Philippe los encontró descansando junto a una hoguera, no les tocaba turno de guardia y todos sabían que había que aprovechar cada minuto posible para recuperar fuerzas.

—¿Dónde están Rodrigo y Dalman?

Philippe se encogió de hombros y se frotó los ojos, relajándose ahora que sabía que no estaban siendo atacados.

—Hace un rato los vi dirigirse hacia la muralla, a la zona que cayó dos días atrás — mencionó Bart mientras recogía sus cosas.

Jacques asintió y se giró para ir en aquella dirección. Unos pasos apresurados se unieron a los suyos cuando Philippe no tardó en alcanzarle.

—Te acompañaré a buscarlos.

Asintió sin pronunciar una palabra. No le gustaba la idea de que Dalman y Rodrigo estuvieran juntos... y solos. Sabía que no debía preocuparle, que ni siquiera debería pensar en ello. Pero por algún motivo, en el que no quería profundizar, aquello ponía en tensión cada nervio de su cuerpo.

Conocía las «inclinaciones» de Rodrigo o, al menos, las intuía. Nunca le habían importado. Era un buen guerrero y su hermano. Habían luchado codo con codo y se protegieron uno al otro en más ocasiones de las que podía recordar. Confiaba en él, le respetaba. Pero no lo quería a solas con Dalman.

¿Lo convertía eso en un hipócrita?

La tenue luz de una hoguera llamó su atención y poco después las risas quedas de Rodrigo y Dalman llegaron hasta sus oídos. Eso solo lo enfureció más.

—¿Es que habéis olvidado que estamos bajo asedio? —escupió en cuanto la imagen de las espaldas de ambos sentados frente al fuego surgió ante sus ojos. Demasiado cerca. Estaban demasiado cerca.

—No, señor —respondieron los dos poniéndose en pie y echando mano a sus armas, preparados para entrar en combate.

—Nos vamos —ordenó, recorriendo con detenimiento la figura de Dalman, asegurándose de que sus ropajes estaban en su sitio y que...

«Hipócrita», escupió su mente.

—Enseguida, señor.

Dalman, como siempre que él le ordenaba algo, obedeció en un suspiro y se adelantó hasta ponerse a su altura. Su mirada de temor e inseguridad no le pasó desapercibida y se odió por ello. Era joven, demasiado, para todo lo que aquellos ojos azules habían tenido que presenciar.

La necesidad de protegerlo, de abrazarlo y estrecharlo contra su pecho, de evitar que nada ni

nadie pudiera dañarlo, lo golpeó con fuerza como siempre que se encontraba con su mirada. Reaccionó del mismo modo que siempre ante aquello; gruñendo y alejándolo con palabras duras e hirientes. Y se odió por ello.

—No imaginé que te gustaran los sodomitas, Dalman, de haberlo sabido podría haber hecho algo al respecto.

El dolor causado por sus palabras se dibujó con claridad en sus ojos, del color del cielo de un día claro de primavera.

No respondió. No dijo una sola palabra. Solo agachó la cabeza y apresuró el paso, dejándolo atrás. Alejándose de él.

Como hacía siempre.

Como él siempre le obligaba a hacer.

Y, como siempre, reprimió su deseo de correr tras él. De pedirle perdón, envolverlo en sus brazos y dejar que, por una vez, fuera su corazón y no su miedo el que pusiera las palabras en sus labios.

Lo que pasó después cambió sus vidas de formas inimaginables. Formas que le habían dado una segunda oportunidad. ¿Y que había hecho él? Volver a alejarle. Quedarse quieto mientras ponía distancia entre ellos y no hacer nada al respecto.

Ahora conocía su secreto, sabía que Dalman en realidad era Eva, una mujer. Y, aunque fuera un hombre, en aquella época no había nada que les impidiera estar juntos. Sin embargo, allí seguía él, parado, observando cómo se alejaba sin hacer nada por remediarlo.

Pero eso se iba a acabar. No importaba si tenía que remover cielo y tierra. Encontraría a Eva. La encontraría, la traería de nuevo a casa y haría lo que debió hacer desde un principio: protegerla.

Y, quizás, con suerte, ella le permitiera hacer lo que su corazón había anhelado desde la primera vez que sus miradas se cruzaron. Amarla.

Deseo de Sanar

Paul Arthur Williamson era un hombre de éxito. Desde la desaparición del señor Thompson había alcanzado la cima de su carrera al convertirse en el flamante nuevo director del Museo Británico. Algo que, a sus poco más de cuarenta años, era mucho más de lo que llegó a imaginar.

Pero algo no iba bien. Para ser exactos, algo no iba bien en su mente.

Sintió un escalofrío que lo recorrió de la cabeza a los pies al recordar cada una de las visiones que lo atormentaban en las últimas semanas. Y aquella voz...

Releyó una vez más, incrédulo, el *e-mail* con los resultados de las últimas pruebas. «Ninguna patología detectable».

Todo normal. Eso es lo que cada uno de los médicos a los que había visitado repetían una y otra vez.

No había nada mal en su cerebro. Su cabeza funcionaba perfectamente. Nada indicaba que sufriera ninguna enfermedad. Ni daños, ni tumores, ni el más mínimo derrame.

Entonces... ¿por qué no dejaba de oírla? Y esas imágenes...

Se aferró al borde de su escritorio de madera maciza cuando una oleada de náuseas lo invadió. Sangre. Ríos de sangre bañando la tierra. Fuego. Llamas lamiendo la faz del planeta, haciéndolo arder hasta que solo quedaran cenizas.

«Todo. Absolutamente todo, puede ser tuyo. Solo di que sí y yo me encargaré de que tus sueños se hagan realidad».

La misma voz, una y otra vez. Tentándole, seduciéndole, incitándole a aceptar sus promesas de riqueza y poder.

Cerró los ojos apretando sus párpados con fuerza, ansiando librarse de aquello.

Tal vez se estaba equivocando, ¿y si no se trataba de un problema físico? ¿Y si lo que necesitaba en realidad era un siquiatra? ¿Se estaba volviendo loco? ¿Eso era lo que le pasaba?

Había repasado los antecedentes de enfermedades mentales en su familia, incluso contactó con sus familiares por parte de padre, a pesar de que hacía años que no mantenían ninguna relación, y nada indicaba que esa fuera una posibilidad. Pero esas cosas pasaban, ¿no?

Lo que estaba claro era que tenía que hacer algo. Llevaba días sin ser capaz de entrar en su propio cuarto de baño, sin sentirse seguro en su propia casa porque no dejaba de percibir una presencia oscura. Una sombra que vislumbraba por el rabillo del ojo. Pero cada vez que volvía la mirada había desaparecido. O quizás nunca estuvo allí.

Unos suaves toques en la puerta llamaron su atención.

—Adelante.

Su voz sonó temblorosa, insegura, e intentó enderezarse en el asiento y mostrar una entereza que hacía mucho que no sentía.

—¿Sr. Williamson?

—Llámame Paul, Aby. Que ahora sea el jefe no cambia que seamos amigos. Porque lo somos, ¿no?

Una sonrisa asomó a sus labios al verla entrar en su despacho. Era preciosa. Dulce, inteligente, encantadora y una muy buena profesional. Era, simplemente, perfecta.

—Por supuesto, Paul, claro que somos amigos —asintió con una hermosa y brillante sonrisa que hacía brillar su rostro—. ¿Querías verme?

—Sí, necesito hablar contigo.

Con un gesto, la invitó a tomar asiento frente a él.

—¿Estás bien? Tienes mala cara —preguntó mientras lo miraba con preocupación.

¿Debía contárselo? Aby era una mujer inteligente, quizás ella tuviera alguna idea de lo que podía estarle sucediendo. Pero decírselo podría echar al traste sus intenciones hacia ella. Después de todo, ¿quién querría una relación con un hombre que estaba perdiendo la cabeza?

—Solo estoy cansado. La renuncia de Thompson ha dejado las aguas un tanto revueltas y aún estamos intentando organizarnos. —Era la respuesta más simple y tampoco era una mentira. La desaparición de su anterior jefe los había dejado a todos con muchas preguntas y más frentes abiertos.

—Ya... ¿Se sabe algo de él? —preguntó nerviosa, mientras el recuerdo de la última vez que vio al Sr. Thompson, también conocido como Venganza, inundaba su mente.

Nunca se le había dado bien mentir y cuando se trataba de disimular era casi peor.

—Según parece ha enviado un *e-mail* a la junta presentando su dimisión e informando de que ha decidido jubilarse en algún país del Caribe —comentó Paul con un gesto que oscilaba entre la envidia y la exasperación—. Supongo que se lo ha ganado a pulso, aunque preferiría que hubiese avisado con algo más de tiempo, la verdad.

Aby no había estado muy convencida de que el plan de Rodrigo de mandar aquel correo electrónico fuera a funcionar, pero parecía haberlo hecho.

—Sí, supongo.

Fue lo único que pudo decir. Los nervios atenazaban su garganta y sentía pánico de hablar más de la cuenta, si se explayaba en cualquier comentario más de lo necesario.

—Pero perdona, no te he pedido que vinieras a mi despacho para hablar de Thompson —cortó Paul confundiendo la expresión de Aby con una de incomodidad—. En realidad, quería pedirte un favor.

—¿Un favor? ¿A mí? —inquirió incrédula.

—Sí, verás... —carraspeó nervioso—. Me gustaría invitarte a cenar esta noche, si te parece bien.

—Oh... Yo...

—Por motivos de trabajo, por supuesto —se apresuró a aclarar al ver el rostro turbado de Aby—. Estaré fuera unos días y me gustaría que me sustituyeras. Durante la cena aprovecharía para ponerte al corriente de cuáles serán tus obligaciones. Tengo varias reuniones hoy y tendrías que hacerte cargo de mi puesto desde mañana mismo.

—Oh. —Los ojos y la boca de Aby estaban abiertos de par en par y obligó a su cerebro a cerrarlos y dejar de comportarse como una idiota—. Claro, por supuesto. Será todo un honor. Pero ¿estás seguro de que yo soy la persona más indicada para esto?

—Nadie podría hacerlo mejor que tú, Aby —respondió con una enorme sonrisa—. ¿Te parece bien a las seis en el Gamma Gamma?

—Eh... claro. Allí estaré.

—Perfecto. Nos vemos a las seis entonces. Lo estoy deseando.

Poco después Aby abandonó el despacho confusa e incrédula, dejando a un Paul satisfecho sentado tras su mesa. Había aceptado cenar con él, el primer paso estaba dado. Quizás, si la cena iba bien, sería la primera de muchas.

«Di que sí, Paul, y ni ella ni nadie podrá nunca negarte nada».

Agitó la cabeza, intentando librarse de aquella insistente voz. No necesitaba eso ahora. Tenía que preparar una cena inolvidable.



A las seis en punto, Aby cruzaba las puertas del Gamma Gamma, un restaurante fusión con comida asiática y vegana ubicado en Greek Street, muy cerca del Museo Británico. Era un local moderno, con paredes de ladrillo visto, en el que predominaba la madera y el cristal.

No había sido fácil convencer a Guillaume. No es que necesitara su permiso para ir a cenar con su jefe, pero uno de los inconvenientes de tener una relación con un hombre de casi ochocientos años era que, en ocasiones, su mentalidad resultaba un poco... anticuada.

Al templario no le había hecho ninguna gracia que fuera a cenar a solas con otro hombre. Por mucho que se tratase de su jefe y la conversación versara sobre el trabajo. Para él seguía siendo un hombre invitando a cenar a su mujer. Y ella había aceptado. Pero ya se pelearía con él al llegar a casa e intentaría hacer entrar en su dura mollera de cavernícola que las cosas en el siglo XXI eran muy distintas, y que una cena de negocios no era más que eso: una cena en la que se hablaba de negocios.

Paul la esperaba sentado en una mesa en un rincón del amplio salón, con un cóctel de color anaranjado entre sus manos y la mirada perdida en el enorme cuadro, que mostraba el rostro de una mujer morena con un tocado de flores, que decoraba un lateral de la barra.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó al llegar junto a él.

—No, que va, acabo de llevar.

Se levantó de su asiento en una muestra de caballerosidad que hizo que Aby pusiera los ojos en blanco, y le mostró una sonrisa que no llegó a su cansada mirada.

—¿De verdad estás bien, Paul?

—¿Sinceramente? No lo sé —respondió con aspecto abatido, dejándose caer en su silla.

Necesitaba hablar con alguien y, si realmente quería una relación con Aby, se merecía que fuera sincero con ella. Así que le habló de las voces y las visiones, del peregrinaje por médicos y hospitales, de las pruebas y los resultados que parecían mostrar que no había nada mal en él, a pesar de que cada vez iba a peor.

Estaban terminando de tomar el postre cuando terminó de hablar y Aby pudo intervenir al fin.

—Vaya... ¿y desde cuándo dices que te pasa?

—Desde que volvimos de Acre. Quizás aquel virus que cogí durante nuestro viaje fuera algo más que un simple resfriado y me esté afectando de algún modo.

Aby se envaró en su asiento, consciente de que Paul no había contraído ninguna enfermedad durante su expedición y preguntándose si sus males tendrían algo que ver con lo que vivieron dentro de aquella cueva.

—¿Quieres que hable con Jacques? —propuso.

Después de todo él era médico y no solo eso, uno de los mejores neurólogos a nivel mundial. Además de estar al corriente de todo lo sucedido.

—¿Jacques?

—El médico que te atendió cuando volvimos de Acre —explicó.

—Pensé que se llamaba Jack Parker.

Aby quiso golpearse por haber metido la pata en algo tan tonto.

—El mismo. Es que su nombre completo es Jacques, supongo que debe tener ascendencia francesa o algo así —aclaró aturullada, esperando que Paul no lo tuviese en cuenta.

—¿Crees que él podría ayudarme?

—Bueno, fue el que te trató en aquel momento y, además, es un reputado neurólogo. Estoy segura de que, si realmente te pasa algo, él podrá darte las respuestas que buscas.

—Supongo que no pierdo nada, ¿no? ¿Crees que podrá atenderme?

—Déjame hablar con él y te cuento.

—Claro.

Paul tomó la servilleta que descansaba en su regazo, se limpió los labios, y la dejó sobre la mesa antes de recostarse en el respaldo de su silla. Esperando.

—Quieres que lo llame... ahora, claro —comprendió Aby, apresurándose a sacar el móvil de su bolso.

Jacques se mostró tan agradable como solía hacerlo últimamente al responder el teléfono, pero después de un par de gruñidos y otros tantos juramentos, aceptó ver a Paul un par de días más tarde. Tiempo que esperaba fuera suficiente para contactar con un colega dueño de una clínica cercana y convencerlo de que le cediera sus instalaciones.

Aby colgó y le dio la noticia a Paul con una sonrisa en los labios.

—Gracias, Aby, realmente eres un ángel. —Su jefe extendió la mano sobre la mesa, atrapando la de Aby y comenzando a acariciarla con demasiada confianza para su gusto. Ella se apresuró a retirarla—. Lo siento, no quería molestarte. Pero si te soy sincero, no puedo negar que eres una mujer muy atractiva, Aby. Hace mucho que me di cuenta de eso y debí hacer algo al respecto, pero nunca es tarde, ¿no? Quizás podríamos quedar más a menudo a la salida del trabajo, los fines de semana... ir conociéndonos. Y tal vez...

Los ojos de Paul brillaban con ilusión, deseo... y algo más. Algo oscuro e inquietante que se deslizaba por su mirada como una serpiente provocándole escalofríos. Tenía que cortar aquello cuanto antes.

—Me halagas, Paul, de verdad. Pero lo cierto es que hay alguien en mi vida y soy muy feliz con él. No estoy interesada en nadie más.

La ilusión y el deseo desaparecieron en el acto, dejando solo aquella emoción oscura y venenosa, enturbiando sus ojos azules. Su sonrisa se truncó, dando paso a un gesto de desagrado. Aquello apenas duró un segundo, Aby ni siquiera se habría dado cuenta de no haberlo estado mirando con atención.

—Entiendo —zanjó seco, poniéndose en pie y sacando la cartera—. La espero en mi

despacho mañana a las siete en punto. Tendrá que sustituirme durante el tiempo que duren las pruebas que su *amigo* Jack considere oportuno hacerme. —De algún modo consiguió que esa palabra sonara más como un insulto—. Disfrute del postre, señorita Stevenson.

Y sin más, se marchó. Dejándola allí, anonadada y asustada, sin entender exactamente qué acababa de pasar. Al menos, por lo que pudo observar cuando lo siguió con la mirada, dejó la cena pagada.

Deseo de Comprender

Los paseos por St. James Park se habían convertido en una costumbre y casi una necesidad para Eva. Sobre todo, los días en que Hodie no se las arreglaba para liarla en alguna de sus locuras. La tranquilidad y la paz que respiraba en contacto con la naturaleza la ayudaban a afrontar su día a día, abstrayéndola de su nueva realidad en una época que desconocía y rodeada de personas que creían que hacía siglos que estaba muerta.

Su existencia era algo increíble para cualquiera de los viandantes con los que se cruzaba cada día. Era muy consciente de ello y, en ocasiones, se sentía como una pequeña isla perdida en medio del océano. Nadie podía comprenderla, nadie entendería jamás cómo había llegado hasta allí, hasta Londres, hasta aquella época. Lo cierto era que ni siquiera Eva lo entendía.

Sabía que tenía que regresar a la mansión y que debía hacerlo pronto. Ellos eran su familia, sus hermanos, los únicos que podían entenderla. Había luchado con y por ellos, se ganó su lugar con sangre y furia y no pensaba renunciar a él. Pero tenía que admitir que la idea de perder esa libertad que había ganado en los últimos días, el poder ser ella misma sin tener que dar explicaciones a nadie, le costaba.

Mientras paseaba, un rostro conocido llamó su atención. Hodie estaba sentado en uno de los bancos cercanos al lago, escribiendo en un cuaderno.

—¡Hola, Hodie! —saludó contenta de encontrarse con él. Seguro que su optimismo, y la locura que pasara en ese momento por su mente, la ayudaban a escapar de sus pensamientos.

Los ojos de su vecino se elevaron y Eva se quedó inmóvil. El ojo izquierdo de Hodie estaba blanquecino, como si alguien le hubiera dado una pedrada, cegándolo como consecuencia. Pero ni siquiera eso la impactó tanto como su respuesta.

—¡Lárgate, Dalman, molestas! —espetó antes de levantarse y marcharse sin mirar atrás.

Eva retrocedió un paso, sorprendida, y observó incrédula cómo se alejaba. Con la espalda tensa, dando grandes zancadas y sin dejar de farfullar.

¿Qué le había pasado en el ojo? ¿Había tenido algún accidente y a eso se debía su mal humor? Pero por el aspecto de su ojo debía hacer días de aquello y el día anterior, cuando estuvieron juntos, no tenía nada en la cara.

Un momento, ¿la había llamado Dalman?

Nada de aquello tenía sentido. No recordaba haberle mencionado nada sobre su pasado a Hodie, ni siquiera haberle hablado de su familia o de su hermano. ¿Por qué la había llamado por ese nombre?

Mientras continuaba su paseo no podía dejar de dar vueltas en su cabeza al encuentro con su amigo. Demasiadas cosas que no encajaban. La forma en que la había mirado, con ese ojo vacío y el otro cargado de desagrado. El tono de fastidio y enfado con que se había dirigido a ella...

Estaba llegando a la salida del parque cuando le pareció volver a verlo. De nuevo sentado, estaba vez a una de las mesas de madera ubicadas a los lados del camino, centrado en lo que tuviera delante.

Se acercó sigilosa por su espalda, dispuesta a averiguar qué lo tenía tan absorto y, a ser posible, a qué se debía su actitud. No quería volver a molestarle y que su enfado fuera a peor, pero necesitaba respuestas. Hodie era su único amigo fuera de la mansión y tenía mucho que

agradecerle, no dudaría en pedir las disculpas que fueran necesarias si había hecho o dicho algo que le hubiese molestado.

El hombre parecía sumamente concentrado en su cuaderno, en el que las hojas estaban abarrotadas de lo que parecían números, ecuaciones, diagramas y fórmulas que a ella le resultaban ininteligibles. Eva observó todos aquellos garabatos, intentando encontrarles algún sentido, pero viéndose incapaz de hacerlo.

¿Qué era todo eso?

Justo cuando iba a rendirse y preguntárselo directamente, Hodie se giró hacia ella dejándola con la palabra en la boca.

—¿Quién eres? —murmuró mirándola de arriba abajo—. No está claro —se respondió a sí mismo antes de levantarse, recoger su cuaderno y marcharse con rapidez hacia la salida.

Eva no pudo reaccionar, se había quedado muda al volver a encontrarse con sus ojos. Uno blanco, ciego, y otro marrón oscuro, igual que minutos antes. Solo que habría jurado que cuando lo vio cerca del lago el ojo cegado era el izquierdo y en cambio, ahora, era el derecho el que había perdido todo rastro de visión. ¿Cómo era eso posible?

Tal vez lo había visto mal. Quizás el que la tratase con tanta brusquedad la confundió e hizo que no se fijara bien en los detalles.

Se quedó mirando el lugar por el que había desaparecido Hodie, incapaz de hacer que sus músculos se pusieran en funcionamiento y sin entender nada de lo que había pasado en los últimos minutos.

¿Qué le pasaba a Hodie? ¿Por qué se comportaba de una forma tan extraña? ¿Y qué le había sucedido a su ojo? Fuera el que fuese el que estaba dañado.

No tenía respuestas para ninguna de sus preguntas, pero sí una pesada sensación de soledad que se cernió sobre su pecho apretando su corazón hasta casi dejarla sin aire. Creía que había hecho un amigo. Su primer amigo siendo Eva, ella misma, pero todo parecía indicar que no podía estar más equivocada.

Regresó a casa cabizbaja y con paso lento y pesado. Sintiéndose sola y abandonada, más consciente que nunca de que aquel no era su lugar, de que aquellos días se había estado engañando acerca de la posibilidad de vivir una vida como Eva lejos de la mansión, de sus hermanos y de la guerra que se avecinaba. Ser solo una chica en medio de una ciudad bulliciosa y llena de vida. Convencida de que regresar era su decisión y no la única opción que realmente tenía. ¡Qué ilusa había sido!

Entró en el portal sintiéndose helada por dentro y por fuera. En algún punto del camino de vuelta había comenzado a llover, pero no podía haberle importado menos. La lluvia había calado su ropa, aferrándose a sus huesos, haciendo que su cuerpo le pesara aún más; como si no fuera suficiente con la sensación de derrota que sentía sobre sus hombros.

Subió las escaleras con la vista fija en el suelo, pero sin prestar atención a sus pasos, sumida como estaba en aquel estado de tristeza y abatimiento. No alzó la mirada hasta llegar a su planta y en el preciso instante en que lo hizo, un gesto de sorpresa llenó su rostro.

Allí, en el descansillo, ante su atónita mirada, tres hombres exactamente idénticos discutían frente a la puerta del apartamento de Hodie.

—¡Sois trillizos! —exclamó incrédula.

Los tres hombres se giraron hacia ella. Eran exactamente iguales, altos, morenos, de espaldas anchas y muy musculados. Idénticos salvo por sus ojos. Dos de ellos tenían un ojo cegado, uno el derecho, otro el izquierdo y el hombre entre ellos, el que imaginó que era Hodie, tenía ambos de

un marrón profundo que conocía muy bien.

—¿Nos puedes ver? —preguntó el que suponía era su amigo, con los ojos muy abiertos y gesto de incredulidad.

—¿Por qué no iba a poder veros? —respondió arrugando el entrecejo, sin entender la pregunta.

—Quiero decir que... ¿nos ves iguales? ¿De la misma edad?

—Eh... ¿Sí? —Eva no entendía a qué venía esa pregunta—. ¿Cómo iba a veros si no?

De repente, se vio rodeada por los tres hombres. Su cuerpo se tensó en el acto, preparándose para defenderse ante un posible ataque, y sus manos se aferraron a sus antebrazos, agarrando los mangos de los cuchillos ocultos bajo su empapada sudadera.

El que tenía el ojo izquierdo ciego alargó la mano, tocándola en el hombro. De inmediato sus ojos se quedaron en blanco y empezó a murmurar algo incomprensible en un idioma desconocido para ella.

Tan rápido como su mirada se había ido volvió, centrándose en sus ojos.

—No perteneces a este tiempo. Tú eres mía —dijo con total claridad, haciendo que un escalofrío la recorriera de la cabeza a los pies.

Sintió un toque sobre su otro hombro y se volvió para ver que el otro de los hermanos de Hodie había colocado su mano sobre él. Al igual que acababa de pasar, sus ojos se volvieron, quedando completamente blancos, y comenzó a murmurar en una extraña lengua, para después mirarla fijamente y repetir las mismas palabras que le dedicó en el parque.

—No está claro. No está claro. No está claro...

—¡Ya basta, Cras! ¡Suéltala, Hes! La estáis asustando.

Hodie intervino por fin, acercándose a ella y apartando a sus hermanos. Pero cuando clavó su mirada en la de Eva, lejos de calmarla, solo consiguió que se pusiera aún más nerviosa.

—Creo que tenemos mucho de lo que hablar —dijo serio.

Y fue precisamente eso, ver a Hodie serio, lo que hizo que se percatara de que aquella situación, por estrambótica que pareciera, escondía mucho más de lo que ella quería saber.



En algún momento habían entrado en su piso. Eva fue directa a su habitación y se cambió de ropa antes de volver al salón, donde los tres hermanos permanecían sentados en el sofá, hombro con hombro, haciendo que el mueble —y la habitación— parecieran haber encogido de repente.

Tomó asiento en la butaca frente a ellos, sintiéndose helada a pesar de haberse quitado la ropa empapada y haber encendido la calefacción. Algo en todo aquello no estaba bien y no estaba segura de querer oír lo que esos hombres tenían que decirle.

—¿Qué sois?

Esa era la pregunta. Qué eran. Porque algo en su interior le decía que no eran simples trillizos humanos.

—Chica lista —murmuró Hodie mostrando media sonrisa pícara.

Eso hizo que se relajara un poco. Tener un vistazo, aunque leve, de su amigo, la ayudó a calmar sus nervios.

—Él es Hesterno —dijo señalando a su derecha, al hermano con el ojo izquierdo ciego—, y puede ver el pasado. Este es Cras —continuó indicando al otro—, y su dominio es el futuro. Y, como ya sabes, yo soy Hodie, el presente. O, lo que es lo mismo, somos Ayer, Mañana y Hoy. Los hijos de Tiempo.

Hesterno, Hodie y Cras, curiosos nombres para tres hermanos trillizos. En latín significaban Ayer, Hoy y Mañana, eso era algo que ya sabía, pero... ¿qué querían decir con eso de que eran los hijos de Tiempo?

Eva se quedó callada, mirándolo, esperando a que dijera algo más que le aclarara un poco la situación. Porque después de aquella supuesta revelación, seguía igual de perdida que antes.

Hodie suspiró al ver que la chica continuaba sin reaccionar. Obviamente no se había explicado tan bien como creía.

—Creo que conoces a nuestros tíos, Luz y Oscuridad, ¿no es así? —Eva se tensó en su asiento. Sí, esos nombres le sonaban—. Sí, ya veo que los conoces. Cuando se presentan tienden a olvidarse del resto de miembros de la familia, ¿sabes? Nuestro padre, Tiempo, es uno de sus hermanos.

—Tenía que ser cosa de ellos —farfulló Hesterno malhumorado—. Está mal. Ella es mía, no debería estar aquí.

—¡No está claro! —exclamó Cras—. No está claro... —continuó repitiendo en un simple murmullo.

Las manos de Hodie se extendieron a ambos lados, tomó las de sus hermanos y los tres alzaron la mirada. Sus figuras se difuminaron ante los ojos de Eva mezclándose y separándose. Tan pronto se unían formando la imagen de un solo hombre, como volvían a separarse dejando entrever a los tres hermanos.

—*Eres nuestra. Eres pasado. Eres presente. Eres futuro. Eres la llave. Busca la puerta. Eres mía.*

Tres voces que sonaban como una sola llenaron el aire, electrificando el ambiente y haciendo que cada uno de los vellos de su cuerpo se erizaran. Aun así, la tentación era demasiado fuerte.

Inconscientemente, Eva alargó la mano, intentando tocar lo que quiera que fuese aquello, necesitando saber si se trataba de algo real o si su mente le estaba jugando una mala pasada.

Apenas duró unas milésimas de segundo, pero su mano tocó algo sólido y la imagen frente a ella se afianzó, solidificándose. Un solo hombre, que la miraba con un gesto agradecido y una sonrisa dulce.

Un estallido de fuerza la impulsó hacia atrás, obligándola a romper el contacto y, cuando volvió a abrir los ojos, los trillizos volvían a estar frente a ella, observándola con curiosidad.

—¿Qué has visto? —preguntó Hodie.

—Yo... ¿no lo sé? —respondió aún aturdida. Sus dedos hormigueaban, conservando la sensación de energía que los había atravesado hacía un instante.

Observó a los tres hombres que la miraban con atención. Sus rostros comenzaron a mezclarse nuevamente, pero algo le decía que no era como antes, porque la habitación a su alrededor también comenzó a moverse.

Algo iba mal. Muy mal.

Una sensación de vértigo se apoderó de su estómago, parecida a lo que había sentido cuando se lanzó desde lo alto de la grúa junto a Hodie, pero mucho más intensa, justo antes de que la oscuridad más absoluta la engullera.

Deseo de Respuestas

Hodie acomodó a Eva en el sofá dejándola tumbada.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —preguntó a sus hermanos aún aturdido.

—Os lo dije, es mía —respondió Hesterno con la mirada perdida en algún punto de la pared de enfrente.

—Dijiste que era nuestra, pero creo que ha quedado claro que no lo es, ¿no? Seguimos como antes —adujo malhumorado.

—Es mía —insistió acariciando su mejilla con suavidad.

—¿Qué quieres decir, Hes? —Hodie empezaba a ponerse nervioso.

—Está en mi reino, ha vuelto a casa. Es mía.

—¡Tienes que traerla de vuelta! ¡Haz que despierte! ¿Por qué has hecho eso? ¡No debiste enviarla al pasado!

—¡No he sido yo!

—Está despierta —murmuró Cras a nadie en particular.

Hodie respiró un poco más tranquilo. Si Cras podía verla despierta significaba que volvía en sí, ¿no? Después de todo, su hermano veía el futuro... pero ¿cuándo?

—Quizás si le echamos agua... —farfulló entre dientes pensando en voz alta.

De repente, un chorro de agua fría cayó sobre él empapando su camiseta.

—¡Hes! ¿Se puede saber qué coño haces?

—¿No has dicho que te echásemos agua?

—¡A ella, no a mí!

Llenó sus pulmones de aire e intentó calmarse. Entenderse con sus hermanos no era fácil, sobre todo teniendo en cuenta que cada uno vivía en un tiempo diferente.

—Cras, ¿sabes cuándo va a despertar? —preguntó aun sabiendo que su respuesta no le aclararía nada.

—No aquí.

—¿No aquí? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Dónde va a despertar? —Hodie se estaba poniendo nervioso. Le había cogido cariño a Eva, era su única amiga. Se había convertido en la única constante en su vida, además de sus hermanos.

Sin más, Cras desapareció en el aire, al tiempo que llamaban a la puerta.

—¡Mierda! —Se quitó la camiseta mojada y se dirigió a ver quién era la visita tan oportuna.



El ruido de metales cayendo atrajo la atención de Bart que entró corriendo en el salón. Prax y él habían pasado la mañana limpiando allí sus armas y esperaba que ninguno de sus mal llamados hermanos las hubiese tocado. Por su propio bien.

Lo que seguro no esperaba fue lo que encontró.

Un niño de unos siete años de pie sobre la enorme mesa de madera del salón, lo observaba todo a su alrededor.

—Pero... ¿qué demonios?

—Aquí no —fue lo único que dijo el crío antes de desvanecerse en el aire.

Lo siguiente que escuchó fue el grito de Martha desde la cocina, seguido del sonido de platos al romperse.

—¡Un niño! ¿Dónde ha ido? —exclamaba a gritos la pobre mujer.

Corrió en su dirección encontrándose por el camino con el resto de habitantes de la casa.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó sin querer tragarse la carcajada al ver al siempre elegante e impoluto Rodrigo, cubierto de espuma.

—Estaba probando el nuevo sistema antiincendios cuando un niño apareció de la nada justo sobre el interruptor. Cómo pille a ese cabroncete...

El grito asustado de Aby desde la segunda planta hizo que todos parasen en seco su carrera y emprendieran otra mucho más veloz en dirección contraria.

¿Qué demonios estaba pasando? Y ¿de dónde había salido aquel niño?



Jacques había tomado una decisión y nada iba a impedirle encontrar a Eva. Vale, tal vez era cierto que tampoco había nadie interesado en impedirselo, sino más bien todo lo contrario. Y que, probablemente, el único obstáculo para no haberla buscado antes había sido él mismo, pero... tampoco era necesario centrarse en los detalles.

Apretó el puño arrugando con ello el papel que sostenía en su mano y levantó la vista. Si sus

pesquisas eran correctas —y más valía que lo fueran después de la factura abonada al detective— Eva se alojaba en el apartamento de Aby, y este estaba ubicado exactamente en la tercera planta del edificio frente al que se encontraba.

Abrió la mano y aplanó el papel. Tercero derecha. Bien. Ahora solo tenía que llamar al timbre y...

¿Y qué? «Eva, ábreme, soy Jacques» podría parecer la frase adecuada, pero algo le decía que, probablemente, abrirle sería lo último que haría. ¿Entonces?, ¿qué opciones tenía? Podía decir que era un vecino al que se le había estropeado la llave. O el repartidor de una pizzería. Todo el mundo abre la puerta a los repartidores de *pizza*, ¿no?

Perfecto, entonces solo tenía que llamar al timbre, decir que venía a entregar un pedido, ella le abriría y... ¿qué?

Volvió a elevar la vista, pero en esa ocasión directamente al cielo.

Su plan no había ido más allá de buscar a Eva y decirle... un montón de cosas que no sabía si iba a ser capaz de pronunciar ni si ella querría oírlas.

—¡Joder! —farfulló pateando el suelo y esa palabra solo le hizo sentirse aún más frustrado.

Últimamente parecía que ese exabrupto era lo único que salía de su boca y dudaba de que, si su don de palabra se había reducido a eso, tuviera alguna posibilidad de convencer a Eva de nada.

«Cobarde», murmuró burlona en su mente, una voz sospechosamente parecida a la de Rodrigo.

«En este caso, y sin que sirva de precedente, voy a tener que darle la razón». Esa era la voz de Guillaume y algo le decía que no era fruto de su mente.

—Cotilla —escupió en un susurro.

«Te juro que no quería escucharte, pero gritas demasiado y me estabas volviendo loco. Por cierto, me alegro de que al fin hayas decidido mover el culo y salir a buscarla».

—Para lo que me ha servido —volvió a murmurar en voz alta, y una señora que pasaba por la calle lo miró extrañada antes de cruzar a la acera de enfrente.

«Te recuerdo que puedo oír tus pensamientos, no es necesario que hables en voz alta. A menos que quieras que te ingresen en el hospital más cercano. Esa sería una buena excusa para no tener que hablar con Eva, ¿no crees? Además, te evitaría tener que darle la razón a esa voz de tu cabeza que, curiosamente, se parece bastante a la de Rodrigo».

—No soy ningún cobarde.

Pronunció las palabras en alto siendo totalmente consciente de lo que hacía, porque aquella afirmación iba más dirigida a sí mismo que a Guillaume. Él no era un cobarde. Había llegado hasta allí y recorrería cada uno de los pasos que le llevarían hasta Eva. Después... esperaba que supiera qué hacer una vez que la tuviese delante, de lo contrario probablemente haría el mayor ridículo de la historia.

«Solo dile lo que sientes».

La puerta del bloque frente a él se abrió y un señor mayor, apoyado en su bastón, elevó la vista al cielo despejado antes de salir del portal.

—Como si fuera tan fácil —dijo justo antes de sujetar la puerta, para impedir que se cerrase, y saludar al caballero con un leve gesto de cabeza.

—Nada importante es fácil nunca, muchacho —respondió el hombre antes de devolverle el gesto y comenzar con su lento paseo.

«Yo no lo habría dicho mejor».

—Lárgate —farfulló entrando en el bloque y cerrando tras de sí—. No quiero espías en mi cabeza mientras hago esto.

Subió las escaleras con paso decidido, más por no darse a sí mismo la oportunidad de arrepentirse que porque realmente estuviera convencido de lo que hacía. Respiró hondo al alcanzar el rellano del tercer piso y centró toda su atención en la puerta de la derecha, la que lucía una enorme y brillante R sobre ella.

Bien. Había llegado el momento de la verdad. Llamaría a la puerta, se vería cara a cara con Eva y le diría...

Cogió aire con fuerza y avanzó con decisión, confiando en que las palabras apropiadas surgieran de sus labios llegado el momento.

Presionó el timbre con delicadeza, luchando contra sus propios nervios y las ansias de verla, que le hacían desear aporrear la puerta como un energúmeno. Volvió a respirar hondo y esperó.

Su cuerpo entero se tensó al escuchar unos pasos tras la madera y sentir que alguien giraba el pomo.

Había llegado la hora de la verdad y, por más que su cuerpo quisiera darse la vuelta y salir corriendo, o su estómago luchara por volcar todo el alcohol ingerido en los últimos días sobre el suelo de mármol del descansillo, se obligó a permanecer allí.

—Eva, por...

Las palabras se le atragantaron mientras observaba a la persona que le abría la puerta. Miró aturdido a las paredes para cerciorarse de que realmente estaba en la tercera planta y que aquel era el piso correcto. Lo era.

Un rictus serio cubrió su rostro al tiempo que cerraba sus manos en puños.

—¿Quién demonios eres tú y dónde está Eva?

Ante él, un hombre de más de metro noventa, que ocupaba casi todo el hueco de la puerta, con los ojos oscuros, y sin camiseta, le observaba con curiosidad.

—¿Quién eres tú? —preguntó sin perder la sonrisa y Jacques quiso borrarla a golpes.

¿Quién coño era ese tipo? Y, lo que era más importante, ¿qué hacía en el piso de Eva y por qué no llevaba camiseta?

Sin esperar respuesta lo apartó a un lado de un empujón y entró en el apartamento llamándola a gritos.

—¡¡Eva!! ¡¡Eva!!

Recorrió la estancia con la mirada al tiempo que desenfundaba el puñal que llevaba oculto en el antebrazo izquierdo, dispuesto a arrasar con el lugar hasta encontrarla. Sintió como su alma salía de su cuerpo en el mismo instante en que la vio tumbada en el sofá, inconsciente, junto a un anciano de unos ochenta años que la observaba mientras acariciaba su mejilla.

—¡Apártate de ella! ¿Qué le habéis hecho?

El que le había abierto la puerta se colocó rápidamente junto a ellos, con gesto amenazante y sin apartar la vista de él.

Empuñó el puñal manteniendo su atención fija en los dos hombres, a la vez que se acercaba a Eva lo más rápido que podía.

A penas le faltaban unos pasos para llegar hasta ella, cuando un niño pequeño apareció de la nada junto al sofá. Lo siguiente sucedió muy rápido. El pequeño murmuró algo parecido a «despertará» y acercó sus dedos a Eva al tiempo que los dos hombres colocaban cada uno una de sus manos sobre los hombros del pequeño.

Jacques actuó por instinto. Saltó la distancia que los separaba y agarró el brazo del anciano

justo antes de que todo se volviera oscuro y sus tripas se revolvieran.

Deseo de Confiar

Aby había escuchado un ruido en la habitación de Eva que hizo que se acercase a ver. El grito de sorpresa brotó de sus labios sin que pudiera evitarlo, no sabía si por ver a un niño —que juraría que era el mismo que vivía en el piso de al lado del suyo— saltando sobre la cama de Eva o porque este desapareció en el aire en el mismo momento en que sus miradas se encontraron.

El sonido de pisadas apresuradas subiendo las escaleras hizo que su atención se desviara un instante y, cuando volvió la vista al interior del cuarto, solo pudo llevarse las manos a la boca para ahogar un nuevo grito.

Alrededor de la cama de Eva se encontraban sus tres vecinos y un Jacques que parecía estar echando el hígado sobre la alfombra.

A pesar de la breve indisposición pareció recuperarse rápido, porque en cuestión de segundos, volvía a estar erguido y amenazaba a sus vecinos con el puñal que sostenía en su mano.

—¿Qué coño ha sido eso? —espetó sin apartar la vista de ellos.

—¡Jacques!

La voz de Aby hizo que desviara su atención hacia la puerta.

—¿Aby? ¿Qué haces aquí? —Miró aturdido a su alrededor—. ¿Estamos en la mansión?

—¡Hola, Aby! —saludó Hodie con una enorme sonrisa—. Qué de tiempo sin verte, ¿cómo estás?

—¿Los conoces? —preguntó Jacques perplejo, pero sin bajar su arma.

—¿Qué pasa aquí? —Guillaume entró en la habitación seguido de los demás, todos ellos con las armas preparadas—. Aby, ¿estás bien? —Ella asintió con un gesto y eso fue todo lo que necesitó para centrarse en los tres desconocidos que había en la estancia—. ¿Quiénes sois? ¿Cómo habéis llegado aquí?

—Le han hecho algo a Eva. Está... ¿Dónde está Eva? —exclamó Jacques percatándose en ese momento de que ella no se encontraba en la habitación.

De un salto se lanzó sobre el hombre que le había abierto la puerta, colocando el cuchillo en torno a su cuello, dispuesto a exigir respuestas.

—No está —murmuró el abuelo, tomando asiento en el mullido colchón—. Ha vuelto a su lugar. Ya os dije que me pertenece.

La furia de Jacques cambió de objetivo. Nunca le había gustado amenazar a ancianos, pero cuando se trataba de Eva estaba dispuesto a arrasar el mundo si era necesario.

—¿Qué demonios has hecho con ella? ¡¡Habla!!

Saltando por encima del colchón se lanzó sobre él, al tiempo que sus hermanos se preparaban para la lucha y Guillaume empujaba a Aby al pasillo.

Pero Jacques no pudo alcanzar su objetivo, una fuerza invisible lo empujó hacia atrás, alejándolo de él.

—Pero... ¿qué? —murmuró aturdido recomponiéndose del golpe y sacudiendo los restos de escayola de la pared que habían quedado sobre su ropa.

—¿Qué demonios sois? —preguntó Guillaume sin apartar la vista de aquellos tres, un anciano, un adulto y un niño, que habían aparecido en la casa.

—No son nuestros enemigos. —Una vez más, la voz que salía de los labios de Prax no era la suya, y sus ojos se habían vuelto de un extraño color anaranjado—. ¿Verdad?

Los ojos de Hodie se abrieron con asombro una fracción de segundo antes de que recuperara la compostura.

—No lo somos, *cognata*. De hecho, necesitamos vuestra ayuda.

—Nuestra ayuda ¿para qué? —espetó Bart sin bajar la guardia.

—Eva.

Una sola palabra que consiguió poner alerta a todos los presentes y que hizo reaccionar a Jacques.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó furioso.

—Nada. Lo juro —respondió Hodie alzando las palmas de sus manos, en señal de paz—. Nunca haríamos nada que pudiera dañarla. Es mi mejor amiga. Mi única amiga —murmuró—. Pero algo pasó... —Levantó la mirada clavando sus ojos en cada uno de los presentes—. Será mejor que empiece por el principio.

—Sí, será lo mejor. Y, por tu bien, espero que tus explicaciones sean convincentes —escupió Jacques—. O juro que pintaré las paredes con vuestras vísceras.

—Podrías intentarlo —contestó Hodie con una media sonrisa burlona colgando de sus labios.

Jacques entró al trapo como un toro en una plaza. Y, de no haber sido por la intervención de Rodrigo, probablemente hubiera acabado estampado contra la pared una vez más.

—Calma, hermano —le susurró al oído—. Primero tenemos que averiguar qué ha pasado con Eva. Después, yo mismo te ayudaré a descuartizarlos si es necesario.

La tensión en el cuerpo de Jacques se redujo con las palabras de Rodrigo, pero no apartó la mirada del hombre que permanecía frente a él, con una sonrisa de suficiencia en sus labios. El mismo que le había abierto la puerta de casa de Eva, sin camiseta.

—Mi nombre es Hodie y ellos son mis hermanos —explicó señalando a sus dos acompañantes—, Hesterno y Cras.

—Hoy, Ayer y Mañana —murmuró Guido.

—Exacto —asintió—. Somos los hijos de Tiempo. —Mantuvo la mirada de Jacques unos segundos antes de soltar la bomba—. Creo que ya conocéis a nuestros tíos: Luz y Oscuridad.

Un silencio atronador se adueñó del ambiente hasta que Aby lo rompió con una exclamación ahogada.

—¿¡Vuestros tíos!?

—Sí... digamos que somos una familia un tanto complicada —respondió sin perder la sonrisa—. El caso es que, al tocarnos, Eva se ha desmayado y...

—Ha vuelto a su lugar —concluyó Hesterno—. Ahora está donde pertenece. Es mía.

—¡¡Eva no es tuya!! —exclamó Jacques, al que el abrazo de Rodrigo fue lo único que impidió que volviera a saltar sobre el anciano.

—Me pertenece —continuó Hes con voz pausada, sin dar la más mínima importancia a la reacción del templario—. Su lugar está en el pasado. Igual que el vuestro —terminó en un susurro.

Guillaume decidió que era hora de tomar cartas en el asunto si no quería que la tensión en la

habitación continuara aumentando.

—Si conocéis a Eva y sabéis lo que Luz y Oscuridad nos han encomendado, también debéis saber que su sitio es este. Una batalla se acerca y la necesitamos a nuestro lado para enfrentarla.

Hodie asintió.

—Lo sabemos. —Volvió la vista a su hermano Hesterno, que continuaba sentado sobre el colchón, con la vista perdida en algún punto de la pared frente a él—. Supongo que al entrar en contacto con nosotros su don ha reaccionado de alguna forma, llevándola a algún punto del pasado.

—El don de Eva es viajar de un sitio a otro... —murmuró Rodrigo justo antes de que sus ojos se ampliaran con asombro—. ¿Quieres decir que no solo puede moverse a través del espacio sino también del tiempo?

—Debe irse —dijo de repente el niño, que había permanecido murmurando, sentado en el suelo junto a la cama, clavando su mirada en Hesterno.

—¿Quién debe irse? ¡No permitiré que os llevéis a nadie más! —exclamó Jacques antes de lanzarse una vez más contra el anciano.

Instintivamente, todos los presentes dieron un paso atrás, a la espera de que una nueva explosión de energía impidiera que el templario lo alcanzase. Pero, en esa ocasión, Hesterno se limitó a observar cómo se acercaba a él, levantó su mano con parsimonia y estiró el brazo hasta tocarlo. En ese preciso instante, Jacques simplemente desapareció en el aire. Dejando a todos sus hermanos estupefactos y una sonrisa en los labios del anciano.

—Ahora podrá volver —volvió a murmurar el niño, acomodándose contra la pared y comenzando de nuevo a susurrar números que para los presentes no tenían ningún sentido.



Camino a Tierra Santa, 1290

Había pasado un mes. Treinta días, con sus correspondientes noches, desde que Evangeline abandonó todo cuanto conocía para embarcarse en una aventura que probablemente la llevaría a la muerte.

Debería estar asustada, sentirse insegura, ansiosa y preocupada. Así había sido durante los dos primeros días, cuando el temor a ser descubierta la había acompañado desde la mañana hasta la noche. Hasta que se percató de que a nadie le importaba ella.

Nadie le preguntó de dónde venía, ni cómo había llegado allí.

Simplemente vieron sus ropajes templarios y le adjudicaron una zona de la comitiva que proteger. Sin preguntas, sin presentaciones. Tan solo su superior se acercó a ella para presentarse. La llamó Dalman, y Eva no se molestó en corregirle, se limitó a asentir con la

cabeza y seguir las órdenes que le fueron dadas.

Desde aquel instante la rutina y la monotonía del viaje habían conseguido que, poco a poco, sus nervios y el miedo a ser descubierta hubieran ido desapareciendo.

El viaje estaba siendo tranquilo. Pasaba los días sobre su caballo, avanzando lentamente entre los carros y carruajes, asegurándose de que no surgían problemas y de que, si los había, fueran resueltos a la mayor brevedad posible.

Le habían asignado el tramo final de la caravana, la zona de los «prescindibles» como había oído llamarlos a algunos de los hombres que acompañaban al miembro más insigne de la comitiva. Al parecer se trataba de un familiar directo del Papa Nicolás IV y, a pesar de la seguridad que ofrecía la compañía de los templarios, viajaba acompañado de un pequeño ejército de mercenarios.

No podía evitar estremecerse cuando recordaba alguna de las pocas ocasiones en las que se había encontrado cara a cara con alguno de ellos.

—*Ça vas?*^[iii] —La voz de Antoine la sacó de sus pensamientos.

Era un joven algo mayor que ella, formaba parte de la sección de la comitiva que le encargaron proteger y, con el paso de las horas y los días, se había forjado entre ellos algo parecido a una amistad. Una lo bastante fuerte para que, unos días antes, cuando su menstruación hizo acto de presencia y comenzó a sentirse mal, se hubiese atrevido a confesarle su secreto.

Antoine hacía que se sintiera cómoda, segura. La escuchaba y tenían muchas cosas en común. A ambos le encantaban los caballos y disfrutaban practicando con el arco y las flechas siempre que tenían la oportunidad.

Además, ambos estaban solos. Ninguno de los dos tenía a nadie más que a sí mismo.

Al igual que ella, Antoine se había unido a la comitiva buscando huir de su casa, de un padre ausente y una madre abusiva, de la miseria de una familia sin recursos, de un lugar en el que sus planes de futuro llegaban solo hasta la forma de conseguir su siguiente comida. Esperaba encontrar algo diferente al unirse al viaje, con suerte un lugar entre los caballeros, aunque fuese como un simple escudero o sirviendo a alguno de ellos.

—Sí, ya casi no me duele —respondió con una pequeña sonrisa, sin volverse a mirarlo.

Puede que se sintiera segura cerca de Antoine, pero nunca, jamás, olvidaba su responsabilidad para con los viajeros, ni su obligación de mantenerse atenta ante cualquier posible peligro.

—¡Alto! —La orden de su superior directo en aquel tramo de la caravana hizo que tirase con fuerza de las riendas de Noir, su caballo, forzándolo a detenerse—. Pasaremos aquí la noche —continuó—. Hay un pequeño arroyo a unos doscientos metros, entre los árboles, donde podréis rellenar los odres de agua. Los voluntarios que quieran unirse a la partida de caza deberán presentarse ante mí.

Antoine le dedicó una sonrisa antes de apresurarse hacia donde estaba su superior, presentándose voluntario. Normalmente siempre lo hacían los dos, pero en aquel momento prefería quedarse y ayudar a acomodarse a los viajeros para la noche que se avecinaba.

Horas después, aprovechando que la luna estaba oculta entre las nubes que cubrían el cielo e impedían ver las estrellas, Eva se levantó del suelo sobre el que había estado dormitando.

Llevaba pensando en ello desde que su superior había mencionado el arroyo y no podía sacarse la idea de la cabeza.

Necesitaba un baño.

Aguzando el oído y la vista, se aseguró de que nadie la viese cuando se incorporó con cuidado y se escabulló entre los árboles en su busca. A tientas en la oscuridad, con cuidado de no hacer

ruido e intentando no desorientarse y memorizar el camino de vuelta, se deslizó con sigilo a través del bosque siguiendo el suave murmullo de la corriente que podía escuchar no muy lejos.

Era una auténtica delicia sentir el agua fresca sobre su piel.

Se había desvestido con rapidez, recordándose a sí misma que debía ser rápida. Incluso, en un principio, se dejó puesta la fina camisola que cubría su cuerpo haciendo las veces de ropa interior. Pero le había sido imposible resistirse y acabó quitandoselo todo, incluidas las vendas que envolvían sus pechos, disimulándolos.

Sentía una extraña sensación de libertad mientras se relajaba en el agua, dejando que la leve corriente meciera su cuerpo, al tiempo que arrastraba el sudor, la suciedad y las preocupaciones que cubrían su piel.

Aun así, había dejado sus puñales en la orilla, cerca del agua, y una parte de su mente permanecía atenta a cualquier peligro. Al menos eso pensaba. O, tal vez, precisamente ese fuera el problema. Que ella no lo consideraba un peligro.

—Vaya, vaya. Eres toda una delicia, pequeña Eva.

Había escuchado la voz del que consideraba su amigo muchas veces. En ocasiones sonando divertida, otras con seriedad e incluso con miedo... pero jamás, con ese tono vicioso que hacía que su piel se erizase de temor y asco.

—¿Qué haces aquí, Antoine? —preguntó cubriendo con rapidez su desnudez todo lo que sus manos le permitían.

—Cuando me dijiste que eras una mujer no pensé que fueras una tan apetecible —murmuró, ignorando su pregunta al tiempo que se acercaba a ella como un depredador.

La mente de Eva se encontraba dividida, le costaba asociar a Antoine, su amigo Antoine, el único que tenía en aquella nueva vida, con el hombre que la miraba con ojos cargados de deseo y una sonrisa sádica en sus labios.

Tembló.

Intentando no perderlo de vista, desvió su mirada hacia sus armas, calculando mentalmente el tiempo que tardaría en llegar hasta ellas, y se lanzó en su dirección.

No fue lo bastante rápida.

Sintió un fuerte tirón de su corto pelo y un brazo envolvió su garganta, aplastando su espalda desnuda contra la tela de la camisa de Antoine. Intentó revolverse y le propinó una patada en la espinilla con el talón de su pie izquierdo.

Una risa macabra sonó muy cerca de su oído.

—Toda una fiera. Justo como a mí me gustan.

Tiró de su cuerpo hacia los árboles que rodeaban el pequeño arroyo, mientras ella no dejaba de luchar y revolverse. Nunca había sido dócil. Jamás se resignó a su destino. Y aquella ocasión no sería diferente.

Si aquel hombre, al que había considerado su amigo, quería arrebatarle su virtud no se lo iba a poner fácil.

La empujó con fuerza contra el tronco de uno de los árboles, aprisionándola entre la rugosa madera y su cuerpo, justo antes de golpearle la cabeza contra la dura corteza. Sintió algo pegajoso deslizarse por su frente y el mundo desapareció a su alrededor durante una fracción de segundo.

No podía desmayarse.

No pensaba ponérselo tan fácil.

Antoine no dejaba de hablar, de susurrar palabras sucias en su oído, de describir todo lo que

pensaba hacer con ella.

Se obligó a ignorarlo, esforzándose en que lo que decía no le afectara.

Apoyó sus manos sobre el tronco y empujó con fuerza hacia atrás, aprovechando que una de las manos de su atacante la abandonó para que él pudiera desvestirse. Su acción sorprendió a Antoine que la liberó durante unos segundos para recuperar el equilibrio.

Eva intentó huir, corrió siguiendo el sonido del arroyo en busca de sus armas, podía sentir como las piedras se clavaban en la planta de sus pies desnudos, y las ramas bajas golpeaban su piel. No le importó.

Apenas le faltaban unos pasos para alcanzarlas. Volvió la vista atrás un instante para buscar a su perseguidor. Otro error.

Tropezó y apenas tuvo tiempo de poner sus manos en el suelo para evitar golpearse en la cara.

Unos dedos se aferraron con fuerza a su tobillo tirando de ella hacia atrás. Pateó con fuerza, intentando golpearle, pero solo encontró aire. Otra mano se unió a la primera, sujetando su otra pierna, arrastrándola bajo el cuerpo de Antoine.

Sintió la dureza de su pecho contra su propia espalda, y otra muy diferente que se rozaba contra su trasero. Supo que estaba perdida.

Amargas lágrimas de rabia e impotencia se agolparon en sus ojos, pero no las dejó salir. Sus pechos se aplastaron contra el suelo bajo el peso del cuerpo de Antoine, sus pulmones casi no podían retener el aire y se sintió desfallecer al tiempo que, una vez más, la oscuridad la reclamaba.

No iba a rendirse.

No iba a dejar de luchar.

Prefería la muerte.

Estiró sus manos buscando algo a lo que aferrarse, tocó algo metálico y lo asió con fuerza. Sintió como el borde afilado cortaba su piel haciendo que la sangre manara de la palma de su mano. La abrió ligeramente, dejando que resbalara hasta que logró agarrar su arma por la empuñadura.

Cogió aire y obligó a su cuerpo a relajarse.

No tenía otra opción.

Deseo de Comprensión

Los pies de Jacques permanecían fijos en el suelo, como si alguien los hubiera recubierto de hormigón, mientras observaba la escena. En su piel aún vibraba el impacto que le provocó ver el cuerpo desnudo de Eva sumergiéndose en el pequeño arroyo. Se había quedado embelesado con aquella imagen que, de pronto, se transformó en una pesadilla.

Su cuerpo se tensó en el instante en que percibió la presencia de alguien más en aquel diminuto claro. Algo en su interior le decía que no era un amigo y no traía buenas intenciones. Un simple vistazo al rostro del desconocido le confirmó sus terribles sospechas. Destilaba deseo, lujuria y tanta seguridad y resolución que dejaba claro que nada le impediría llevar a cabo sus planes.

Jacques quiso gritar. Avisar a Eva del peligro. Correr hacia aquel intruso que había irrumpido en su pequeña burbuja de intimidad, ensuciándola y haciéndola pedazos.

Pero sus labios no se separaron, el grito se ahogó en su garganta y permaneció rebotando contra las paredes de su mente. Sus pies, anclados en el suelo, no obedecieron ninguna de sus órdenes. Lo único que pudo hacer fue observar cómo aquel desalmado la arrastraba hacia la espesura, mientras la furia ardía en sus venas.

Cuando la vio salir corriendo de entre los árboles el aire regresó a sus pulmones. Al menos durante una fracción de segundo, que fue el tiempo que tardó en aparecer su perseguidor. Eva miró atrás y cayó al suelo. Jacques cerró los ojos, ahogándose en la impotencia, mientras el hombre la aplastaba contra la dura tierra, colocando todo su peso sobre ella.

—Abre los ojos. —La voz de Evangeline sonó muy cerca, atravesando la capa de ira y furia que cubría sus pensamientos.

Acató la orden sin pensarlo siquiera. Consciente de que haría cualquier cosa que ella le pidiese sin dudarle. Lo que fuera.

Su cuerpo continuaba rígido e inmóvil. Podía sentirla cerca, a pesar de que también la veía frente a él, bajo el cuerpo de aquel desalmado. Quería girarse para buscarla, pero una fuerza extraña le obligaba a permanecer con la mirada fija en la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Eva se retorció intentando librarse del peso que la aplastaba contra el suelo. Los pantalones de su atacante habían caído y se encontraban enredados a la altura de sus rodillas. Jacques temió lo que iba a pasar, quiso cerrar los ojos para no verlo, gritar de rabia e impotencia. Pero continuaba inmóvil, incapaz de impedirlo, incapaz de apartar la mirada.

No la había salvado.

No podía salvarla.

Algo llamó su atención e hizo que sonriera internamente. Aquel despojo de hombre no había sujetado los brazos de Eva, dejando claro que la subestimaba por el mero hecho de ser mujer.

Iluso.

La mano de Evangeline se aferró a uno de sus puñales, los mismos que siempre llevaba atados a sus antebrazos. Lo sostuvo con fuerza y permaneció inmóvil.

Cualquiera habría pensado que se había rendido.

Cualquiera que no conociese a esa mujer fuerte, luchadora y más que hábil con la espada, claro.

Y eso fue exactamente lo que pensó su atacante, que aflojó la presión sobre ella.

Todo ocurrió en una fracción de segundo.

Un instante Eva estaba aprisionada boca abajo contra el suelo, y al siguiente se había girado clavando su puñal en el cuello de quien pretendía violarla.

La sangre brotó a borbotones. Una expresión de sorpresa inundó los ojos de aquel mal llamado hombre justo antes de que la vida los abandonara y cayera a plomo contra la mujer bajo él.

—Esa fue la primera vez que quité una vida. —La voz de Eva volvió a sonar a su derecha y, en aquella ocasión, sí pudo girarse en busca de su rostro. Uno cubierto de rabia y dolor—. Creía que era mi amigo, ¿sabes? Mi único amigo. —Su gesto mutó a uno cargado de resolución—. Justo en ese momento —continuó señalando a la Eva del pasado, que arrastraba el cadáver de Antoine hacia el bosque— fue cuando comprendí que no podía confiar en nadie. Que nadie, nunca, debía conocer mi secreto. No si quería seguir viva.

—Nosotros no éramos él —replicó refiriéndose a sus hermanos de armas—. Yo no soy él —murmuró Jacques con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo. Resistiéndose a la necesidad de abrazarla, de envolverla en sus brazos y protegerla.

—No, tú no eres él —aceptó Eva—. Eres peor.

Jacques dio un paso atrás. Aquellas palabras se sintieron como un puñal atravesando su pecho. Los ojos de Evangeline lo recorrieron durante un instante, antes de que sus labios se cubrieran de una triste sonrisa.

El bosque a su alrededor desapareció y en su lugar, empezaron a sucederse distintos momentos de su vida, del año que habían compartido juntos. Como si de una película se tratara, Jacques presenció cada uno de sus desplantes, cada gesto brusco, cada grito, cada reproche sin razón. Pero en esa ocasión, por primera vez, observó las reacciones de Eva al recibirlos, su incompreensión, sus gestos de dolor, su resignación, su tristeza.

Nunca trató a Dalman como al resto de sus hermanos, jamás tuvo una palabra amable hacia él, nunca lo felicitó por sus logros, a pesar de que habían sido muchos. Ni siquiera le agradeció las veces que le había salvado la vida aun a riesgo de perder la suya.

Todo lo que tuvo hacia él fueron duras palabras, gestos de desagrado y reproches.

Tan asustado estaba de los sentimientos que provocaba en él, y que no era capaz de comprender ni controlar, que jamás se paró a pensar en el daño que le hacía. En cómo le afectaban sus palabras y desplantes.

Y ahora que sabía que Dalman era Eva y empezaba a vislumbrar y comprender una mínima parte de todo por lo que había pasado, no podía —ni quería— evitar sentirse como el ser más despreciable, egoísta y ruin que había pisado la faz de la tierra.

—Antoine pudo haber roto mi cuerpo, mi mente, incluso robarme la vida... pero tú destrozaste mi corazón.

Agachó la cabeza, arrepentido, intentando encontrar las palabras apropiadas, queriendo hallar la manera correcta de expresar cómo se había sentido entonces, qué le llevó a tratarla de aquella forma y suplicar su perdón.

Pero ni un solo sonido salió de su garganta.



Londres, en la actualidad.

Después de la desaparición de Jacques la habitación se convirtió en un caos de gritos, preguntas y amenazas. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Justo cuando todo parecía estar a punto de explotar, Aby decidió tomar cartas en el asunto. Aprovechando que Guillaume y los demás estaban completamente centrados en sus vecinos, entró en la habitación y se escabulló hasta colocarse entre los templarios y sus tres visitantes.

—¡¡Basta!! —gritó con los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo formando una cruz.

De algún modo su voz se impuso sobre las de los presentes. La confusión entre los templarios se hizo patente cuando todos la miraron aturdidos, al verla interponiéndose entre ellos y aquellos a los que consideraban el enemigo. La de Guillaume, en cambio, mostró auténtico terror. Aunque solo fue por una fracción de segundo antes de recomponerse.

—Aby, cariño —pronunció con un tono suave pero firme—, apártate de ellos, por favor, y ven hacia mí.

Ella se limitó a bufar mientras cruzaba los brazos con actitud aburrida.

—Ya basta, Guillaume, estoy bien —afirmó con los ojos clavados en los de su amante—. No van a hacerme nada y vosotros a ellos tampoco. Han sido mis vecinos durante más de cuatro años y jamás he tenido un problema con ellos. Vosotros en cambio... —Miró con dureza a los hombres frente a ella, aquellos que se habían convertido en sus compañeros, su familia, sus hermanos—. La violencia no siempre es la solución para todo. Lo sabéis, ¿verdad? De hecho, pocas veces arregla las cosas, la mayoría solo las empeora.

—Aby... —murmuró Guillaume con un gesto que oscilaba entre la furia y el temor.

—¡Chitón! —replicó mirándolo fijamente—. Ellos no van a hacernos nada, ¿verdad? —insistió dirigiéndose a Hodie y sus hermanos, volviendo la vista atrás con una enorme sonrisa en los labios.

—Sabes que nunca te haríamos daño, Aby. Nos gustas —respondió su vecino mostrando su brillante dentadura.

Algo parecido a un gruñido brotó del pecho de Guillaume, pero se apresuró a tragárselo cuando Aby lo miró con ambas cejas alzadas.

—Perfecto —asintió conforme—. Ahora que tenemos claro que no son nuestros enemigos, ¿qué os parece si llevamos la charla al salón? Quizás, aunque solo sea por una vez, podríamos intentar mantener una conversación civilizada.

Miró a los templarios que la observaban incrédulos. Como si fueran uno solo, sus rostros se volvieron hacia Guillaume con la duda dibujada en cada uno de ellos. Él se limitó a encogerse de hombros y apartarse de la puerta.

—Al salón, pues —murmuró mientras hacía un gesto con su mano, invitando a los presentes a abandonar la habitación.

—¿Es que ahora es una mujer quien nos da las órdenes?! —exclamó furioso Bart—. ¿Acaso tenemos que confiar en ella porque compartís cama?

La mirada dura de Guillaume se encontró con la del templario que lo observaba retándolo.

—No —respondió su superior con sequedad—. Confiamos en Aby porque si no fuera por ella seguirías siendo un pedazo de roca dentro de una cueva.

—A algunos no nos importaría que se hubiera quedado allí... —Rodrigo lo dijo en un murmullo, pero no lo bastante bajo como para que no lo escucharan, y las miradas de todos se volvieron hacia él—. ¡Ups! ¿Lo he dicho en voz alta? —repuso llevándose la mano a la boca.

La reacción de Bart no se hizo esperar y, con paso decidido, se volvió hacia su hermano.

—¡Maldito bastardo! Dime eso a la cara si te atreves —espetó furioso.

—Creía que ya lo había hecho —respondió el aludido indolente.

—¡Basta!! —gritó Guillaume—. Guardad esa rabia para el entrenamiento de esta tarde. ¡Al salón! ¡Todos! ¡Ahora!

Los demás, que habían observado el enfrentamiento entre Bart y Rodrigo como si de un partido de tenis se tratase, se giraron y comenzaron a desfilar hacia el pasillo pasando por delante de Guillaume que mantenía su atención fija sobre los dos templarios.

Ambos continuaban retándose con la mirada, como si ninguno de los dos quisiera ser el primero en retirarla. Rodrigo mantenía una sonrisa burlona en sus labios y la mandíbula de Bart estaba fuertemente apretada.

—¡Moveos! —insistió Guillaume al ver que ninguno parecía tener intención de obedecer sus órdenes.

—Por supuesto, jefe —Rodrigo fue el primero en moverse, asintiendo ante la orden de su superior y saliendo de la habitación.

Guillaume sujetó el brazo de Bart, haciendo que se detuviera antes de cruzar la puerta.

—Mi oferta sigue en pie. Si quieres luchar por el liderazgo, solo tienes que decirlo.

Un gesto de asombro e incredulidad cruzó el rostro de Bart durante una fracción de segundo antes de que recobrarla la compostura y su expresión dura y retadora.

—Hablares —respondió apartándose de Guillaume con un brusco movimiento y saliendo al pasillo.

—Puedes estar seguro de ello —afirmó siguiéndolo con la mirada.

Cuando comprobó que Philippe estaba allí, esperando a su hermano para calmarlo, volvió la vista al interior del cuarto. Aby le miraba con gesto contrito, Hodie con una sonrisa burlona y sus hermanos permanecían ausentes, como si nada de lo que hubiera pasado les afectase lo más mínimo.

—Lo siento, Guillaume, yo... —Aby agachó la mirada, sintiéndose en parte responsable de lo sucedido.

—Vamos al salón, por favor —pidió Guillaume, suspirando.

Hodie se volvió hacia sus hermanos, llamando su atención para que abandonaran la habitación y acompañaran al resto escaleras abajo, siguiendo los pasos de Aby.

La joven caminaba cabizbaja, inmersa en sus pensamientos y sintiéndose un tanto culpable,

cuando sintió que unos pequeños dedos se aferraban a su mano derecha. Miró en esa dirección y se encontró con dos enormes ojos marrones que la miraban desde abajo, acompañando a una sonrisa inocente.

—No debes preocuparte por ellos. Volverán pronto —pronunció la melódica voz del pequeño Cras.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —inquirió dudosa.

—Porque lo he visto.

La seguridad en la voz del niño era tanta que Aby no se atrevió a preguntar más, al contrario, se encontró creyendo aquellas palabras y sabiendo en su interior, que eran ciertas.

La escena que se desarrollaba en el salón no era nada halagüeña. Bart y Rodrigo continuaban con su eterna discusión, mientras Philippe a ratos parecía intentar mediar entre ellos y otras veces animar el enfrentamiento verbal entre ambos. Prax permanecía impasible, tumbado en el sofá que solía ocupar siempre, con una sonrisa burlona en los labios, mientras Hugo y Guido discutían sobre dónde estarían Jacques y Eva y qué pasaría cuando regresaran... si es que lo hacían.

Guillaume estaba cansado. Quizás sería más correcto decir que estaba harto. Entre las disputas de sus hermanos, la desaparición de dos de ellos, la aparición de aquellos tres personajes y las intervenciones de Aby, sentía que el control se escapaba de sus manos a pasos agigantados. Eso suponiendo que lo hubiera tenido en algún momento, claro está.

Sabía que su mujer tenía buenas intenciones, que solo quería ayudar, hacerles más fácil su adaptación a aquella nueva realidad, pero lo cierto es que Aby no entendía que ellos eran diferentes. Que su vida había sido diferente. Venían de un tiempo en el que el único idioma que entendían los hombres era el de las espadas entrechocando, donde el diálogo era el último recurso, no el primero, ya que usarlo era el equivalente a mostrar debilidad.

—Sentaos, por favor —pidió a sus visitantes con un murmullo resignado.

Hodie obedeció y le agradeció el gesto con una sonrisa, mientras Hes y Cras se limitaron a ignorar su gesto y tomar posiciones cada uno en un extremo diferente del salón. El pequeño volvió a sentarse en un rincón y continuó con su incesante parloteo de números, al tiempo que el anciano tomaba asiento en una silla dispuesto a perderse una vez más en sus pensamientos.

Guillaume suspiró resignado y agarró la mano de Aby. No siempre estaban de acuerdo, pero lo cierto era que cruzaría el infierno por aquella mujer y sabía de sobra que ella haría lo mismo por él.

Deseo Frustrado

Camino a Tierra Santa, 1290

Jacques aún no había conseguido digerir las palabras de Evangeline. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto y hacer las cosas tan mal?

Las primeras luces del alba comenzaban a asomar entre las sombras de los árboles que rodeaban aquel pequeño claro y el sonido de los pájaros daba la bienvenida a un nuevo día, pero su mente continuaba inmersa en el pasado. En las veces que había negado sus sentimientos, en un vano intento de hacerlos desaparecer. ¿Podría algún día reparar tanto daño?

Quizás había sido un iluso al pensar que descubrir que Dalman era en realidad Eva le daba una oportunidad de ser por fin feliz junto a la persona a la que llevaba amando desde siempre. No había tenido en cuenta que el pasado, uno que él se encargó de retorcer y llenar de dolor, pesaría sobre ellos como una gran losa.

Elevó la vista y por fin se atrevió a clavar su mirada en aquellos ojos azules que se habían adueñado de su corazón desde el primer instante en que los vio.

—Eva... yo... —comenzó titubeante.

—Tú no lo sabías —respondió ella con un leve encogimiento de hombros—. No podías saberlo, yo no quería que lo supieras y me esforcé muchísimo en ocultarlo, especialmente a ti.

—Pero eso no excusa...

—¿Tu comportamiento? —terminó ella, interrumpiéndole—. No, no lo hace, pero sí que hace que pueda llegar a entenderte.

Aquellas palabras para Jacques fueron como sentir el brillo de la luz del sol en la más profunda oscuridad. Quizás sus plegarias habían sido escuchadas y no todo estaba perdido.

—No sé si tendré vida suficiente para merecer tu perdón, pero te prometo que no habrá un día que no luche por ganármelo. Cuidaré de ti... —Eva elevó una ceja, retándolo a continuar por ese camino. Jacques sonrió, sabiendo que ella era perfectamente capaz de cuidarse por sí misma—. Sí, Eva, cuidaré de ti y tú cuidarás de mí, porque solo así saldremos vivos de esta y porque no hay nadie a quien confiaría mi vida con más seguridad que a ti. —Ella sonrió satisfecha—. Sé que no necesitas que nadie te proteja, ya lo sabía y después de lo que he visto aún tengo más claro que eres perfectamente capaz de defenderte sola. Pero eso no significa que tengas que hacerlo, al igual que yo. Habrá veces en las que quiera protegerte, en las que todo mi ser me exija mantenerte alejada de cualquier peligro, por mínimo que sea, por eso te pido que, si en algún momento sientes que te aparto, que no te doy el lugar que te corresponde por derecho...

—Tranquilo, yo misma me encargaré de recordártelo de un buen mandoble si es necesario.

Eva interrumpió la confesión de Jacques, con una sonrisa en sus labios que pretendía ocultar el temblor de sus piernas y el palpitar acelerado de su corazón. No sabía si podía continuar escuchando lo que parecía tener que decirle, no sin caer rendida ante lo que había anhelado durante tanto tiempo y ahora parecía, por fin, estar al alcance de sus manos.

Jacques le devolvió la sonrisa, cómplice, pero su mirada cometió el error de pararse en los labios curvados de la joven frente a él. En ese momento comprendió que, tal vez, había llegado el momento de dejar a un lado las palabras, que al fin y al cabo nunca habían sido su fuerte, y pasar

a los hechos. Deseaba besarla más de lo que recordaba haber deseado nada en su larga y dilatada vida. Sabía que enfrentaría gustoso la muerte solo por el placer de poder rozar esos labios con los suyos, aunque tan solo fuera durante un segundo.

Sus piernas se movieron antes incluso de que su cerebro registrara la orden, un paso titubeante y la distancia entre ambos se redujo a unos pocos centímetros. Aquellos labios, rosados y brillantes, le estaban llamando a gritos y con cada segundo le costaba más resistirse a la tentación.

Eva se quedó paralizada al ver cómo la distancia entre ellos se reducía. Podía sentir el calor del cuerpo de Jacques como si fueran oleadas llegando hasta su piel. Era como si el escaso aire que flotaba entre los dos se hubiera cargado de electricidad, poniendo su piel de gallina y haciéndole anhelar algo que, aunque no sabía bien qué era, sabía que sin eso no podría seguir viviendo.

Los ojos del templario la contemplaban con un sentimiento crudo, el mismo que se había obligado a sí mismo a mantener oculto durante tanto tiempo. Uno que, de haber sido Eva alguien más experimentado, habría reconocido como deseo. Ella, en cambio, estaba poco versada en la pasión, el deseo y el amor. Ni todas las charlas con Aby y Chloé, ni todas las películas o novelas románticas del mundo, podrían haberla preparado para el remolino de emociones que se formaba en su interior, azotando a su piel desde dentro, haciéndola arder y sudar frío al mismo tiempo, tirando de ella hacia Jacques a la vez que la impulsaba a alejarse de él.

En un arranque de valentía, el templario alargó la mano, posándola con suavidad sobre la mejilla de Eva con una dulce caricia. Sus dedos continuaron hasta detenerse en el hueco de su cuello, recreándose allí donde podía sentir el errático pulso de la mujer que temblaba bajo su contacto, y cuya mirada le decía tantas cosas que no sabía si algún día sería capaz de descifrarlas todas.

Evangeline quería que la escasa distancia que los separaba desapareciera, pero se sentía incapaz de ser ella quien diera aquel decisivo paso. El miedo a que lo diera él era casi tan fuerte como el deseo. Cuando por fin los pocos centímetros entre ellos se convirtieron en milímetros, se sobrepuso a las ganas de huir y tendió una mano temblorosa, que acabó posando sobre el duro pecho de Jacques. Sus ojos se encontraron y el tiempo se detuvo por lo que podría haber sido una eternidad.

—Vosotros no deberíais estar aquí.

Una voz de mujer, que parecía estar envuelta en una oleada de poder, rompió aquel momento, dejándolos aturdidos y expuestos. Ambos se giraron, separándose como si una corriente eléctrica los hubiera atravesado. Se colocaron espalda contra espalda, como tantas otras veces, recorriendo con sus miradas los alrededores en busca de quien había interrumpido aquel instante.

—¿Quién eres? ¡Muéstrate! —exigió Jacques gritando hacia los árboles que rodeaban el claro.

—Este no es vuestro sitio.

La voz se materializó justo frente a Eva. Una mujer cubierta de la cabeza a los pies por un manto de color marrón oscuro, con el rostro oculto bajo una capucha que tan solo dejaba ver unos mechones de pelo rubio.

Tan repentinamente como había aparecido se esfumó ante la estupefacta mirada de los dos templarios, dejando tras de sí una sola frase flotando en el aire:

—Yo soy la puerta, encontrad la llave.



Londres, en la actualidad

En una fracción de segundo el bosque que los rodeaba desapareció y se encontraron de nuevo en la habitación de Eva. Miraron a su alrededor aturdidos, aún en busca de cualquier amenaza, pero no había rastro del claro ni de la mujer.

Un fuerte ruido en el pasillo hizo que la atención de ambos se centrara en la puerta. Eva se lanzó en busca del puñal que guardaba bajo su almohada, al tiempo que Jacques cogía una de las espadas que todos acostumbraban a guardar bajo sus camas. Lo más importante era que el enemigo nunca te encontrara desarmado.

La puerta se abrió golpeando la pared, dejando ver a sus siete hermanos, preparados y en posición de combate, seguidos por una decidida Aby que aferraba con fuerza una de las lámparas que decoraban las mesas del pasillo.

—¿Jacques? ¿Eva?

La voz asombrada de Guillaume dio el pistoletazo de salida para que todos comenzaran a hablar y preguntar a la vez. Querían saber qué había pasado, dónde habían ido y las exclamaciones de alivio se entremezclaron con las de preocupación.

Eva dio un paso atrás, casi escondiéndose detrás de Jacques. Era la primera vez que se encontraba con todos sus hermanos desde que su secreto salió a la luz y se sentía extremadamente insegura. Viéndola en aquel momento nadie diría que era capaz de cercenar el cuello de un enemigo sin ni siquiera inmutarse.

Aby corrió hacia su amiga, pasando entre los templarios e ignorando el intento de retenerla por parte de Guillaume, y la abrazó con fuerza.

—¿Estás bien, Eva? —preguntó mientras se debatía entre encerrarla en sus brazos y revisarla de arriba abajo para asegurarse de que estaba ilesa—. Nos tenías muy preocupados. —En ese momento su mirada recayó sobre Jacques que se había apartado al verla ir hacia Eva—. Bueno, los dos. ¿Dónde estabais? ¿Qué os ha pasado?

—Estamos bien, Aby, no te preocupes —respondió la chica en un leve murmullo, aún sin atreverse a mirar a sus hermanos.

—Y seguro que es porque le has salvado el culo al capullo de Jacques una vez más —interrumpió Rodrigo entre risas aligerando así el ambiente—. Bienvenida a casa, hermanita.

Se acercó a ella y la abrazó con fuerza, ante la dura mirada de Jacques. Rodrigo sonrió internamente, acercó sus labios al oído de Eva y susurró:

—No se lo pongas fácil, hermanita, a los hombres hay que hacerles sufrir de vez en cuando para que no se confíen.

La besó con fuerza en la mejilla y se apartó, con su eterna sonrisa burlona en los labios, sin dejar de mirar a Jacques que lo observaba serio.

—Bienvenida a casa, Eva —repitió Guillaume a unos pasos de distancia—. Nos alegramos de que estés aquí.

Ella por fin elevó su rostro y su mirada se cruzó con la del hombre al que había jurado seguir tanto tiempo atrás. Una tímida sonrisa asomó a sus labios.

—Yo también me alegro de haber vuelto a casa, jefe.

—Será mejor que bajemos al salón, creo que hay tres personas que se alegrarán mucho de verte —añadió, dejando pasar el hecho de que le hubiera llamado «jefe», algo que no soportaba normalmente.

—Sí, será mejor que bajemos antes de que a Prax le de por hacer papilla a nuestros invitados —concordó Rodrigo riendo feliz.

—¿No crearás en serio que...? —Aby no terminó de hacer la pregunta, salió corriendo escaleras abajo, sin saber muy bien si temía más por Hodie y sus hermanos o por Prax. Después de todo, aquellos tres podía decirse que eran hijos de un dios.

Lo último que esperaba la pelirroja al llegar al salón era encontrarse a los cuatro sentados alrededor de la mesa baja, hablando animadamente mientras compartían una copa de un licor oscuro y un vaso de lo que parecía leche el pequeño Cras. Los ojos de Prax se encontraron con los suyos durante un instante, y el brillo rojizo que los bañaba casi la deslumbró. Pero desapareció tan pronto como había aparecido, dejándola sin saber si era real o solo producto de su imaginación.

—Esto... —intentó decir algo que explicara su abrupta irrupción en el salón, pero fue rápidamente interrumpida por el grito alegre de Hodie:

—¡Eva! ¡Has vuelto! —El hombretón corrió hacia ella y la elevó en el aire, haciendo que ambos giraran por el salón, feliz como un niño la mañana de Navidad.

—Quítale las manos de encima ahora mismo —gruñó más que habló Jacques, al que no le hacía la más mínima gracia la complicidad entre esos dos.

Hodie dejó a Eva en el suelo sin perder la sonrisa y, a pesar de que todos los gestos del templario le pedían en silencio a la mujer que se separara de su amigo y fuera hacia Jacques, ella se mantuvo firme.

—Es mi mejor amigo, Jacques, más vale que te vayas acostumbrando —respondió seria.

—Eva... —El templario suspiró resignado—. ¿Por favor?

Con una enorme sonrisa la chica se separó de Hodie y, acercándose a Jacques, le dio un suave beso en la mejilla. El templario no dejó pasar la oportunidad y aprovechó para envolver la cintura de Eva con su brazo y atraerla a su costado, al tiempo que le daba un beso en su coronilla.

—¡Ya era hora! —exclamó Rodrigo golpeando la espalda de su hermano—. Pensé que nunca serías capaz de sacar la cabeza de tu culo y al final la dejarías marchar.

El agarre de Jacques en torno a Eva se apretó un poco más. El solo pensamiento de dejarla ir, aunque fuera de broma, le daba auténtico pavor.

—Deberías saber que la mayoría de las personas se toman sus sentimientos en serio y no consideran a los otros como meros cuerpos con los que fornicar —escupió Philippe con brusquedad—. Aunque claro, para un sodomita como tú el amor no debe ser nada importante.

Eva habría jurado que lo que brilló en esos momentos en los ojos de Rodrigo fue dolor. Puro y duro. Un dolor añejo que pesaba en el corazón del español, y que mantenía oculto tras su sentido del humor, su eterna sonrisa y sus incesantes bromas.

—Ya está bien —dijo Guillaume interrumpiendo cualquier posibilidad de réplica—. Sentaos todos, creo que tenemos mucho de qué hablar.

Deseo Compartido

—Bien, ¿qué tal si empezáis por explicarnos quiénes sois y qué ha pasado con Eva y Jacques? —preguntó Guillaume dirigiéndose a Hodie.

—Ya os lo he dicho, somos los hijos de Tiempo.

—Sí, sí. Ayer, Hoy y Mañana... lo que vosotros digáis —interrumpió Bart—. Pero ¿qué demonios significa eso?

Hodie lo miró sin perder la sonrisa, con cara de no entender la pregunta.

—Creo que está claro lo que significa. Hesterno es ayer y controla el pasado. Cras es mañana y controla el futuro y yo soy hoy y controlo el presente... ¿Qué es lo que no entiendes? —le respondió como si estuviera diciendo lo más obvio del mundo.

—¿Qué quieres decir con «controlar»? —preguntó Guillaume frustrando el intento de Bart por volver a empezar con la riña.

—Bueno, quizás esa no sea la expresión más adecuada. En realidad no es que los «controlemos», más bien podemos verlos. Cuando conocí a Eva, noté algo raro en ella, como si no estuviera completamente en el presente. No sé cómo explicarlo. Pero no fue hasta que nos vio a los tres juntos y descubrimos que es capaz de ver nuestra verdadera forma que comprendimos que era especial.

—¿Vuestra verdadera forma? ¿A qué te refieres? —Jacques, que no había soltado a Eva en ningún momento, ni siquiera cuando tomaron asiento en uno de los sofás, la atrajo aún más cerca de su cuerpo.

—¿Qué veis vosotros cuando los miráis? —preguntó Eva, girándose para mirar a Jacques y poniendo así algo de distancia entre los dos. Comenzaba a sentirse agobiada.

—¿Cómo que qué vemos? —respondió Hugo sin comprender a qué se refería su hermana.

—Describídmelos —pidió Eva, señalando a los trillizos con un gesto de su barbilla—. ¿Qué edad creéis que tienen?

—Pues... no sé. —Jacques los observó antes de responder—. Imagino que Hesterno debe rondar los setenta años, Hodie tendrá alrededor de

treinta y no creo que Cras llegue a los diez.

—Yo los veo a los tres exactamente iguales, alrededor de los treinta años, como vosotros veis a Hodie. La única diferencia es que Hesterno y Cras tienen un ojo velado cada uno.

—Un momento... ¿¿Qué??

—Por eso nos dimos cuenta de que Eva era especial, porque ella nos ve como lo que somos, trillizos idénticos, mientras el resto nos ve diferentes. De ahí que pensáramos que ella...

—Es nuestra —afirmó Hesterno.

—¡Eva no es vuestra! —exclamó Jacques poniéndose en pie de un salto.

—No, no lo soy. Y tampoco tuya —argumentó la aludida con calma, tirando con suavidad de la mano del templario para que volviera a sentarse—. Pero no puedo negar que sucedió algo extraño cuando os toqué...

—¿Qué los tocaste?

—Dejando a un lado los ataques de celos de Jacques... —Rodrigo interrumpió lo que fuera que su hermano fuese a decir y se limitó a alzar una ceja ante la mirada incrédula de este—. Creo que deberíamos centrarnos. ¿Qué fue lo que sucedió, Eva? —prosiguió ignorando a Jacques.

—Fue extraño. En un instante eran tres y de repente se habían unido, como si solo fueran una persona. Después escuché una voz que decía: *Eres nuestra. Eres pasado. Eres presente. Eres futuro. Eres la llave. Busca la puerta. Eres mía.*

—¿Eres la llave? ¿Busca la puerta? ¡¿Qué demonios significa eso?! —exclamó Bart poniéndose de pie de golpe. Aquello no parecía que fuera a aclararse en breve y la paciencia no era una de sus virtudes.

—Un momento... —intervino Jacques—. ¿Qué fue lo que dijo aquella mujer?

—¿Qué mujer? —cuestionó Guillaume.

—Después de tocarlos y escuchar esa voz todo se volvió negro —continuó Eva—. Cuando desperté estaba en otro sitio, en... mi pasado. —Un escalofrío la recorrió al pensar en aquel momento concreto de su historia—. Poco después apareció Jacques. Ambos vimos una escena concreta, algo que me ocurrió hace mucho tiempo. Después... —Miró dubitativa hacia Jacques, se habían dicho muchas cosas, pero nada de aquella conversación importaba a nadie más que a ellos dos.

—Después escuchamos una voz de mujer y alguien se apareció frente a nosotros. No pudimos verle la cara, pero parecía joven. Nos dijo que nosotros no debíamos estar allí, que ella era la puerta y que debíamos encontrar la llave —concluyó Jacques.

—Pero... entonces... ¿Eva no es la llave? —Hesterno intervino y todos lo miraron

asombrados. Era la primera vez que participaba en una conversación con algo que no fuera una de sus frases lapidarias e incomprensibles.

—Al parecer no —respondió ella con un encogimiento de hombros.

—Pero eso no puede ser —continuó—. Tú nos ves. Ves quiénes somos en realidad. Tú tienes que ser la llave.

—¿Y si hay más de una? —dijo Guido, reflexionando en voz alta.

—¿Más de una llave? —Hesterno se quedó pensativo.

—Y más de una puerta.



Llevaban más de dos horas inmersos en una conversación que no iba a ninguna parte. Pero estaban tan ocupados en discutir sobre cuántas llaves y puertas podría haber y a dónde llevarían, que incluso Martha había tenido que servirles la cena en el salón.

Jacques no entendía a qué venía todo aquello. Le daba exactamente igual si había una llave o doscientas y no tenía la menor intención de volver a encontrarse con la dichosa puerta. No si eso implicaba tener que llevar de nuevo a Eva a ese momento de su vida. Nunca.

Eva...

La sentía sentada a su lado. Cada vez que sus cuerpos se rozaban por casualidad, por mínimo que fuera el contacto, todo su ser se estremecía. Había estado a punto de besarla, apenas unos milímetros separaban sus labios... hasta que aquella mujer apareció con sus frases crípticas e ininteligibles y los mandó de vuelta a la jaula de grillos en que se había convertido la mansión.

Mantecía todos sus músculos en tensión, luchando contra la necesidad de atraerla hacia su cuerpo, sobre todo cuando se ponía a hablar con Hodie. O, ya puestos, con cualquiera de sus hermanos. Ahora que sabía que para ella los tres tenían el mismo aspecto, era incapaz de evitar sentirse celoso de cualquiera de ellos.

Sabía que era absurdo. Lo sabía. Pero eso no significaba que pudiera controlar sus emociones. Era como si, después de tantos siglos reteniéndolas, manteniéndolas ocultas, ahora que por fin las había dejado salir le fuese imposible controlarlas.

Necesitaba a Eva, necesitaba sentir sus labios y acabar con lo que habían dejado sin terminar para poder empezar algo nuevo. Porque sí, se habían dicho muchas cosas, ambos se confesaron muchos sentimientos, pero ese beso interrumpido, ese instante que podría haber transformado su relación y que no había llegado a darse, hacía que se sintiese como si estuviera en una especie de limbo. Y, para colmo, cada vez que trataba de acercarse a ella físicamente, Eva no dejaba de poner espacio entre los dos. De un manera discreta y sutil, nada brusca, cierto, pero lo hacía. ¿Qué significaba eso? ¿Acaso se arrepentía de sus palabras? ¿Podría ser que hubiera perdido la única oportunidad de probar sus labios?, ¿de demostrarle sin palabras lo que realmente sentía por

ella?

Un sonoro bostezo lo sacó de golpe de sus pensamientos.

—Lo siento, chicos —susurró Aby, aún tapándose la boca con la mano y con las mejillas sonrojadas por la vergüenza.

—Es tarde, quizás deberíamos continuar mañana. —Guillaume pasó su brazo por los hombros de la chica y la estrechó contra su cuerpo—. Será mejor que nos vayamos a dormir, todos estamos cansados.

Jacques vio el cielo abierto ante la propuesta de su hermano. ¡Sí! Por fin podría estar a solas con Eva y aclarar... Aclararlo todo. Porque lo cierto era que no tenía ni idea de nada. Aun así, esperó pacientemente a que ella terminara su conversación con el mediano de los trillizos y a que prepararan las habitaciones para sus invitados.

Las manos comenzaron a sudarle y su estómago se retorció. Estaba nervioso. Ansioso. Como un adolescente en su primera cita. O eso era lo que la gente solía decir, porque la verdad era que él jamás tuvo una cita siendo adolescente, estaba demasiado ocupado preparándose para ser un buen templario. El mejor.

La idea de un adolescente de casi ochocientos años hizo que sonriera nervioso. Era ridículo.

Respiró hondo cuando por fin todos se pusieron en pie para irse a dormir. Martha y Tom acompañarían a los trillizos a sus habitaciones por si necesitaban algo. Si a la dulce ama de llaves le resultó extraño que un niño de menos de diez años fuera a dormir solo en una casa desconocida, no dijo la más mínima palabra.

Jacques se levantó y esperó. Agradeciendo internamente que Rodrigo entretuviera a Eva con una conversación del todo irrelevante, mientras los demás iban escaleras arriba. El sutil guiño que le dedicó su hermano antes de seguir el mismo camino que los demás le indicó que no había sido algo fortuito. Sin abrir la boca, siguió a Eva camino de las escaleras.

¿A qué demonios esperaba Jacques para subir?, pensaba Eva. Estaba nerviosa, lo último que quería era quedarse a solas con él. Su primera intención fue mezclarse con los demás mientras subían a la planta superior, pero Rodrigo le preguntó algo. Ingenuamente, había esperado que al ver que ella se entretenía hablando con su hermano él subiera a su habitación, pero no lo hizo. Seguía allí, y ella podía sentir la proximidad de su cuerpo. Solo esperaba que él no fuera capaz de oír el latido nervioso de su corazón.

En las últimas horas había tenido tiempo de pensar. Mucho. Nadie lo diría teniendo en cuenta que participaba activamente en la conversación, pero así había sido. Y se dio cuenta de que, en su pequeño viaje a sus recuerdos más dolorosos con Jacques, le había mostrado más de lo que le hubiese gustado. Se sentía desnuda. Y si estaba poco acostumbrada a que vieran su cuerpo — algo que, por otro lado, Jacques ya vio, aunque fuera fugazmente—, la idea de haber desnudado su alma le daba auténtico pavor.

Todo lo que se dijeron o, más bien, lo que dieron a entender, había quedado flotando entre ellos. Eso y lo que estuvieron a punto de hacer pero no llegó a suceder. ¡Casi se besan, por el amor de Dios! Y ella... ella nunca había besado a nadie.

Durante su juventud los chicos no habían sido más que una molestia. Quienes le recordaban todo lo que ella no podía hacer solo por haber nacido mujer. Se había esforzado en ignorarlos, cuando no los estaba retando para demostrarles que podía hacer cualquier cosa que hicieran, mucho mejor que cualquiera de ellos.

Y después... después su vida ya no fue suya. Al menos no de Eva, porque se convirtió en Dalman.

Si lo pensaba bien sí la habían besado en una ocasión. La mujer a la que protegió durante el ataque a la caravana, estaba tan agradecida de que las hubiera salvado a ella y a su bebé que se lanzó a sus brazos en cuanto se supo a salvo. Ni siquiera sabía si aquello podía considerarse realmente un beso, fue más un gesto de alivio y agradecimiento, sin ninguna otra emoción. Y para ella ni eso debido a la impresión. No se lo esperaba y ni tan siquiera se movió. Solo se quedó allí, petrificada, mientras los labios de la mujer se apretaban contra los suyos durante lo que debió ser apenas un segundo, antes de que se separase y comenzara a darle las gracias una y otra vez.

Apartó el recuerdo de su mente. Sin ser consciente sus pasos la habían llevado hacia la escalera y Jacques caminaba tras ella. Apresuró el ritmo y casi corrió hasta la puerta de su habitación.

—¿Dónde vas? —Casi tartamudeó al ver cómo Jacques intentaba entrar en el cuarto tras ella. Él la miró confuso y se rascó la nuca con la mano, nervioso.

—Yo... —Jacques no sabía qué decir. ¿Había dado por hecho cosas que no debía?

—Buenas noches, Jacques.

Eva intentó cerrar la puerta, pero él fue más rápido e interpuso su pie. No pensaba permitir que se fuera sin más. Tenían que hablar, aunque solo fuera eso, sabía bien que no iba a soportar una noche más con aquella incertidumbre.

—Lo siento, Eva —dijo decidido mientras se abría paso en la habitación—, pero tenemos que hablar.

Eva tragó saliva. Casi podía sentir cómo la sangre abandonaba su rostro dejándola lívida. ¿Jacques en su habitación? No. Aquello no estaba bien. Ella no estaba preparada para...

—¡Eh! ¡Eh! Eva, tranquila. —La angustia que reflejaba el gesto de la chica le provocó un vuelco en el estómago—. Solo vamos a hablar —intentó tranquilizarla alzando las manos en un gesto de paz—, te lo prometo.

Ella tragó una vez más, buscando su voz.

—Está bien. Pasa, por favor. —Se retiró unos pasos para dejarle sitio, indicándole con ese gesto que era bienvenido—. Lo siento... yo...

—No. Soy yo quien lo siente. Está claro que no he sabido demostrarte que estás segura conmigo, que jamás haría nada que pudiera hacerte daño.

—No es eso yo... Lo sé. Sé que nunca me harías daño. No intencionadamente al menos. Ya te dije que entendía por qué te comportaste como lo hiciste cuando nos conocimos.

—¿Entonces?

—Yo... —La lividez de su rostro se transformó en un furioso rojo mostrando su vergüenza—. Yo nunca... Yo nunca he...

El gesto de Jacques mostró asombro durante una fracción de segundo cuando la comprensión llegó a su mente.

—Eva... —Sonrió con dulzura y se acercó a ella lentamente—. Solo quiero hablar, de verdad. Aunque no puedo negar que me alegra saber que piensas en mí de ese modo. —Acarició su mejilla con los dedos—. No hay prisa ninguna. Tú marcas el ritmo, tú decides. ¿Significa eso que me aceptas?

Ella cabeceó en asentimiento, incapaz de pronunciar una palabra inmersa como estaba en sus caricias. Los dedos de Jacques se habían deslizado hasta su cuello y la distancia entre ambos era de unos escasos centímetros. Todo su cuerpo temblaba de anhelo, deseaba que el escaso espacio entre ellos desapareciera con la misma intensidad que le aterraba la posibilidad de que eso

sucediese.

Jacques se acercó con lentitud, sin dejar de acariciar el cuello de Eva con ambas manos, en un intento de relajarla. Podía sentir el pulso de la chica latiendo con fuerza contra su piel, lo que le hacía pensar que sus corazones latían igual de desbocados en aquel instante. Ojalá siguieran golpeando al unísono eternamente.

—Nunca he besado a nadie —soltó Eva de repente—. Bueno, me besaron en una ocasión, pero no sé si eso cuenta. Fue la mujer a la que protegí cuando atacaron la caravana, no sé si te acuerdas de ese momento... —Se dio cuenta de que estaba divagando y hablando muy rápido a causa de los nervios, y se apresuró a cerrar la boca.

Claro que lo recordaba. Cómo iba a olvidar la primera vez que la vio.

—Eva... —murmuró con una sonrisa muy cerca de sus labios—, ¿quieres que te bese? Porque te juro que yo me muero por probar tus labios.

Asintió, incapaz de hablar.

Y el momento llegó. Ese instante en el que por fin descubrieron el sabor de los labios del otro.

Eva, después de la experiencia en aquella cueva, creía saber ya que la magia existía, pero aquello fue una demostración más. Su piel se electrizó poniéndose de gallina cuando sintió la suavidad de los labios de Jacques sobre los suyos. Fue suave, lento, casi como una caricia. Sintió como sus rodillas temblaban y se aferró a la camisa del templario luchando por mantenerse en pie.

Jacques podía notar cómo el cuerpo de Eva se derretía entre sus manos como mantequilla puesta al fuego. Un ligero temblor la recorría, envolvió sus brazos en torno a su cintura atrayéndola aún más contra su cuerpo, consumiendo el poco aire que todavía los separaba. Repartió suaves besos sobre sus labios, en las comisuras, y continuó besándola por la mandíbula hasta llegar a su oído.

—¿Bien? —preguntó en un susurro, mientras recorría con la lengua el contorno de su oreja.

—A... ajá —fue lo único que pudo verbalizar Eva.

—Eso está bien. Ahora voy a besarte, Eva. A besarte de verdad.

Mordió con suavidad el lóbulo, provocándole un leve sobresalto, y aprovechó su aturdimiento para volver a su boca dispuesto a saquearla. Empujó sus labios con la lengua, incitándola a separarlos, y se introdujo entre ellos sin dilación.

Beber de Eva debía ser como emborracharse de ambrosía, porque en el momento en que probó su sabor supo con toda seguridad que no podría vivir sin tomar de ella durante el resto de los días que le quedaran de vida. Dejó que la sensación le embriagara, que su sabor llegara a cada una de las células de su cuerpo, emborrachándose con él.

Hasta el instante en que sus labios se abrieron y la lengua de Jacques entró en su boca, la mente y el cuerpo de Eva habían mantenido una lucha por el control. O, más bien, por no perderlo. Pero en ese momento simplemente su mente se apagó. Ya no importaba si lo hacía bien o no, si sabía besar o cuántas mujeres habrían estado en su lugar durante todos aquellos siglos. Solo podía sentir, y sentía a Jacques en cada célula de su cuerpo. Burbujeando en cada gota de sangre que corría excitada a través de sus venas.

Un leve gemido escapó de su boca cuando él rompió el beso —demasiado pronto según su opinión— y apoyó la frente sobre la suya.

—Será mejor que lo dejemos aquí por hoy —dijo besando la piel que se arrugaba entre sus cejas.

«¿Dejarlo? ¿Por qué?».

Las palabras que creía solo haber pensado debió decirlas en voz alta, porque una carcajada, ronca y masculina, inundo el aire.

—Porque si no paro ahora es probable que no pueda hacerlo. Y no estás preparada para ir más allá. Todavía no.

Eva no supo qué responder. Su mente aún no funcionaba con claridad.

—Descansa, mi dulce Eva.

Sus palabras fueron apenas un murmullo pronunciado sobre sus labios, aún húmedos por sus besos. Jacques los rozó una última vez antes de girarse y salir del cuarto dejándola allí, aturdida y sintiendo un desconocido vacío cerca de su estómago.

Una mano temblorosa se deslizó sobre sus labios. Jacques la había besado. Por fin. Y le había sabido a poco.

Deseo de Aceptar

Dos días después Jacques esperaba a que Aby y Paul se reunieran con él en la clínica de su colega. Conseguir que le cediera las instalaciones para realizarle las pruebas pertinentes al jefe de su amiga no había sido difícil. Al menos no comparado con lo que le estaba costando centrar su mente en lo que tenía que hacer y dejar de pensar en Eva.

Creía que ahora que podía besarla, que podía estar cerca de ella, que sus sentimientos no solo no eran un secreto, sino que eran correspondidos, todo sería más sencillo. Pero lo cierto era que cada vez le costaba más frenar sus deseos, alejarse de ella cada noche y volver a su habitación. Solo.

Sabía que Eva necesitaba tiempo, que no estaba preparada para ir más allá, pero eso no quitaba que todos sus instintos gritaran por poseerla, por hacerla suya de todas las maneras posibles y no volver a separarse de ella jamás. Ni siquiera un instante.

Sonrió, consciente de cuál sería la reacción de Eva si escuchase sus pensamientos. Ella acababa de conocer lo que era ser una mujer independiente y jamás renunciaría a eso. Pretender controlarla sería, cuando menos, contraproducente. Y Dios sabía que se cortaría una mano antes de hacer nada que pudiera dañarla. Otra vez.

—¡Jacques! —Aby apareció por el pasillo acompañada de Paul y se lanzó a sus brazos. Cualquiera diría que hacía apenas unas horas que se habían visto en la mansión.

—Hola, preciosa. —La estrechó entre sus brazos y la besó con suavidad en la mejilla.

—Doctor Parker —Paul saludó con sequedad, tomando su mano y agitándola bruscamente.

—Señor Williamson. Por favor, pase a la oficina y le explicaré en qué consistirán las pruebas que vamos a hacerle y los posibles resultados.

Paul entró en la habitación siguiendo a Aby y al médico. Era incapaz de apartar la vista de ellos, de la complicidad que parecían mostrar sus gestos, del rostro sonrojado de Aby; del cariño y cuidado con que el hombre la trataba.

Sentía la sangre hervir en sus venas y la voz en su cabeza cada vez se hacía más fuerte.

«Míralos. Felices y enamorados. Ese medicucho te ha robado lo que es tuyo, Paul, y no solo eso, sino que te lo está restregando en la cara. ¿Cómo se atreve? ¿Es que acaso vas a permitirselo? No estás enfermo, Paul, yo solo quiero ayudarte. Di que sí, Paul, y Aby y el mundo serán tuyos».

Durante las siguientes horas le sacaron sangre, pasó por diferentes test oculares, de reflejos, de visión y un sinfín de pruebas más. Estaba harto de responder a preguntas que para él no tenían ningún sentido. ¿Qué más daba cuántas horas al día dormía o si alguna vez había consumido drogas? Oía voces en su cabeza, ¿qué tenía que ver el resto?

Pero lo que de verdad le estaba sacando de quicio eran las charlas y cuchicheos entre Aby y el doctor. Esos comentarios quedos y las sonrisas. Por favor, ver a Parker ponerse colorado y a Aby

reír a carcajadas casi le hacía vomitar.

Además, aquella complicidad entre ambos no ayudaba en nada a calmar a la dichosa voz y, para colmo, las imágenes de lo que aquellos dos podrían hacer cuando estaban a solas se dibujaban en su mente como si se tratase de una película en tres dimensiones.

Le llevaron a una sala blanca, la última prueba sería una resonancia magnética de su cabeza. Vestido con una simple bata celeste con el logotipo del hospital, se tumbó sobre la camilla que lo introduciría en la máquina.

Durante los más de tres cuartos de hora que duró la prueba, la voz no dejó de resonar en su cabeza ni un solo instante. Diferentes escenas de la posible e idílica vida del doctor Parker junto a Aby, *su Aby*, se repetían de forma incesante y el odio hacia aquel intruso que había irrumpido en su vida para destrozarla vibró en sus venas.

«Di que sí, Paul».



Aby acompañó a Paul al hospital para que Jacques lo sometiera a todas las pruebas habidas y por haber. No podía negar que estaba preocupada por su jefe, al que también empezaba a considerar un amigo después del viaje a Acre, a pesar de que cada vez que le sonreía continuaba provocándole escalofríos. La sensación de que algo en Paul no iba bien había crecido después de su reacción en el restaurante. Tal vez sí que hubiera algo mal en su cabeza.

Jacques le saludó con un beso en la mejilla y una enorme sonrisa. No habían tenido mucho tiempo para hablar sobre Eva y él, lo cierto era que ella había estado más pendiente de cómo llevaba la nueva situación su amiga, y se moría de ganas de saber qué tal lo estaba llevando el médico. Así que pensó que podría aprovechar mientras le hacían las pruebas a Paul para preguntarle todo lo que se le ocurriese, pero solo pudieron intercambiar algunas bromas entre prueba y prueba. Al menos hasta que llegó el momento de que le hicieran la resonancia a su jefe. Tardaría unos cuarenta y cinco minutos, por lo que tendría tiempo de sobra de sonsacar a Jacques mientras esperaban.

—Bueno... ¿qué? —preguntó sonriente, dándole un ligero codazo a Jacques.

—¿Qué? —respondió él, haciéndose el inocente.

—Venga, no te hagas el tonto. ¿Cómo van las cosas con Eva?

Una sonrisa boba se coló en los labios del médico y Aby tuvo que taparse la boca y carraspear para disimular su risa.

—Pensé que ella te mantenía al día de las novedades —repuso Jacques pegando un gesto serio en su rostro.

—Eva necesita hablar con una mujer sobre lo que está viviendo. Lo entiendes, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! Y no sabes cuánto te lo agradezco...

—Genial. Entonces deja de echar balones fuera y cuéntame, ¿qué tal lo llevas?

—Eva es... —Un suspiro ahogado brotó de los labios de Jacques—. Perfecta. Siempre lo ha sido. La quiero más de lo que nunca creí que era posible amar a alguien —continuó serio—. Solo espero que algún día pueda perdonarme por todo lo que le hice pasar.

—Ella entiende perfectamente por qué lo hiciste. —Aby apretó el brazo de su amigo en un intento de infundirle ánimos.

—Sé que lo entiende, pero eso no quita que la hice sufrir, Aby. La traté mal, la desprecié, le hice la vida imposible durante el año que convivimos en Acre.

—Estabas confundido. Tenías miedo.

—¿Y eso lo perdona todo? ¿Acaso ella no tenía miedo? Solo pensar en todo por lo que tuvo que pasar antes de que la encontráramos... ¡Podría estar muerta, Aby! Y yo, en lugar de apoyarla, hice todo lo posible por alejarla y aislarla.

—Jacques, eso es historia. Literalmente. —Aby soltó una carcajada—. Lo siento. Lo que quiero decir es que lo que realmente importa es... ¿Qué vas a hacer a partir de ahora?

—Voy a hacerla feliz. Eso es lo único que quiero. Amarla y hacer que sonría cada día de nuestras vidas.

—Aish. ¡Qué bonito! —Aby lo dijo en tono de burla, pero lo cierto era que las palabras de Jacques le enternecían.

—Es la verdad. Nada más.

—Lo sé, Jacques.

—Aunque no sé si voy a vivir mucho más si siguen así las cosas... —farfulló entre dientes.

Aby rio, imaginándose por dónde iban los tiros.

—Como diría Chloé: “nadie ha muerto aún por tener los huevos azules”.

—Siempre hay una primera vez —dijo serio antes de romper a reír a carcajadas.

—Ahora en serio, Jacques. Está muy bien que quieras ir poco a poco, pero ve. Eva sabe que has estado con muchas mujeres a lo largo de tu vida. —Jacques quiso protestar, pero Aby lo frenó alzando su mano—. No se trata de sentimientos. Sabe que lo que sientes por ella no es comparable con nada que hayas podido sentir por otra persona, pero sí le da miedo “no estar a la altura” —concluyó gesticulando unas comillas con sus manos—. Hace muy poco desde que puede ser ella misma y es muy joven. Se siente perdida e insegura, no permitas que su inseguridad crezca. No la rechaces, aunque sea para protegerla, deja que sea Eva quien ponga los límites.

—La he cagado, ¿no? —preguntó pesaroso.

—Digamos que a las mujeres no nos sienta demasiado bien que el hombre al que queremos huya después de besarnos y nos deje con ganas de más... No nos ayuda con nuestra confianza, no sé si me explico...

—Te explicas —afirmó apretando los labios.

—¿Ya hemos terminado?

Paul entró en la sala en la que ambos estaban esperando a que terminara su resonancia. Al parecer el tiempo había pasado más rápido de lo que creían.

—Sí, esta era la última prueba —contestó Jacques, recuperando la compostura y centrándose en los papeles frente a él—. De momento todo parece normal, pero aún nos faltan algunos resultados. Te llamaré en cuanto los tengamos todos y veremos cuál es el siguiente paso.

Paul se limitó a asentir con un cabeceo brusco antes de volverse hacia Aby.

—¿Nos vamos? Va siendo hora de volver al museo.

—Sí, claro —respondió ella cogiendo el bolso que había dejado sobre la mesa—. Te veo luego en casa —añadió dándole un beso en la mejilla a Jacques.

—Claro, preciosa, ten cuidado.

Paul observó el intercambio con la mandíbula apretada. Todo su ser le exigía que alejase a Aby de aquel hombre. Era suya y aquel médico se había interpuesto.

Se despidió de él con un apretón de manos, quizás un poco más fuerte de lo necesario, y abrió la puerta para dejar pasar a Aby, no pensaba dejarla ni un segundo más a solas con él.

La voz continuaba sonando en su cabeza, cada vez más fuerte y clara. Repitiéndole una y otra vez lo mismo:

«Solo di que sí, Paul».

Y la tentación de aceptar, aunque solo fuera su imaginación, crecía conforme las imágenes de lo que aquellos dos harían cuando llegaran a «casa» se dibujaban en su mente.

Deseo de Normalidad

La vuelta de Eva a la mansión fue mucho más de lo que esperaba. Los trillizos habían vuelto a su casa, aunque permanecían en contacto permanente. Estaban dispuestos a ayudarles en su batalla y, además, tenían el mismo interés o más que ellos en averiguar todo lo posible sobre la puerta y la llave. O las puertas y las llaves. Lo que fuera.

Sus hermanos parecían comprender por qué había guardado su secreto y, aunque no todos la aceptaban a la hora de los entrenamientos, todos la trataban con camaradería y cordialidad, casi igual que antes.

Hugo se negaba a combatir con ella y, de hecho, ya lo había escuchado lamentarse un par de veces, entre murmullos, por haberla entrenado en la lucha con espadas. Aquella tarde volvió a repetirse el comentario y Eva no aguantó más. Lo había intentado, sabía que sus hermanos necesitaban tiempo para aceptar la realidad. ¡Por Dios bendito!, ella misma lo necesitaba.

Si no tenía suficiente con poder ser ella misma, si es que acaso sabía quién era en realidad, lo que Jacques le hacía sentir cuando la tocaba, con cada uno de sus besos o, simplemente, cuando lo sentía cerca, la mantenía en una tensión constante.

—Las mujeres deben ser cuidadas. Jamás debí enseñarte a luchar. No deberías tener que hacerlo —farfulló Hugo una vez más, cuando en la rotación les tocó entrenar juntos.

—¡Vete a la mierda! —exclamó Eva incapaz de contenerse más—. ¡No habría sobrevivido de no ser por todo lo que me enseñaste! ¡Y tú tampoco! Soy una mujer, sí, pero soy tan hábil con la espada como cualquier hombre, ¡incluso más! Y tengo el mismo derecho que cualquiera a luchar y sobrevivir. No necesito que nadie me salve, no necesito un guardián y mucho menos tu compasión. ¡La de ninguno de vosotros! —gritó girando en círculo para mirar a cada uno de sus hermanos—. ¡Soy una superviviente! ¡Soy fuerte! Sobreviví dos años antes de encontraros, ¡y lo hice sola! He estado a vuestro lado en cada batalla desde entonces y lo seguiré estando queráis o no. ¡Superadlo de una vez!

—¡Así se habla, hermanita! —exclamó Rodrigo alzando un puño al aire en señal de ánimo.

—Eres sanguinaria, siempre lo has sido, por eso te respeto —añadió Prax, con un brillo malicioso en sus ojos.

—Sabes que eres de los nuestros por derecho propio, nada cambiará eso —afirmó Guillaume.

—No me gusta que te pongas en peligro. Nunca me ha gustado, ni siquiera cuando creía que eras un hombre, y lo sabes. —Jacques la miró a los ojos, dejando que en los suyos se reflejara todo el miedo por su seguridad, pero también el amor, la pasión y el respeto que sentía por ella—. Pero jamás te impediré hacer lo que deseas. Te lo he prometido y lo cumpliré. Seguiré a tu lado en cada batalla, protegeré tu espalda y tú cuidarás la mía. Como hemos hecho siempre.

Eva sonrió. Amaba a aquel hombre y sabía de sobra lo difícil que era para él pronunciar aquellas palabras. En aquel momento solo deseaba lanzarse a sus brazos y besarlo hasta perder el aliento. Pero antes necesitaba que todos sus hermanos la aceptaran de una vez por todas o, al menos, saber en qué situación se hallaba con cada uno de ellos.

Esperó que sus ojos reflejaran lo importante que era para ella que dijera aquello frente a sus hermanos y le dedicó una enorme sonrisa antes de mirar al siguiente. Su mirada se encontró con la de Guido, que le devolvió una sonrisa triste antes de hablar.

—Sabes que siempre he creído que las mujeres deben aprender a protegerse por sí solas. Si les hubiese enseñado cuando pude quizás... —Su voz se quebró, como siempre que se perdía en aquellos dolorosos recuerdos—. Para mí será un orgullo estar a tu lado en la batalla —afirmó cuando recobró la compostura.

—Buah, buah, buah. Dejaos de lloriqueos, empiezo a pensar que soy el único hombre de todos. ¡Nenazas! —Bart interrumpió con su brusquedad y el mismo tono desagradable que solía usar siempre. Eva sonrió, sabiendo que no conseguiría más de él y que aquello era lo más parecido a su apoyo que recibiría.

El siguiente era Philippe, que se encogió de hombros antes de apartarle la mirada. No dijo nada, pero era Philippe. Eva lo conocía lo suficiente para saber que ocultaba demasiadas cosas en su interior, solo esperaba que algún día fuera capaz de compartirlas con alguien.

Por fin volvió a su posición inicial encontrándose cara a cara con Hugo. Este la miró con tristeza y negó con la cabeza.

—Lo siento, Eva, pero no podría soportar ver morir frente a mí a otra mujer a la que quiero por mi culpa.

Y sin más, atravesó las puertas francesas que separaban el patio de la mansión desapareciendo camino de las escaleras.

—Dale tiempo. —La mano de Guillaume apretó su hombro mostrándole su apoyo—. Acabará entrando en razón.

—¿Y si no lo hace? —preguntó casi en un susurro, temerosa de que su hermano y maestro jamás la perdonase.

—No le quedará más remedio —sentenció Prax—. La batalla se acerca y necesitaremos todos los soldados con los que podamos contar. —Su voz cambió a una mucho más grave en la última frase y sus ojos brillaron como el fuego.

Se hizo el silencio y todos lo miraron, pero nadie se atrevió a verbalizar la pregunta que tenían en sus cabezas.

—Volvamos al entrenamiento —ordenó Guillaume rompiendo el momento de tensión—. Eva, entrenarás conmigo.

Y el ruido de metal chocando contra metal volvió a llenar el aire cuando todos volvieron a sus ejercicios. Aunque en su mente seguían preguntándose cuánto tiempo tenían para prepararse antes de que el fin llegara, qué demonios sabía Prax y por qué no lo compartía con ellos.

Deseo de Eternidad

Aquella noche las risas los acompañaron durante la cena. Después de la aseveración de Prax todos sentían la necesidad de disfrutar del tiempo que les quedase, de celebrar la vida con aquellos a quienes consideraban su familia. Aunque discutiesen, aunque no siempre estuvieran de acuerdo. Solo se tenían los unos a los otros y, en el fondo, todos sabían que morirían y matarían por cada una de las personas que había sentadas alrededor de la gran mesa del comedor.

Una vez terminado el postre, se desplazaron al salón y tomaron asiento en los distintos sofás y sillones, copa en mano, mientras recordaban batallas y anécdotas de su pasado juntos. Las risas se mezclaron con las oraciones silenciosas y el recuerdo de los hermanos perdidos.

Cerca de la medianoche, Guillaume se levantó del sofá en el que estaba sentado junto a Aby y carraspeó, llamando la atención de todos los presentes.

—Aby... —Le tendió la mano instándola a que se levantara, cosa que ella hizo con cara de extrañeza, ya que no entendía qué estaba pasando—. Durante años solo nos tuvimos en la oscuridad. No éramos más que parte de nuestros sueños. Pero ahora que nos hemos encontrado, que podemos tocarnos y estar juntos en todo momento y no solo cuando las sombras nos rodean, quiero que sepas que deseo pasar contigo el resto de vida que me quede. Sé que ya no se lleva, que ahora las cosas se hacen de otra forma, pero no puedo evitar ser un hombre de otro tiempo. Uno en el que, cuando amabas a una mujer como yo te amo a ti, Aby; sabiendo que eres mi salvación, la luz de mis días y el sol que alumbraba mis noches, y que mi corazón, mi cuerpo y mi alma te pertenecen desde la primera vez que nuestros ojos se encontraron, no podías hacer otra cosa que pronunciar las palabras que asegurarían que, si aceptas, pasaremos juntos el resto de nuestras existencias. Así que, aquí, delante de mis hermanos, de nuestra familia, te pregunto: Abigail Stevenson, ¿me concederías el honor de convertirte en mi esposa?

Sin apartar su mirada de la mujer que se había convertido en todo su mundo, abrió la palma de su mano mostrando el colgante que su padre le regaló a su madre el día de su boda. El mismo que Venganza les hizo llegar no hacía mucho.

Aby se tapó la boca con la mano, intentando aguantar los sollozos que amenazaban con brotar de sus labios debido a la emoción del momento. Respiró hondo y, con los ojos anegados de lágrimas de felicidad y la voz entrecortada, aceptó.

—Sí, Guillaume, claro que sí. No hay nada que desee más en este mundo que estar a tu lado el resto de mi vida. Siempre soñé con encontrarte, con tenerte en mi vida más allá de las horas de sueño. Si ya te quería entonces, ahora sé que te amo con locura, con cada parte de mi ser. Nada me haría más feliz que casarme contigo.

Guillaume la alzó en sus brazos y besó sus labios con pasión entre los silbidos de sus hermanos, que golpeaban en el suelo y en los sofás haciendo ruido ante la mirada seria de Bart.

—Estás loco si quieres atarte de por vida a una sola mujer. Será tu perdición y la nuestra —dijo levantándose y saliendo del salón.

—Bart tan agradable como siempre —soltó Rodrigo con desdén—. Ni caso, pareja. Los que viven amargados es lo que tienen, que no soportan ver felices a los demás. ¡Enhorabuena!

Las felicitaciones, besos y abrazos se sucedieron justo después de que Guillaume colocara el colgante de su madre en el cuello de Aby.

—¿Cuándo será la fiesta de compromiso? —preguntó Eva mientras abrazaba a su amiga—. ¿Quién se encargará de organizarla?

Aby la miró extrañada y buscó la respuesta en el rostro de Guillaume, pero él parecía entender menos aún.

—¿Qué fiesta de compromiso, Eva?

—He oído que cuando te vas a casar los novios celebran una fiesta con sus familiares y amigos para celebrar el compromiso. En ella se intercambian regalos y hacen oficial su intención de casarse. Los invitados se visten muy elegantes, hay música, comida, bebida... —La cara de la joven se iba iluminando conforme hablaba—. Me encantaría asistir a una.

Aby y Guillaume se miraron y ambos supieron que no eran capaz de negarle nada a la chica, mucho menos la oportunidad de asistir a una fiesta y de celebrar su amor.

—Hablaré con Chloé, seguro que estará encantada de encargarse de la organización.

—¿Crees que me dejará ayudarla? —inquirió una Eva más que emocionada con la idea.

—Seguro que sí —respondió con una sonrisa—. Necesitará a alguien que le corte las alas y no le deje hacer todas las locuras que seguro se le ocurren. Habrá fiesta, pero será sencilla y con pocos invitados... Prométeme que te asegurarás de que sea así.

—¡Prometido!



Poco después, Jacques y Eva estaban en la habitación de esta última. Él escuchaba pacientemente todas las ideas sobre la fiesta que pasaban por la mente de la joven sin poder ocultar una sonrisa. Verla feliz, siendo ella misma, una chica joven, ilusionada y emocionada por ir a una fiesta, le hacía recordar todo lo que se había perdido en sus años de vida. Deseaba poder devolverle cada momento de felicidad que le había sido robado y regalarle muchísimos más.

—Lo siento —se disculpó Eva sonrojándose—. No paro de hablar y sé que a los hombres estas cosas no os interesan lo más mínimo. Pero es que es la primera vez que puedo participar en algo así siendo yo misma. No sé si me explico.

Jacques la envolvió entre sus brazos y se perdió una vez más en aquellas profundidades azules que eran sus ojos.

—No tienes porqué disculparte. Me encanta ver que eres feliz.

Eva posó las manos en su pecho y sonrió con timidez.

—Esto también me hace feliz —respondió con un leve encogimiento de hombros—, estar entre tus brazos. Me haces sentir segura. ¿Está mal? Sé que soy capaz de protegerme sola, quiero ser independiente, valerme por mí misma. ¿No es contradictorio?

Sus ojos se encontraron cuando ella alzó la mirada. Una tímida sonrisa se dibujaba en sus labios y Jacques ni pudo ni quiso contener las ganas de besarla.

Sus bocas se unieron en un suave y dulce beso; una caricia tan ligera como las alas de una mariposa. El sabor de Eva era embriagador y tremendamente adictivo, tanto que estaba seguro de que moriría si no pudiera volverla a probar.

Un bajo gemido escapó de ella cuando las manos de Jacques se deslizaron por su espalda hasta alcanzar sus nalgas y la atrajo hacia él, apretándola contra su pecho. Esa fue toda la señal que precisó. Aprovechó la leve abertura entre sus labios para hacer que su lengua arrasara su dulce boca y el beso se convirtió en algo carnal, emborrachándolos en deseo y pasión.

La lengua de Eva salió al encuentro de la suya mientras sus manos se aferraban a la tela de su camiseta. Podía sentir sus uñas contra la piel de su pecho a través del fino material y esa simple sensación estaba llevando a Jacques al borde de la locura.

Eva se movía por instinto, muy consciente de su inexperiencia, pero decidida a que aquella noche no terminara como las anteriores. Sí, había sido educada en otra época, nunca estuvo íntimamente con un hombre y sus manos estaban manchadas de sangre. Aunque nada de eso importaba.

Había sobrevivido. Era una superviviente. Luchó por vivir su vida según sus reglas y no fue fácil ocultar su verdadero ser durante años. Pero todo eso era precisamente lo que la había llevado hasta allí. A aquella habitación con un hombre por el que había matado y por quien entregaría su vida.

Lo amaba. Siempre lo había hecho. En el fondo de su ser sabía que su corazón no volvió a latir, después de siglos convertido en piedra, cuando Aby entró en aquella cueva y rompió el hechizo. No. Fue cuando sus ojos se encontraron con los de Jacques cuando la sangre volvió a correr por sus venas. Solo entonces supo que realmente estaba viva.

Empujó con suavidad el pecho contra el que se aferraba y él debió entender el mensaje porque dio un par de pasos hacia atrás hasta que sus rodillas chocaron contra la cama.

Un suave empujón más y lo tuvo justo donde lo quería; sentado sobre el colchón, con las manos aferradas a sus caderas, mirándola como si fuera lo más hermoso que había visto nunca.

Eva respiró. Jamás dudó al entrar en una batalla, luchó aun a sabiendas de que podría no salir con vida. Nunca rehuyó una pelea ni dejó que el miedo la paralizase. Y si no lo había permitido en la guerra, tampoco pensaba permitirlo en aquel momento.

Se acercó a los labios de Jacques lo justo para que él se lanzara sobre los suyos retomando el beso y, antes de que pudiera arrepentirse, se sentó a horcajadas sobre él. Ambos gimieron en el instante en que sus sexos se rozaron a través de los finos pantalones deportivos que llevaban.

—Eva, no... —murmuró Jacques entre besos.

—Sí —respondió ella con rotundidad, empujando sus hombros para que se tumbase de espaldas en la cama y volviendo a devorar sus labios.

—Espera, Eva, espera.

Jacques la separó de su cuerpo y se incorporó, manteniéndola sujeta por los hombros para evitar que volviera a besarle. Le había costado la vida y gran parte de su cordura conseguir controlar su deseo y romper aquel beso, sabía de sobra que no sería capaz de hacerlo una segunda vez.

La sensación de rechazo dolió en el pecho de Eva como si le hubiesen atravesado el corazón con una espada. El dolor que sintió debió reflejarse en su rostro, porque Jacques la abrazó con fuerza.

—Joder, cariño, lo siento. Pero me vuelves loco y si seguimos no creo que pueda parar.

—No pares.

Jacques se apartó un poco de ella para mirarla a los ojos.

—No pares, Jacques —insistió—. Estoy lista. He conocido la guerra y la sangre, muéstrame el amor y el placer.

No pudo resistirse a esa petición, aunque tampoco es que quisiera hacerlo. Sus labios, húmedos e hinchados por los besos, su piel rosada por la excitación y la sensación de sus pechos rozándose contra él con cada respiración, eran ya de por sí una invitación. Dudaba que Eva fuera consciente de lo seductora que resultaba.

—Iremos despacio —dijo más para recordárselo a sí mismo que para ella, antes de volver a devorar su boca.

Acercó sus cuerpos hasta que sus sexos volvieron a rozarse y temió terminar como un adolescente en su primera vez. Estaba demasiado excitado y necesitaba recuperar la calma, aquel momento era especial y quería que fuera bueno para los dos, pero sobre todo para ella.

Sintió los dedos de Eva tironeando de la parte inferior de su camiseta y se apartó para permitir que la quitara, mientras él hacía lo propio con la suya. Su piel, pálida y suave, quedó expuesta frente a sus ojos. Era posible que el sujetador deportivo que cubría sus senos a la mayoría de los hombres no les pareciera nada sugerente, pero a él se le hizo la boca agua solo con la idea de desenvolver el regalo que ocultaba.

Enterró su rostro en el canalillo e inhaló el aroma fresco y dulce de Eva, embriagándose con él.

—Iremos despacio —repitió en un murmullo. Tenía que recordarse que para ella era su primera vez.

Recorrió con su lengua el camino que llevaba a aquellos senos que habían estado presentes en sus sueños desde que los vio de pasada cuando descubrió su secreto, y empujó con su barbilla la tela que los aprisionaba.

Eva no pudo reprimir un gemido necesitado cuando los labios de Jacques se envolvieron en uno de sus pezones. Aquello era... No sabía cómo definirlo, pero seguro que el cielo debía sentirse de un modo parecido. Debió decirlo en voz alta, porque la voz de su amante la devolvió a la realidad.

—Solo hemos empezado, pequeña.

Jacques continuó descendiendo por su cuerpo después de dedicarle las mismas atenciones a su otro pecho. Se detuvo en su ombligo y, en esa ocasión, se ayudó de sus manos para bajar sus pantalones deportivos, tras pedirle que se levantara. Una vez en ropa interior la atrajo de nuevo a sus brazos y, sin dejar de besarla, giró sobre la cama dejando el cuerpo de la joven entre el colchón y el suyo propio.

Eva alzó sus brazos sobre su cabeza, necesitando aferrarse a algo. No sabía muy bien qué hacer con sus manos. ¿Estaba bien si le tocaba? Creía que sí, y lo cierto era que necesitaba hacerlo. En el momento en que sintió el aliento caliente de Jacques sobre el suave algodón de su ropa interior, sus manos volaron desde el cabecero, al que había estado sujeta, hasta la cabeza de él.

—¿Qué...?

—Chsss, tranquila. Solo relájate y disfruta. —Jacques levantó la cabeza para mirarla y le guiñó un ojo antes de volver a enterrarse entre sus piernas.

La sensación de sus besos y ligeros mordiscos en la cara interna de sus muslos le provocaba escalofríos. Eva comenzó a sentir un vacío en su interior, la necesidad de algo que no sabía qué era y que crecía dentro de ella, volviéndola ansiosa, haciendo que se retorciera en la cama.

Cuando Jacques retiró la última capa de ropa que cubría el cuerpo de Eva hizo un esfuerzo para controlar su deseo de probarla y levantó la cabeza para mirarla y asegurarse de que estaba bien. La encontró con los ojos cerrados, su pecho se elevaba y descendía agitado y sus manos estaban aferradas a sus propios muslos. Sonrió, esperaba que en breve perdiera el control, se moría por sentir sus manos sobre su cuerpo.

Un escalofrío recorrió a Eva e intentó cerrar las piernas al sentir la lengua de Jacques en su parte más íntima, pero los anchos hombros del hombre se lo impidieron. El placer comenzó a escalar por su cuerpo al mismo ritmo que la lengua de su amante lamía y sus dientes arañaban su sexo. Ella volvió a ponerle las manos en la cabeza, enredándolas en el pelo fino y suave de Jacques y dándole pequeños tirones, sin saber bien si quería que parase o que siguiera ahí para siempre.

Una pequeña parte de su cerebro sintió que algo se colaba en su interior cuando Jacques comenzó a prepararla con sus dedos, pero eran demasiadas sensaciones para llevar la cuenta de todas.

Jacques la observó de reojo mientras introducía un segundo dedo. No tenía duda alguna de que era virgen y solo pensar en cómo se sentiría estando en su interior le estaba volviendo loco.

El cuerpo de Eva se retorció sobre las sábanas, sus gemidos inundaron el aire y a él le sonaron a música celestial. Las manos de la chica se aferraban a su pelo, a sus hombros, acariciando y arañando, acercándolo y alejándolo. Estaba cerca, podía sentirlo en la forma en que su cuerpo se apretaba en torno a sus dedos. Aceleró el ritmo y pudo sentir el momento exacto en el que ella llegó al clímax.

Eva sintió que algo se estaba formando en su cuerpo, la tensión, el deseo se acumulaba en su bajo vientre llenándola de necesidad. De repente estalló. Una explosión de placer la recorrió de arriba abajo, haciendo que los dedos de sus pies se encogieran y que sus manos se aferraran en puños al pelo de Jacques. Cuando todo pasó su cuerpo se derritió, sentía sus huesos como si fueran gelatina. Una sonrisa boba se alojó en su rostro y se sintió más relajada de lo que recordaba haber estado nunca.

—No, no. De eso nada, pequeña. Nada de dormir, acabamos de empezar.

Abrió los ojos y observó a Jacques deslizándose por su cuerpo en busca de sus labios. Probarse a sí misma en ellos fue una sensación extraña, pero no desagradable. Besar a Jacques nunca podría ser desagradable.

—Aún falta lo mejor —dijo con una sonrisa cuando rompió el beso.

—¿Mejor que lo que acabas de hacerme? —preguntó incrédula.

—Mucho mejor, ya verás.

Jacques se acomodó en la cuna de sus muslos y continuó besándola y acariciando su cuerpo con una mano, mientras con la otra se colocaba en su entrada. «Espacio», se recordó mentalmente. Empujó con lentitud, conquistando centímetro a centímetro el interior de Eva, hasta que se encontró con el obstáculo que esperaba.

Ella envolvió sus brazos en torno a su cuello, aquella intrusión se sentía extraña, pero era Jacques y con él lo quería todo.

—Eva, mírame —su voz sonó seria y se forzó a abrir los ojos—. Es posible que duela, pero solo será un momento, te lo prometo.

Apretó los labios y asintió. Chloé y Aby ya le habían dicho que la primera vez podía ser dolorosa.

—Solo relájate.

Quiso asentir de nuevo, pero los labios de Jacques se estamparon contra los suyos en un beso demoledor. Sintió un pequeño pinchazo y no pudo reprimir un leve quejido que se perdió en la boca de su amante.

Cuando Jacques notó que había atravesado la frágil barrera se detuvo y continuó besándola mientras dejaba que el cuerpo de Eva se acostumbrara a él. Y en ese preciso momento, enterrado en el interior de aquella mujer a la que había amado desde el mismo instante en que posó sus ojos en ella, por primera vez, sintió que por fin estaba en casa.

Deseo Explosivo

Habían pasado dos semanas desde aquella primera noche en la que Jacques y ella se habían convertido en uno y, desde entonces, dormir saciada y envuelta en sus brazos eran su momento favorito del día.

Aquella tarde cambió su rutina de entrenamiento por un encuentro con Chloé en el museo, aprovechando su hora de descanso, ambas estaban ilusionadas con la preparación de la fiesta de compromiso de Aby. De hecho, últimamente parecía que eso era lo único que conseguía sacar una sonrisa a su amiga. Se negaba a hablar del motivo por el que abandonó la mansión ni de lo sucedido con Bart, pero estaba claro que algo afectaba al buen humor de la joven.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a insistir Eva mientras repasaban una vez más las muestras para las invitaciones.

—Ya te he dicho que sí. ¿Por qué piensas que me pasa algo?

—¿Lo preguntas en serio? ¡Ni siquiera has hecho una broma sobre la forma fálica de las flores de ese modelo! —respondió Eva un poco cansada de la actitud esquiva de su amiga.

—¿Forma fálica? —Volvió a tomar la muestra que acababa de descartar y le echó otro vistazo—. Puede ser —concluyó sin mostrar el más mínimo interés—. Lo que pasa es que las bromas no son todo en esta vida, ¿sabes? A lo mejor es que me he dado cuenta de que va siendo hora de madurar, vivir la vida como una adulta y no como una adolescente. Tal vez tú deberías hacer lo mismo, ya sabes, dejar de comportarte como si el mundo fuera de color rosa lleno de arcoíris y unicornios, porque no es así.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Qué demonios te pasa, Chloé? Sé mejor que nadie que el mundo está muy lejos de ser de color rosa. Por si lo has olvidado, he pasado media vida luchando, literalmente, para mantenerme con vida.

—Y mírate ahora. Aquí estás, con una sonrisa boba en la cara y suspirando como una colegiala porque tu querido Jacques por fin se ha dignado a hacerte caso. A ver cuánto le dura... —Río sarcástica.

—¿De qué estás hablando, Chloé?

—¡Despierta, Eva! A los hombres solo les importamos el tiempo suficiente para meterse entre nuestras piernas, una vez que lo consiguen ¡a otra cosa mariposa y si te he visto no me acuerdo! Deberías darle la patada tú antes de que sea él quien lo haga. Duele menos, créeme.

—¿Cuándo te has vuelto tan cínica? —inquirió Aby que en ese momento entraba por la puerta de la sala de descanso.

Chloé la miró con suficiencia.

—Tú lo llamas cinismo, yo realismo.

—¿De verdad, Chloé? ¿Por qué no nos cuentas de una vez qué ha pasado? Quizás así podríamos ayudarte.

—No necesito tu ayuda, Aby, ni tampoco la de Eva. Estáis demasiado embobadas por vuestros hombres supuestamente perfectos como para ver la verdad. Pero ya la veréis, ya. Y no será bonita, os lo aseguro.

Sin más, se levantó y salió de la sala en dirección al despacho que compartía con Aby, mientras esta la miraba preocupada.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Eva.

—No tengo ni idea. Hace años que la conozco y jamás la había visto así.

—Voy a matar a Bart.

—Inmortal, ¿recuerdas? Además, creo que Chloé preferiría acabar con la vida de tu hermano con sus propias manos.

—Tal vez deba ofrecerme a entrenarla con las espadas.

—No le des ideas, Eva, por el bien de todos. Esperemos que se le pase pronto y las aguas vuelvan a su cauce.

—¿Sabes? Bart puede ser un capullo a veces... —Aby la miró incrédula—. Vale, es un capullo siempre. —Ambas rieron—. Creo que tiene un lado más... humano, pero también demasiado miedo a mostrarlo.

—¿Sinceramente? Me importa un bledo Bart. No se cómo ni porqué, pero le ha hecho daño a mi mejor amiga y solo por eso puede irse al infierno.

—Las cosas y, sobre todo, las personas, no son siempre lo que parecen, ¿recuerdas?

—No intentes convencerme, Eva, no dudo que haya algo bueno en él, aunque está muy bien enterrado, pero no intentes hacerme creer que se parece en algo a ti, porque no cuele.

Eva se levantó con un encogimiento de hombros.

—Aunque no lo creas, en el fondo todos nosotros nos parecemos bastante, Aby, por algún motivo acabamos luchando juntos. —Al no obtener más que una mirada incrédula por parte de su amiga, continuó hablando—: Será mejor que llame a Jacques para que venga a buscarme. Me dijo que lo avisara al terminar, al parecer estaba por la City esta tarde.

—¡Jacques! —exclamó Aby golpeándose la frente con la mano—. Por eso vine a buscarte, te está esperando en la entrada del museo. Perdona, con todo lo de Chloé me despisté y no te lo dije.

—No pasa nada —respondió Eva con una enorme sonrisa en su rostro—, pero será mejor que vaya a buscarle antes de que se preocupe, llame a Guillaume y entre los dos arrasen el museo.

—Cierto. ¿Crees que alguna vez dejarán de vernos como damiselas a las que hay que salvar constantemente?

—No dudan de nuestra capacidad para defendernos, Aby, simplemente nos quieren y no soportan la idea de que pueda pasarnos algo. ¿Acaso tú no te sientes igual?

—Eres imposible —dijo riéndose—. Anda, ve a por tu chico antes de que golpee a los de seguridad.

Eva se despidió de su amiga y salió en busca de Jacques. A pesar de que hacía apenas unas horas que se habían separado lo cierto era que lo echaba de menos a cada momento. Era como si se hubiese vuelto adicta a él, a sus besos, a la sensación de sus brazos rodeándola. No creía ser capaz de estar lejos de él mucho tiempo, aunque esperaba no tener que comprobarlo nunca.

Cuando llegó a las escalinatas de entrada del museo lo encontró paseando agitado de un lado a otro, en el momento en que la vio abrió sus brazos y Eva corrió hacia él.

—¡Por fin apareces! Empezaba a temer que te hubiera pasado algo y estaba a punto de entrar al museo y arrasarlo hasta encontrarte.

—Sé defenderme sola, ¿recuerdas? —replicó con una sonrisa mientras besaba su cuello.

—Eso no significa que me guste la idea de que tengas que hacerlo.

Jacques agachó la cabeza y la besó con pasión. Necesitaba sentir el sabor de los labios de Eva en los suyos, sumergirse en su aroma y emborracharse de ella. Algo le decía que jamás tendría suficiente y no podía importarle menos. Estaba bien con eso.

—¿Te apetece que tomemos algo antes de volver a la mansión? —preguntó, apoyando su frente en la de ella. En el fondo todo lo que quería era llevarla a casa, a su habitación, y enterrarse en ella hasta el amanecer, pero Eva nunca había tenido una relación, no conocía casi nada de esa época, y se merecía experimentar todas las posibilidades.

—Como... ¿una cita? —La sonrisa enorme que se dibujó en el rostro de la joven hizo que Jacques supiera que, sin duda, había acertado con su proposición.

—Una cita, sí.

—Nunca he tenido una —murmuró—. Bueno, el tiempo que estuve en casa de Aby quedaba y salía con Hodie casi a diario... ¿eso cuenta como cita? —preguntó dudosa.

Jacques se tragó un gruñido. No soportaba recordar esa horrible semana y mucho menos que mencionara a Hodie. Sabía que Eva lo amaba a él, que al trillizo tan solo lo consideraba un amigo, pero aun así...

—Nada de citas con otros hombres, Eva, y preferiría que no mencionases a Hodie.

—¿Celoso? —inquirió juguetona.

—Mucho. —Jacques volvió a besarla con pasión—. Suerte que sé que esto solo me lo das a mí.

—Siempre.

—Más te vale, pequeña, o tendremos problemas serios —añadió bromeando.

—Entonces... ¿dónde vas a llevarme?

—¿Qué te parece si damos un paseo y vemos lo que nos apetece sobre la marcha?

—Perfecto.

Eva le dio un último beso en los labios antes de que ambos entrelazaran sus manos y comenzaran a caminar.

Rodearon el museo hacia Russell Square, un inmenso parque situado a la espalda del enorme edificio y que contaba con una coqueta cafetería en la que la madera y el cristal se combinaban a la perfección permitiéndoles disfrutar de las vistas mientras tomaban café.

Lo cierto era que habían hablado mucho en los últimos días, sobre su pasado, antes de convertirse en Dalman, en el caso de Eva y sobre los siglos que Jacques pasó vagando sin memoria. Ella estaba especialmente asombrada por la cantidad de conocimientos que había adquirido y las grandes mentes con las que compartió charlas a lo largo de la historia.

Su amena conversación sobre cómo conoció a Leonardo Da Vinci y a Marcantonio della Torre^[iiii], y todo lo que aprendió con él sobre anatomía mientras ambos escribían su tratado al respecto, se vio interrumpida de repente por la voz de Guillaume resonando en la cabeza de Jacques.

—¿Está contigo Eva?

Jacques se envaró en el asiento y Eva lo miró interrogante. Percibiendo que algo había alterado a su acompañante, recorrió con la mirada el local buscando posibles atacantes, ignorando la conversación que se llevaba a cabo en la mente del templario.

—Sí. ¿Qué sucede?

La voz de Guillaume sonaba seria y brusca.

—Algo ha sucedido en el museo. Por suerte Aby ya no estaba allí, pero no logra localizar a Chloé y está preocupada.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de los despachos se ha incendiado y han tenido que evacuar. No parece que haya heridos, aun así, Aby quería asegurarse de que Eva y Chloé están bien.

—¿Has intentado comunicarte con ella?

—Sí, pero me resulta imposible. No sé cómo lo consigue esa mujer, pero nunca he podido llegar a su mente.

—Eva —dijo Jacques llamando su atención.

—Algo ha pasado en el museo —respondió con la mirada fija en los cristales.

—Al parecer se ha incendiado uno de los despachos. Guillaume acaba de decírmelo.

—¿Aby y Chloé están bien?

—Aby está con él y se encuentra en perfecto estado. A Chloé no consiguen localizarla.

—Vamos, será mejor que nos acerquemos a echar un vistazo.

Jacques volvió a comunicarse mentalmente con su amigo y le informó de sus planes.

—Avisadnos con cualquier cosa, por favor. Aby no se quedará tranquila hasta que no sepa que su amiga se encuentra bien.

La voz de Guillaume en su mente sonaba furiosa, y a él no dejaba de sorprenderle cómo un hombre curtido en batallas podía temblar de pavor solo porque su pareja estuviese asustada. Se imaginó a Eva en esa situación por un instante y lo comprendió. Destruiría cualquier cosa que la alterase, haría lo que fuera por verla feliz.

—Dalo por hecho.

Percibió que Guillaume abandonaba la conexión y se levantó, siguiendo a Eva que ya se encaminaba a la salida.

—He llamado a Chloé a su móvil, pero no lo coge —dijo sin apartar la vista del exterior.

Eva podía parecer una mujer delicada y pequeña, pero era un soldado, una guerrera, que había aprendido a controlar su entorno y a prever cualquier posible amenaza.

—Eso me ha dicho Guillaume. A Aby tampoco se lo coge.

Llegaron al museo minutos después. La policía había acordonado la zona y un par de ambulancias estaban aparcadas en la entrada, mientras los bomberos entraban y salían del edificio sacando a gente, después de haber controlado el incendio. Los sanitarios atendían a algunos heridos, aunque ninguno de ellos parecía grave. Por lo que Jacques podía ver solo eran quemaduras leves y tal vez intoxicaciones por humo.

—Soy médico —explicó acercándose a uno de los policías que rodeaban el perímetro—. ¿Puedo ayudar?

El policía lo miró de arriba abajo antes de volverse hacia el que supuso era su superior, que negó con la cabeza.

—Muchas gracias, pero los servicios de emergencia ya lo tienen todo controlado.

—¿Algún herido grave? —intervino Eva, sin dejar de mirar nerviosa los rostros de los heridos buscando a Chloé.

—Un par de empleados han sido trasladados al hospital. El resto solo tienen heridas leves.

—¿Sabe sus nombres? —inquirió Eva, preocupada, aferrándose a la mano de Jacques.

—No tenemos esa información.

—¿Y el nombre del hospital al que los han llevado?

—Al hospital universitario.

—Muchas gracias —se despidió Eva, tirando del brazo de Jacques y con la mirada fija en la pantalla de su móvil.

—¿Has localizado a Chloé? Iba a preguntarle cómo podemos llegar para asegurarnos de que no estaba entre los ingresados.

—Teletransporte, ¿recuerdas? Solo necesito una imagen de a dónde ir y eso es lo que estoy

buscando.

—Pero no podemos desaparecer de repente en medio de toda esta gente.

—Por eso vamos a buscar un lugar más... privado.



Chloé abrió los ojos y volvió a cerrarlos inmediatamente. La potente luz que colgaba del techo le molestaba. Tenía un tremendo dolor de cabeza. Intentó alzar una de sus manos para llevarla a su frente, pero no tenía fuerzas.

Notó que estaba tumbada sobre algo blando. Un colchón, quizás. ¿Se había quedado dormida? No. Recordaba perfectamente haberse levantado esa mañana. Fue al trabajo y después de comer estuvo con Eva viendo invitaciones para la fiesta de Aby y Guillaume. Discutió con ellas, bobas tontas enamoradas.

Volvió a su despacho y allí estaba él. El neandertal culpable de su mal humor. ¡Y había tenido la poca desfachatez de presentarse en su trabajo!

—Lárgate. —Ese fue el saludo que le dirigió al capullo, el único que se merecía.

—Bruja —escupió sin perder esa maldita sonrisa que volvía extremadamente sensible la piel de Chloé.

—¿Qué demonios haces aquí, Bart? —escupió su nombre, deseando que él lo sintiera como una bofetada. O, mejor aún, como otra patada en los huevos. No se merecía otra cosa.

—Venga, nena. ¿No seguirás enfadada aún?

Ni siquiera se dignó a contestarle. Sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de seguridad del museo.

—Lárgate o llamaré a seguridad —amenazó furiosa.

—Sabes que no tendrían nada que hacer contra alguien como yo, y no creo que quieras ponerlos en peligro.

—Capullo engreído. Está bien, entonces quizás prefieras que llame a Guillaume. —Chloé odiaba pronunciar esas palabras, se sentía como una niña pequeña amenazando con chivarse al profesor.

—¡Ja! ¿Crees que eso es una amenaza? —replicó con sorna.

En dos zancadas estaba sobre ella, arrancándole el móvil de las manos.

—Vamos, nena, no niegues que lo pasamos bien.

Sí, lo habían pasado bien —aunque eso era algo que no admitiría jamás en voz alta—, al menos hasta que el neandertal que tenía enfrente abrió su enorme boca.

—Lárgate, Bart.

Chloé se giró dispuesta a ignorarlo. No iba a entrar al trapo de aquella discusión sin sentido. Él la agarró por el hombro dándole la vuelta para mirarle a los ojos. Su mirada fue directa al

colgante en su cuello.

—¿Crees que llevar eso te da algún derecho? —escupió con furia—. No eres más que una bruja y no sé qué clase de poder has utilizado para inmiscuirte en nuestra misión, pero te aseguro que no permitiré que nos traiciones.

—¿Traicionaros? ¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? ¡Como si yo tuviera el más mínimo interés en involucrarme en vuestra truculenta historia! O, ya puestos, en cualquier cosa relacionada contigo. Créeme si te digo que no estaba entre mis objetivos tener nada que me obligase a ver tu cara de nuevo.

La risa ronca de Bart resonó en las paredes del pequeño despacho erizando la piel de Chloé. Maldito fuera él y la atracción que le hacía sentir.

—He conocido a muchas como tú y, al final, todas acabaron sintiendo el filo de mi espada. No permitiré que nadie ponga en peligro a mi hermano, tus encantos no funcionan conmigo.

Chloé resopló, frustrada. Ojalá ella pudiera resistirse a los de aquel hombre insufrible.

—¿No tienes que estar en otro sitio? Seguro que hay alguien más a quien puedas sacar de sus casillas además de a mí —replicó queriendo enfurecerlo. Él siempre conseguía hacerle perder los papeles y ella deseaba hacer que sintiera lo mismo.

—No intentes hacerte la indiferente. Sabes de sobra que puedo hacer contigo lo que quiera. Por mucho poder que tengas, no eres más que una casquivana dispuesta a satisfacer mis deseos.

Sin más, dispuesto a demostrar la verdad en sus palabras, se acercó a ella y la besó. Un beso agresivo, devorador, que arrasó la boca de Chloé e hizo que su cuerpo se volviera gelatina. Se odió por ello, pero no podía evitar derretirse entre los brazos del templario. Daba igual lo que su cabeza gritara, que no la quería, que no era un buen hombre, que solo la utilizaba para saciar sus deseos. Era como si todas sus neuronas cortocircuitaran al entrar en contacto con su piel, impidiéndole pensar en nada que no fuera entregarse a él.

Con la misma brusquedad con la que inició el beso lo terminó, apartándose de ella con un gesto victorioso, mientras se pasaba el antebrazo por sus labios, como queriendo deshacerse de su sabor.

—¿Lo ves? —replicó sonriente—. No eres más que una mujerzuela que se derrite con un simple beso. Tu cuerpo es mío, no lo olvides.

Bart abandonó la estancia dejándola allí. Aturdida, frustrada sexualmente y muy, muy furiosa. Quería gritar, increparle, decirle que era odioso, insufrible y que por nada del mundo volvería a permitir que la tocara. Pero ¿a quién quería engañar?

Cada vez que lo tenía cerca se sentía como una adolescente hormonada ante su primer amor. Ese capullo cromañón conseguía que cada una de sus células vibrara sin ni siquiera tocarla. Y sí, al principio había sido divertido. Un hombre fuerte, rudo y lo bastante borde como para seguirle el ritmo. El juego resultaba demasiado entretenido como para resistirse. Pensó que podría controlar sus sentimientos, que solo sería eso, un polvo fácil, ejercicio físico, sudor placentero de ese que hace que se te resientan músculos que últimamente apenas ejercitaba.

Pero no. Su maldito corazón parecía tener una especial predilección por los cabrones que solo le hacían sufrir. Y allí estaba, enamorada de un gilipollas para el que solo era una distracción y que, además, la odiaba. Porque sí, lo de llamarla bruja no era un insulto anticuado elegido al azar. Por algún motivo Bart creía que ella realmente tenía algún tipo de poder, la capacidad de tejer hechizos. Absurdo... ¿no? Aunque después de lo que había descubierto sobre él y sus hermanos ya casi todo le parecía posible.

La rabia crecía en su interior. El calor ascendía por su cuerpo erizando su piel. Un calor muy

diferente al que sentía segundos antes, estando entre los brazos del templario. Este estaba furioso, desbocado, era incontrolable y deseaba salir.

Abrió la boca hasta casi desencajarse la mandíbula. Quería gritar, lo necesitaba, pero ningún sonido salió de su garganta. De repente todo se volvió negro y perdió la consciencia. O eso suponía, ya que no recordaba nada más hasta ese instante en que había despertado en lo que parecía la cama de un hospital.

—Señorita Favre, ¿cómo se encuentra? —Una enfermera con demasiado maquillaje y las uñas extremadamente largas de un color azul brillante entró en su habitación.

—¿Qué ha sucedido?

—Al parecer hubo un incendio en el Museo Británico. Los bomberos la encontraron inconsciente en el suelo de su despacho. No tiene nada grave, solo algunas quemaduras leves y seguramente notará la garganta irritada durante algún tiempo. Por la inhalación de humo, ya sabe —comentó despreocupada, sin siquiera mirarla a los ojos, mientras trasteaba los tubos que colgaban a su izquierda y que estaban enganchados a su brazo—. Voy a retirarle la vía. Ahora que está despierta, si nota dolor, dígamelo y le daré los analgésicos por vía oral.

La enfermera se marchó dejándola sola, mientras su mente luchaba por encajar la información. ¿Un incendio en el museo? ¿Cuándo? ¿Por qué no recordaba nada?

Un par de golpes en la puerta llamaron su atención y la enorme sonrisa de Eva hizo que ella también mostrara una, aunque mucho más débil.

—¡Chloé! ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras? —preguntó atropelladamente mientras se acercaba a la cama.

—Estoy bien, pequeña. —Carraspeó un par de veces para aclarar su voz, que sonaba un poco más ronca de lo normal—. Solo algunas magulladuras.

Apartó las sábanas, dispuesta a levantarse de la cama y marcharse de allí. No le gustaban los hospitales, nunca le habían gustado. Irónico para alguien que tenía la carrera de Medicina, ¿no? Recordó la respuesta de su padre cuando le dijo que jamás sería médico, y un gesto amargo se coló en su rostro. De nada sirvió que intentara razonar con él y explicarle que le daban pánico las paredes blancas, los fluorescentes, el olor a antiséptico, lejía y... muerte. Porque sí, la muerte tenía un olor característico, como a rancio y humedad, con un toque de frío, y todos los hospitales olían así, aunque nadie más que ella parecía notarlo.

—Espera, espera —insistió Eva intentando detenerla—. ¿Dónde crees que vas?

—A cualquier sitio fuera de aquí —replicó decidida.

—¿Solo con esa bata puesta? —preguntó divertida.

—Mi ropa debería estar en el armario, supongo que las enfermeras la habrán dejado ahí. Pero si no está me da igual, pienso salir de aquí aunque tenga que hacerlo con el culo al aire.

Eva fue a ver si la ropa estaba donde decía su amiga justo en el momento en que Jacques entró en la habitación.

—¡Chloé! ¿Dónde crees que vas? —La joven puso los ojos en blanco. Lo último que necesitaba en aquel momento era a un hombre sobreprotector dispuesto a impedirle salir de allí.

—Me voy —respondió poniéndose en pie—. Y me da igual lo que digas. Estoy bien. Yo también soy médico, ¿recuerdas? No tengo nada grave y en casa estaré mucho más cómoda y tranquila que aquí —argumentó con brusquedad.

Jacques la observó unos segundos con seriedad antes de responder:

—Está bien, pediré los papeles para el alta voluntaria. No creo que haya ningún problema con eso.

—Gracias —murmuró sorprendida, mientras se ponía la ropa que Eva le tendía. Esperaba una mayor resistencia por parte del templario, pero se alegraba de que hubiera accedido tan fácilmente—. Te llamaré si me encuentro peor —añadió como gesto de agradecimiento.

—Más te vale —farfulló Eva ayudándola a ponerse los zapatos—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo se ha producido el incendio?

—No tengo ni idea —admitió—. Lo último que recuerdo es estar discutiendo con Bart en mi despacho. Después debí desmayarme, supongo que por el humo. No lo sé, la verdad.

—¿Bart? ¿Qué hacía Bart en el museo?

—Dar por culo. ¿Es que acaso sabe hacer otra cosa? —respondió algo más animada. Meterse con él siempre la ponía de mejor humor.

Eva rio con ganas y la agarró por el brazo para ayudarla a levantarse.

—¿Listas para irnos? —inquirió Jacques desde la puerta agitando unos papeles en su mano—. Ya está todo listo.

—Perfecto. Larguémonos de aquí —respondió Chloé tirando de Eva hacia la salida.

Probablemente solo había estado una o dos horas en el hospital, y solo unos minutos consciente, pero un solo segundo allí a ella le parecía una eternidad. No veía la hora de marcharse.

Bajaron al *parking* y, una vez fuera del alcance de las cámaras y cualquier mirada indiscreta, Eva los teletransportó a su apartamento. La chica cada vez controlaba mejor su poder y ya no se cansaba tanto, ni tenía hemorragias nasales, pero a Chloé seguía revolviéndosele el estómago cada vez que recurría a su particular forma de viajar.

La dejaron acostada, con una botella de agua y los analgésicos en la mesilla junto a su cama, y se marcharon, no sin antes hacerle prometer que llamaría si sentía la más mínima molestia de cualquier tipo.



Bart había creído que se sentiría mejor después de poner a Chloé en su sitio, pero no era así. En el fondo se sentía mal, como si al pelear con ella, discutir cada una de sus palabras y demostrarle que en realidad no le afectaba algo en su interior se rebelase.

Lo cierto era que aquella pequeña rubia le afectaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Una parte de él le exigía que volviera, se disculpara y la besase con devoción, con toda la dulzura que jamás había mostrado hacia ninguna otra mujer y habían sido muchas las que pasaron por su vida. Por eso sabía que debía tratarse de algún tipo de hechizo o encantamiento lo que le hacía sentirse de aquella manera. Él no era dulce, no era tierno, no ansiaba acariciar a una mujer, ni consolarla. Él era un hombre rudo, duro, un guerrero forjado en la batalla que tomaba lo que quería cuando quería, sin preguntar, sin pedir permiso y, por supuesto, jamás pedía disculpas.

Pero Chloé... Con ella era diferente, le hacía sentir cosas que no concebía desde hacía mucho tiempo. Cosas que había querido olvidar y se había jurado no volver a permitir que tuvieran lugar en su cuerpo o en su mente jamás. Por eso sabía que era una bruja, porque aprendió muy bien la lección la última vez. Con sangre.

Se obligó a sí mismo a seguir caminando, lo cierto era que no estaba en la ciudad para molestar a Chloé, tenía una reunión a la que debía asistir. Aunque jamás lo admitiría, al menos no él, ni a ninguno de sus hermanos, Guillaume tenía razón en lo de que pasaban demasiado tiempo en la mansión. Demasiadas horas encerrados viéndose las caras unos a otros, preparándose para una lucha que se cernía sobre ellos como la espada de Damocles, pero que no llegaba. Las horas de entrenamiento no eran suficientes para liberar la ansiedad, la rabia, la frustración que sentía desde el momento en que abrió los ojos en aquella cueva.

Había deseado la muerte mucho antes de su encuentro con Luz y Oscuridad, y aquella noche, con su espalda presionada contra la fría y dura roca. Sin poder moverse, sin poder hablar, viendo como dos seres ancestrales, mucho más poderosos, tenían su vida en sus manos, creyó que al fin sus plegarias habían sido escuchadas.

Mentira. ¿Cuándo alguien había escuchado sus deseos o los había tenido en cuenta? Nunca. Siempre creyó que, si realmente había algún Dios, hacía mucho que dejó de escucharle o, si es que alguna vez lo hizo, disfrutaba llevándole la contraria.

Fueron muchas las oportunidades que tuvo de encontrarse con la muerte, si no permitió que ninguno de aquellos sarracenos le cortara la garganta fue por Philippe. Su hermano era lo único bueno en su vida, siempre lo había sido; por eso juró que moriría y mataría por él.

Pero aquella noche, sabiendo que ambos compartirían el mismo destino, que no tendría que continuar luchando, por primera vez en años se sintió en paz. Al menos hasta que Aby los encontró y los devolvió a la vida.

—Gracias, pelirroja —farfulló entre dientes, inmerso en sus pensamientos.

Observó con detenimiento el edificio frente al que se encontraba y volvió a comprobar que era la dirección correcta. En el papel que Prax le había dado solo aparecía un logotipo bastante impersonal y una dirección. Y parecía que se encontraba en el lugar correcto. Había llegado la hora de enfrentarse a su primera entrevista de trabajo.

Deseo Traicionado

Jacques y Eva regresaron a la mansión después de dejar a Chloé segura en su casa y con la medicación que los médicos le habían recetado para el dolor. Afortunadamente no tenía nada grave, solo algunas molestias por el golpe y picor en la garganta por la inhalación de humo. Habían intentado convencerla para que se fuera a casa con ellos, pero la chica se negó en redondo. No pensaba poner un pie en la mansión en mucho tiempo. No si eso implicaba tener que ver a Bart.

Aunque su intento de cita no resultó ser lo tranquilo y romántico que esperaban, pasar la tarde juntos como una pareja normal les había venido bien. Las caricias, los besos y los mimos habían estado presentes todo el tiempo. Poder pasear juntos de la mano y besarse sin reparos entre bromas habían conseguido que Eva se sintiera por primera vez como una mujer joven normal, sin preocupaciones, sin miedos, sin estar en guardia constantemente. Sintióse segura, protegida y, sobre todo, amada siendo ella misma.

Aún reían por una broma de Jacques cuando cruzaron el umbral de la mansión. Martha se acercó a ellos todo lo rápido que su regordeta figura y su corta estatura le permitían y con la cara un poco descompuesta.

—¡Señorito Jack! ¡Por fin llega! Ha venido... —pronunció apresurada, echando rápidos vistazos a su espalda.

—¡Jack, cariño! —Una voz de mujer irrumpió en el recibidor justo antes de que un torbellino pelirrojo se lanzara sobre el aludido y le plantara un beso en los labios. Eva se apartó para evitar ser arrastrada por la desconocida y observó la escena atónita—. ¡Cuánto te he echado de menos! —exclamó después de su efusiva muestra de afecto—. Desapareciste sin más y no contestabas al teléfono. ¡No te imaginas lo preocupada que estaba!

La mujer continuaba hablando sin parar, mientras besaba la cara de Jacques. Eva miró al hombre sin entender lo que estaba pasando. ¿Quién demonios era esa mujer? Y, lo más importante, ¿por qué Jacques permitía que le besara?

El rostro del templario mostraba aturdimiento, pero también algo que parecía... ¿culpa? Eva continuó observándolo con intensidad, a la espera de una explicación.

—Ah, ¡hola! —dijo la mujer volviéndose hacia ella—. Soy Beth, la prometida de Jack. ¿Quién eres tú?

Las palabras cayeron sobre Eva como un jarro de agua helada. ¿Había dicho... *prometida*? La observó incapaz de creer lo que acababa de oír. Pelo de un rojo tan intenso que estaba segura de que no podía ser natural. Ojos negros con unas pestañas largas y rizadas. Pómulos altos y marcados, barbilla fina y labios gruesos. Alta, más aún subida en aquellos tacones que debían medir al menos diez centímetros. Esbelta, con unas piernas eternas que se dejaban ver bajo la falda de tubo que se ceñía desde su cintura hasta debajo de sus rodillas. Parecía una muñeca. Sin una sola marca o arruga, ni en su ropa ni en su piel pálida y brillante, que se asemejaba a la porcelana. Perfecta.

¿Así era como le gustaban las mujeres a Jacques? ¿Ese era el tipo de compañera que deseaba para compartir su vida? Sin cicatrices, sin callos en las manos de sujetar una espada, con ropa impoluta, elegante y que realizase sus encantos femeninos. Maquillaje perfecto, sonrisa de

anuncio y uñas cuidadas. Nada que ver con ella. Una joven torpe, insegura, que solo conocía la guerra, la lucha por la supervivencia y que había pasado tanto tiempo aparentando ser otra persona que, en realidad, ni siquiera sabía quién era realmente.

Jacques fue a hablar, Eva supuso que para responder a la pregunta de su *prometida*, pero ella ya sabía perfectamente lo que iba a decir y prefería no escucharlo de sus labios.

—Nadie —respondió seria y muy consciente de la verdad que encerraba esa solitaria palabra—. No soy nadie, tranquila.

Ni siquiera se volvió a mirar a Jacques antes de internarse en el salón dejando atrás a la pareja. Le pareció escuchar su nombre, pero estaba convencida de que solo fue su imaginación. Jacques tenía a su perfecta prometida, ¿qué podía querer de alguien como ella?

Logró subir las escaleras con paso tranquilo, sin que nada en su rostro o su forma de actuar, mostrase lo destrozada que se sentía por dentro. Entró en su habitación, el que debía ya ser su espacio seguro, pero mirase a dónde mirase, todo lo que veía era a Jacques. Las noches que habían compartido en su cama, los besos, las caricias, las promesas... Mentira. Todo mentira.

Sintió la tentación de huir, pero no lo haría. No otra vez. Aquella era su casa, su familia y ni Jacques ni su prometida ni nadie la harían marcharse de nuevo. Aunque sí necesitaba salir de allí.

Su primer pensamiento fue buscar a Aby, pero no quería ir a ella con sus problemas una vez más. Chloé estaba descartada, probablemente estaría inconsciente toda la noche debido a los calmantes. Además, últimamente no era la persona positiva y vivaz de antes. Sólo le quedaba una opción y, aunque nunca lo admitiría, le produjo un cierto placer pensar en ver a Hodie, más aun, sabiendo lo poco que le gustaba a Jacques y lo celoso que se ponía de él.

En un abrir y cerrar de ojos se trasladó ante la puerta de su amigo. Llamó y esperó, aun sin tener muy claro por qué estaba allí. Hodie apenas tardó unos segundos en abrir y al verla la abrazó efusivamente sin dejar de parlotear como siempre solía hacer.

Al sentirse entre sus brazos, Eva rompió a llorar. Se sentía rota por dentro, traicionada y muy estúpida.

—¿Qué pasa, Eva? —le preguntó Hodie separándose un poco para mirarle la cara—. ¿Por qué lloras? ¿Te has hecho daño? No —dijo respondiéndose a sí mismo—. No parece estar herida. ¿Qué es entonces? ¿Te encuentras mal? ¿Quieres que llame a un médico? ¿A Jacques?

Escuchar ese nombre en los labios de su amigo hizo que todas sus lágrimas y todo el dolor que sentían su pecho se transformaran en rabia. ¿Cómo podía haberle hecho eso? Confió en él, creyó cada una de sus palabras, creyó que realmente la amaba...

Se apartó las lágrimas con furia. Jacques no se merecía ni una sola de ellas.

—Estoy bien —dijo forzando una sonrisa—. Ya puedo decir que he experimentado otra de las vivencias propias de una mujer. Me han roto el corazón.

—¿Jacques? ¿Qué te ha hecho? Voy a matarlo.

—No, tranquilo, no merece la pena —respondió—. Al parecer yo solo he sido un entretenimiento mientras esperaba a su prometida.

—¿Jacques está prometido? ¿Desde cuándo?

—No lo sé. Lo cierto es que no me he quedado a esperar que me contaran todos los detalles.

—¿Te he dicho ya que voy a matarlo? ¿Está en la mansión? —quiso saber Hodie con los puños apretados—. Creo que necesita oír algunas verdades, aunque no puedo asegurarte que no sean mis puños quienes se las hagan saber.

—No quiero volver a la mansión, no todavía. Esta vez no voy a huir, no volveré a abandonar a mis hermanos. Pero necesito soltar adrenalina y no hay nadie mejor que tú para eso.

—¡Por supuesto! ¿Qué te apetece hacer?

—¿Crees que emborracharme sería una mala idea?

—No necesitas nada que enturbie tu mente y estoy seguro de que no querrás estar borracha cuando vuelvas a la mansión y te enfrentes a él. ¿Qué te parece si te enseño a conducir? Así quizás, con un poco de suerte, tengas la oportunidad de atropellarlo. Yo te ayudaré a hacer que parezca un accidente.

Ambos rompieron a reír a carcajadas. Eso era justo lo que Eva necesitaba, la actividad, las risas y la adrenalina que Hodie siempre conseguía.

Su amigo la llevó a un circuito de karts a las afueras y durante un par de horas dejó que la velocidad, las risas y la emoción de conducir un coche, aunque fuera diminuto, arrastraran toda su tristeza.

¿Qué Jacques estaba prometido? Bien, esperaba que fueran muy felices. ¿Qué le había mentido? Uno más de los hombres de su vida que traicionaba su confianza. Menuda novedad. Al menos ahora podría seguir adelante. Sabía con toda certeza que la imagen de Jacques que había construido en su cabeza no era real. No era el hombre recto, íntegro y comprometido que ella siempre creyó. No era de confianza, no sabía lo que era la sinceridad.

Solo era otro hombre que se había querido aprovechar de la dulce, ingenua e inocente Eva. Daba igual las veces que hubiese empuñado su espada, los enemigos a los que hubiese abatido. No importaban ninguna de las cicatrices que adornaban su cuerpo o su alma, él solo la había visto como una pobre chica de la que aprovecharse.

No iba a llorar más. No volvería a lamentarse. Era una mujer, una guerrera, una luchadora, una superviviente y ni Jacques ni nadie volvería a hacerla sentirse inferior.



Bart no se esperaba lo que encontró. Lo cierto era que tampoco sabía muy bien qué esperar, pero desde luego, tratándose de Prax, no imaginaba algo así.

La oficina estaba ubicada en el ático de un edificio de la City, las paredes relucían en un blanco impoluto que resaltaba aún más contra el parqué negro. Una chica joven se limaba las uñas con concentración en la mesa, también oscura, que encontró nada más entrar.

—Soy...

—El señor de Limoges —replicó interrumpiéndole sin siquiera mirarle—. Pase, le están esperando. Es la puerta del fondo.

Con un gesto de su mano le indicó el pasillo a su derecha y continuó con lo que estaba haciendo, como si su visita fuera una molestia.

Resopló, tentado de decirle un par de cosas, pero decidió dejarlo pasar. No era plan de liarla si realmente quería conseguir aquel trabajo. Le echó un último vistazo antes de seguir su camino apretando los puños. En su época, las mujeres sabían cuál era su lugar.

Al llegar al final del pasillo encontró una puerta con el logotipo de la tarjeta que Prax le dio grabado en el centro. Levantó la mano para llamar, pero la detuvo a mitad de camino.

Aquello era ridículo. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Él era un guerrero, un luchador, ¿qué sabía hacer él además de matar o pelear? Prax no le había dado ningún detalle del trabajo. Solo le miró, le dio la tarjeta y le dijo día y hora. «Es justo lo que necesitas. Encajarás». Esas fueron sus enigmáticas palabras antes de largarse dejándolo solo. Y ahora allí estaba él.

¿Por qué diablos le había hecho caso? Tal vez lo mejor sería marcharse, volver a la mansión y continuar como hasta entonces. No necesitaba un trabajo, no necesitaba nada y mucho menos la ayuda de nadie. Si se agobiaba en la casa siempre podía hacer una visita a Chloé y sacarla de quicio, eso siempre le ponía de buen humor.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día? —Una voz grave y masculina sonó a su espalda sorprendiéndole. Le había pillado por sorpresa. Nunca nadie le pillaba por sorpresa—. Te lo digo porque algunos sí queremos entrar —continuó.

Bart se giró y se encontró cara a cara con un sarraceno. «Árabe», se corrigió mentalmente.

—Deja al pobre chico, ¿no ves que está acojonado?

Era una mujer quien habló y eso solo consiguió enfurecerle aún más. Él no estaba *acojonado*, él no se *acojonaba*. Había visto cosas que le pondrían los vellos de punta a esa mujer con pinta de muñequita de porcelana que tenía enfrente.

Baja, piel pálida, rasgos asiáticos, pelo negro y liso hasta los hombros, ojos del mismo color y una sonrisa sádica en sus labios rojos. Jugaba a lanzar distraídamente una navaja arriba y abajo, sin quitarle la vista de encima.

—¿Y este es el amigo del jefe? —preguntó otro hombre, muy parecido físicamente a la mujer, saliendo de la puerta de su derecha.

—¿El jefe tiene amigos? —inquirió la chica con gesto de sorpresa.

—El jefe está hasta los huevos de esperaros, panda de cretinos. Entrad de una puta vez y dejad a Bart en paz.

Esa voz sí la conocía. ¿Prax era el jefe? ¿El jefe de qué?

Lo siguió al interior de la sala, siendo consciente de que, tal vez por primera vez en su vida, se había encontrado con una situación que le dejó sin palabras. ¿Qué era todo aquello?

—Veo que ya has conocido a Assim —dijo Prax señalando al árabe—. Él es nuestro espía.

—Experto en operaciones encubiertas —corrigió el aludido con desgana.

—Lo que sea. —Prax bufó cansado—. Y ellos son Akira y Akiro. Mellizos y expertos en tecnología —añadió señalando a los otros dos.

—Vuestros padres no se comieron mucho la cabeza buscando nombres, ¿no? —replicó con ganas de tocarles las narices como se las habían tocado a él.

—Ja. Ja —se carcajeó con sorna Akira, yendo a sentarse en una de las sillas que rodeaban la enorme mesa de reuniones que presidía la sala.

—Y estos dos son los empleados puntuales que valoran su trabajo y no cabrean al jefe —continuó Prax, señalando a un hombre y una mujer que ya estaban sentados.

—Es que hoy no estoy de humor —gruñó el mulato con acento hispano y un enorme tatuaje asomando por su cuello.

—¿Alguna vez lo estás? —La mujer a su lado lo miró con cara de aburrimiento. Su piel era de un tono marrón profundo, al igual que sus ojos, y sus largas piernas, enfundadas en unos apretados pantalones de cuero negro, descansaban sobre la mesa de caoba. Iba descalza.

—Esos son Cruz y Kendra —continuó Prax como si nada—. Cruz es experto en armas y

Kendra... digamos que no es alguien con quien quieras enfrentarte cuerpo a cuerpo. —Bart le miró incrédulo—. Bien —prosiguió ignorando su gesto—, como ya sabéis este es Bart, la nueva incorporación. Y ahora, será mejor que nos pongamos a trabajar.

Deseo de Enmienda

Hodie se empeñó en regresar con ella a la mansión, por mucho que Eva insistió en que no era necesario. Pero su amigo no atendía a razones y no estaba dispuesto a dejar que se enfrentara sola a Jacques y su prometida. Admiraba la forma en que la joven se había recompuesto. Cómo recogió cada pedazo de su maltrecho corazón y reconstruyó la coraza que ahora la mantenía fuerte y decidida. Le habría gustado poder decirle que no era necesario, que podía permitirse llorar, romperse, ser débil, aunque sólo fuera durante un rato. Pero sabía que ella no lo haría y tampoco debía hacerlo, no teniendo en cuenta la batalla que se avecinaba. Una a la que tendrían que enfrentarse más temprano que tarde y para la que necesitaban estar en plena forma.

Eva los trasladó directamente a su habitación. Evitando el salón o cualquier lugar en el que pudiera encontrarse con algunos de sus hermanos. O, ya puestos, con Jacques y su prometida. Volvía a sentirse fuerte, segura, pero no sabía si realmente estaba preparada para hacer frente a la realidad de que Jacques pertenecía a otra. Aún necesitaba algo de tiempo y espacio.

Comprobó su móvil, que había dejado olvidado en su habitación al marcharse, y vio que tenía numerosas llamadas perdidas de Aby. Se sintió un poco culpable, seguro que su amiga estaba preocupada por ella, pero ya hablarían al día siguiente. Era pasada la medianoche y probablemente estuviera en los brazos de Guillaume. El recuerdo de las noches que ella había pasado con Jacques punzó en su pecho y los apartó rápidamente. Eso formaba parte del pasado.

Hodie y ella estuvieron hablando hasta bien entrada la madrugada, cuando su amigo cayó dormido. Eva no era capaz de dormirse, tenía mucha energía, su cuerpo vibraba y necesitaba dejar salir toda la adrenalina y la ansiedad que aún la embargaban. Decidió bajar al patio y entrenar un rato con la espada. No tendría contrincante, pero seguro que podría imaginarse que alguno de los muñecos de entrenamiento era Jacques.

Respiró el aire de la noche y dejó que llegara a sus pulmones, recordándose a sí misma que era libre, que era ella, que nadie controlaba su vida, nadie tomaba sus decisiones. Que, por primera vez en toda su existencia, no tenía que esconder quién era en realidad.

Tomó dos alfanjes y comenzó a hacer algunos movimientos practicados. En una ocasión Hugo le había dicho que poseía una habilidad especial para manejar esas armas, que era como si formaran parte de su cuerpo, como si fueran extensiones de sus propias manos. Hizo girar las espadas en el aire una y otra vez sin dejar de moverse, avanzando y retrocediendo, enfrentándose a un enemigo invisible. Y, aunque había esperado que en su mente se dibujase la imagen de Jacques, lo cierto era que estaba completamente vacía. No había enemigo, ni real ni imaginario, solo estaba en ella y sus espadas en un baile reconfortante, conocido y seguro.

—Vaya, vaya. Esto sí que es una sorpresa. —La voz de Beth sonó a su espalda, haciendo que se tensara—. Parece que esta vez la pequeña Evangeline no ha huido en mitad de la noche. Claro que, ¿a dónde ibas a ir? Ahora no tienes un hermano cobarde para ocupar su lugar.

¿Cómo demonios sabía eso? ¿Es que Jacques se lo había contado todo? Confió en él, le creyó cuando le decía que ella le importaba. Hasta el punto de contarle todos sus secretos, su vida entera... Y él los había compartido con aquella mujer. ¿Cómo había sido capaz de hacerle algo así?

—Oh, no, pequeña tonta. Puedes estar tranquila, tu dulce Jacques no ha revelado ninguno de

tus secretos —replicó con sorna, como si pudiese leer sus pensamientos—. Claro que tampoco es que me haga falta que nadie me cuente nada.

—¿Quién eres? —Eva se enfrentó a ella, irguiendo su espalda y asiendo con fuerza los mangos de sus alfanjes.

—¿Es que ya te has olvidado de mí? —preguntó fingiendo un puchero—. Vaya, creí haber dejado una huella más duradera en ti. Después de todo, de no haber sido por mí, ahora no estarías aquí. —La observó con curiosidad antes de continuar—: Y ni siquiera me has dado las gracias. Tsk, tsk, tsk. Creí que tu padre te había educado mejor, pequeña Evangeline.



Jacques había buscado a Eva durante horas. Llamó a su móvil al menos una veintena de veces sin obtener respuesta alguna, fue al antiguo piso de Aby por si estaba allí, incluso se recorrió St. James Park. Ella le había hablado de la tranquilidad que le proporcionaba ese lugar, pasear entre los árboles y sentarse junto al lago. Creyó que tal vez la encontraría allí, pero el lugar era enorme y, aunque el horario de cierre no significaba ningún problema para él, acabó dándose por vencido pasada la medianoche.

Regresó a la mansión, sintiéndose ansioso y desesperado a partes iguales. Eso sin contar con la frustración que le provocaba el no haber podido ni siquiera explicarse. Entendía que la aparición de Beth hubiera sorprendido a Eva. ¡Joder!, le había sorprendido a él. Sí, Beth y él habían estado prometidos. *Habían*, en pasado. Y su relación había tenido más que ver con los negocios que con los sentimientos.

En el momento en que renunció a su puesto de trabajo en el Hopkins dio por hecho que el compromiso quedaba anulado. La única razón por la que Beth, hija de uno de los principales benefactores del hospital, quería casarse con él era por su puesto como jefe de neurocirugía. Sin ese cargo, él no tenía nada que ofrecerle que pudiera interesarle. Lo único que ella buscaba era una vida de lujos, un estatus social y un marido florero que le proporcionara ambas cosas.

Jacques jamás tuvo intención de casarse con ella. Una esposa no encajaba en su vida, sobre todo, teniendo en cuenta que no envejecía y tampoco podía morir. Cambiaba de ciudad y de nombre cada poco más de diez años para evitar sospechas; algo que no cuadraba con una vida en pareja.

Además, no soportaba a Beth. Era superficial, egocéntrica y egoísta. Se encaprichó con él durante una recogida de fondos, pero él no cedió ante sus supuestos encantos. A lo largo de su vida conoció a muchas mujeres como ella y no le interesaba lo más mínimo intimar con otra.

No obstante, precisamente por eso, porque ya había conocido a otras como ella, debió saber que no se daría por vencida. Al final fue su padre el que puso a la junta entre la espada y la pared, condicionando su próxima inversión, que sustentaría importantes investigaciones

científicas, al hecho de que él saliera con su hija.

Cuando el presidente de la junta se lo hizo saber, mitad furioso mitad avergonzado, accedió. Ese dinero podría ayudar a curar enfermedades, conseguir avances importantes en otras casi desconocidas y mejorar la vida de muchas personas; una cita con una mujer, por insufrible que fuera, era un bajo coste para conseguirlo. Además, a él le quedaban solo un par de años, a lo sumo, antes de tener que cambiar de ciudad.

Lo que no esperaba era que los acontecimientos se sucedieran en cascada. Que una cita se convirtiera en dos, luego en tres y la cuarta fuera una fiesta de compromiso de la que ni siquiera había sido informado. Beth se encargó de comprar su propio anillo y ponérselo para mostrarlo ante todos los invitados.

La cara de satisfacción de su padre y el gesto serio de los miembros de la junta, que lo observaban con inquietud ante su asombro por la noticia, hicieron que mordiera la negativa que luchaba por salir de su garganta. Habría sido un escándalo para la familia de Beth que, sin lugar a dudas, perjudicaría al hospital y todos sus proyectos. Solo tendría que aguantar aquella farsa un par de meses, como mucho, y después desaparecería.

Ya estaba organizando su nueva identidad cuando, una semana después, despertó y emprendió su camino a Acre. En aquel momento dejó atrás su vida como Jack Parker, jefe de neurocirugía del hospital Johns Hopkins, prometido con la señorita Elisabeth Michells. O eso creyó. Al parecer Beth no había pillado la indirecta.

Y tal vez ese fuera el problema. Dio por hecho que su compromiso estaba cancelado, pero jamás lo habló con ella ni con nadie. Simplemente renunció a su puesto y se fue del país. Pero ninguno de esos dos pequeños detalles parecían haber hecho que Beth desistiera, porque se había plantado allí. En Inglaterra, en su casa, en el peor momento posible.

Le dio tan poca importancia a todo aquello que ni siquiera se le ocurrió contárselo a Eva. Algo que debería haber hecho y que le habría evitado estar en la situación en que se encontraba.

Llegó a la mansión bien entrada la madrugada, después de haber vagado por las calles de Londres sin encontrar a Eva, repasando mentalmente todo lo que quería decirle. Confiaba en que Beth se hubiese marchado, después de todo, sus palabras hacia ella no habían sido precisamente amables.

Su aparición le pilló de improviso, casi tanto como sus besos. Beth no era cariñosa y odiaba que se le estropease el maquillaje. Verla le dejó tan aturdido que no pudo reaccionar. Otro de los muchos errores que habían alejado a Eva otra vez. ¿Es que nunca sería capaz de hacer las cosas bien con ella?

Quiso seguirla en cuanto se marchó, pero Beth se interpuso en su camino y, por muy cabreado que estuviera, no era de los que pegaban a una mujer. Eso sin contar con que, teniendo en cuenta el poder de Eva, seguirla cuando desaparecía era bastante difícil.

—Oh, vamos, cariño, deja que la chica se marche, tenemos mucho tiempo que recuperar y una boda a medio organizar —dijo, colocándose entre él y la puerta por la que Eva acababa de marcharse, sin dejar de recorrer su pecho con sus manos.

—Lárgate, Beth. Nuestro compromiso era una farsa, lo sabes. Jamás me casaría contigo. Creí que al dejar mi trabajo y marcharme del país te lo había dejado claro —replicó apartándola con brusquedad.

—No pensarás dejarme por esa mocosa, ¿verdad? Tú necesitas una mujer de verdad, no una cría que ni siquiera sabe vestirse adecuadamente.

—Tú no sabes lo que es una mujer de verdad, Beth —escupió con desprecio—. ¡Martha! —

llamó al ama de llaves que apareció de inmediato, como si hubiese permanecido a la espera de su llamada—. Avisa a Shane, pídele que lleve a la señorita Michells al hotel que desee. —Martha echó un vistazo disimulado a un rincón del *hall*, donde varias maletas permanecían amontonadas—. Y asegúrate de que se lleva su equipaje. No queremos que tenga ninguna excusa para volver.

Ignoró los gritos de Beth y caminó hacia el salón, siguiendo la dirección por la que Eva se había marchado.

—Tú siempre tienes que liarla a lo grande, ¿no? —El tono sarcástico de Rodrigo, que lo observaba apoyado en la pared frente a él, con los brazos y piernas cruzadas, no le hizo ninguna gracia. Pero no podía negar que tenía razón. Jacques le miró con una petición muda—. Me encargaré de que se marche, pero no te ayudaré con Eva. Quiero disfrutar viendo cómo te arrastras.

El español fue hacia los gritos de su exprometida y él prosiguió su camino. Arrastrarse. Sí. Se arrastraría. Rogaría. Suplicaría. Haría lo que fuera necesario, pero recuperaría a Eva y su confianza.

Claro que, para eso, primero tenía que encontrarla. Cosa que llevaba intentando desde entonces, y estaba claro que la chica no pensaba ponérselo fácil.

De camino a su habitación, al pasar por la puerta de la de Eva, no pudo reprimir el impulso de entrar a buscarla. No esperaba que estuviera allí, pero tampoco encontrar a Hodie tumbado en su cama.

—¿Qué haces aquí? —exclamó furioso—. ¿Dónde está Eva?

—Hombre, Jacques —respondió mientras se desperezaba, con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué haces en la cama de Eva? ¿Has pasado la noche con ella? ¿Dónde está? ¡Eva! — Jacques recorría la habitación buscándola sin dejar de increpar a Hodie, que no le prestaba la menor atención.

—¿Qué es todo este ruido? —La voz de Guillaume tronó en la estancia.

—Hola, Guillaume. ¿Dónde está Aby? Hace mucho que no la veo. Espero que se encuentre bien y no le hayas hecho daño. Después de lo de Jacques parece que no sois tan de confianza como pensaba —saludó Hodie con gesto serio.

—¿Lo de Jacques? ¡Jacques! ¿Qué estás haciendo? ¿Y se puede saber de qué habla Hodie? ¿Qué le has hecho a Eva?

—¡Nada! —gritó el templario yendo hacia Hodie y sujetándolo del cuello de la camiseta—. Cosa que no se puede decir de este. ¿Dónde está Eva? Como hayas tocado un solo pelo de su cabeza...

—Oh, le he tocado más de uno —respondió con una enorme sonrisa. Jacques apretó el puño y, sin pensarlo, se lo encajó en la cara rompiéndole el labio—. Pero ¿qué haces? —preguntó Hodie atónito—. ¿Cómo esperabas si no que le ayudara a ponerse el casco y a subir al kart? Tú, en cambio...

Lo miró furioso mientras pasaba la mano por su sangrante labio. Cuando la retiró no había el menor rastro de ninguna herida.

—Ah, ¿hoy había fiesta en la habitación de Eva? ¿Por qué nadie me ha invitado? —intervino Rodrigo entrando en el cuarto—. ¿Dónde están las chicas? ¿O es que es solo para hombres?

—¡Cállate! —exclamaron Guillaume y Jacques a la vez.

—Encima de que no me dejáis pegar ojo a estas horas de la noche, tengo que aguantar vuestro mal humor —murmuró—. Menuda mierda de fiesta...

—Lo siento, Rodrigo —se disculpó Guillaume—, es que todavía estoy intentando enterarme

de qué demonios pasa aquí y dónde está Eva.

—Estaba conmigo, pero debí quedarme dormido y ahora no está —explicó Hodie con total naturalidad.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Rodrigo con el puño al aire—. Ya era hora de que pusiera en su sitio al viejo Jacques.

—Vete un poquito a la mierda, Rodrigo. No tiene ni puta gracia. Sabes muy bien que todo ha sido un malentendido —replicó Jacques aún con los puños apretados, reprimiendo el impulso de romperle el labio también a su hermano.

—Pero... ¿lo sabe ella?

—¡No logro encontrarla! Llevo toda la tarde buscándola, he vuelto a la mansión hace unos minutos y he pasado por su habitación a ver si estaba. Pero en lugar de a ella, me he encontrado a este durmiendo en su cama como si nada.

—¿Y estaba vestido? —inquirió Rodrigo.

—¡Claro que sí! —exclamó Hodie.

—¡Bah! Entonces no tiene ninguna gracia.

—¡Ya basta! —bramó Guillaume un poco harto de no enterarse de nada—. ¿Vais a decirme qué demonios está pasando aquí antes de que se despierte toda la casa?

—Nada nuevo, jefe —respondió Rodrigo dándole una palmadita en la espalda—. Jacques, que la ha vuelto a cagar con Eva.

—¿Qué le has hecho esta vez? —preguntó mirando fijamente a su amigo.

—¡Nada! Solo ha sido un malentendido. Mi exprometida se presentó en la mansión y Eva se fue. No me dejó explicarme y ahora no la encuentro por ningún sitio.

—¿Estabas prometido? ¿Y no se te ocurrió que tal vez Eva debería conocer ese detalle? —insistió Guillaume.

Jacques agachó la mirada. No podía replicar a eso, Guillaume tenía toda la razón.

—¿Habéis invitado a alguien más a la mansión? —intervino Hodie de repente, con los ojos fijos en la puerta.

—¿Qué? ¡No! —negó Guillaume.

—Entonces hay alguien abajo que no debería estar aquí.

—¿Dónde está Eva? —preguntó Jacques, asustado.

Los cuatro hombres se miraron un segundo antes de correr escaleras abajo. Las voces de Eva y otra mujer llegaban desde el patio y se dirigieron hacia allí con rapidez.

—¡¿Qué demonios hace aquí Beth?! —exclamó Jacques corriendo hacia las puertas francesas que separaban el salón del exterior.

—Quieto. —El brazo de Prax se interpuso en su camino—. Esta no es tu batalla. No puedes intervenir.

—¿Quién lo dice? —le retó Jacques.

Los ojos de Prax cambiaron y su voz se tornó ronca cuando respondió:

—Es la lucha de Eva. Debe ser ella quien enfrente su destino y tú no te interpondrás.

—Joder, tío, das miedo cuando te pones en ese plan —dijo Rodrigo en tono burlón—. Por cierto, ¿se puede saber de dónde venís a estas horas? —preguntó dirigiéndose a Bart y a Prax.

—Trabajo —repuso el último, antes de centrar su atención en la escena que se desarrollaba en el patio.

—¿Es que ya te has olvidado de mí? —La voz de Beth resonó en la quietud de la noche—. Vaya, creí haber dejado una huella más duradera en ti. Después de todo, de no haber sido por mí,

ahora no estarías aquí. Y ni siquiera me has dado las gracias. Tsk, tsk, tsk. Creí que tu padre te había educado mejor, pequeña Evangeline.

—¿De qué demonios está hablando? —inquirió Jacques dando otro paso al frente.

—Calla y escucha —respondió Prax deteniéndolo una vez más, sin apartar la vista de las dos mujeres.

Deseo Mortal

«Creí que tu padre te había educado mejor, pequeña Evangeline».

La frase se repetía en la mente de Eva como un mantra. Le recordaba algo o, más bien, a alguien, aunque no acababa de encajar a quién.

—Oh, sí —continuó hablando Beth—. Nuestro amo lleva mucho tiempo observándote. Vigilándoos a ti y a tus hermanos. Lo vemos todo, lo sabemos todo. Siempre hemos estado ahí. Sois solo nuevos jugadores en una partida cuyas cartas se repartieron hace mucho.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién es tu amo?

Un coro de voces diferentes, de hombres, mujeres, ancianos y jóvenes, habló a través de los labios de Beth.

—Le entregamos nuestra vida a nuestro señor, nuestra alma, nuestras voces. A aquel que unirá al mundo en la oscuridad, como siempre debió ser.

—Odio... —susurró Eva.

Mientras Beth hablaba, su rostro iba cambiando, transformándose en otras caras, hasta llegar a uno que reconoció perfectamente.

—Marguerite —escupió al reconocer a su madrastra.

—Veo que me recuerdas, pequeña mocosa. —La voz de la segunda esposa de su padre resonó en sus oídos llevándola de vuelta al pasado, a la noche en la que huyó de su casa—. Debí matarte con mis propias manos, pero entonces no me estaba permitido. Disfruté arrebatándote todo lo que tenías, a todos cuantos querías. Y aquí estamos otra vez. —Abrió los brazos en un gesto amplio, señalando lo que les rodeaba—. Siglos después, volvemos a arrebatarte lo que amas. —Rio, y su risa mostraba verdadera satisfacción—. Sigues siendo la misma niña torpe, ingenua y débil que huye ante las dificultades. ¿Y se supone que tú eres uno de los temibles guerreros que derrotarán a nuestro señor?

Continuó riendo y la sangre de Eva hirvió en sus venas. Por mucho que ese ser con el rostro de su madrastra dijese, ella ya no era la misma. No era esa Evangeline que huyó de un destino que le habían impuesto. No, ya no.

Si algo había aprendido en sus años de lucha, primero sola y después con sus hermanos, era que nadie tenía derecho a arrebatarse la vida y los sueños a los inocentes. Ella había tenido muchos siendo joven. Encontrar el amor, ser feliz junto a personas que la querían y la valoraban por ser ella misma. Y ahora los tenía.

Tenía hermanos que morirían por ella y lucharían a su lado, amigas que la animaban a ser ella misma, a descubrirse, experimentar y ser libre, personas a las que amaba...

Una vez, permitió que le arrebatasen a su familia, a su padre, pero no lo haría una segunda.

Aferró sus alfanjes apretando los puños y se dispuso a luchar. Embistió con la derecha, aprovechando el impulso para girar, con la izquierda alzada, dispuesta a cortarle la garganta. Pero sus espadas solo encontraron humo.

—Vaya, vaya, parece que a la pequeña le han salido garras por fin —replicó con tono sarcástico su madrastra justo detrás de ella.

Se giró con rapidez, blandiendo sus armas.

—Y tú hablas mucho para llevar siglos muerta.

—Oh, nosotros no morimos. Vivimos en nuestro señor eternamente. Somos sus siervos.

Sus ojos refulgieron en rojo y Eva sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral.

—Solo sois unos cobardes, incapaces de luchar. Habláis mucho, pero cuando encontráis pelea, os limitáis a esfumaros como el humo —retó sin perder de vista los orbes rojos que brillaban en el rostro de su contrincante. Atacó una vez más.

—¿Estás segura de que quieres luchar? ¿No preferirías huir? —El humo volvió a aparecer y su madrastra cambió de posición—. En este nuevo mundo una joven como tú tendría muchas posibilidades. Hay tanto que ver, tantas cosas por descubrir...

—Lo único que quiero ver es tu cabeza separada de tu cuerpo —sentenció antes de lanzarse contra ella.



—¡Eva! —exclamó Jacques.

—¿Es que quieres distraerla y que la maten? —replicó Prax sin dejar de sujetarlo—. Si quieres que algún día te perdona, empieza por dejarla luchar sus propias batallas sin entrometerte. No es una chica indefensa.

—Pero esa... cosa no va a jugar limpio.

—¿Te refieres a tu exprometida? —apuntó Rodrigo con sorna.

—¿Aún no te has ido a la mierda?

—Es mucho más divertido estar aquí —respondió con un encogimiento de hombros.

—¿Es que en esta casa nadie duerme? —bramó Philippe bajando las escaleras.

—El que faltaba... —farfulló Rodrigo—. ¿Es que no tienes ropa? —espetó al ver que no llevaba camiseta.

—No pensé que te molestara ver el torso de un hombre desnudo. ¿O es que vas a ponerte a babear y no quieres quedar en ridículo? —replicó el aludido.

—Eso quisieras tú, verme babear por ti. —Ignorándolo, devolvió su atención a lo que sucedía en el patio.

—Admítelo. —La voz susurrante de Philippe sonó muy cerca de su oído, poniéndole la piel de gallina, a pesar del desagradable tono en sus palabras—. Te mueres por poner tus manos sobre mí, asqueroso sodomita.

Rodrigo respiró hondo. No iba a entrar en su juego, no respondería a su insulto y mucho menos le daría el placer de comprobar cómo le afectaba realmente la vista de su torso desnudo.

—Incluso los *asquerosos sodomitas* tenemos amor propio y buen gusto, Philippe. No pongas en mis labios tus verdaderos deseos.

—Me das asco.

Rodrigo tragó saliva, no permitiría que supiera cómo le dañaban sus palabras e, instándose a sí mismo a no responder, prestó atención a la conversación entre Jacques y Hodie.

—No es exactamente humana. Es un siervo —explicaba el mediano de los trillizos—, o así los llaman. Una vez fueron humanos, pero se entregaron a uno de los hijos de la Oscuridad, convirtiéndose en uno con él. Pueden ver todo lo que los siervos presentes, pasados y futuros de su señor han hecho. Son como una sola mente que vive y respira para cumplir los deseos de su amo.

—¿Qué significa eso de que siempre han estado ahí, vigilándonos? —inquirió Jacques.

—Creo que lo que quiere decir es que no podemos confiar en ninguna de las personas que han pasado por nuestra vida —intervino Guillaume con gesto rudo—. Cualquiera de ellas podría ser un siervo.

—¡Me importa una mierda lo que sea! —bramó Jacques—. Me basta con saber cómo matarlos antes de que sea Eva la que caiga.

—No caerá —afirmó Prax con seguridad—. Ahora cállate y observa.



Evangeline giraba en círculos, intentando no perder de vista a aquella cosa con el rostro de su madrastra que no hacía más que aparecer y desaparecer, mientras esquivaba sus ataques.

Desconectó del murmullo de voces de sus hermanos. Sabía que estaban observándola y, aunque se sentía complacida porque no intervinieran, no podía permitirse distraerse.

—Pobre pequeña Evangeline, su padre la traicionó entregándola en matrimonio a un desalmado, su hermano la abandonó, los que encontró después no la aceptan por ser mujer y el hombre al que ama está prometido a otra. ¿Por qué seguir luchando?

—¿Vas a pelear o piensas matarme de aburrimiento con tus palabras? —incredó—. Decías que querías haberme matado con tus propias manos, ¿a qué estás esperando?

—Supongo que estás deseando que tus hermanos vean cómo fracasas y mueres ante sus ojos.

—Por lo que parece solo van a ver cómo me provocas un fuerte dolor de cabeza. ¡Deja de hablar y pelea!

—¿Ansiosa por morir? Eso sería una liberación para ti. ¿No era lo que buscabas al ocupar el lugar de Dalman y unirte a los templarios?

—Solo quería librarme de ti, justo como ahora. Pero parece que eres demasiado cobarde como para enfrentarte a mí. Entonces te las arreglaste para manipular a un anciano y hacer que vendiera a su propia hija y ahora te limitas a soltar bravuconadas. Parece que los subterfugios se te dan mejor que las armas, *madre* —escupió la última palabra arreglándoselas para hacer que sonara como un insulto.

—¿Quieres pelear? Peleemos pues. Solo pretendía hacerlo más interesante. No eres más que una mocosa estúpida, siempre creíste tener más poder del que realmente tienes.

Mientras hablaba, en sus manos se materializaron dos alfanjes, idénticos a los de Eva, que comenzó a mover con maestría.

—¡Por fin! Veremos si además de hablar también peleas —replicó la templaria desafiándola.

—Disfrutaré viéndote suplicar por tu vida antes de cortarte la cabeza...

Eva comenzó a moverse de nuevo haciendo un círculo, y esta vez, la que antes había sido Beth y ahora tenía el rostro de su madrastra la siguió. Ambas se movieron sin perderse de vista, amagando ataques y defensas en lo que parecía casi una coreografía bien ensayada.

Jacques observaba sus movimientos entre embelesado y aterrorizado. Confiaba en la destreza de Eva con las armas, pero aquello a lo que se estaba enfrentando no era humano, no era un ser de carne y hueso y, por más que Prax le insistiera, no podía relajarse. ¡Por el amor de Dios, si ni siquiera sabían si podían matarlo!

«Esa cosa con la que tú te prometiste y que has traído hasta aquí, poniendo a Eva y a tus hermanos en peligro». Apretó los dientes. Sí, aquello era culpa suya; solo otra de tantas por las que pedir perdón. Tenía que admitir que su jodida conciencia era muy oportuna a la hora de recordarle sus errores.

El sonido de metal contra piedra hizo que volviese a centrar su atención en el patio y pudo sentir cómo el terror hacía que la sangre se congelase en sus venas. Uno de los alfanjes de Eva había caído al suelo. Vibraba contra el suelo resonando en sus oídos como un estruendo en el silencio sepulcral que envolvía la noche.

Jacques ni siquiera se atrevía a respirar.

Eva se obligó a respirar por encima del dolor. Se sentía frustrada. Desde que comenzaron a luchar había alcanzado a aquel ser en un par de ocasiones, pero sus heridas parecían cerrarse casi inmediatamente. En cambio ella, a pesar de su más rápida curación, sentía la sangre brotar de las suyas y gotear hasta el suelo, llevándose con cada salpicadura parte de sus fuerzas.

Empezaba a debilitarse y se estaba volviendo lenta. Ninguna de las dos opciones era buena, como ponía de manifiesto el hecho de que acabase de perder una de sus espadas.

Miró a su oponente y la sonrisa burlona que colgaba de sus labios la hizo apretar los dientes. «Aguanta, Eva. Todo lo que vive puede morir, solo tienes que encontrar la forma de hacerlo, su punto débil».

Y entonces lo vio.

Un ligero parpadeo en el centro de su pecho, del mismo rojo intenso que sus ojos.

Respiró hondo y no se permitió dudar.

Con un amplio giro de su espada atacó directa al cuello de su oponente. El movimiento hizo que dejase al descubierto su propio pecho y el siervo no perdió la oportunidad.

Eva sintió el frío acero atravesar su cuerpo, justo por debajo de su corazón, mientras la otra espada se clavaba en su hombro derecho. El alfanje con el que pretendía atacar cayó de su mano y apretó los dientes.

No tenía miedo a morir.

Se había enfrentado a una muerte segura en demasiadas ocasiones en su corta existencia. Estaba preparada para dejar este mundo, pero no lo haría sola.

—¡¡No!! —El grito de Jacques retumbó en sus oídos y su imagen se coló en su mente.

Una fracción segundo que le mostró lo que podía haber sido una vida entera.

Lo que pudo ser y jamás sería.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, sintiendo cómo la sangre salía a borbotones por sus heridas, asió con fuerza la pequeña daga que siempre llevaba oculta en su manga derecha. Los músculos le fallaban y la oscuridad comenzaba a inundar los bordes de su visión.

Pero ahora estaba donde quería.

Un pequeño movimiento y la punta de su puñal se clavó en el punto brillante del pecho del siervo.

El grito que emitió fue desgarrador.

Mil voces exclamando su dolor a través de una única garganta.

Prometiéndole venganza.

De haber podido, probablemente se habría tapado los oídos. Pero era incapaz de mover uno solo de sus músculos.

Alejó el dolor y se centró en lo único que la había mantenido con vida aquellos años. El rostro de Jacques ocupó su mente justo antes de que la oscuridad la reclamase para siempre.

Deseo de Salvación

—¡¡No!!

Jacques no podía creer lo que sus ojos le mostraban.

Conocía a Eva, luchó a su lado en innumerables ocasiones. Era más que diestra con sus espadas. Ella jamás dejaría su corazón desprotegido de esa manera.

Nunca.

No.

—¡¡Eva!! —Volvió a gritar y apenas pudo reconocer el sonido de su propia voz. Demasiado dolor, demasiado miedo, demasiadas emociones a las que no podía ni quería ponerles nombre.

No podía perderla.

No a Eva.

No ahora que acababa de encontrarla.

Sus pies se movieron y corrió hacia el patio.

En esa ocasión nadie intentó detenerle. El silencio sepulcral que se instaló entre sus hermanos solo fue interrumpido por el grito desgarrador del siervo al morir.

Ninguno de ellos le prestó la menor atención, mientras sus restos se desmoronaban en un charco negro y viscoso que fue rápidamente absorbido por el suelo.

Todos ellos estaban centrados en la imagen de Eva, cayendo al suelo desmadejada, como una muñeca rota, empapada en sangre.

Jacques frenó su carrera en un derrape, cayendo junto al cuerpo inerte.

—No. No. No. ¡No! —balbuceó una y otra vez mientras se esforzaba en controlar la sangre que manaba de sus heridas—. No puedes morirte, Eva. ¿¡Me oyes!? No puedes dejarme. Ni ahora ni nunca.

Los siglos que llevaba ejerciendo la medicina entraron en acción de inmediato, se deshizo de su camisa y la usó para presionar sus heridas y frenar la hemorragia. Colocó dos dedos en su cuello buscando el pulso y podría jurar que su respiración se detuvo unos instantes.

Ahí.

Débil.

Tanto como el aleteo de una mariposa.

Pero ahí estaba.

—Vamos, cariño, aguanta. Aún tengo que arrastrarme ante ti por lo de Beth.

Otro par de manos apareció de la nada y presionaron un pedazo de tela contra el hombro herido.

—¿Podemos moverla? —preguntó Rodrigo que también se había deshecho de su camisa y apretaba con fuerza alrededor de la espada que aún permanecía incrustada en su hermana.

Jacques lo miró aturdido unos segundos. Los ojos del español brillaban con lágrimas contenidas, pero en ellos también había una resolución y una fuerza inquebrantable.

—Dime qué necesitas, Jacques. Lo que sea, lo tendrás —añadió con decisión.

—Necesito comprobar los daños internos. Tal vez haya que intervenirla —su voz temblaba. Estaba hablando de Eva, por Dios. No podía perderla. Dudó unos segundos.

—¿No se está curando? —La voz de Prax hizo que levantara la vista para encontrarse con

todos sus hermanos rodeándolos. Sus miradas planas, músculos palpitantes en sus barbillas, labios fruncidos...

Guillaume abrazaba a una Aby que se deshacía en lágrimas, pero no apartó la mirada de Jacques.

—No sé si nuestra curación más rápida será bastante. Son demasiadas heridas. Demasiada...

—Sangre —gruñó Hugo—. Os lo dije. Una mujer no debería luchar. Pero no me hicisteis caso y aquí tenéis el resultado.

—Hermano... —murmuró Guido.

—¡No! ¡Os avisé! —exclamó—. Os dije que ella debía mantenerse al margen, os advertí de lo que pasaría...

—¡Ya basta, Hugo! —replicó Rodrigo—. ¿Podemos moverla o no, Jacques? —insistió devolviendo su atención al médico.

—Creo que sí, pero... No podemos llevarla a un hospital.

—No será necesario. Bastará con que la llevemos al sótano.

—¿Al sótano? —inquirió incrédulo.

—Digamos que, después de nuestro encuentro con Venganza y de oír las quejas de Martha por tener que limpiar un montón de sangre del salón, pensé que tal vez nos vendría bien tener un lugar en el que atender nuestras heridas aquí, en la mansión. —Rodrigo hizo uso de sus poderes y, de repente, una camilla metálica se materializó junto a Eva—. Pongámosla aquí.

Ver a Rodrigo usar sus capacidades fue como un puñetazo en el estómago para Jacques. ¿Cómo podía haberse olvidado de su telequinesis?

—Apartaos —ordenó.

Concentrándose en el cuerpo inerte de Eva utilizó sus poderes para levantarla al tiempo que mantenía presionadas sus heridas.

—Céntrate en controlar la hemorragia, yo me encargo de la camilla —dijo Rodrigo.

Se movieron como uno.

La camilla flotaba guiada por la capacidad de Rodrigo para mover el metal, mientras los demás la seguían en fila, cabizbajos y preocupados, hasta el sótano de la mansión.



Parpadeó. La luz era demasiado intensa. Demasiado fuerte.

¿Dónde demonios estaba?

Intentó moverse, pero sus músculos no le respondían. Intentó abrir los ojos de nuevo.

Imposible. Era como mirar fijamente al sol. Dolía.

Se centró en respirar y analizar su cuerpo.

No había dolor. No sentía frío ni calor. No notaba suelo bajo sus pies, ni nada en su espalda.

Era como si estuviese flotando en aquella luz cegadora.

¿Qué había pasado?

Beth.

Marguerite.

El siervo.

Dolor.

Sangre.

El grito de Jacques.

Los recuerdos volvieron a ella de golpe y, de haber podido, se habría estremecido.

Estaba muerta.

—No deberías estar aquí. —Reconoció la voz, clara, pura y cálida al instante. Luz. Intentó responder, pero solo consiguió pronunciar algo parecido a un graznido—. *Usa tu mente. Los muertos no hablan, ¿sabes?* —Esta vez sonó igual que Guillaume cuando hablaba con ellos telepáticamente.

Muerta. Cierto.

Tragó saliva mentalmente, o imaginó que lo hacía, porque los muertos tampoco tenían saliva para tragar.

—¿Dónde estoy? ¿Esto es el cielo? —Una pregunta tonta, quizás, pero necesaria.

—*El cielo es un concepto extraño en sí mismo. No hay solo uno y tampoco existen en un lugar concreto. Pero no estamos aquí para hablar de metafísica, Eva.* —Lo último lo pronunció en tono de disgusto y se sintió como una cría regañada por su maestra.

—*Perdón* —murmuró—. *¿Estoy muerta?* —Tal vez era mejor empezar por lo básico.

—*Aún no.*

—*Pero moriré.* —**Y esa vez no era una pregunta.**

—*Como todos. Pero no será hoy.* —Esa voz era más oscura, más densa, peligrosa. Oscuridad.

—¿Entonces?

—*Digamos que nos es más fácil comunicarnos con vosotros cuando estáis al borde de la muerte y tenemos un mensaje importante que daros.*

—*Qué suerte la mía* —farfulló con ironía.

—*¡No seas insolente, niña!* —Sintió la voz de Oscuridad retumbando en sus huesos. Cosa curiosa dado que no sentía sus huesos.

—*Perdón. ¿Cuál es el mensaje?* —respondió seria. Lo último que quería era cabrear a aquellos dos, pero podía decirse que no había tenido un buen día. En absoluto.

—*El tiempo se acaba. El fin se acerca...* —dijo Luz.

—*Eso ya nos lo habíais dicho...* —comenzó a hablar pero se tragó sus palabras. Un frío helador la cubrió y supo que Oscuridad no estaba de humor para tonterías—. *Perdón* —se disculpó de nuevo.

—*Desde la última vez que nos vimos los acontecimientos se han precipitado. Odio es cada vez más fuerte y pronto tendrá un cuerpo que controlar.* —Genial. El odio más puro en carne y hueso. Estaba deseando conocerlo.

—Eva, no te vayas, quédate conmigo. ¡Lucha, joder! —La voz de Jacques se coló en la conversación como cuando hay interferencias entre las emisoras de radio, y Eva luchó contra las ganas de llorar.

—*Nos quedamos sin tiempo. Recuerda: el enemigo más peligroso es el que no sabes que lo*

es.

¿Qué demonios significaba eso? Quería preguntarlo, pero sintió un fuerte tirón y, de repente, la paz y la sensación de estar flotando en la nada desaparecieron; dejando tras de sí confusión y dolor. Mucho dolor.

Deseo de Redención

Un fuerte pitido resonó en sus oídos y todo el dolor que sintió al ser atravesada por dos espadas regresó de golpe. Quería llorar o vomitar. Tal vez las dos cosas a la vez.

—¡Eva, por fin! —Rodrigo sonaba aliviado al pronunciar las palabras.

Abrió los ojos con esfuerzo y, aunque la luz sobre ella también era intensa, no era comparable a la de dondequiera que hubiera estado. Intentó sonreír a su hermano para tranquilizarlo, pero le dolían todos los músculos, incluso los de la cara; así que, más que una sonrisa, lo que consiguió fue una mueca de dolor.

—¿Dónde...? —Su voz sonaba rasposa y notaba la garganta seca. Tragó saliva y Rodrigo aprovechó para interrumpirla.

—Tranquila, no te esfuerces...

—Bienvenida de nuevo, Bella Durmiente. ¿No pretenderías echarte otra siestecita de varios siglos, verdad? —Chloé entró en la habitación con una sonrisa enorme, pero Eva podía percibir las ojeras y las arrugas de preocupación en su rostro a pesar de sus bromas.

—Acaba de despertarse. —Rodrigo murmuró las palabras cerca del oído de Chloé y ella cabeceó en asentimiento.

—Déjame echarte un vistazo, Eva —dijo su amiga poniéndole una linterna cerca de los ojos—. Tus heridas están completamente cicatrizadas y tus signos vitales fuertes y estables. Nos has dado un buen susto, chica. —Chloé pretendió que aquello sonara como una broma, pero no pudo evitar que el temblor cubriera cada palabra.

—Estoy bien —susurró Eva con voz ronca—. No teníais de qué preocuparos.

—Has estado en coma, Eva. Dos semanas —replicó Rodrigo serio.

—¿Dos semanas? —preguntó incrédula.

¿Cómo era eso posible? Para ella apenas habían pasado unos minutos. Claro que, teniendo en cuenta que estuvo durmiendo durante más de siete siglos sin siquiera notarlo, dos semanas tampoco debían parecer tanto.

—¿Lo maté? —Sus dos acompañantes la miraron sin comprender—. El siervo. ¿Está muerto?

—Sí, hermanita, acabaste con él. —Rodrigo la miró orgulloso, antes de cambiar a un gesto más serio—. Aunque te agradecería que, la próxima vez, no te arriesgases tanto —admitió acariciando su pelo con cariño.

—Era la única forma. —Eva comenzó a incorporarse mientras hablaba. Se sentía como si, al saber que llevaba dos semanas en cama, los dolores y molestias hubiesen desaparecido de golpe—. Los siervos tienen una especie de centro de poder, algo que parpadea en rojo en su pecho.

—No me digas que funcionan a pilas y tienen un LED para la batería —replicó Chloé intentando detenerla—. Estate quieta, aún no he terminado de revisarte.

—Estoy bien, de verdad. Luz me dijo que aún no voy a morir.

—¿Luz? —preguntaron al unísono.

—Sí. Luz y Oscuridad. Han hablado conmigo. ¿Dónde está Guillaume? ¿Y los demás? Tengo mucho que contaros.

—Voy a buscarlos —respondió Rodrigo dirigiéndose a la puerta—. Pero, mientras tanto, haz caso al médico y no te muevas de la cama hasta que termine de revisarte.

—¿Dónde está Jacques? —inquirió buscándolo en la habitación, suponiendo que era a él a quien se refería Rodrigo.

—Está... ocupado —escupió Chloé haciéndolo sonar casi como un insulto—. Así que te toca hacerme caso a mí. Túmbate y déjame terminar de revisarte por favor.

Eva hizo lo que le decía de forma automática, mientras sentía cómo una sensación de abandono la inundaba. ¿Qué podía ser tan importante para que Jacques no estuviera allí? Una idea punzó en su mente.

Tal vez era ella quien no le importaba lo suficiente.

Dejó que Chloé hablara mientras la revisaba, bromeando y haciendo comentarios sobre sus hermanos, limitándose a responder con monosílabos y poco más. Un dolor muy diferente al que sintió cuando la atravesaron las espadas llenó su pecho.

Jacques estaba ocupado.

Su ausencia de repente comenzó a pesarle tanto como una losa de cien kilos colocada justo sobre sus pulmones impidiéndole respirar.

A Jacques no le importaba si vivía o moría.

Aspiró una profunda bocanada de aire, ante la mirada perpleja de Chloé, en un intento de forzar a sus pulmones a respirar.

—Eva, ¿qué pasa? Tus pulsaciones están por las nubes.

La puerta se abrió dejándole ver a Guillaume y el resto de sus hermanos. Todos menos Jacques.

Se tragó sus lágrimas. No lloraría. Había cumplido con su deber, eliminó a un enemigo poniendo en riesgo su vida. Si Jacques no la perdonaba por eso era problema suyo. Si ese hombre estúpido no era capaz de ver que su prometida en realidad no era más que un monstruo, un espía a las órdenes de Odio, tal vez no fuera la persona que ella había creído que era y estaba mejor fuera de su vida.

—Eva, ¿cómo te encuentras?

La expresión de Guillaume mostraba una mezcla de alivio y preocupación y no pudo evitar sonreír. Aby tenía suerte.

—Como si me hubieran atravesado con dos espadas —sonrió intentando calmarlo—. Estoy bien, Chloé está terminando de comprobarlo.

—No debiste arriesgarte tanto —farfulló Guido desde la puerta—. Creímos que...

—No deberías haberte enfrentado a esa cosa en primer lugar —espetó Hugo—. Tu lugar no está en el campo de batalla.

—Claro que no, hermano —Rodrigo le golpeó en la espalda con fuerza—. Hablaré con Martha, seguro que está encantada de tener un par de manos más en la cocina. —Negó antes de murmurar—: Estoy deseando ver cómo Eva te patea el culo si intentas alejarla de la lucha.

—Bueno, pues creo que ya está —interrumpió Chloé—. Me alegra decirte que estás en perfecto estado—. Eva comenzó a levantarse y su amiga la paró poniendo una mano en su pecho—. Pero te agradecería que fueras con cuidado y te lo tomases con calma.

—¿Nada de ser atravesada por espadas en los próximos días? —bromeó y el gruñido de Hugo resonó contra las paredes, lo que hizo que mordiera una carcajada cómplice con la vista fija en Rodrigo.

—No bromees, Eva. Nos has dado un buen susto —zanjó Guillaume serio.

—Estoy bien, de verdad. Pero tenemos que hablar de algo importante; he visto a Luz y Oscuridad.

—¿Qué te parece si te duchas y te pones cómoda y nos vemos después en el salón? —propuso Rodrigo—. Estoy seguro de que tienes un culo precioso, pero no creo que quieras enseñárnoslo con ese camisón abierto en la espalda.

Eva se echó la mano atrás y comprobó que, efectivamente, tenía una apertura.

—¡Mierda! —escupió sonrojándose y haciendo que sus hermanos se rieran a carcajadas mientras salían de la habitación.



Jacques sintió la vibración de su móvil en el bolsillo de su bata. En la pantalla parpadeaba la notificación de un mensaje nuevo de Rodrigo. Solo dos palabras «ha despertado». Aferró el móvil con fuerza antes de volver a guardarlo y continuar con el informe que estaba revisando.

Últimamente pasaba todo el tiempo posible en la clínica de su amigo. Trabajar se había convertido en la única manera de liberar su frustración. Mientras lo hacía, cuando estaba concentrado revisando pruebas o viendo a pacientes, era el único momento en que conseguía que la imagen de Eva siendo atravesada por dos espadas desapareciera de su mente.

Ni siquiera era capaz de conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos la escena se repetía ante él a cámara lenta. El miedo. No, miedo no. Terror. El más puro y absoluto pánico se apoderó de él en ese instante. Y la impotencia...

En sus pesadillas veía gotear lentamente la sangre hasta formar charcos en el suelo, mientras permanecía inmóvil, impasible, incapaz de mover un solo dedo. Petrificado. Como si la maldición que sufrieron sus hermanos años atrás hubiera recaído sobre él transformándolo en una estatua.

Apretó los puños con fuerza.

Cuando por fin pudo reaccionar y comprobó que aún estaba viva el alivio fue tal que sintió que sus piernas le fallaban. Agradeció descubrir que Rodrigo se había preocupado por montar una enfermería, que más bien parecía un pequeño hospital, con todo lo necesario para estabilizarla.

Durante dos días presenció cómo se debatía entre la vida y la muerte, sin saber por cuál de ellas se decantaría. Al tercero por fin se estabilizó y por primera vez en lo que parecía una eternidad consiguió llenar sus pulmones de oxígeno. Permaneció allí, observándola, esperando que despertara y, mientras lo hacía, con las imágenes del instante en que casi se sacrificó frente a él grabadas en su mente, todo ese miedo se transformó en furia.

¿Por qué demonios se había arriesgado tanto? Conocía de sobra las habilidades de Eva con sus espadas y, por más vueltas que le daba, no comprendía por qué permitió que esa cosa se acercara a ella lo suficiente para clavarle, no una de sus armas, sino las dos. ¿Es que acaso no le importaba su vida? ¿Le daba igual morir?

Respiró.

«Ha despertado».

Dejó que las palabras calaran en su mente.

Eva estaba viva y bien. No podía decir lo mismo de su exprometida.

Beth estaba muerta.

Por primera vez cayó en la cuenta de que Eva no solo había matado a un siervo. Ni siquiera había pensado en ello, demasiado cabreado primero y enfadado después, como para preocuparse por el hecho de que la persona con la que había mantenido algo parecido a una relación no era quien decía ser.

De hecho, ni siquiera era humana.

Esperó sentir algo; pena, lástima, remordimientos... —lo que fuera—, por la muerte de Beth, pero no sucedió.

Ella se había ido para siempre y Eva estaba bien.

Una parte de él se moría por ir a verla, estrecharla en sus brazos y sentir el latido de su corazón confirmándole que seguía viva. Pero otra estaba tan enfadado con ella... Había pasado tanto miedo de perderla...

El móvil volvió a vibrar en su bolsillo, pero en esa ocasión era una llamada. Lo sacó y vio el nombre de Rodrigo parpadeando en la pantalla, resopló antes de rechazarlo. Sabía lo que su hermano le diría, pero no tenía ninguna gana de escucharlo. Acababa de guardarlo cuando comenzó a vibrar una vez más.

—Dime —respondió tensándose.

—Tienes que venir a la mansión.

—Rodrigo, Eva está en buenas manos y yo aún no estoy preparado para...

—Déjate de tonterías, Jacques. Aunque no lo creas, el mundo no gira en torno a Eva y a ti, ni alrededor de esa mala telenovela que parece haberte montado en tu cabeza. Hay una guerra en marcha, por eso estamos aquí, ¿recuerdas? Y nuestra hermana ha estado con Luz y Oscuridad. Así que mueve tu culo hasta aquí y deja de comportarte como un niño malcriado.

Rodrigo desconectó la llamada después de decirle eso y Jacques se quedó perplejo, mirando la pantalla del móvil con incredulidad.

Después de todo, parecía que tendría que enfrentarse a Eva antes de lo esperado.



Tenía que admitir que la ducha le había sentado bien, aunque se la hubiese dado en el pequeño aseo adjunto a la habitación en la que despertó. Chloé le bajó algo de ropa de su armario y la sensación de la tela limpia contra su piel, junto al hecho de saber que su trasero ya no estaba al aire, le hicieron sentir como nueva.

Subió al salón a encontrarse con sus hermanos sin poder evitar sentirse algo insegura. No

quería pensar en si Jacques estaría allí o no. Realmente no sabía que le causaba más temor si la posibilidad de verlo o comprobar que de hecho no tenía el menor interés en verla.

Cogió aire antes de entrar en la sala donde sus hermanos la esperaban e, incluso inconscientemente, no pudo evitar recorrerlos con la mirada en busca de Jacques. Pero no estaba allí. Forzó a retroceder a las lágrimas que amenazaban con derramarse de sus ojos. Tenían cosas más importantes de las que preocuparse en ese momento que de su corazón roto.

Saludó de nuevo a sus hermanos que la recibieron entre abrazos y bromas. Al menos la mayoría, Hugo seguía mirándola con preocupación y molestia, no obstante, era algo que él tendría que superar, porque ella no pensaba dejar de ser lo que era; una guerrera.

—Menudo susto nos has dado, hermanita —farfulló Prax que, aunque parecía incómodo, no dudó en abrazarla.

Una parte de Eva se extrañó ante el raro gesto de su hermano, pero en su mayoría se sintió querida, apreciada, valorada. Sabía lo poco dado que era Prax a expresar sus sentimientos ya fuera con palabras o acciones y lamentó haber hecho que se preocupara hasta el punto de dejar atrás su dureza y estrecharla entre sus brazos.

—Estoy bien, grandullón —susurró con la cabeza enterrada en su pecho.

Ante la escena demasiado edulcorada, Bart se dejó caer en el sofá con gesto de hastío y colocó una de sus piernas sobre el reposabrazos, ganándose una mirada reprobadora por parte de Martha que acababa de llegar con bebidas para todos. El templario, al verla, se apresuró a sentarse bien.

Philippe, al percatarse de la reacción de su hermano, no pudo evitar sonreír.

—Vaya, parece que después de todo sí hay algo que temes, Bart —murmuró con sorna.

—¿Y qué es eso tan importante que tenías que contarnos? —preguntó el aludido ignorando a su hermano y centrando en él la atención de los presentes, antes de que todos se volvieran hacia Eva.

—¿No esperamos a los demás? —inquirió nerviosa—. Aby, Chloé y... Jacques.

—Estamos aquí —dijo Chloé bajando las escaleras—. Perdón por el retraso.

—No sé cómo alguien incapaz de seguir una sencilla orden y estar a su hora en una reunión puede servirnos de ayuda en esta guerra —farfulló Bart.

Chloé lo miró con odio y enderezó su postura, no pensaba dejarse intimidar por él.

—Imagino que, para alguien como tú que lo arregla todo con fuerza bruta, la inteligencia está sobrevalorada —replicó.

—¡Niños! —murmuró Guillaume exasperado. Esos dos no podían estar en la misma habitación sin lanzarse pullas constantemente. Se volvió hacia Eva antes de continuar—: Cuéntanos, ¿qué te han dicho Luz y Oscuridad? ¿Y cómo es que los has visto?

—Pues...

Justo cuando iba a empezar a hablar un portazo tronó contra las paredes de la sala y todos se giraron en la dirección del sonido.

—Perdón por el retraso —se disculpó Jacques entrando en la sala.

Eva lo miró sin poder controlar su ansiedad, buscando su mirada, un gesto, cualquier cosa, pero él simplemente la ignoró y siguió su camino hasta tomar asiento en una de las butacas, lo más alejado posible de ella.

¿Así iba a ser siempre? ¿Es que ni siquiera iba a mirarla para asegurarse de que estaba bien? ¿Acaso le importaba? No. Desde su punto de vista, todo parecía apuntar hacia esa respuesta. Al menos si la odiase sabría que inspiraba en él algún tipo de sentimiento, pero al parecer ni siquiera

conseguiría eso. Sintió hundirse sus hombros y se obligó a sí misma a recuperar su pose erguida. Ya tendría tiempo para lamentarse, ahora tenían asuntos más importantes que tratar.

—Creo que será mejor que empiece por el principio, no sé cuánto de mi enfrentamiento con... el siervo llegasteis a escuchar.

Su mirada se desvió hacia Jacques sin que pudiera evitarlo. Él podía estar enfadado con ella por haber matado a su prometida, pero tenía que hacerle comprender que, quisiera creerlo o no, el ser al que asesinó no era más que un esbirro de Odio.

—Hodie nos explicó un poco sobre ellos. Al parecer son una especie de mente colmena en la que cohabitan todos los siervos pasados y presentes. Pueden ver y saber todo lo que cualquiera de ellos ha visto y sabido a lo largo del tiempo —la interrumpió Guido, dándole unos segundos para recuperarse que ella agradeció con un cabeceo.

—Así es. Al parecer nos han estado vigilando desde siempre. El siervo al que maté, aunque al principio tenía el rostro de la prometida de Jacques —recalcó su relación intencionadamente. Si Jacques quería ignorarla allá él, pero no sería ella quien cargara con todas las culpas de lo que había pasado—, cuando empezamos a pelear se transformó en alguien a quien ya conocía: mi madrastra; la mujer que se casó con mi padre y la responsable de que yo huyera de su casa y me uniera a La Orden.

—Supongo que no debió ser un encuentro agradable. —Rodrigo la miró a los ojos mientras hablaba. No había rastro de burla o broma en su voz, al contrario, todo lo que encontró en su mirada era el más profundo entendimiento.

—No lo fue —admitió con una sonrisa triste—, pero eso no es lo importante. Mientras luchábamos descubrí que los siervos tienen una capacidad parecida a la mía; pueden desaparecer y reaparecer a su antojo.

—Hablando de capacidades —interrumpió Jacques en tono seco—. ¿Por qué no usaste tu poder? Tú también puedes teletransportarte, ¿por qué no lo hiciste?

Sus ojos se encontraron por primera vez y todo lo que encontró en los del hombre al que amaba fue ira. Profunda, oscura e intensa. Eva tragó saliva y obligó a retroceder al nudo que se formó en su garganta y amenazaba con asfixiarla. Hizo lo que tenía que hacer y ni Jacques ni nadie la convencerían de lo contrario.

—No podía hacerlo —respondió con un hilo de voz. Carraspeó antes de continuar—: Es algo de lo que me di cuenta mientras nos enfrentábamos, a pesar de que podía herirlo, sus heridas se curaban casi instantáneamente, mientras las mías no dejaban de sangrar. Me percaté de que, justo en el centro de su pecho, parpadeaba una luz roja antes de que me atacase y supe que era ahí donde debía golpearle. Pero tenía que ser mientras arremetía contra mí, por eso me acerqué tanto... —Sus últimas palabras fueron apenas un susurro—. Siento mucho haberos asustado, de verdad, pero era la única forma de acabar con el siervo.

—¡Suposiciones! —exclamó Jacques—. ¡No tenías ninguna certeza de que fuera a funcionar! ¡Arriesgaste tu vida por una maldita suposición! ¿Y si no hubiera funcionado? ¿Y si hubiera acabado con tu vida? ¿Pensaste al menos en eso? ¿En lo que sentiríamos al verte morir? ¿En lo que yo sentiría al verte morir?

—Jacques...

—Déjalo. Conseguiste lo que querías, mataste al siervo, que parece ser lo único que te importaba —zanjó girándose para volver a salir.

—¡Jacques! —gritó Guillaume—. Aún tenemos cosas que hablar, necesitamos saber lo que Luz y Oscuridad le han dicho a Eva.

—Ya me lo contarás, tengo trabajo que hacer.

Salió y cerró la puerta tras de sí con otro portazo, sin siquiera mirar atrás.

Eva sintió que su corazón se rompía al verlo marchar. Intentó ponerse en su lugar, siendo ella la que observaba mientras Jacques se arriesgaba y era atravesado por dos espadas, sin comprender el motivo. Miedo, pánico y una profunda tristeza se apoderaron de ella. Lo entendía. Entendía el terror que debió suponer para él verla caer, desmadejada y bañada en sangre, sin saber si estaba viva o muerta, si sobreviviría...

Tanto dolor...

Pero estaba viva y seguían teniendo una oportunidad. Ambos eran soldados, guerreros en una batalla mística, y podían morir en cualquier momento. No sabían cuándo aparecería Odio ni de dónde vendría el siguiente ataque. Lo único que tenían era el presente, y la ira de Jacques hacia ella era la causa de que lo estuvieran desperdiciando.

Guillaume carraspeó llamando su atención y haciendo que apartara la mirada de la puerta volviéndola hacia él. La expresión en sus ojos y la pequeña sonrisa triste que asomó en sus labios la hicieron sentirse comprendida, le devolvió el gesto y se giró hacia el resto de sus hermanos.

—Perdón. —Se enderezó y continuó hablando—: Cuando perdí la consciencia desperté en un lugar muy brillante. No sentía nada, ni siquiera mi propio cuerpo, era muy extraño... Fue allí donde los vi. Primero a Luz, que me dijo que aún no había llegado mi hora, luego llegó Oscuridad. Al parecer les es más fácil comunicarse con nosotros cuando estamos al borde de la muerte.

—¿Qué te dijeron? —preguntó Prax inclinándose hacia el frente con interés, apoyando los codos en sus rodillas.

—Que el fin se acerca, que el tiempo se acaba...

—¡Menuda novedad! —se mofó Rodrigo.

—Sí, eso mismo les dije yo. Pero... había algo más. Al parecer desde la última vez que nos vimos se han precipitado los acontecimientos, Odio es cada vez más fuerte y pronto tendrá un cuerpo que controlar.

—¿Un cuerpo? ¿Qué significa eso? —inquirió Philippe.

—Supongo que será como con Venganza. Debe haber encontrado a alguien dispuesto a entregarle su cuerpo para hacerse corpóreo —murmuró Guillaume.

—Pero eso es bueno, ¿no? —intervino Hugo—. Si tiene cuerpo podemos matarlo. Es más fácil enfrentarse a él que siendo un fantasma.

—No sabemos cómo funciona —replicó Guido—. Personalmente, la parte de que se está haciendo más poderoso no me parece tranquilizadora en absoluto.

—Era algo que tenía que pasar —dijo Prax sin mostrar un ápice de inquietud por las noticias—. El problema no es que consiga un cuerpo, es que no sabemos cuál será. Podría ser cualquier persona, incluso uno de nosotros.

Las miradas de todos se cruzaron, recorriéndose los unos a los otros, cargadas de dudas y desconfianza.

—¡Basta! No podemos pensar así —zanjó Guillaume—. Si empezamos a desconfiar unos de otros ya habremos perdido.

—Guillaume tiene razón —intervino Aby—. Somos familia y estoy segura de que ninguno de nosotros traicionaría a los demás. Ya no solo por la guerra que se avecina, sino por el amor que os tenéis, que nos tenemos.

Todos asintieron ante su alegato, aunque Eva no estaba tan segura de que lo que había dicho

su amiga fuera del todo cierto. Se concentró en Guillaume e intentó comunicarse con él mentalmente.

—*Guillaume, me dijeron algo más...*

Los ojos de su hermano se volvieron hacia ella anclándola a su mirada.

—*¿Qué te dijeron?*

—*El enemigo más peligroso es el que no sabes que lo es.*

Deseo Concedido

—Entonces, ¿ya está todo? —preguntó Eva mirando a Chloé con los ojos muy abiertos.

—Eso parece, pequeña *padawan*. —Eva resopló dejándose caer contra el respaldo de la silla—. Creo que la próxima vez te lo pensarás mejor antes de ofrecerte a organizar una fiesta de compromiso. ¿Me equivoco?

Ambas rieron con ganas.

—No, no te equivocas. La verdad es que no pensé que llevara tanto trabajo; invitaciones, catering, música, decoración... Eso sin contar con manejar los nervios de la pareja. Como Aby haga otro cambio de última hora juro que la mato —resopló divertida.

—Y viniendo de ti esa no es una amenaza para tomarse a la ligera —replicó Chloé mirándola con seriedad—. ¿Qué tal lo llevas? ¿Cómo van las cosas con Jacques?

—No van. Así de simple.

—¿Aún sigue enfadado?

—Si te soy sincera, no lo sé. Apenas hemos coincidido en la mansión y las pocas veces que ha sido así ni siquiera me ha mirado. Supongo que sí, sigue enfadado. Y te aseguro que lo entiendo, Chloé, si la situación hubiese sido al revés y me hubiese tocado a mí verlo casi sacrificarse no sé... No sé lo que habría hecho. Pero es lo que somos, guerreros, y a lo que nos enfrentamos cada día. Tiene que aceptarme como soy, Chloé, entender que esta es nuestra vida y por eso tenemos que aprovecharla mientras la tengamos, en lugar de enfadarnos.

—Lo sé, cielo, lo sé —murmuró palmeando su rodilla—. Pero los hombres son unos cabezotas en general, y los del siglo XIII en concreto parecen haber convertido la cabezonería en un arte.

—¿Crees que lo he perdido para siempre? —Era lo que más temía y por primera vez se atrevió a decirlo en voz alta.

—Si casi ocho siglos de distancia no han podido separaros, dudo mucho que esto lo haga. Aunque tal vez necesite un buen golpe en la cabeza, a ver si así entra en razón.

—No creo que golpearle me haga ganar puntos precisamente.

—¿Y si le golpeo yo? —bromeó subiendo y bajando las cejas.

Ambas rieron y la ansiedad y el miedo que oprimían el pecho de Eva se relajaron un poco.

—Si lo he entendido bien, por lo que os dijo su, gracias a ti, difunta exprometida cualquier persona de vuestro pasado puede ser un enemigo en potencia —dijo cambiando de tema.

El rostro de Eva tomó un gesto de desagrado.

—Eso parece, aunque es algo en lo que prefiero no pensar, la verdad.

—Buenas tardes, señoritas. —La voz de Paul resonó desde la puerta de la sala de descanso, donde Chloé y Eva tomaban té.

—Buenas tardes, jefe. Aún no me has confirmado tu asistencia.

—¿Mi asistencia? ¿A qué?

—La fiesta de compromiso de Aby, ¿recuerdas? Dejé la invitación en tu mesa la semana pasada.

—¿Aby se casa? —Paul sintió la sangre arder en sus venas y la voz en su cabeza gritó aún

más fuerte.

—Sí. Parece ser que nuestra chica está estúpidamente enamorada y ha decidido comprometerse con un solo hombre para el resto de su vida. Si me preguntas a mí no es algo que entienda, menos aún con la cantidad de tipos *buenorros* que hay disponibles, pero Aby siempre ha sido una romántica empedernida. Vendrás, ¿no?

—Sí, sí... claro —farfulló entre dientes, aturdido por la noticia y la presión en su mente—. Disculpadme, tengo que irme.

Sin más salió de la sala de descanso y se fue directo a su despacho. Cerró la puerta con llave y revolvió con rabia entre los papeles sobre su mesa, en busca de la maldita invitación.



Guillaume de Blois. Así que, después de todo, Aby no se casaba con el medicucho tal y como había pensado. Se preguntó si su prometido sabría de la estrecha relación que mantenían ambos, quizás alguien debería decírselo.

«Idiota», la voz en su cabeza retumbó. «Medicucho o no, el caso es que Aby se casará con otro. Da igual lo que hagas o lo que digas, nunca serás suficiente, nunca se fijará en ti. Para ella no eres más que un compañero de trabajo, peor aún, su jefe. Alguien con quien tiene que

comportarse para conservar su empleo. ¿Acaso crees que le importas? ¿Que en algún momento se ha dado cuenta de todo lo que has hecho por ella? ¿Crees que lo valora? Ni siquiera te ve como un hombre».

—Cállate —escupió al espejo frente a él.

«Puedes mandarme a callar todo lo que quieras, pero sabes que tengo razón. Solo tienes que decir que sí, Paul, y podrás hacer que pague. Ella y cualquiera que alguna vez te haya despreciado. Di que sí y todos se arrepentirán de no haberte dado el lugar que te corresponde. Todos los que alguna vez te miraron con desprecio, los que no valoraron tus aptitudes, tus capacidades. Todos los que alguna vez se rieron de ti, los que te hicieron daño, los que te vilipendiaron a tu espalda. Todas esas mujeres que jamás se interesaron en ti más que por el apellido de tu familia y su riqueza, los que te utilizaron, jugando con tus sentimientos. Aby solo es un nombre más de una larga lista y lo sabes. Tienes el corazón repleto de mí, ya me perteneces. Solo di que sí, seremos uno y el mundo será nuestro».

Los ojos de Paul se clavaron en el espejo. Ni siquiera reconocía su propio rostro, marcado por las ojeras y el cansancio. En las últimas semanas apenas había logrado dormir y, cuando lo hacía, todo lo que ocupaba su mente eran recuerdos. Recuerdos de todas esas personas que hicieron de su vida un infierno.

Cada mañana, al levantarse, podía sentir su sangre arder. La ira, las ganas de destrozarlo todo, de acabar con cualquiera que se interpusiese en su camino. Siempre había alguien que le arrebatava lo que le pertenecía por derecho.

Pero ya no más.

—Sí.

La palabra salió con facilidad de sus labios. No estaba loco, no oía voces. Solo era uno el que le hablaba, su señor, el que por fin le daría el lugar que siempre se había merecido.

Un grito siguió a su asentimiento y, aunque no pudo reconocer su propia voz, sabía que había salido de su garganta. En el espejo, sus ojos se volvieron completamente negros. Dos pozos profundos de oscuridad, densa como el alquitrán, dispuesta a tragárselo entero.

Y lo hizo.



—¿Paul? ¿Te encuentras bien? —Chloé regresaba después de acompañar a Eva a la salida que, tratándose de ella, no era otra que el baño. Desde allí se había trasladado a la mansión sin llamar la atención.

—Eh... Sí, claro. Nunca he estado mejor. —Una media sonrisa se dibujó en los labios de su jefe y por primera vez entendió a lo que se refería Aby cuando le decía que Paul a veces le daba escalofríos—. ¿Alguna vez te he dicho que eres preciosa, Chloé?

—¿Perdón? —replicó incrédula, sobresaltándose por sus palabras. No entendía a qué venía ese comentario. Se había sentido atraída por él durante años, pero siempre creyó que su interés estaba en Aby.

—Eres una mujer preciosa. Trabajadora, atractiva, con carácter... poderosa.

Por algún motivo, esa última palabra le causó un escalofrío. Chloé lo miró extrañada.

—No entiendo qué quieres decir.

—Me preguntaba por qué nunca hemos salido juntos. No estás con nadie, ¿verdad?

—Yo... —La imagen de Bart pasó por su mente durante una fracción de segundo—. No, no lo estoy.

—Desde luego, no sé qué les pasa a los hombres de hoy en día. No entiendo cómo pueden dejar pasar a una mujer como tú.

—Ya, yo tampoco. Supongo que soy demasiado mujer para algunos —respondió poniendo su mejor sonrisa pícara. Sí, tal vez Paul sería una buena opción para olvidar a Bart. Más aún, quizás...—. Podríamos ir juntos a la fiesta de compromiso de Aby —ofreció, estirando la espalda en un gesto despreocupado que hizo más pronunciado su escote—. Si no tienes otro plan, quiero decir.

—Sería perfecto y todo un honor acompañarte a esa fiesta. Te recogeré a las seis, ¿te parece bien?

—Genial. Nos vemos el sábado, Paul.

—Lo estoy deseando.

Sus ojos centellearon, brillando, pero Chloé ya se había dado la vuelta y caminaba hacia la puerta de su despacho, por lo que no pudo verlo. Al igual que no vio la sonrisa sádica en su cara.

Deseo de Recuperar

Regresó a su despacho y observó la ciudad a través de la gran ventana que dominaba la pared frontal. La noche comenzaba a caer sobre Londres y la oscuridad pronto cubriría cada edificio, cada calle.

No era como la que una vez había inundado el mundo, la que él y sus hermanos trataron de llevar hasta el último rincón de la Tierra... Y lo habrían logrado si su general no hubiera sido tan débil.

Pero ahora era él el hombre al mando y había tenido milenios para preparar su victoria. Las piezas estaban en el tablero, cada una ocupando su lugar asignado. Si bien era cierto que tal vez las cosas no fueran tan sencillas como previó en su momento.

El pelele que ahora vestía había sido más difícil de convencer de lo que en un principio creyó. Se resistió lo bastante como para obligarle a compartir su mente durante algunas semanas, retrasando sus planes. Afortunadamente, ahora tenía el control.

Estiró el cuello y sus brazos hasta hacerlos crujir. Aunque su nuevo traje de carne no podía compararse con su verdadera forma, tenía sus ventajas. Le permitiría vigilar de cerca a los supuestos guerreros que debían evitar que llevara a cabo su misión. Ellos guardaban su esencia, podía sentirla, pero no lograba llegar a ella.

La pequeña fracción de esta que escapó del cofre en el que la retenían Luz y Oscuridad cuando el humano que ahora vestía lo tocó, resultó suficiente para poder controlarlo, pero no podía usar todo su poder. Por el momento tendría que esperar. Tal vez la visita a la mansión le daría acceso al cofre y entonces su victoria sería rápida... Aunque no lo sería la muerte de esos que pretendían detenerle.

Primero gobernaría el mundo. Después se encargaría de quienes le encerraron y permitieron que la Tierra fuera dominada por esos pequeños insectos a los que llamaban humanos.

Su próxima visita a la mansión trajo a su mente el recuerdo de la mujer con la que iría. Chloé.

Tenía algo. Algún tipo de poder vibraba bajo su piel, podía sentirlo. Era débil, pero estaba ahí. Y pronto sería suyo. Como todo lo demás.

Deseo de Redención

Eva llegó a casa y se encontró la mansión desierta. Era la tarde libre de Martha y Tom, la que cada semana aprovechaban para visitar a sus nietos en Londres, y parecía que todos sus hermanos también habían salido.

En lugar de aparecer directamente en su habitación, había optado por hacerlo en el salón, aprovechando que sabía que Jacques estaría en la clínica. Le divertía la forma en que algunos de sus hermanos se sobresaltaban al verla salir de la nada. Pero esa vez no hubo suerte.

Subió las escaleras, dispuesta a darse una ducha caliente. Tal vez podía quedar con Chloé para tomar algo en la ciudad. Esa idea le recordó las tardes que habían pasado Jacques y ella paseando por las calles de Londres. Lo echaba de menos. Los paseos, las bromas, las caricias, la intimidad, todo. A él. Pero... ¿qué podía hacer?

Entendía el miedo que Jacques había pasado al verla enfrentarse al siervo. Sin embargo, estaba bien, viva, y aun así la ignoraba. ¿Qué importaba que hubiese sobrevivido si estaban separados igual?

Al principio, cuando despertó y no lo encontró en la habitación, pensó que la culpaba por la muerte de Beth. Después de todo, estaban prometidos. Ella había odiado a la mujer desde el instante en que la vio, no solo por la relación que le unía a Jacques y la forma tan poco sutil en la que la esgrimió cuando las presentaron, sino por Beth misma. Esa mujer había conseguido el afecto de Jacques hasta el punto de haberse comprometido con él.

Y era una mujer que nada tenía que ver con Eva.

Ella no era elegante, no se hacía la manicura, no sabía comportarse en público, ni llevar bonitos vestidos y tacones altos. Era una guerrera que siempre había preferido lanzar flechas y subirse a los árboles a las aburridas reuniones sociales. Y eso no había cambiado con el paso de los años, ni siquiera después de haberse enfrentado a la posibilidad de morir batalla tras batalla. No era delicada, sus manos tenían callos debido al manejo de las espadas, su cuerpo estaba musculado. Era delgada, tenía poco pecho y ninguna experiencia en lo que a hombres se refería. Bueno, salvo por Jacques. ¿Quién iba a preferirla a ella? Él desde luego no.

Aunque más tarde, tras el arrebato que tuvo en la reunión comprendió que él no la odiaba por haber matado a Beth, sino por arriesgar su vida en el proceso. Aquella revelación había sido al mismo tiempo un alivio y un golpe mortal. Si los motivos de su enfado hubiesen obedecido a lo primero podría haber intentado razonar con él, explicarle que su exprometida no era humana, que era un monstruo, un secuaz de Odio enviado para espiarles. Pero con lo otro... no había nada que pudiera hacer. No podía prometerle que no volvería a hacerlo, porque lo haría si era necesario.

Después de despertar pasaba la mayor parte del tiempo fuera de la mansión. Aby le había conseguido un puesto temporal como becaria en el museo, lo que le permitía, aparte de evitar pensar constantemente en la forma en que Jacques la evitaba, pasar muchas más horas con sus amigas. Además, con la excusa de preparar la fiesta de compromiso, durante la última semana había pasado casi todas las noches en casa de Chloé. Lástima que, a dos días de la celebración, ese pretexto ya no tuviera sentido.

Lo último que esperaba encontrarse al entrar en su habitación era un montón de velas encendidas y la colcha cubierta de pétalos de rosas. A los pies de la cama, una mesa con dos

servicios, iluminada por un candelabro de plata de tres brazos y, junto a ella, una camarera con varias bandejas cubiertas que desprendían un aroma que hizo su boca agua.

Se quedó paralizada al instante, observándolo todo con los ojos muy abiertos.

Un leve carraspeo atrajo su atención hacia la puerta del baño, donde un Jacques elegantemente vestido, con unos pantalones de pinzas gris pizarra y una camisa de mangas largas del mismo tono, remangada hasta los codos, la observaba con aspecto inseguro.

—Buenas noches —murmuró, al tiempo que metía las manos en los bolsillos.

No sabía qué hacer con ellas. Estaba nervioso. Más de lo que recordaba haberlo estado jamás. Durante las últimas semanas había evitado a Eva, aunque en realidad, lo que todo su cuerpo le pedía, era que la envolviera en sus brazos y nunca la dejara salir.

Se comportó como un idiota, algo que Rodrigo no perdía oportunidad de recordarle constantemente, pero había pasado tanto miedo... La idea de perderla para siempre, de no volver a ver su sonrisa, no besar sus labios, ni acariciar su suave piel, hacía que se sintiese al borde de la asfixia.

Le había llevado tiempo, demasiado, y no pocas conversaciones con Rodrigo y Guillaume comprender lo estúpido de su comportamiento. Eva no había muerto en aquel enfrentamiento, seguía viva, y su estupidez era lo único que los mantenía separados.

Al parecer, después de todo, sí que tendría que arrastrarse. Y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario durante el tiempo que hiciese falta con tal de remendar su error y recuperar a la mujer que amaba.

Sí. La amaba.

Desde el instante en que vio sus ojos por primera vez.

Incluso cuando pensaba que era un hombre.

—¿Jacques? —La voz de Eva sonaba asombrada, incrédula, y él quiso patearse mentalmente. ¿Qué esperaba después de la forma en que la había tratado las últimas semanas?

—El mismo —respondió en un vano intento de bromear.

Sentía la garganta seca y los nervios tenían su estómago revuelto.

—Pero... ¿Qué?

Jacques se irguió, había llegado el momento de sincerarse, de pedir perdón, de arrastrarse.

—Lo siento —admitió agachando la cabeza—. Siento haberme comportado como un idiota estas últimas semanas. —Eva abrió y cerró la boca, sin saber qué decir—. Pasé tanto miedo al ver esas dos espadas atravesándote, cuando caíste al suelo empapada en sangre... —Tragó saliva esforzándose por apartar esas imágenes de su mente—. Creí que te perdía para siempre, Eva.

—Jacques... Oh, Jacques... Lo siento de verdad. —Dio un par de pasos en su dirección antes de detenerse. Aquel momento era importante y tenían mucho de qué hablar—. Siento que tuvieras que verlo. He intentado ponerme en tu situación muchas veces desde entonces y, aun así, soy incapaz de imaginar cómo debiste sentirte. Pero no voy a pedirte perdón por arriesgar mi vida para acabar con un monstruo. Es lo que soy. Lo que somos. Lo que siempre hemos sido. Luchamos, vamos a la batalla, herimos, nos hieren, matamos y corremos el riesgo de que nos maten. No voy a disculparme por hacer lo que debo, lo que tú me has enseñado con tu ejemplo en cada lucha.

Respiró intentando controlar sus emociones y el temblor de sus manos antes de continuar:

—Durante un año luchamos codo con codo, y cada vez que te herían tenía miedo de que fuera el golpe definitivo y lo sigo teniendo. Pero está en nuestra naturaleza, es lo que hacemos, nos levantamos y seguimos peleando. No soy una mujer elegante, nunca me han gustado las fiestas

ni los vestidos, soy una guerrera y eso es algo que no puedo cambiar. No quiero cambiarlo.

—Lo sé.

Los ojos de Jacques se clavaron en los suyos mientras él comenzaba a acercarse a ella.

—Siempre lo he sabido —dijo cuando estaba a escasos centímetros—. Eres la mujer más fuerte, más valiente y más generosa que jamás he conocido. Eso es lo que más amo de ti, pero también me aterra. Aquella noche fui consciente por primera vez de lo fácilmente que podría perderte... y supongo que no he sabido cómo manejarlo.

—Pero estoy aquí, Jacques. No morí, sigo viva y frente a ti, aunque parece que no quieres verlo —replicó con tristeza—. Cada día puede ser el último para cualquiera de nosotros, por eso tenemos que aprovecharlos mientras podamos.

—Tienes razón, Eva, aunque ha hecho falta más tiempo del que me gustaría y unos cuantos rapapolvos por parte de Guillaume y Rodrigo, al final me he dado cuenta de mi error. Tuve tanto miedo de perderte, estaba tan rabioso al ver que estabas dispuesta a sacrificarte que, aunque todo salió bien al final y seguías aquí, no era capaz de librarme de esas emociones. Porque soy consciente de que volverás a hacerlo si es necesario y eso me aterra. Porque fui yo quien trajo a Beth a esta casa en primer lugar.

Jacques admitió lo último y sus hombros se hundieron al tiempo que su mirada se llenó de culpa antes de desviarse al suelo.

—Nunca la quise —continuó hablando sin atreverse a mirarla—. Era fría, superficial y estaba hueca por dentro, jamás debí ceder a sus manipulaciones ni permitir que llegara tan lejos. Si lo hubiese hecho, no te habría puesto en peligro.

Eva acarició la mejilla de Jacques instándolo a levantar la vista y encontrarse con su mirada. Una cargada de amor y comprensión.

—No fue culpa tuya, Jacques. Nada de esto lo es. Estamos en guerra y siempre, en todas, ha habido espías. Personas manipuladoras que nos manejan para lograr sus objetivos. Beth era un siervo, su misión era llegar hasta nosotros, vigilarnos e intentar destruirnos. Si no lo hubiese logrado a través de ti lo habría hecho de cualquier otra forma. Ahora al menos sabemos qué son y cómo matarlos. Esa es una victoria para nosotros.

—Pero casi te cuesta la vida...

—¡Estoy viva, Jacques! ¡Estoy aquí, frente a ti! Y no pienso desperdiciar ni un segundo más discutiendo sobre esto.

Sin más se lanzó sobre él en busca de sus labios. Lo había extrañado tanto... Su olor, su sabor, la sensación de su incipiente barba contra su piel. Con un suspiro, Jacques la estrechó entre sus brazos, acercándola a su cuerpo todo lo posible.

Eva tenía razón, estaba viva, llena de vida, y lucharía a su lado para mantenerla así.

Dejaron que todo el miedo, la pasión y el amor que sentían el uno por el otro alimentara ese beso, avivando las llamas del deseo, de saberse vivos y juntos.

Jacques puso las manos en su trasero, impulsándola, y cuando ella envolvió sus caderas con las piernas los llevó a la cama. Le haría el amor sobre pétalos de rosas, le demostraría cuánto amaba su espíritu abnegado, su fiereza y celebrarían que estaba viva de la mejor forma en que podía pensar, uniéndose a ella del modo más íntimo posible.

La cena podía esperar.

Deseo de Celebrar

La noche del sábado llegó y con ella la fiesta de compromiso de Aby y Guillaume. La casa era un hervidero de camareros, floristas y cocineros, todos moviéndose bajo la experimentada batuta de Martha que, a juzgar por la enorme sonrisa en su rostro, estaba encantada con el trabajo extra.

A Jacques le había costado dejar a Eva en su habitación para ir a cambiarse a la suya. Su tozuda mujer —porque sí, era su mujer y si dependía de él lo sería hasta el fin de sus días— se mantenía firme en su idea de no compartir cuarto por el momento. Decía que acababa de lograr su independencia y no estaba dispuesta a renunciar a ella tan pronto.

Desde su punto de vista era un argumento bastante absurdo, ya que habían pasado juntos las dos últimas noches, desde que hicieron las paces, y no tenía la menor intención de que esa situación cambiase en el futuro.

Terminó de colocarse la pajarita del esmoquin y se echó un último vistazo en el espejo. Nunca le gustaron las fiestas elegantes, pero por su posición había tenido que asistir a un buen número de ellas. Sin embargo, en este caso estaba encantado. Su hermano, su mejor amigo, había encontrado a la mujer con la que compartir su vida y, ahora que él también tenía la suya propia, sabía de sobra que era algo digno de una gran celebración.

Salió de su habitación, fue directo a la puerta de la de Eva y llamó

—¡Un momento! ¡Ya casi estoy!

Cuando abrió la puerta se encontró la habitación vacía y supuso que estaría en el baño. Lo que nunca podría haberse imaginado fue la impresión que se llevó al verla salir.

Eva llevaba un vestido de tirantes plateado y largo, que parecía líquido al deslizarse por su cuerpo. El escote en uve llegaba casi hasta debajo de sus pechos, dejando a la vista un amplio y seductor canalillo en el que descansaba un hermoso colgante en forma de cruz. El peinado que había escogido para la ocasión dejaba que un mechón de su corto cabello cayera sobre su ojo izquierdo, dándole el aspecto de un hermoso y pícaro duendecillo. Sus ojos estaban maquillados con un ahumado en tonos celestes y grises, resaltando aún más su color, y sus labios pintados de rojo lo llamaban a devorarlos.

Tragó saliva impactado por la imagen ante él, no sabía si arrodillarse y agradecer a los cielos el regalo que era Eva o suplicar llegar alguna vez a ser digno de una mujer como ella.

—¿Qué te parece? —preguntó ella tímidamente.

Mientras lo hacía giró sobre sí misma dejando a la vista la parte de atrás del vestido, cuyo escote llegaba prácticamente al final de su espalda, dejando a la vista su fuerte columna.

—Estás... —Jacques buscó las palabras exactas que pudieran definir lo que sentía en ese momento—. Eres perfecta, Eva, y estás preciosa.

—Gracias —respondió sin poder evitar sonrojarse.

Incapaz de resistirse por más tiempo, Jacques devoró en un par de zancadas la distancia que los separaba y la atrajo a sus brazos.

—Necesito besarte, Eva. Creo que nunca he necesitado tanto nada en toda mi vida.

—¿Y qué te lo impide? —inquirió seductora. Desde la otra noche, cuando se lanzó a besarle, se sentía mucho más segura cuando estaban a solas.

El beso empezó despacio, aunque cargado de necesidad. Jacques maldijo el escaso tiempo que

les quedaba antes de que los invitados comenzaran a llegar. En ese momento lo único que deseaba era perderse en el cuerpo de Eva —parecía que nunca tendría bastante de ella— y demostrarle con gestos lo que no era capaz de poner en palabras.

Cuando ella comenzó a emitir esos pequeños gemidos necesitados que lo volvían loco, supo que era el momento de poner distancia entre ellos. De lo contrario, era más que probable que llegaran tarde a la fiesta. Si es que llegaban.

—Será mejor que bajemos —dijo casi sin aliento, apoyando su frente en la de Eva—. A menos que no te importe perderte la fiesta de compromiso de Guillaume y Aby...

Dejó la frase en el aire. Una parte de él deseaba que ella insistiera, quedarse en esa habitación, construir su propio mundo, un capullo seguro en el que solo existieran los dos y sus sentimientos. Pero sabía que eso no era posible.

Eva le dio un último beso antes de tomarlo de la mano y tirar de él hacia la puerta.

—Más tarde, Jacques, ahora tenemos mucho que celebrar.

Juntos y cogidos de la mano bajaron a encontrarse con los demás.



A las seis en punto, Paul estaba en la puerta del bloque de Chloé, esperándola. Ella estaba nerviosa, desde que le propuso ir juntos a la fiesta había estado dudando si era una buena idea. Se trataba de su jefe, después de todo, y era muy consciente de que el motivo principal por el que le había pedido que fueran juntos era para disfrutar viendo la cara de Bart cuando llegara del brazo de otro hombre.

Ahora se sentía tremendamente estúpida. Sin duda aquella era la peor idea que había tenido en toda su vida. No solo porque podía costarle su puesto de trabajo si Paul se enteraba de que lo estaba utilizando, sino por el temor a descubrir que a Bart no le importaba en absoluto lo que ella hiciera.

Y, por mucho que le doliese, por más que quisiera negárselo a sí misma, eso era lo que más miedo le daba; que el hombre al que no soportaba y por el que a la vez sentía una atracción que era incapaz de controlar, ni siquiera le dedicase un vistazo. No se inmutase al verla con otro, dejando claro que sus sentimientos eran absurdos y no correspondidos.

Se miró por última vez en el espejo y recolocó la flor, de color rojo intenso a juego con su vestido, que adornaba su pelo.

—Ya basta, Chloé. Ni un pensamiento más. Esta es la noche de Aby, tu mejor amiga se compromete con el hombre de su vida y estarás allí, celebrándolo junto a ella. Lo que un estúpido troglodita haga o deje de hacer no puede afectarte —se repitió a sí misma frente al espejo.

Mientras bajaba en el ascensor pensó que se lo había dicho muchas veces, hasta llegó a

creerse convencida de ello. Bart no merecía ni uno de sus pensamientos, mucho menos alguna de sus lágrimas. Aun así, no podía evitar estremecerse cada vez que se encontraban frente a frente. Entonces los recuerdos de lo que creyó que podría ser y ahora sabía que jamás sucedería, dolían aún más.

Subió al coche de Paul, que estaba parado en segunda fila esperándola.

—Buenas noches, Chloé. Estás preciosa, como siempre.

La sonrisa que le dedicó le causó un pequeño escalofrío, había algo raro en ella que no lograba identificar y le ponía los vellos de punta.

—Y tú muy elegante, Paul —respondió intentando aparentar normalidad.

Una sensación de fatalidad se cernió sobre ella, como si algún sexto sentido le indicara que algo iba muy mal. La desechó y se obligó a relajarse. Seguro que todo era fruto de sus nervios, de saber que metió la pata al pedirle a su jefe que fueran juntos a la fiesta.

Durante el viaje mantuvieron una conversación ligera sobre asuntos del trabajo, lo que ayudó a que se relajara, y antes de darse cuenta estaban en la mansión.

Paul aparcó y bajó del coche. Lo rodeó y abrió su puerta, ofreciéndole su mano para ayudarla a bajar. Chloé no podía negar que su jefe era todo un caballero y también muy atractivo. Tampoco que si hubiera vivido esa situación tan solo unos meses atrás habría estado extasiada por la atención que le estaba brindando. Sin embargo, lo que sintió cuando tomó su mano no fue agradable, al contrario, durante una fracción de segundo todo lo que pudo ver fue oscuridad. Densa, viscosa y en movimiento, dirigiéndose hacia ella dispuesta a engullirla.

Un intenso calor en su pecho, bajo el chal que cubría el pronunciado escote palabra de honor de su vestido, la trajo de vuelta a la realidad. Cogió aire con fuerza, luchando por llenar sus pulmones y sintiéndose mareada en el proceso.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Paul.

Él apretó su mano con fuerza, pero ella dio un paso atrás, pegándose al coche y alejándose de él.

—Sí, estoy bien. Solo ha sido un leve mareo —respondió deshaciéndose lo más educadamente que pudo de su agarre.

Chloé se alejó del coche, buscando también poner distancia entre ellos. No sabía a qué se debían las extrañas sensaciones que Paul le estaba provocando esa noche, pero la tenían totalmente tensa y, por qué no admitirlo, bastante asustada.

Cuando él le ofreció su brazo, una vez hubo cerrado la puerta del coche, Chloé se sintió en la obligación de aceptarlo, aunque se aseguró de dejar su chal entre su mano y la de Paul. No quería repetir la experiencia que acababa de tener.

Camaron en silencio los pocos metros que los separaban de la entrada principal y, una vez en el interior, se las arregló para separarse de él con el pretexto de que debía buscar a Aby.

Se alejó de él todo lo deprisa que le permitían sus tacones de doce centímetros y se dirigió directa al salón. En su ansia por poner distancia entre ellos fue a chocar directamente contra el pecho de alguien. Supuso que era una persona por el calor que desprendía, aunque por su dureza bien podría haber sido un muro de hormigón.

—¿Chloé? ¿Qué pasa? ¿Dónde está el fuego?

Los ojos azules de Jacques la observaban con inquietud. El alivio le inundó al reconocerlo y lo abrazó con fuerza.

—¿Estás bien, Chloé? —inquirió Eva mirándola preocupada.

—¡Sí! —exclamó con voz aguda—. Es solo que me alegro de veros, chicos —añadió

abrazando también a su amiga—. ¿Dónde están los homenajeados? ¿Haciéndose de rogar? Espero que alguien les haya explicado que es en la boda cuando la novia llega tarde.

—Deben estar a punto de bajar. Creo que Aby ha tenido un pequeño problema con su vestido y Martha la está ayudando —explicó Eva sin dejar de mirarla.

Chloé parecía alterada, asustada, y eso le preocupaba. Su amiga era mordaz, divertida y tenía un humor un tanto ácido; siempre intentaba buscar el lado positivo de la vida, era optimista por naturaleza y jamás dejaba ver sus sentimientos. Por eso verla tan agitada hizo que una alarma interna se activase en el interior de Eva.

—Bien, bien. Eso está bien —farfulló Chloé mirando distraída por encima de su hombro.

—¿Seguro que te encuentras bien? —insistió Jacques que la notaba nerviosa y distraída.

—¡Sí! —volvió a exclamar con demasiado ímpetu—. Solo necesito una copa, porque, ¿qué es una fiesta sin champán? Vamos, es hora de mojar el gaznate, pequeña *padawan*.

Enganchó su brazo al de Eva y tiró de ella hacia el patio, donde habían instalado una barra y las mesas sobre las que descasaban los deliciosos platos que iban a comer. La decoración, la elección de las flores y la comida, que hasta el más mínimo detalle estuviera perfecto le había llevado a Chloé mucho tiempo y una parte de su cordura. Aun así, no se detuvo a mirar el resultado, estaba demasiado nerviosa para disfrutar de todo lo que había conseguido.

Su objetivo era la barra de bebidas y no se detuvo hasta llegar a ella. Pidió dos copas de champán y se las bebió de un solo trago una detrás de otra. Su mente le estaba jugando malas pasadas, no podía ser otra cosa. Pero por más que se lo repetía, la sensación de estar siendo observada y la imagen de esa oscuridad envolviéndola hasta asfixiarla permanecían grabadas en su mente.

Era Paul, su jefe. Un hombre completamente inofensivo.

Respiró hondo después de terminar la segunda copa y pidió otras dos, esa vez, ofreciendo una de ellas a Eva.

—¿Mejor? —le preguntó mientras tomaba la copa y daba un pequeño sorbo. Aún no se había acostumbrado a las burbujas que le hacían cosquillas en la nariz.

—Mejor.

—¿Me dirás qué es lo que te pasa?

—Crearás que estoy loca.

—No lo creo, lo sé —bromeó intentando aligerar el ambiente—. Ahora en serio, ¿qué es lo que te tiene tan alterada, Chloé?

—Paul —susurró—. Hemos venido juntos. El otro día, cuando le pedí que me confirmara si asistiría o no, comenzó a decirme cosas bonitas, me dejé encandilar y pensé que sería una buena idea venir con él, aunque solo fuera por hacer rabiar a Bart. Soy una estúpida, ¿verdad?

—No creo que lo seas, la verdad. Puedo entender que te sientas incómoda por haber venido con él, pero eso no explica por qué estás tan alterada. ¿Se ha propasado contigo?

—¡No! —replicó escandalizada—. Nada de eso, de verdad.

—¿Entonces?

—No me creerás si te lo cuento...

—Prueba. De un tiempo a esta parte me he vuelto bastante crédula, la verdad.

—Algo en él ha cambiado y me da escalofríos. Es una sensación, nada concreto, al menos hasta que me ha ofrecido la mano para bajar del coche. Al tocarlo he sentido algo extraño, todo se ha vuelto negro, pero no como cuando cierras los ojos. Era una oscuridad, densa y viscosa que parecía querer engullirme. Aún puedo sentirla.

Eva no pudo responder porque en ese momento los invitados comenzaron a aplaudir poniendo de manifiesto que los homenajeados habían bajado por fin al salón.

Deseo de Estar Completo

Aby descendió los peldaños de la escalera agarrada al brazo de Guillaume. En ese momento se sentía la mujer más afortunada del mundo, sus amigos más cercanos los esperaban entre aplausos y vítores y ella quería correr a abrazarlos, para compartir con ellos su felicidad. Se obligó a caminar despacio, ya había tenido un accidente al enganchar uno de sus tacones en la pequeña cola de su vestido y lo último que quería era bajar rodando.

Se giró levemente para mirar el rostro de Guillaume. Aún le costaba creer que era suyo, que el hombre de sus sueños era de carne y hueso y la amaba con tanta intensidad como ella a él.

Cuando llegaron al salón los abrazos y felicitaciones de sus amigos se sucedieron sin descanso. Venus se rozó contra sus piernas antes de hacer lo mismo con Guillaume, dándole su aprobación, para después alejarse y subirse a una de las estanterías desde donde, estaba segura, controlaría a todos los presentes.

—¡Estás preciosa, Aby! —exclamó Eva llegando hasta ella.

—Sabía que ese vestido te quedaría perfecto —añadió Chloé.

Al comenzar los aplausos ambas se habían acercado a felicitar a la pareja.

—Gracias, chicas, vosotras también estáis increíbles —respondió nerviosa—. Gracias, de verdad. Por todo. Es perfecto. —Aby tenía una enorme sonrisa en su rostro y abrazó a sus amigas con cariño.

—Ha sido un placer. El bufé está listo, los camareros reparten champán y canapés y Martha los maneja con mano de hierro. No tienes nada de lo que preocuparte, así que disfruta de tu fiesta —animó Chloé enganchándose en uno de sus brazos—. Vamos al patio, estoy segura de que te encantarán las flores que he escogido para la decoración.

Aby entrelazó su otro brazo con el de Eva y, las tres juntas, se dirigieron hacia el exterior.



La brusca desaparición de Chloé molestó a Odio, pero, por otro lado, le dio la oportunidad que necesitaba para recorrer la casa sin tener que dar muchas explicaciones. Podía sentir la llamada de su esencia, estaba allí, en algún lugar de la mansión, y necesitaba encontrarla.

Aprovechó el ir y venir de invitados y camareros para moverse por la planta baja sin llamar la atención. Ninguno de aquellos débiles humanos eran rival para él, pero prefería mantener su presencia allí en secreto. Si nadie sabía que Paul ya no existía y que en realidad era Odio, su búsqueda sería mucho más sencilla.

Había recorrido toda la planta baja sin encontrar nada cuando vislumbró una puerta semioculta junto a las escaleras. Estaba protegida con un sistema biométrico de seguridad, que incluía huella de mano y análisis ocular, y supo que acababa de encontrar lo que estaba buscando.

En ese instante escuchó aplausos procedentes del salón. Era su oportunidad, todos estaban saludando a la pareja de prometidos y ningún sistema de seguridad podía evitar que entrase. Se acercó a la puerta con lentitud, disfrutando del momento y de su inminente victoria. Cuando tuviera su esencia y recuperase todo su poder nadie podría detenerle.

De repente los aplausos cesaron y algo en el aire cambió. Electricidad llenó el ambiente y sintió la llamada de su esencia con una intensidad mayor de la que jamás había percibido. Estaba ahí, al alcance de su mano, y sabía que él iba a encontrarla.

Dio un paso más, acercándose a su objetivo, cuando sintió un tirón en la dirección contraria. Se paró en seco. ¿Qué había sido eso? Volvió a sentirlo. Su esencia lo llamaba, sí, pero atrayéndolo hacia el salón. ¿Cómo era eso posible?

Cerró los ojos y se concentró en ella. Siguió su llamada y sus pasos se dirigieron hacia el salón. A pesar de que estaba lleno de gente, su mirada se clavó en las tres mujeres que, juntas y entre risas, salían por las puertas francesas que daban al patio interior.

Ellas. Ellas tenían lo que era suyo, lo que le pertenecía por derecho.

Se obligó a mantener la calma a pesar de que todo su ser le impelía a lanzarse sobre las mujeres y recuperar la parte de él que le robaron hacía tanto tiempo. Pero tenía que ser más inteligente. Después de todo, llevaba un traje de carne que lo hacía vulnerable, aunque también le daba la oportunidad de pasar desapercibido. Nadie imaginaría lo que realmente se ocultaba en el interior de Paul.

Se acercó a las jóvenes con tranquilidad, sonriendo y saludando a los compañeros de trabajo que encontraba por el camino, aparentando una calma que en realidad no sentía. Estaba tan cerca...

Al llegar a su altura pasó su brazo por la cintura de Chloé con delicadeza y disimulo.

—Por fin te encuentro, Chloé, pensé que habías huido de mí.

—Paul... —balbuceó nerviosa.

El rostro de la chica palideció al verle, la oscuridad inundó los bordes de su visión amenazando con asfixiarla y tuvo que forzar una sonrisa mientras luchaba por no desmayarse.

—Enhorabuena por tu compromiso, Aby —felicitó con educación.

—Muchas gracias, Paul. Me alegro de que hayas podido venir.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió con esa sonrisa que siempre le había causado escalofríos.



Bart permanecía apoyado contra una de las paredes del patio observando la fiesta que se desarrollaba a su alrededor. Personas elegantemente vestidas paseaban por su casa, riendo, comiendo y bebiendo, ignorantes de la guerra que los amenazaba.

Pobres ilusos.

Tan felices y tranquilos con sus vidas seguras y planificadas, creyendo que nada podía afectarles... Él sabía mejor que nadie cómo eran las cosas en realidad.

Una vez fue así, despreocupado, joven e ignorante. Disfrutaba de los placeres de la vida, un buen vino, una buena pelea, buena comida y una mujer dispuesta. Pero el destino le había demostrado que las cosas cambiaban de un instante a otro y que todo lo que tenía podía ser arrebatado en un parpadeo.

Revisó la estancia en busca de su hermano. Philippe era el menor y, desde que lo vio por primera vez en los brazos de su madre, tan pequeño e indefenso, supo que lo protegería con su vida; que no permitiría que nada ni nadie lo dañase... No podía decirse que hubiese hecho un buen trabajo, pero al menos estaba vivo.

Un destello de oro y rojo intenso atrajo su atención y su mandíbula se apretó. Ahí estaba. Chloé. Su pesadilla. La mujer que lo atraía y repelía a partes iguales.

—Bruja —escupió en un murmullo sin poder reprimirse.

Tenía que serlo, no había otra manera de que hubiera conseguido colarse bajo su piel de la forma en que lo hizo sin usar algún tipo de hechizo.

La observo desde la distancia, como había estado haciendo desde la primera vez que la vio. Llevaba un vestido rojo intenso que se pegaba a su cuerpo moldeándolo, marcando cada una de sus curvas y él sabía bien todas las que encontraría debajo de la fina tela. La envolvía como un amante, cerniéndose sobre su figura hasta las rodillas, donde se abría en una suave cascada que llegaba hasta el suelo. El escote dejaba sus hombros al aire, sobre los que llevaba un fino chal del mismo color.

Su pelo rubio estaba suelto, formando bucles que le daban un aspecto juvenil e inocente. «Inocente, ¡ja!», se dijo a sí mismo con sarcasmo. No había ni una pizca de inocencia en esa mujer. Sus manos se apretaron en puños cuando el pensamiento llevó a su mente la imagen de una Chloé desnuda sobre sus sábanas, retorciéndose de placer, exigiéndole más.

Cerró los ojos. No sabía si para apartar los recuerdos o aferrarse a ellos. Daba igual.

Cuando volvió a abrirlos, un hombre se había acercado a las tres chicas y tenía su brazo envuelto alrededor de la delicada cintura de Chloé.

Paul.

Reconoció al director del Museo Británico en el acto. Era joven, atractivo, inteligente y todo un caballero, o eso había oído decir de él. Y tenía sus sucias manos puestas sobre lo que era suyo.

Ese último pensamiento le aturdió. Chloé no era suya. Era una bruja, manipuladora, egoísta e inconsciente y cuanto más lejos se mantuviera de ella, mejor.

A pesar de lo que su mente le decía se encontró caminando hacia ella, con sus ojos clavados en el brazo de Paul.

—Cuidado con dónde pones las manos, podrías pillar una infección —dijo una vez estuvo a la espalda del grupo, con su vista fija en Paul.

—Bart —escupió Chloé—, tan agradable como un forúnculo.

—Eva, Aby, estáis preciosas —las piropeó con una enorme sonrisa seductora en su rostro, aparentando ignorar a Chloé, a pesar de que toda su atención se centraba en ella.

—¿Recuerdas a Paul? —preguntó Aby.

—Sí, por supuesto. Me alegro de verte, Paul.

Alargó la mano para estrechársela y cuando él le devolvió el gesto apretó con fuerza sin apartar la vista de su rostro. Esperaba encontrar un gesto de dolor ya que, a todas luces, su fuerza era muy superior. En cambio, para su sorpresa, el hombre hizo lo mismo y fue él quien tuvo que tragarse el gesto de dolor al sentir sus huesos crujir hasta romperse.

—¿Quién eres? —escupió entre dientes aún con sus manos estrechadas.

—Es Paul, Bart, el director del Museo Británico. Os conocisteis en el viaje de vuelta desde Acre, ¿recuerdas? —explicó Aby mirándolo extrañada.

—No —gruñó. En un rápido movimiento aprisionó el brazo por el que aún estaban unidos con su otra mano. Quienquiera que fuese, o lo que fuese, no escaparía tan fácilmente—. No sé qué o quién eres, pero estoy seguro de que no eres Paul.

La situación hizo que el ambiente se tensara a una velocidad vertiginosa. Los invitados, al percibirlo, comenzaron a apartarse haciendo un círculo a su alrededor, intrigados ante lo que estaba sucediendo.

—Como ya te ha dicho Aby —respondió con una sonrisa de suficiencia, mientras apretaba aún más su agarre—, soy el director del Museo Británico y, además, el acompañante de Chloé en esta encantadora velada.

Al tiempo que hablaba enganchó la cintura de Chloé con su brazo libre, atrayéndola hacia él hasta tenerla pegada a su cuerpo. Bart se abalanzó sobre Paul a la vez que ella intentaba alejarse, con el movimiento, su chal cayó dejando al descubierto su colgante. Los ojos de Odio se sintieron atraídos hacia ella al instante.

—Ahí está... —murmuró embelesado—. Creo que eso me pertenece.

Alargó la mano para arrancar el colgante de su cuello y, en cuanto se aproximó, el brillo plateado que presentaba siempre se transformó en un profundo negro. Chloé dio un paso atrás y envolvió la pieza con sus dedos intentando protegerla. Al momento la oscuridad la reclamó. Sintió el poder de la esencia que contenía su colgante, su soledad, su deseo de unirse a Odio, de estar completa.

Odio.

Paul.

La realidad cayó sobre ella como un jarro de agua fría. De alguna manera, Odio había ocupado el cuerpo de Paul. Ya no quedaba nada de su jefe, lo que tenía frente a ella era un ser poderoso, tan antiguo como el tiempo mismo, y que anhelaba lo que a Chloé se le había encomendado cuidar.

Una voz surgió de la oscuridad.

«Sabes lo que tienes que hacer».

«Es demasiado poderoso, no podré vencerle», replicó Chloé a la voz en su cabeza.

«Tú también lo eres. Tienes mucho poder en tu interior y es hora de que lo utilices».

«¿Qué tengo que hacer?», preguntó resignada.

«Eres la llave. Encuentra la puerta».



Cuando Odio intentó conseguir el colgante de Chloé todo a su alrededor se volvió un caos. Guillaume tiró de Aby, alejándola de él, al tiempo que Eva y los demás sacaban sus armas y se lanzaban en su contra.

—Retrocede. —La orden de Prax estaba cargada de poder, sus ojos brillaban como llamas ardientes y su voz había vuelto a cambiar.

—Traidor —escupió Odio clavando sus ojos negros en los llameantes de Prax—. Tú ya no eres nadie en esta guerra. No eres mi general, no tengo por qué obedecerte.

—Retrocede, o lo lamentarás —insistió.

—Una vez fuiste poderoso, pudiste tenerlo todo. ¿Qué eres ahora? ¿Una marioneta? ¿Una sombra que depende de un traje de carne para seguir subsistiendo?

—Nunca entendiste nada, hermano —escupió la última palabra, haciendo que pareciese un insulto—, y ahora es demasiado tarde para ti.

—¡Chloé, no! —el grito de Bart hizo que todos volvieran su atención hacia la joven, que continuaba con su mano alrededor del colgante.

Sus ojos se abrieron de repente, eran completamente blancos, no había rastro de iris ni pupila. Sus labios se separaron dejando escapar un grito mudo, justo antes de que un fognazo de luz deslumbrara a todos los presentes, forzándoles a apartar la vista.

Cuando se recuperaron, aún aturcidos descubrieron que tanto Chloé como Odio habían desaparecido.

—¡¡Chloé!! —La desesperación inundó cada fibra del cuerpo de Bart mientras mantenía fuertemente cerrado el puño de su mano sana.

—¿Dónde están? —preguntó Eva sin bajar el puñal con el que estaba armada y que había llevado en la funda atada a su muslo.

—¿Odio se la ha llevado? ¿Ha conseguido parte de su esencia?

—No —respondió Bart con seguridad abriendo su mano izquierda—. La muy estúpida me lo entregó a mí antes de desaparecer. Imagino que Odio aprovecharía la confusión para huir también.

—¿Te lo entregó? —inquirió Guillaume atónito—. ¿Cómo?

—Parece que después de todo Bart tenía razón en algo —intervino Prax mirándolo con seriedad—. Nuestra Chloé es una bruja.

Deseo de Magia (Epílogo)

Londres, una semana más tarde.

—¿Ninguna noticia? —preguntó Jacques entrando en el salón.

Eva se acercó a él negando.

—Nada aún —susurró elevando el rostro al tiempo que él bajaba el suyo para hacer que sus labios se encontrasen.

—Es como si se la hubiese tragado la tierra —susurró una llorosa Aby.

Estaba sentada en el sofá junto a Guillaume, que la mantenía estrechamente envuelta entre sus brazos. La mujer tenía grandes ojeras bajo sus ojos y parecía haber perdido varios kilos, como si la preocupación por su amiga la estuviera consumiendo.

Había pasado una semana desde la desaparición de Chloé y no tenían la menor pista sobre su paradero. Lo cierto era que el final de la ansiada fiesta de compromiso de Aby y Guillaume, fue más abrupto y menos feliz de lo que esperaron.

Una vez que el fagonazo de luz desapareció y descubrieron que Chloé y Odio no estaban tocó calmar a los invitados e intentar aparentar normalidad. Afortunadamente, eran pocos y la explicación de que hubo una subida de tensión, que hizo saltar algunos plomos y varias bombillas, convenció a la mayoría. Con los más incrédulos Guillaume usó algo de su persuasión para que acabaran creyendo su historia.

La fiesta finalizó de inmediato. Mientras los prometidos se disculpaban y despedían a los presentes, el resto intentaba contactar con Chloé y esclarecer lo que había sucedido. Sin éxito en ninguna de las dos cosas.

En cuanto el último invitado hubo abandonado la mansión, todos se reunieron en el salón.

—¿Qué demonios ha pasado? —bramó Guillaume furioso.

—Parece que Odio se ha apoderado del cuerpo de Paul, el jefe de Aby —explicó Prax.

—¿Y quién se ha apoderado del tuyo? —inquirió Bart mirándolo con recelo.

—Un aliado —respondió cortante.

—¿Y se supone que debemos confiar en tu palabra? —intervino Philippe.

—Basta con que sepáis que le cedí voluntariamente mi cuerpo y lo compartimos. Soy consciente de todo lo que hace y dice y está de nuestra parte, no me controla ni me domina.

—¿Y tenemos que creer lo que dices? —insistió Bart.

Las voces a favor y en contra se elevaron. Todos tenían su opinión y los nervios estaban a flor de piel.

—¡Basta! —gritó Guillaume imponiéndose sobre los demás—. Prax, eres uno de nosotros, nuestro hermano. Has estado a nuestro lado en la batalla y confiamos en ti con nuestra vida...

—Literalmente —farfullo Philippe con desagrado.

Guillaume lo fulminó con la mirada antes de continuar:

—No tenemos motivos para desconfiar de tus palabras. Hasta ahora, siempre que tú... —dudó unos segundos sin saber muy bien cómo llamarlo— *compañero* ha aparecido ha sido en nuestro beneficio y ahora mismo toda la ayuda es bienvenida. —Justo en ese momento

Hesterno, Hodei y Crash aparecieron en la habitación y los saludó con un asentimiento—. En estos momentos tenemos muchos frentes abiertos, pero espero que comprendas que te estaremos vigilando.

—Lo entiendo —respondió agachando la cabeza—, es lógico y lo más apropiado dada la situación. —Levantó la mirada y la posó en cada uno de los presentes—. Pero también os digo que si hay alguien que desea detener a Odio tanto como nosotros es él.

—Ya lo veremos... —farfulló Philippe.

—Dicho esto —continuó, ignorándolo—, ¿qué ha pasado con Chloé?

—Odio vino buscando su esencia y de algún modo supo que parte de ella estaba en el colgante de Chloé —explicó Eva.

—Puede sentirla —dijo Hodei—. Su esencia lo llama y, cuanto más cerca estén, más fuerte es la atracción.

—Todo sucedió cuando vio su colgante —susurró Aby limpiándose las lágrimas que caían por sus mejillas—. Se abalanzó sobre ella y... —Con un sollozo ahogado enterró la cabeza en el pecho de Guillaume, que la abrazó con fuerza.

—Sentía la oscuridad —comenzó a decir de repente Bart—. En Paul. La sintió cuando tomó su mano para bajarse del coche al llegar. Cuando descubrió que era Odio supo que tenía que alejar el colgante de él por eso me lo entregó.

—¿Cómo sabes eso? —quiso saber Guido.

—Ella... me lo dijo.

La conversación había continuado, pero Bart decía no tener más que contar y habían centrado sus esfuerzos en encontrar a Chloé y a Odio durante los últimos siete días.

Sin resultados.

Aby era la que peor llevaba aquella situación. Era su mejor amiga y no saber si estaba bien —ni siquiera si seguía con vida— la tenía destrozada. Además de haberse visto en la obligación de renunciar a su trabajo. Desconocían si Odio sabía que ella tenía otro colgante y no podían correr el riesgo de que fuera a buscarla.

Una vez todos informaron de la falta de novedades, Jacques tiró de Eva hacia las escaleras. Su pequeña guerrera estaba triste y preocupada, pero,

sobre todo, furiosa. Sentía la misma necesidad que todos ellos de proteger, salvar, cuidar y, además, Chloé y Aby eran sus únicas amigas. Las únicas que había tenido en su vida. Saber que una de ellas, mejor dicho, las dos estaban en peligro y no poder hacer nada salvo esperar la estaba volviendo loca.

La llevó hasta su habitación y cerró la puerta tras ellos antes de envolverla entre sus brazos.

—La encontraremos —dijo con convicción.

—Lo sé —replicó frotando la cara contra su duro pecho, empapándose de su aroma—. De lo que no estoy tan seguro es de si llegaremos a tiempo.

—Chloé nos ha demostrado que tiene más recursos de los que creíamos.

—Está sola, Jacques. Nadie debería enfrentarse solo a lo desconocido.

Ella tenía razón y, por el tono de su voz, supo que no solo hablaba de su amiga, sino también de todo por lo que la propia Eva había tenido que pasar.

—Tú no estás sola, Eva. Me tienes a mí. Siempre.

Para sellar esa promesa unió sus labios en un beso dulce y tierno que, como siempre, en segundos hizo que su sangre ardiera en deseo.

Las manos de Eva se aferraron a su camisa y tiró de ella, haciendo que los botones saltaran y resonaran al chocar contra el suelo. Le hacía feliz ver que cada vez se sentía más segura de sí misma, más libre, no solo cuando estaban a solas. Su guerrera ya no tenía miedo de decir lo que quería, de exigirlo, ni de responder a ninguno de sus hermanos y eso lo enorgullecía.

Pero, cuando se trataba de la intimidad entre ellos, también lo volvía loco.

Tiró de ella alzándola y haciendo que envolviera sus piernas en torno a sus caderas. Ninguno de los dos podía esperar y, mientras él se esforzaba en apartar la ropa que le impedía disfrutar de la hermosa vista de su cuerpo desnudo, ella se centró en deshacerse de sus pantalones.

De un tirón, Jacques rompió las mallas que Eva llevaba puestas, apartó su ropa interior y coló uno de sus dedos en su humedad, esa en la que

ansiaba perderse. Ella gimió con desespero, moviendo sus caderas, buscándole, anhelándole, deseándolo con la misma intensidad con la que él lo hacía.

Cuando se enterró en su interior supo que estaba en casa.

Eva lo buscó en cada envite, sintiéndose feliz y completa. Llena de luz, de esperanza, de Jacques.

Los dos llegaron al clímax sintiendo una única certeza:

No importaba si el mundo ardía a su alrededor. No mientras estuvieran juntos.



Región del Catacumbo. Colombia. Selva amazónica.
Seis semanas después.

—Despejado.

La voz de Assim resonó en su auricular y Bart bajó el arma. Estaba empapado en sudor y, probablemente, todos los mosquitos del Amazonas se habían alimentado de él en algún momento de los últimos tres días.

No le importaba.

Ni siquiera lo sentía.

—Avanzad.

A la orden de Prax se movieron en silencio.

—Jefe, hay cuatro señales de calor en el interior de la cabaña. Dos en la primera sala y otras dos en la habitación del fondo. Una de ellas parece estar colgando del techo —informó Akiro que, desde la base en un pueblo cercano, controlaba junto a su hermana la información que recibía el dron que volaba sobre sus cabezas.

—Mierda —farfulló Prax antes de responder—: Recibo.

—¿Cuál es el problema? —murmuró Cruz desde el lado norte de la pequeña cabaña que pretendían asaltar—. Cuatro contra tres. Tenemos ventaja.

—El cliente quería que recuperásemos al objetivo intacto, antes de que pudieran torturarlo para conseguir información. Parece que ya es tarde para eso.

—¿Entonces? —inquirió Kendra.

—Entramos, lo recuperamos y nos aseguramos de que ninguno de los secuestradores salga con vida de la cabaña... Después de averiguar si han conseguido cualquier información y con quién la han compartido.

—Parece que nuestra visita a Colombia se va a alargar —canturreó Akira.

—Yuhu —replicó Bart con sarcasmo dando un manotazo a otro mosquito.

De repente la selva a su alrededor comenzó a difuminarse, al tiempo que los comentarios de sus compañeros se escuchaban cada vez más lejanos. Todo a su alrededor se volvió blanco antes de que una voz que había amado una vez y creía siglos desaparecida retumbara en sus oídos.

«Ella es la llave.

Yo soy la puerta.

Encuétranos y te encontrarás».

La siguiente voz era más reciente, pero provocaba los mismos sentimientos enfrentados en su interior. Chloé.

«Por favor, Bart, encuéntrame».

—¡Bart! ¡Bart, responde! —la orden de Prax llegó a sus oídos y la selva volvió a su alrededor tan rápido como había desaparecido—. ¡Bart!, ¿estás en posición?

—En posición y a la espera —respondió cortante, aún sin saber qué demonios había pasado.

Se obligó a centrarse en la misión, algo que había estado haciendo las últimas semanas, pero sus pensamientos seguían volando hacia Chloé. La pequeña bruja de pelo dorado y ojos marrones que se convirtió en su infierno particular mientras estuvo presente y en su mayor anhelo ahora que estaba desaparecida.

Podía recordar aquel momento con exactitud, en la fiesta de compromiso de Aby y Guillaume, justo cuando todo se había ido a la mierda.

La luz estalló a su alrededor hiriendo sus ojos, pero ahí estaba ella, brillante, con su vestido

rojo y esa flor del mismo color adornando su cabello. Llamándolo.

La había deseado desde la primera vez que la vio y había caído. Igual que los marineros sucumbían al canto de las sirenas y lanzaban sus embarcaciones contra los arrecifes, él se lanzó sobre Chloé.

La necesitaba.

La deseaba.

Y la tuvo.

Y en ese momento supo que estaba perdido.

Y que no volvería a cometer los mismos errores. Esa era una lección que aprendió bien en el pasado. Uno tan lejano que probablemente debería haber olvidado.

Pero al verla frente a él, envuelta en un halo de luz, se sintió como una polilla, incapaz de apartar su mirada de ella.

—Protégelo por mí —dijo entregándole su colgante—. Mantenlo alejado de Odio. A donde voy no puedo llevarlo.

—¿Te vas? ¿Nos abandonas? —«¿Me abandonas?», pensó.

—Tengo que seguir mi propio camino —respondió.

—¡Cobarde! ¡Sabía que no eras de fiar! ¡En cuanto las cosas se complican nos abandonas! —exclamó furioso.

En el fondo era consciente de que no debería estar sorprendido. Las mujeres siempre hacían lo mismo, se iban, te abandonaban justo cuando más las necesitabas. Te daban solo lo necesario para engancharte a ellas y después...

—Dice el que lleva huyendo toda la vida... —murmuró con sorna—. Cuando estés preparado para enfrentarte a la verdad. Entonces, solo entonces, me encontrarás.

Él nunca había huido y mucho menos tenía ninguna verdad a la que enfrentarse. Chloé era una bruja y, como tal, intentaba manipularle. Pero no caería. No otra vez.

—Entramos —ordenó Prax a través del comunicador y Bart volvió de golpe a la realidad.

Ya se encargaría de la bruja en su momento, en ese momento tenía un trabajo que terminar. Las vidas de sus compañeros dependían de él.

Y él no era un cobarde que huyese de las peleas.

«Salvo de la más importante de tu vida», le susurró su propia conciencia.

Continuará...

Agradecimientos

Siempre digo que en los agradecimientos nunca sé por dónde empezar, pero esta vez lo tengo muy claro.

Han sido casi dos años de espera, el confinamiento y la COVID-19 nos han hecho apreciar aún más a las personas que tenemos cerca y para mí, como imagino que para todos los que perdimos a un ser querido por su culpa sin poder acompañarlo en el hospital, ni despedirnos de él, el 2020 ha sido especialmente complicado. Pero también me ha demostrado que, a pesar de la distancia, puedes sentirte querida, cuidada y apoyada.

Eso y que hay mil cosas por las que dar gracias cada día.

GRACIAS a ti, por la paciencia, por el interés, por seguir ahí a pesar del tiempo que he tardado en continuar con la historia de mis chicos. Solo espero que te haya merecido la pena.

Gracias por leer mis historias y disfrutar con ellas, gracias por acompañarme libro tras libro, gracias por los ánimos, las palabras de aliento y la ilusión. Gracias.

Si este es el primer libro de Kaera Nox que lees, gracias por darme una oportunidad. Espero que hayas disfrutado del comienzo de este viaje y que te animes a seguir leyéndome y si no es así, gracias por haberlo intentado al menos.

Gracias a mi siamesa, Laura Duque Jaenes, no voy a decir el porqué ya que eso daría para otro libro, pero sí que soy muy afortunada de tenerte en mi vida.

Gracias a Yoli Pérez por ser tú, por estar ahí... GRACIAS.

Gracias a Katy Oliveros por acompañar a mis chicos en este viaje, por tus preguntas, tus consejos y por estar ahí. Qué ganitas de achucharte, zamorana de mis amores.

Gracias a Patricia Puente por su apoyo, sus ánimos, por ayudarme en cada paso del camino. Ojalá pronto podamos vernos en persona.

Gracias a Belén Berrocal por todo, porque sé que siempre lo digo, pero si estoy aquí una vez más, es gracias a ti también. Te quiero.

Gracias a mis locas del café, Laura, Lidia, Luz, Marisa, Sandra, Rafa, Yoli y Jose. Porque con vosotros el confinamiento pasó mucho mejor. Por haber aguantado mis llantos y mis locuras. Por estar ahí. Os quiero una jartá.

Gracias a mi aquelarre. Yoli, Julia, Ana, Sayo, Katy, Analí, Sara, Loli... os quiero, chicas.

Gracias a mi grupo de Facebook de Lectoras de Kaera Nox Eva Solano, Marillac Romero, Noelia González, Patricia Puente, Mireia Loarte, Pilar Sanabria, Nieves López... por las risas, los musos, las bromas, las carcajadas y, sobre todo, por estar ahí a cada paso.

Aquí están otra vez vuestros templarios, al fin, y ojalá la espera haya merecido la pena.

Gracias a Conchi Pons la auténtica reina templaria. La que con sus ideas y post consigue sacarnos una sonrisa cada día y muchas más carcajadas. Muchísimas gracias, hermosa mía. No cambies nunca, porque vales un potosí.

Gracias a mi familia y en especial al Sr. Nox, por aguantar mis ausencias y las interminables horas frente al ordenador. No sé qué sería de mí sin vosotros.

GRACIAS, de verdad, porque mi sueño se hace un poco más real cada día y eso solo puedo agradeceréte a ti.

Y después de tanto agradecer, solo me queda pedirte un favor. Si has disfrutado de la historia,

deja tu comentario en amazon, goodreads, mi muro de Facebook o envíame un correo a kaeranox@gmail.com

Si no te ha gustado también, ¿eh?, esa es la única forma de aprender y seguir mejorando.

Sobre la autora

Kaera Nox es el seudónimo con el que escribe una sevillana nacida en diciembre del 81. Leer ha sido una de sus pasiones desde la infancia, siempre le ha gustado escaparse a otros mundos a través de los libros, conocer otros lugares. No es capaz de decir cuándo comenzó a escribir, en realidad, es algo que lleva haciendo toda su vida, porque forma parte de su forma de ser.

Enamorada de la naturaleza, estudió Ciencias Ambientales, aunque la carrera resultó no ser lo que esperaba. Desde entonces ha trabajado en distintos sectores, hasta que, en 2015, decidió que ya era hora de dedicarse a lo que realmente le gustaba. Hizo el Máster en profesorado de secundaria y bachillerato y se está preparando las oposiciones.

Siguiendo con su decisión de dedicarse a lo que realmente le gustaba, en 2017 autopublicó su primera novela: *Volverte a ver*. Una historia romántica contemporánea cuya publicación comenzó siendo un experimento y acabó convirtiéndose en una experiencia que aún le cuesta creer. También tiene publicados un relato corto navideño llamado *Nuevos Comienzos* y en junio de 2018 publicó su segundo libro, una comedia romántica titulada *¡Estás loca!*, al que han seguido unos cuantos más. Si sigues leyendo podrás verlos todos.

El género romántico es con el que se siente más cómoda, aunque está dispuesta a explorar todos los subgéneros posibles.

Puedes contactar con ella en:

www.facebook.com/kaera.nox.5

Twitter: @kaeranox_autora

Instagram: @kaeranox

E-mail: kaeranox@gmail.com

Otros libros de Kaera Nox

Volverte a ver



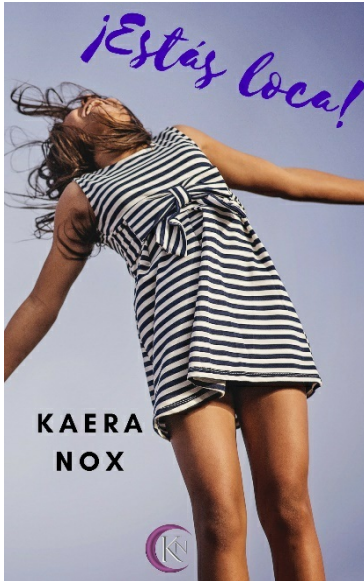
Claudia no está pasando por su mejor momento. Su prometido la dejó plantada días antes de la boda y ahora tiene que pasar una semana en Tenerife. ¿El problema? Irá acompañada por sesenta adolescentes a los que vigilar durante su viaje de fin de curso. Podría ser peor... ¿no? Pues sí, lo último que espera Claudia es coincidir en el mismo hotel que su amor de juventud. El que fue su mejor amigo y su primer gran amor. El mismo que se deshizo de ella sin mirar atrás ni una sola vez, dejándole el corazón hecho pedazos.

La vida de Jorge ha dado muchas vueltas en los últimos diez años. Ha cambiado de trabajo, de casa, de vida. Pero por muchos cambios que ha hecho sigue echando en falta algo... A ella. Encontrársela en Tenerife es la excusa perfecta para volver a tenerla en su vida. Pero... ¿Serán diez años demasiado tiempo? ¿Podrá Claudia perdonarle?

Cuando el destino los cruza de nuevo tendrán que decidir si confiar el uno en el otro, si dejar atrás el pasado y hacer frente a los sentimientos que se han negado durante demasiado tiempo.

<https://amzn.to/2SQK1ot>

¡Estás loca!



Dos encuentros, (nada agradables), un beso, muchas salidas de tono, una mujer sin filtro, un bombero con miedo al fuego, un mastín, una amiga dueña de un sex-shop y otra mística con una tía medio bruja y... ¡Ah! ¡Se me olvidaba! También hay un jefe buenorro y una jefa bastante golfa, ¿qué más se puede pedir?

La historia de Iván y Lía es algo complicada, ¡y eso sin contar con Mateo y Tesa! Porque... ¿Qué no harías por tu hermana pequeña? ¿Y por tu mejor amigo?

Dos personas totalmente opuestas, huyendo de sus propias vidas, que se encuentran en un pequeño pueblo costero y oscilan entre el amor y el odio.

¿Qué puede salir mal?

<https://amzn.to/2PHePJ>

Cómo romper las reglas... y no morir en el intento



Cuando se trata de hombres, Paula tiene tres reglas

básicas en su vida:

- 1º Polvos rápidos en lugares neutrales.
- 2º “Una y no más, Santo Tomás”.
- 3º NUNCA mezcles negocios y placer.

Pero, cuando viaja a Londres para colaborar con Scotland Yard en la identificación de un posible asesino en serie conoce a alguien que le hace romper una de sus reglas de oro, o quizás dos. Qué más da, después de todo no le volverá a ver, ¿verdad?

Incorporarse al trabajo y descubrir que su superior es el mismo hombre con el que ha pasado todo el fin de semana convertirá el trabajo en un infierno y mantenerse alejada de él en todo un reto.

Joonas sabe que, probablemente, un año antes dejó escapar a la mujer de su vida y no pasa un solo día en que no se arrepienta de ello. Paula ha creado un muro entre los dos que le hace imposible acercarse a ella y no le queda más remedio que aceptarlo.

Hasta que los cadáveres de los miembros de su equipo empiezan a amontonarse.

Todo apunta a que alguien está acabando con la vida de todas las personas que participaron en la investigación y, de ser así, el nombre de

Paula está en la lista, al igual que el suyo. Viaja a Madrid dispuesto a protegerla, aunque ella insista en que no necesita protección de nadie y menos de él.

Dos ciudades, un año de por medio y un asesino pisándoles los talones, ¿podrá vencer el amor los miedos de Paula? Y, lo que es más importante, ¿sobrevivirán ellos?

CON PRÓLOGO DE LIGHLING TUCKER-TANIA CASTAÑO

NOTA DE LA AUTORA: Aunque Paula y Joonas, los protagonistas de este libro, aparecen en Volverte a ver, ambos son historias completamente independientes y auto conclusivas. Aun así, no estaría mal leerlos por orden para evitar posibles "spoilers".

<https://amzn.to/2HbyfA9>

Serie #RedDeAyudaParaCorazones

1 CORAZONES ROTOS

#RedDeAyudaPara

Corazones rotos



Celia es una terapeuta especializada en relaciones de pareja.

Éric un periodista buscando un ascenso.

Un anuncio en Internet. Una red de ayuda para corazones.

Dos personas con el corazón roto y distintos motivos para estar allí.

Mrs. Red quiere volver a empezar, recuperar la persona que fue un día, y dejar atrás una relación de quince años plagada de mentiras.

Mr. Green solo busca una noticia que le lleve a su ansiado ascenso y está convencido de que esa supuesta red de ayuda oculta algo. Aunque, mientras intenta averiguarlo, no desperdiciará la oportunidad de dejar clara su visión cínica y, desde su punto de vista, realista, de la vida y la humanidad.

¿Qué pasará cuando Mrs. Red y Mr. Green crucen sus caminos? Pues lo que pasa siempre que el rojo y el verde se mezclan: un marrón.

Nota: Esto no es un libro de autoayuda, ni pretende serlo.

<https://amzn.to/2HcCg7o>

2 CORAZONES SOLITARIOS

Jess es fuerte, independiente, segura, la inspectora de policía más joven de toda Andalucía... y está sola.

Sergio es dulce, sincero, servicial y lleva cuidando de su madre desde que tiene memoria.

Un anuncio en internet. Una red de ayuda para corazones.

Dos personas que conviven con su soledad desde hace demasiado tiempo. DuradePelar busca encontrar alguien que la valore, que no se amedrente ante una mujer fuerte. Un hombre que no tema mostrar su debilidad. Con el que la vida no sea una competición a ver quién lleva los pantalones de la relación. Alguien que no piense que su virilidad queda en entre dicho cuando es ella quien toma las riendas.

#RedePelar



ChicoCansado83 solo quiere dejar de ser fuerte. Dejar de ser el que se encarga de todo, el que siempre tiene las respuestas. Encontrar a alguien en quien pueda apoyarse y con quien recorrer el camino. Juntos.

¿Qué sucederá cuando Sergio se enamore de Jess? ¿Y cuando Jess se enamore de ChicoCansado83?

¿Qué sucede cuando tu vida real y tu vida virtual se mezclan sin que lo sepas?

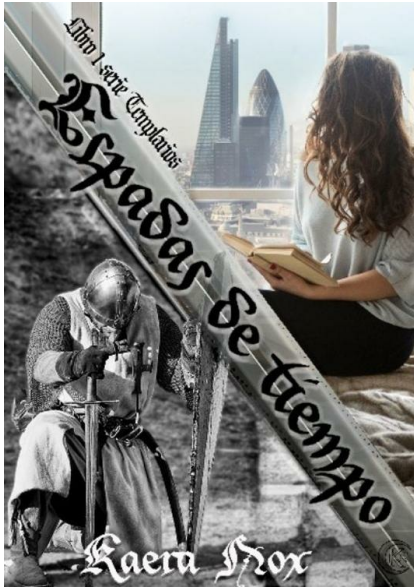
<https://amzn.to/3y1fk3E>

Nota: Esto no es un libro de autoayuda, ni pretende serlo.

Todos los libros de esta serie son independientes y autoconclusivos por lo que pueden leerse por separado y en cualquier orden.

Serie Templarios

1 ESPADAS DE TIEMPO



Aby lleva desde que tiene uso de razón viendo al mismo hombre, cada noche, en sus sueños. Una presencia que la ha acompañado a cada paso, convirtiéndose en una parte fundamental de su vida. Un caballero templario que le dice una única palabra: encuétranos. Pero algo ha cambiado en las últimas semanas y sus sueños se han transformado en algo más... personal. Aby teme haberse enamorado de un hombre que no existe, que no es más que un producto de su imaginación. En el año del Señor de 1291, mientras la ciudad de San Juan de Acre era sitiada por un ejército sarraceno, siguiendo las órdenes del Gran Maestre, nueve caballeros templarios abandonaron sus muros dejando a sus hermanos y a los habitantes a su suerte.

Más de siete siglos después una mujer llega hasta ellos despertándolos de su largo sueño.

Es tiempo de despertar.

Es tiempo de creer.

Es tiempo de luchar.

Cuando el tiempo se agota y la amenaza del fin del mundo se cierne sobre

sus cabezas, ¿será también tiempo de encontrar el amor?
<https://amzn.to/3gX3MsZ>

Notas

^[i] Mi amor.

^[ii] En francés: Te quiero, mi pequeña salvaje.

^[iii] En francés: ¿Estás bien?

^[iii] Marcantonio della Torre (1481–1511) fue un profesor renacentista de anatomía que dio conferencias en la Universidad de Pavía y en la Universidad de Padua. Amigo de Leonardo da Vinci. Según el historiador renacentista Giorgio Vasari en su libro Las vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos, Della Torre y Leonardo da Vinci estudiaron la anatomía humana mediante la disección de cadáveres.